

U.F.

DAD AUTONOMA DE NUEVA
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTE



BERAULT
HISTORIA
ECLESIASTICA



BX 944

B4

V. 9

C. 1

135826



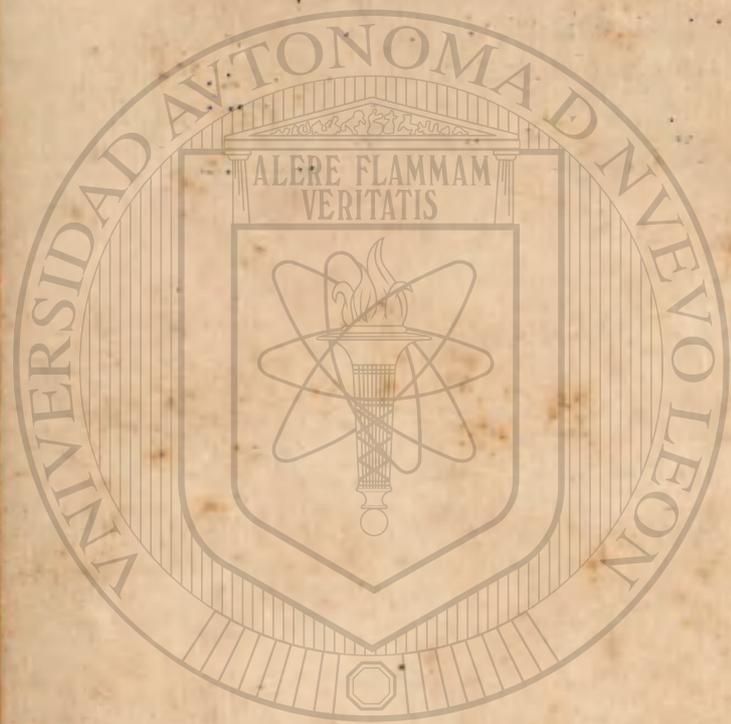
José Angel Benavides.



1080045884

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN CENTRAL DE BIBLIOTECAS

E#7-6#2.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALFONSO DE BORBÓN BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Rollo-46 MICROFILMADO 15/3/83

HISTORIA ECLESIASTICA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HISTORIA
DE LA IGLESIA

ESCRITA EN FRANCÉS

POR

EL ABATE BERAULT-BERCASTEL,

CANÓNICO DE NOYON:

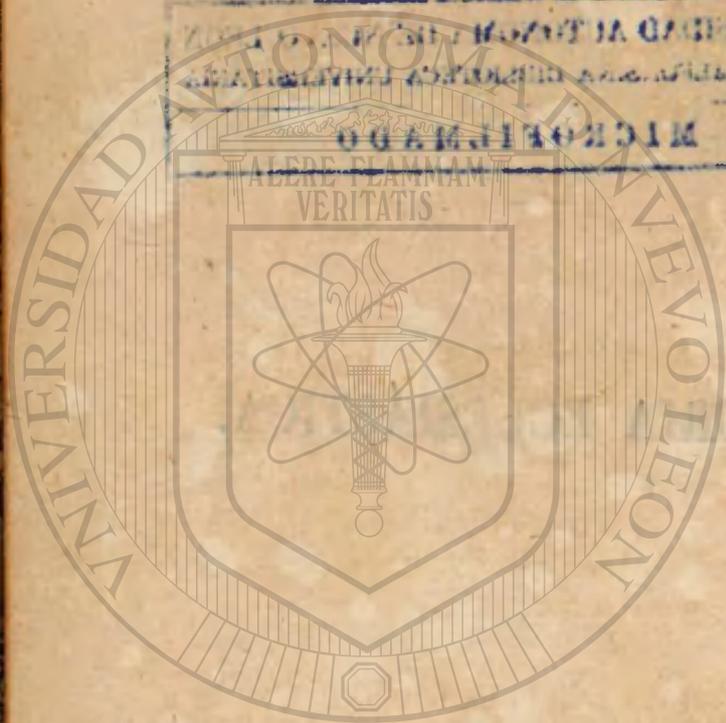
Traducida nuevamente al castellano, corregida,
anotada y continuada

HASTA EL PONTIFICADO DEL SS. P. LEON XII.

por los P.P. J. de M. y A. C. de V.

TOMO IX.

Desde la condenacion de los monotelítas, en el año 681, hasta
la muerte de Carlo-Magno, en el de 814.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

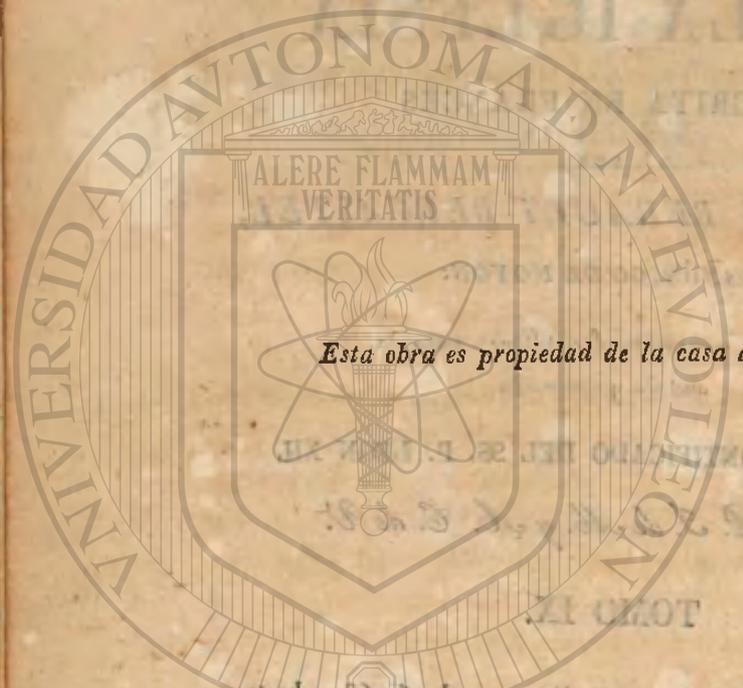
Valencia: Imprenta de D. Vento M...
AGOSTO 1831.

38372

Bx994

B4

v.9



Esta obra es propiedad de la casa de Monfort.



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135826

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO VIGESIMO-SEGUNDO.

N. 1.º *El Papa Leon II envia las actas del sexto concilio á España para que allí las firmen. 2. Ervigio colocado en el trono del Rey Wamba, y diferentes concilios de España. 3. San Julian de Toledo. 4. Rápida sucesion de Papas. 5. San Ausberto, arzobispo de Ruan. 6. San Kiliano, apóstol de Franconia y mártir. 7. San Wilfrido es perseguido y va á exercitar su celo al país de Sussex; 8. Restablecimiento de San Wilfrido en su silla y su muerte. 9. Penitencial de San Teodoro de Cantorberi. 10. Misión de los Santos Suitberto y Willebrodo. 11. Justiniano II sucede á su padre Constantino Pogonato. 12. Concilio quini-sesto. 13. Casamiento permitido á los sacerdotes de oriente. 14. Se irrita el Emperador contra el Papa porque desechò su concilio, y el Papa es defendido por la milicia de Italia. 15. Revoluciones en Constantinopla. 16. Leoncio Emperador. 17. Tiberio Apsimaro. 18. El Papa Constantino gana la gracia del Emperador Justiniano. 19. San Bonét, obispo de Clermont. 20. Muertes violentas de San Tétrico de Auxerre y de San Lamberto de Mastrich. 21. San Huberto. 22. Los Reyes Coenredo y Offa abrazan la vida monástica. 23. San Adelmo, obispo de Schirburn.*

TOM. IX.

1



mada al palacio patriarcal, para que le espeliesen de él con barbaridad, llenándole de ultrages sin respetar su edad de ochenta años. El prelado se retiró al campo y á una casa de sus padres situada fuera de Constantinopla, dejando en extremo consternada la ciudad, cuya silla habia ocupado mas de catorce años. Muchos fragmentos nos han quedado en la biblioteca de los padres, que dan á conocer la profundidad de su doctrina y la bondad de su carácter. Instituyeron en su lugar á Anastasio, despues de haberse declarado públicamente contra las imágenes.

7. Habia en el vestibulo del palacio mayor de Constantinopla una imagen sumamente reverenciada, que representaba á Jesucristo en la cruz (1). La voz pública afirmaba, que el gran Constantino la habia mandado construir en memoria de la señal milagrosa que se le apareció en el cielo, y la titulaban *Antifonetes* ó *fiador responsal*; porque estando un comerciante cristiano en la necesidad de pedir prestada á un judío una suma considerable, y habiendole dado en fianza á Jesucristo representado en esta imagen, tuvo un éxito inesperado en sus especulaciones, que le puso en estado de pagar y obligó á su acreedor á convertirse. Otros mil prodigios referian de ella. El Emperador iconoclasta tomó de aquí pretexto para principiar sus sacrilegos escesos: envió á su escudero Jovino para que arruinase aquella imagen. Quisieron las mugeres que estaban presentes persuadir á Jovino

(1) *Narr. de Antiph. tom. 2. Biblioth. PP. = Vit. S. Steph. pag. 415. = Tom. 7. Conciliar. pag. 19.*

que desistiese de semejante impiedad: pero todo fue inútil. Subió él mismo la escalera y dió tres hachazos en el rostro de la imagen sagrada. Llenas las mugeres de indignacion, asieron por el pie la escalera y dejaron caer á Jovino que quedó muerto. Fue sin embargo derribado el Crucifijo, y colocaron en su lugar una simple cruz, á la que no rehusaban honrar los novadores, con tal que no tuviese ninguna figura humana. Condenaron á aquellas mugeres á muerte con otras diez personas que la iglesia griega venera como mártires por la constancia con que se conservaron en la fe católica.

8. Persiguió el Emperador sobre todo á los hombres mas acreditados por sus conocimientos, porque por su ignorancia no podia tolerar ni las ciencias ni los sabios. Colocaron sus predecesores cerca del palacio una biblioteca, regalándola generosamente mas de treinta mil volúmenes. Tenia el bibliotecario, hombre de un mérito singular, otros doce bajo su inspeccion, á quienes enseñaba gratuitamente la ciencia de la Religion, y por lo comun todas las demás. Eran tan universales sus conocimientos y su sabiduría tan acreditada, que los Emperadores mas insignes se habian prescrito no emprender cosa alguna extraordinaria sin su consejo. Empleó Leon inútilmente las ofertas y las amenazas para arrastrarle á su heregía. Al fin mandó cercar toda la biblioteca con leña seca, é incendiar los libros y los que los conservaban (1).

(1) *Du Cang. CP. Christ. lib. 2. pag. 151.*

Sintióse particularmente la pérdida de las obras de Homero, que estaban escritas con letras de oro en la tripa de un dragon de ciento veinte pies de largo. Abolió al propio tiempo el bárbaro Emperador las escuelas de las letras sagradas que existian desde Constantino el grande. Pretendió por último coactar á todos los moradores de Constantinopla, no solo á entregar sin escepcion las imágenes de Jesucristo, de la Virgen y de sus Santos, para abrasarlas en medio de la ciudad, sino tambien á que borrasen ellos mismos con cal todas las pinturas de las iglesias; y como la mayor parte de ellos se negasen á obedecerle, les cortaron las manos, los brazos ó la cabeza, martirizando á una multitud de individuos de todas clases y condiciones.

9. Envió orden para que se egecutase lo mismo en Italia, no contento con las profanaciones cometidas en las iglesias de todos sus estados de oriente. Conmoviéronse al oír esta noticia todos los pueblos, y derribaron y hollaron las imágenes de un Emperador que no respetaba la de Jesucristo. El Papa sin aprobar la sedicion, exhortó á los fieles á preservarse de la heregía; y duplicó sus oraciones y limosnas, prescribiendo ayunos y procesiones para obtener los socorros del cielo en una necesidad tan urgente. Repetidas veces escribió al Emperador para hacerle entrar dentro de sí mismo, pero sin fruto. Reunido en este Príncipe el espíritu de avaricia al del error y de la impiedad, tomó entonces el método de usurpar á las iglesias todos los vasos de oro y plata con pretes-

to de que tenian grabadas las figuras de algunos Santos. El celo de la heregía y el resentimiento que ardia en su corazon contra el Papa, le hicieron intentar varias veces el asesinato de Gregorio II para substituirle un Pontífice mas favorable sus designios (1). Empero salieron frustradas sus ideas por el celo de los romanos, quienes concedieron al Papa Gregorio en el año 726 una especie de superintendencia sobre la ciudad y el ducado de Roma, que fue el principio de la soberanía de los Papas.

Pablo, exarca de Ravena, malogrados las conspiraciones secretas, empleó abiertamente la fuerza y envió tropas contra Roma. No desfallecieron aquellos ciudadanos: y unidos á ellos los lombardos para defender al padre comun de los fieles, y corriendo de todas partes en gran número, aterraron de tal suerte á las tropas del exarca, que no osaron acercarse.

10. Algun tiempo despues, el Rey Luitprando, siempre solícito en utilizar las ocasiones de dilatar su poder, hizo alianza con el eunuco Eutiquio, exarca de Ravena, y se convinieron en que el Rey sujetaria á su obediencia los duques de Spoleto y Benevento, y que el exarca se haria dueño de Roma, para egecutar las órdenes del Emperador contra el Papa. Sujetó con efecto Luitprando á los duques, y despues se encaminó á las puertas de Roma. Conservó el Pontífice su serenidad, resuelto á librar á su pueblo ó á sacrificarse en su defensa. Salió valerosamente al encuentro del lombardo, y pronunció un dis-

(1) *Anast. in Gregor. II.*

curso que enterneció á todos. Cedió Luitprando con la mayor facilidad, porque habia adquirido cuanto deseaba. Hincóse á los pies del Pontífice; ofreció no hacer daño á nadie, y despojándose de sus armas, fue á dejar delante del cuerpo de San Pedro su espada, tahalí y manto, con una corona de oro y una cruz de plata. Rogó al Papa se reconciliase tambien con el exarca despues de haber hecho oracion; lo que egecutó Gregorio con una sinceridad nada sospechosa, pues favoreció á este tímido eunuco contra Tiberio, llamado por otro nombre Petaso, quien se rebeló poco despues en la Toscana, y pretendió coronarse Emperador.

11. Leon no desistió de sus tentativas impías, á pesar de los riesgos á que le precipitaban. Llegó su ceguedad hasta el extremo de enviar al Papa su edicto contra las imágenes; le ofreció sus buenos oficios si le admitia, y le amenazó con que le haria depouer, si estorbaba su egecucion. Despreció Gregorio amenazas y promesas, y exhortó á todos los cristianos por medio de cartas circulares á que despreciasen con valor esta orden tan impia. Púsose tambien toda la Italia en movimiento: los pueblos de la Pentápolis, vasallos de Leon, y hasta su egército de Venecia, es decir, de la provincia de Ravena, declararon que combatirian hasta morir en defensa del Papa, y anatematizaron al Emperador herege y á todos los fautores de su heregía. Nombraron gefes: enviaron por todas partes diputados y negociadores hábiles y activos; y en fin toda la Italia por una deli-

beracion pública, acordó elegir otro Emperador, y partir á coronarle á Constantinopla; mas el Papa contuvo esta sublevacion (1).

Queriendo Exhilarato, duque de Nápoles que era dueño de la Campania, inducir al pueblo de esta provincia á despojar de la vida al Pontífice, cayó en manos de los romanos, quienes le dieron la muerte juntamente con su hijo. Espulsaron luego de su ciudad al duque Pedro de quien concibieron sospechas: y Pablo, nuevo exarca de Ravena, fue muerto por un partido de ciudadanos divididos entre sí. Rindióse á los lombardos la ciudad de Auxume en la Pentápolis, y muchas plazas de la Emilia siguieron el mismo egeemplo. Apoderáronse por fin de la misma ciudad de Ravena, donde reinaban el desorden y la confusion; y el exarca se vió en la necesidad de residir en Venecia (2). Así nos lo demuestra una carta que escribió entonces Gregorio II á Urso, duque de aquella ciudad, en la que este Pontífice, adicto siempre al Emperador Leon á pesar de sus errores y violencias, exhorta á este duque á entenderse con el exarca para poner la ciudad de Ravena bajo la proteccion de las leyes imperiales, y no consintió á los romanos que efectuasen la resolucion de despojar de la vida al patricio Eutiquio, sorprendido de nuevo en una conspiracion contra la Cabeza de la Iglesia. Mas la repeticion de tantos crímenes obligó á los romanos á tomar las medidas mas oportunas para la con-

(1) *Theoph. ann. 7.* (2) *Gregor. II Epist. ad. Urs. tom. 6. Concilior.*

servacion de su Pontífice y de la fe de la que era victima. Grandes y pequeños, todos se obligaron con juramento á perder la vida antes que consentir que su persona sufriese algun mal. Intentó otra vez el patricio Eutiquio seducir al Rey y á los duques lombardos, utilizando el resorte del oro, tan poderoso por lo regular en el espíritu de aquel pueblo; pero no sacó mas que la vergüenza y confusion debidas á la infamia de una maquinacion tan vil. Lejos de dar oídos á sus insinuaciones pérfidas, se reunieron á los romanos obligándose con el mismo juramento que ellos á la defensa del Sumo Pontífice. Por su parte Gregorio, distinguiendo con prudencia entre los esfuerzos de los pueblos contra el imperio, y el amor religioso que profesaban á la persona del Vicario de Jesucristo, les tributó gracias por un afecto nacido del horror á la heregía, y los exhortó al mismo tiempo á permanecer fieles al Emperador. Tal era el respeto de este santo y sabio Pontífice á las débiles reliquias del poder que los sucesores de los Césares conservaban en la antigua Roma. Los griegos pretenden sin embargo que Gregorio II substrajo la Italia de la obediencia de los Emperadores: mas los historiadores de Italia, que se esplican de un modo de todo punto distinto, merecen tanto mayor crédito, quanto su adhesion al Papa no les habria hecho adulterar la verdad en una materia que en su opinion no podia menos de honrarle. ¿Por ventura le creerian reprehensible cuando (usando de acuerdo con ellos de su derecho de soberanía ó independencia casi del todo estableci-

do) se hubiese aliado á los lombardos y otros pueblos absolutamente independientes para hacer frente á la fuerza con la fuerza, y librarlos no menos que á la Iglesia de las últimas desgracias?

Despreció el Papa Gregorio las cartas sinódicas del patriarca Anastasio, encumbrado á la silla de Constantinopla por la profesion que hizo de la nueva heregía. Animado del vigor conveniente á la primacía de la Sede apostólica, le escribió diciendo, que si no tornaba á la fe de la Iglesia, le despojaría del sacerdocio. Mas no pudo egecutar esta amenaza á causa de haber espirado poco tiempo despues, es decir, en el año 731, y verosímilmente el dia 10 de Febrero. Su Pontificado de cerca de diez y seis años en los tiempos mas críticos, no fue mas que un largo tegido de acciones vigorosas y sabias, de virtudes pacíficas y hechos brillantes. Tuvo siempre por blanco de ellas la gloria de Dios, las mejoras de la Iglesia y la salud de los pueblos y de los mismos Príncipes, á quienes se vió en la precision de contradecir. Cuéntasele en el número de los Santos.

12. Se conservan algunas cartas suyas, que nos manifiestan el estado del gobierno gerárquico en la parte septentrional de Italia (1). La diferencia de dominaciones que la jurisdiccion eclesiástica defendía aun con bastante frecuencia, hizo dividir en dos el patriarcado de Aquileya. Sereno, patriarca de los lombardos, residía en Friul; y Donato, patriarca de los romanos, seguía viviendo en Grado. A instancias

(1) *Gregor. II Epist. 14. et 15.*

del Rey de los lombardos habia concedido Gregorio II el palio á Sereno, quien tomó pretexto de este favor para formar algunas pretensiones contra Donato. Persuadióle el Papa al instante por medio de sus cartas á que se contuyese dentro de sus límites, que eran los de la dominacion de los lombardos. Al propio tiempo escribió á Donato, á los demás obispos, y á los pueblos de Venecia y de Istria, diciéndoles, que no habia pretendido hacer novedad en sus derechos eclesiásticos, y que estos reglamentos de religion debian ser aun menos perjudiciales á sus derechos políticos.

13. Ínterin se celebraban los funerales de Gregorio II, todo el pueblo romano como por inspiracion divina cogió á la fuerza al sacerdote Gregorio que estaba presente, y le sentó en la Cátedra de San Pedro. Ordenáronle treinta y ocho dias despues de la muerte de su predecesor, en 18 de Marzo del mismo año 731 (1). La veneracion pública no podia ser mas justa, porque estaba este varon dotado de una dulzura evangélica, pero sin debilidad ni afeminacion, y de una prudencia consumada: era profundo en las Escrituras, naturalmente elocuente, y aunque siro de nacion, tenia una facilidad extraordinaria para explicarse en griego y en latin: era inviolablemente adicto á la fe católica, y dotado de una caridad egemplar que brilló redimiendo los cautivos y socorriendo á los presos, á las viudas, á los huérfanos y á todas las personas desvalidas. Reunia á estas obras de mi-

(1) *Anast. in Gregor. III.*

sericordia la ciencia y la práctica de la vida interior, en la que se complacia conducir por las sendas de la mas sublime perfeccion á aquellas almas que el Señor habia prevenido con sus gracias de eleccion. Llamáronle Gregorio el joven, para distinguirle de su predecesor, con quien le han confundido comunmente los griegos.

14. Apenas le colocaron en el trono pontificio se consagró con la mayor eficacia á extinguir la guerra que el Emperador Leon hacia á las santas imágenes. Envióle un sacerdote de la iglesia romana, llamado Jorge, con cartas no menos afectuosas que instructivas para sacarle de su error. Repetiale cuanto hemos espuesto en los escritos de San German acerca del temor imaginario de idolatrar reverenciando las imágenes de Jesucristo y de sus siervos (1). „Mas durante los primeros años de vuestro reinado, continúa, vos no hicisteis una objecion tan estraña. Conservamos con cuidado en la iglesia de San Pedro las cartas selladas con vuestro sello y suscritas de vuestra mano con el vermellon. Confesais en ellas nuestra fe con toda su pureza y estension: habeis caminado con esta rectitud por espacio de seis años, ¿quién os ha hecho retroceder en este tiempo, precipitándoos en una caida tan funesta? ¿quién os aparta de la senda trazada por los padres y por los seis concilios generales? Teniendo por obispo á nuestro santo hermano German, debiais consultar como á vuestro padre á este venerable anciano de edad de noventa y cinco

(1) *Tom. 7. Concilior. pag. 10.*

años, durante los cuales no ha cesado de enriquecerse con gran fondo de esperiencia, para ventaja de la Iglesia y del imperio. Le habeis puesto en olvido, prefiriendo escuchar á ese insensato y perverso Efesino, hijo de Apsímario, y á su obispo Teodosio, que es uno de los gefes de la nueva impiedad. Príncipe, no obró de esta manera el Emperador Constantino Pogonato, de feliz memoria, que mandó celebrar el sexto concilio, y fue el primero en acatar sus decisiones. Aprended de su ejemplo, que no pertenece á los Emperadores sino á los obispos solamente el decidir en materias de religion. Así como los prelados que son propuestos para las iglesias se abstienen de los negocios políticos, del mismo modo los Príncipes seculares deben abstenerse de las cosas eclesiásticas, y limitarse cada uno á la autoridad que le ha dado el cielo. Diferentes ministros tienen el santuario y el palacio, á cuyo respectivo distrito deben limitarse, sin osar siquiera volver los ojos á los ajenos. No debe mezclarse el obispo en la distribucion de las dignidades temporales, y el Emperador no puede instituir sacerdotes ú obispos, consagrar ó administrar los sacramentos, ni participar de ellos sin el ministerio sacerdotal.”

„Nos proponeis, continúa el Pontífice, reunir un concilio ecuménico; mas no lo juzgamos necesario. Vos sois el autor de la guerra que sufre la Iglesia: dejad, de inquietarla, y de este modo tendrá paz y se finalizarán los desórdenes. Gozaba la Religion de una tranquilidad profunda cuando escitasteis los combates y los escándalos. La celebracion de un concilio

no haria mas que aumentarlos en tales circunstancias. ¿Dónde está el piadoso Emperador que pueda asistir al concilio, segun costumbre, para ausiliar y hacer llevar á efecto sus decisiones, recompensar á los defensores de la verdad, y reprimir á aquellos que la blasfeman? Creeis asustarnos diciendo: yo enviaré á Roma para que derriben la imagen de San Pedro, y para que aten al Papa y le traigan, como en otro tiempo á San Martin, cargado de cadenas. ¿Pero ignorais que el odio que profesais á la Iglesia ha levantado contra vos á todo el occidente? En vez de infundirnos temor nos moveis á compasion: hemos tenido el dolor de ver arrancadas, derribadas y pisadas vuestras efigies. Los lombardos, los sármatas, y otros pueblos del norte, han hecho correrías en la provincia de Ravena, se han apoderado de esta ciudad, y han arrojado á vuestros oficiales, poniendo en ella los suyos. Piensan dar igual trato á los que teneis en las plazas mas cercanas á nosotros, sin exceptuar á Roma; ¿y cuáles serán vuestros recursos para defenderlas? Persuadios, pues, de que vuestras amenazas nada tienen aquí de terrible. Los Papas por el contrario han venido á ser unos útiles mediadores entre el oriente y el occidente.”

15. Marchó con valor el sacerdote Jorge con estas cartas en calidad de legado; mas no tuvo la constancia necesaria (1). Halló á su llegada á Constantinopla los ánimos tan enconados, que ni siquiera osó presentar sus despachos al Emperador; y regresó á

(1) *Anast. in Gregor. II.*

Roma sin haber hecho nada. Confesó con ingenuidad su flaqueza dando grandes señales de arrepentimiento y prometiendo repararla. Quiso el Papa deponerle sin remedio en un concilio: mas á ruego de los obispos que intercedieron unánimes por esta debilidad momentánea, cuya memoria estaba pronto el culpado á extinguir, se contentó el Pontífice con obligarle á hacer penitencia, tornando luego á enviarle á Constantinopla con aquellas mismas cartas que le hicieron temblar en su primer viage. Mandó el Emperador que las recogiesen en Sicilia, sin consentir que el legado las llevase á Constantinopla, y le condenó á un destierro, donde pasó cerca de un año.

16. Sabedor de esto el Papa, congregó en el año 732 un concilio de noventa y tres obispos en la Iglesia de San Pedro, entre los que se hallaron el arzobispo de Grado, y el obispo de Ravena, vasallos del Emperador. Los sacerdotes, los diáconos, todo el clero romano fue generalmente admitido. No se trataba de aquellas especulaciones profundas que ocuparon á la mayor parte de los concilios precedentes, sino de una práctica universal y constante, que formaba una parte de la devocion de los pueblos. A fin de manifestar al Emperador cuan adictos estaban á una costumbre tan reconocida de la fe católica, y cuan arriesgado era para él mismo pretender coactarlos en este punto, dieron entrada á los magistrados y á todo el pueblo romano. Resolvieron que si en lo futuro alguno despreciando el uso de la Iglesia apostólica, por lo perteneciente á las santas imáge-

nes, las quitase, destruyese, profanase ó hablase de ellas con desprecio, seria excluido de la participacion del cuerpo y sangre de Jesucristo, y separado de la comunion de la Iglesia. Decretaron igualmente que se escribiese al Emperador Leon de parte del concilio, amonestándole á que mudase de conducta, y á que pusiese fin á sus violencias.

Para confirmar el Pontífice con su egeemplo la decision del concilio, mandó conducir á la Iglesia de San Pedro seis columnas de alabastro, que le habia dado el exarca Entiquio: fueron erigidas delante de las reliquias del Príncipe de los Apóstoles tres á la derecha y tres á la izquierda, y cubiertas de plata finísima, en la que estaba grabada por un lado la imágen del Salvador y las de los Apóstoles, y por otro la de la Madre de Dios, y las de muchas vírgenes célebres por su santidad. Para testificar todavía de un modo mas espresivo el respeto debido á las reliquias de los Santos, como igualmente á sus imágenes, recogió Gregorio gran cantidad de estas reliquias preciosas, y construyó en la misma Iglesia de San Pedro un oratorio, donde las colocó con muchas piedras preciosas, un cáliz de oro con su patena, y dos vinageras de plata. Adornó principalmente la imágen de la Virgen con una diadema de oro, seis preciosos jacintos, y otras muchas joyas inestimables, sin contar las coronas, los vasos y las cruces de plata. Colocó en el oratorio del pesebre, llamado por escelencia el santo oratorio, una efigie de la Madre de Dios con su Hijo en los brazos, to-

do de oro macizo, sumamente brillante por lo esquisito de las piedras preciosas.

17. Entretanto las cartas del concilio que el defensor Constantino tenia el encargo de presentar al Emperador, fueron interceptadas como las precedentes; y á este nuevo portador le encerraron injuriosamente del mismo modo que á Jorge en una estrecha cárcel, de la que logró librarse con dificultad al cabo de un año. Dirigieron todos los estados de Italia reunidos sobre el mismo objeto una representación al Príncipe herege, quien no miró con mas aprecio esta diputacion tan respetable. Rehusando en fin el Pontífice omitir cosa alguna en un negocio de tanta importancia, escribió tambien á Leon y al patriarca Anastasio: aunque todas sus tentativas fueron inútiles. Atendiendo Leon tan solo á su ciega desesperacion, armó una escuadra numerosa, y la envió á toda prisa contra la Italia. Estos pueblos muy poderosos cuando estaban unidos, pero mal preparados y menos conformes, debian temer las resultas de este armamento tan formidable. La consternacion se esparció en todas las provincias; mas el Señor impeliendo los vientos, hizo que una tempestad estrellase las naves unas con otras: de este modo sin el auxilio de los hombres acabaron los elementos con los esfuerzos de la impiedad. Obcecado Leon, meditó una venganza mas secreta, pero no menos opresiva: aumentó un tercio el tributo personal de Calabria y de Sicilia, á donde podian todavía llegar sus tropas, y mandó formar un registro de todos los

varones que naciesen. Confiscó en sus dominios los patrimonios de San Pedro de Roma que ascendian á la suma de doscientas veinticuatro mil libras. Perseguió en oriente á los ortodoxos con tantos ardides como violencia, atormentándolos indignamente, pero sin despojarles de la vida, temiendo que se les honrase como á mártires. No dejó sin embargo de mandar que hiziesen perecer á muchos, cuyos nombres han conservado los griegos en largos catálogos. Es difícil distinguir bajo de qué tirano sufrieron respectivamente el martirio. Como han sido muchos los Emperadores iconoclastas, han confundido con frecuencia los martirologios los distintos perseguidores, y en particular á Leon Isáurico le confunden con Leon el Armenio.

18. A los esfuerzos que hizo en oriente el primero de estos Emperadores iconoclastas, opuso el Señor un doctor ilustre, que fue mucho mas útil á la Religion, por cuanto no vivia bajo el dominio romano. Nació en Damasco de padres cristianos, y se llamó Juan (1). Su padre, no menos distinguido por sus virtudes que por su nobleza y opulencia, le impuso en el conocimiento de todas las ciencias profanas y sagradas. Renunció Juan despues la herencia paterna, y abrazó la vida solitaria en el monasterio de San Sabas cerca de Jerusalem. Se le dió el sobrenombre de Mausur, es decir, rescatado, y el de Chrisórroas ó rio de oro, del nombre de uno de los dos rios que pasaban por Damasco. Llamáronle

(1) *Bolland. ad diem 5. Maji.*

los griegos así por su elocuencia; pero entre los latinos es mas conocido con el nombre de San Juan Damasceno.

Brillan principalmente entre sus diferentes obras tres discursos que escribió contra los iconoclastas. Dió á luz el primero luego que supo el decreto del Emperador Leon contra las santas imágenes. Lleno del espíritu de recogimiento y de humildad, á que se habia dedicado, dice: „yo deberia guardar un profundo silencio, y contentarme con confesar á Dios mis iniquidades; mas viendo agitada por la borrasca mas deshecha la piedra sobre que está fundada la Iglesia, no juzgo deber callar, ni disimular la falta de valor con el velo de la obscuridad y retiro. Temo mas á Dios que al Emperador, y supuesto que la autoridad del Príncipe es de tanto peso para los vasallos que no osan quebrantar las órdenes mas injustas, procuremos persuadirlos de que los Reyes de la tierra están sujetos al Rey del cielo, y que deben ser los primeros en obedecer sus leyes.” Establece despues de este preámbulo por fundamento de toda su instruccion, que la Iglesia no puede errar, y que no es posible sospechar de ella un abuso tan odioso como la idolatría.

„Sé muy bien, sigue, que aquel que no puede engañarnos ha dicho: *no hareis imágenes de lo que hay en el cielo ó en la tierra.* Mas él mismo explica estas palabras, añadiendo: *no sea que mirando estos objetos os dejéis seducir, y les sirvais y adoreis.* Así yo no adoro mas que á un solo Dios: no ado-

ro de modo alguno á la criatura, á la que solo tributo la veneracion que le pertenece. El culto se da de dos maneras: uno es el que rendimos á Dios, y otro el que tributamos á sus siervos y á sus amigos. ¿Por ventura el Legislador supremo seria el único que nos mandase cosas contrarias? Si prohíbe absolutamente toda imagen, ¿por qué prescribió cubrir de querubines el propiciatorio? El arca del testamento, la urna sagrada, el tabernáculo entero, ¿no eran obras materiales y hechas de mano de los hombres? En fin, el madero de la cruz, la piedra del santo sepulcro, origen de nuestra resurreccion y de una vida sin fin, el cuerpo mismo y la sangre del Señor, ¿no son cosas materiales? Prohibid, pues, el culto y la veneracion de todos estos objetos sagrados, ó confesad que podemos reverenciar las imágenes del Hombre-Dios y las de sus amigos. Prohibid tambien las fiestas instituidas en honor de los Santos, ó admitid sus imágenes: mas no podeis suprimir estas fiestas fundadas por los Apóstoles y por los padres. La ropa, el ceñidor, la sombra sola de estos amigos de Dios curaba los enfermos y lanzaba los demonios. ¿Pues por qué nos han de ser funestas sus imágenes? Ó negad la veneracion á todo lo material, ó no admitais innovaciones caprichosas en los usos que establecieron nuestros padres. Entre tantos concilios como se han celebrado, ¿por qué ninguno de ellos ha condenado el culto que acostumbramos desde la mas remota antigüedad? No debe prestarse obediencia al Emperador cuando ordena trastornar la Iglesia. Jesucristo confirió á los Apóstoles y á sus

sucesores, y no á los Príncipes, el poder de atar y desatar. Ha puesto en la casa de Dios, dice San Pablo, Apóstoles, Profetas, Pastores y Doctores, mas no dice Emperadores. Los ministros del santuario, y no los Príncipes del siglo, son los que nos han hablado de parte de Dios. Pertenece el gobierno político á la potestad imperial, y el gobierno de la Iglesia al clero. Saúl rasgó el manto de Samuel, y perdió su corona: Jezabel persiguió á Elías, y fue devorada por los perros: Herodes mandó cortar la cabeza á Juan Bautista, y espiró roido de gusanos. Señor, añade hablando con el Emperador, nosotros os obedecemos en todo lo que pertenece á la vida civil, como en los tributos y los impuestos. No prestamos oídos á otra voz que á la de los pastores en materias eclesiásticas." Muestra este último trozo que los cristianos de levante, aunque sujetos á los infieles, miraban á los Emperadores de Constantinopla como á sus legítimos Soberanos.

Insiste con fuerza San Juan Damasceno al fin del primer discurso y en los dos siguientes en la autoridad de la tradicion. Cita con este motivo la epístola segunda de San Pablo á los tesalonicenses, y el tratado de San Basilio sobre el Espiritu Santo. Copia luego muchos pasages del mismo San Basilio, de San Dionisio, de San Gregorio Niseno, de San Juan Crisóstomo, de San Ambrosio, de San Máximo, de San Anastasio de Antioquia, de Leon, obispo de Nápoles en Chipre, que autorizan á las claras el culto de las imágenes. Refuta la objeccion tomada de San

Epifanio hablando de este último padre, de quien decian que rasgó una cortina en que estaba pintada una imagen. Suponiendo San Juan Damasceno el hecho, dice, que San Epifanio pudo egecutarlo para corregir algun abuso, así como San Atanasio mandó enterrar las reliquias de los Santos para impedir las supersticiones egipcias con respecto á los cadáveres de sus parientes: mas que el santo obispo de Salamina no intentó de modo alguno prohibir ó desterrar las santas imágenes, como lo comprueba, dice, su Iglesia que está llena de ellas. „¿Y quién podrá ser, añade, mejor intérprete de San Epifanio, que el digno heredero de su espíritu y de sus virtudes, esto es, Leon que ha predicado en la misma isla de Chipre?"

19. Corrieron de mano en mano entre los fieles las cartas de San Juan Damasceno, y fortalecieron á muchos de ellos en la doctrina y en las observancias católicas (1). Afirman que el Emperador Leon concibió tal odio contra él, que no pudiendo satisfacerle á viva fuerza, y empleando las obscuras maniobras de los mas viles falsarios, le acusó de delitos de estado ante el califa, el cual honraba al santo doctor con su aprecio y confianza. Que el Príncipe infiel en el primer ímpetu de su cólera mandó que le cortasen la mano derecha; y que tornó á recobrarla en la noche siguiente por efecto de un milagro que desengañó al mahometano y cubrió al Emperador con el oprobio de una crueldad inútil. Cualquiera que sea la verdad de esta acusacion, es constante que Leon

(1) *Ch. lib. 15. hist. ecles. cap. 3.*

despreció la doctrina de San Juan Damasceno, en un todo conforme á la de la Iglesia.

20. Pero mientras la fe estaba espuesta á tales riesgos en oriente, hacia en la Germania los mayores progresos por el ministerio de San Bonifacio. Hábiase extendido su reputacion por toda Europa: todos hablaban con admiracion de este hombre apostólico, y llegaban sin cesar muchos operarios ilustres, particularmente de las islas británicas, á fin de entrar á la parte en la gloria y trabajos de su apostolado. Dispersáronse muy lejos, los unos en el pais de Hesse, los otros en la Turingia y en las regiones limítrofes, en las ciudades, en las aldeas, en las poblaciones mas pequeñas, y hasta en la obscuridad de los bosques que daban asilo á las familias aisladas de los salvages. Presto fue necesario levantar nuevas iglesias para recibir á los cristianos, cuyo número crecia de dia en dia. Atribúyense á este tiempo las fundaciones de los monasterios de Frissar y de Hamanabourg. Por lo regular se erigia junto á cada iglesia un monasterio numeroso, en el que, sin embargo de los trabajos de la mision, se observaba la regla del recogimiento y silencio con la mayor exactitud. Cuentan del primer abad de Frissar, San Vigberto, quien pasó desde Inglaterra siendo ya sacerdote, que cuando le llamaban para confesar alguna persona, guardaba en el camino un religioso silencio, ó hablaba solamente de cosas piadosas.

21 y 22. Escribió San Bonifacio al Papa Gregorio III luego que le exaltaron á la cátedra de San

Pedro, tanto para asegurarle de su obediencia, quanto para recibir los consejos apostólicos, los que se propuso observar como regla principal de su conducta. Concedióle entonces la santa Sede el honor del palio, con el titulo de arzobispo. Remitióle el Pontífice reliquias y otros presentes con una carta en que le hablaba de establecer, segun los cánones y con la autoridad de la santa Sede, nuevos obispos en aquellos lugares donde los fieles se aumentaban tan felizmente (1). Quiere no obstante que concurren á estas ordenaciones dos ó tres obispos, y que se proceda en todo con arreglo á la prudencia para no vilipendiar al obispado. En quanto á los matrimonios encargó que se observasen los grados de parentesco hasta la séptima generacion; y sobre la penitencia de los parricidas, que se les privase por toda la vida del uso de la carne y del vino: que se les hiciese ayunar los lunes, los miércoles y los viernes de cada semana; y que no se les diese la comunión hasta la muerte en forma de viático. No aprobaba la Iglesia las cuartas nupcias, aunque tampoco las condenaba absolutamente; por lo que encarga á los misioneros que inviten y persuadan á los nuevos cristianos á no casarse mas de dos veces. A fin de suavizar su barbarie, la que se oponia igualmente á la gloria y á los progresos del Evangelio, se les exhorta á olvidar en quanto fuese posible, la costumbre que tenian de comer carne de caballo.

Parece que los impedimentos del matrimonio no

(1) Tom. 6. Concilior. pag. 1468. Epist. 1.

eran en un todo uniformes ni constantes. Escribiendo Bonifacio á Northelmo , arzobispo de Cantorberi, le pidió que le enviase copia de las cuestiones del obispo San Agustin , y de las respuestas de San Gregorio el grande , en las que , entre otros artículos, dice que se permite á los fieles casarse á la tercera generacion. „Mas examinad detenidamente, añade, si este escrito es con certeza de San Gregorio; porque despues de las diligencias que de mi orden se han practicado en los archivos de la iglesia romana , me han contestado que no le habian hallado. Os ruego tambien me digais vuestro parecer acerca de un matrimonio contraido entre el padrino de un niño y la madre de este , despues de haber enviudado. Mandan los romanos á los contrayentes que se separen , y afirman que en tiempo de los Emperadores cristianos este matrimonio se hubiera tenido por un crimen capital. No puedo comprender cómo el parentesco espiritual haga el tal matrimonio criminal en ciertos lugares. Os pido , pues, que me comuniquéis lo que hayais observado sobre este punto en los cánones , en los padres y en la Escritura.”

23. Quiso Bonifacio conferenciar con el mismo Pontífice , y viajó por tercera vez á Roma siendo de edad muy avanzada. Acogieronle con toda la distincion que merecian los frutos abundantes de sus trabajos , no solo el Papa y los romanos , sino tambien todos los estrangeros que le honraron á competencia en su tránsito. Vióse apenas llegó rodeado de una multitud de franceses , de alemanes , de ingleses y de

gentes de todos los pueblos. Cuando salió de Roma, le colmó el Pontífice de presentes , dándole cartas de recomendacion para todos los principales prelados de la Germania ; entre quienes se hace mencion de Viñon de Ausbourg , de Luidon de Spira , de Rodúlfo de Costanza , de Vivilon de Passau , y de Adda ó Heddon de Strasburgo. El Pontífice exhortaba á los obispos y abades á que diesen á este varon apostólico dignos operarios que le ayudasen.

24. Llevóse el Santo dos de Roma , á saber , Wilebaldo y Vunebaldo , que eran hermanos , naturales de Inglaterra y parientes suyos (1). Salieron de su pais para trasladarse á Italia por los años de 720, en compañía de su padre Ricardo que espiró en el camino , y á quien enterraron en Luca en donde le veneran como Santo. Continuaron los dos hermanos , iguales á su padre en virtudes , su peregrinacion al sepulcro de los Santos Apóstoles , desde donde Wilebaldo , que era el mayor , marchó dos años despues á la tierra santa. Permaneció Vunebaldo siete años en Roma para imponerse á fondo en las ciencias eclesiásticas ; y habiendo recibido la tonsura clerical regresó á Inglaterra con el deseo de inducir á su familia á unirse con él en el camino de la perfeccion. Llevóse á su tercer hermano , y en este segundo viage fue cuando San Bonifacio le persuadió á que corriese á la Germania para tomar parte en sus trabajos. Pasó Vunebaldo á Turingia en compañía de este hermano , cuyo nombre ignoramos , y á quien se reunieron al-

(1) *Act. SS. Bened. tom. 3. pag. 108. et 355.*

gunos otros ingleses, entre quienes se contaba San Sebald, venerado en Nuremberg como apóstol del país. Mucho tiempo despues Wilebaldo, que habia empleado siete años en su viage á Palestina, y que consumió diez mas en egercitarse en el monasterio del monte-Casino en la práctica de las virtudes mas puras, corrió á unirse por orden del Papa con aquella compañía de apóstoles.

25. Emprendió Bonifacio á instancias del duque Odilon el camino para Baviera. La larga mansion que allí hizo mas bien puede llamarse una nueva cadena de trabajos y triunfos evangélicos, que un descanso tan conveniente á su avanzada edad. Allí halló una multitud de seductores que sin tener ningun carácter practicaban las funciones del sacerdocio y del obispado, seduciendo á los pueblos con sus artificios, y escandalizándolos todavía mas con su conducta licenciosa. Sometió á unos, mandó espulsar á otros, restableció la fe y las costumbres, y para cimentar su obra dividió la Baviera, de acuerdo con el duque, en cuatro diócesis. Además del obispo Vivilon, ordenado por el Papa y cuya silla fue la de Passau Eremberg, sobrino de San Corbiniano, pasó al obispado de Frinsiga, Juan al de Saltzburgo, y Gabaldo al de Ratisbona. Dió San Bonifacio cuenta al Papa Gregorio III de quanto habia practicado, y este Pontífice lo confirmó con sus cartas, exhortando al santo obispo á no cansarse de los viages penosos y frecuentes que tenia que hacer para dilatar mas y el reino de Jesucristo. „La obra de que estais encarga-

do, le dice, no os consiente establecceros en un lugar; sino que despues de haber fortificado los nuevos cristianos en esas regiones occidentales, debeis llevar la luz de la salvacion por todas aquellas partes en que el espíritu de tinieblas quiere hallar su refugio. Gracias tributamos á Dios porque habeis convertido en Germania con los ausilios de Carlos, Príncipe de los franceses, hasta cien mil almas. Mas como el Señor no pone limites á sus recompensas, tampoco vos debeis ponerlos á vuestras empresas. En quanto á los sacerdotes sospechosos que decís haber hallado en Baviera, si se ignora por quienes fueron ordenados, ó se duda si lo han sido por obispos, es necesario repetir estas órdenes, suponiendo que sean dignos de ellas por su creencia y sus costumbres (1).”

26. No florecian menos en Inglaterra la fe y la piedad: este pueblo que así en lo bueno como en lo malo raras veces se contenta con la medianía, no tenia entonces otro objeto mas digno de sus servicios y obsequios que aquella augusta Silla que le habia puesto en el camino de la salvacion; llegando á un grado tan asombroso, como lo es en estos últimos tiempos su ingratitude cismática. Estableció Ina, Rey de Ouessex ó de la Inglaterra occidental, en sus estados un dinero de censo sobre cada casa en favor de la Sede apostólica, haciendo en cierto modo su reino tributario de la iglesia romana. El Rey Atulfo acrecentó esta imposicion, dándole el nombre de dinero de San Pedro. Para eternizar la memoria de esta

(1) *Gregor. III. Epist. 7. tom. 6. Concillor. pag. 1474.*

generosidad, levantó Ina un magnífico monasterio en Glatamburi en honor de los Apóstoles San Pedro y San Pablo; renunció luego su corona, fue como peregrino á Roma, abrazó la vida monástica, y finalizó poco despues sus dias con gran santidad. Prefirió tambien Cleovulfo, Rey de Nortumberland ó de los ingleses del norte, la humildad de la vida religiosa al poder soberano que cedió á Eadberto.

27. Continuaba el Rey Luitprando ofreciendo en Lombardía el ejemplo de las virtudes necesarias á la vida cristiana; mas no profesaba un afecto igualmente desinteresado á la iglesia romana. Estas dos potestades de un orden del todo distinto, no eran menos rivales entre sí. Disminuyéndose por grados el poder imperial en Italia, deseaba el Príncipe lombardo apropiarse sus dominios, y el Pontífice romano pretendia el derecho de eleccion de nuevos Soberanos en defecto de los Emperadores incapaces de defender á unos vasallos tan distantes. Anteponia la dominacion francesa, que era la mas respetable entonces por la conducta enérgica de Carlos Martel, á la de un reyezuelo inquieto, celoso y siempre atento á utilizar todas las ocasiones de engrandecerse á espensas de sus vecinos. Sin declararse contra el imperio, cuya dudosa suerte abandonó á la Providencia, y á quien él mismo habia servido en varias ocasiones, recurrió al Príncipe de los franceses para la defensa de la Iglesia. No podia la necesidad ser mas urgente; y Luitprando, por razones que nunca faltan entre estados vecinos, cuyas pretensiones son tan opuestas, silió á

Roma, habiéndose apoderado ya de cuatro ciudades de su dependencia.

Envió Gregorio III legados á Carlos con muchos presentes y con las llaves del sepulcro de San Pedro y algunos fragmentos de sus cadenas, á lo que unió unas cartas muy enérgicas (1). „Nos hallamos, dice, abismados en una profunda afliccion por la violencia y avaricia sacrílega de los Reyes lombardos, esto es, de Luitprando y de su sobrino Hildebrando, unido á él en el gobierno durante una enfermedad de la que juzgó iba á morir, y que despues reinó en su compañía. Han arruinado todas las posesiones de San Pedro, y las han despojado de todo hasta del ganado que habia en ellas. Lo poco que nos quedaba del ano pasado para el sustento de los pobres y de las iglesias, lo han consumido ó destruido malignamente. Hasta el presente la confianza que hemos puesto en vos, ha sido para nosotros un perjuicio, y para vos un oprobio. No cesan de insultaros diciendo: confiais en los socorros de Carlos; venga, pues, con sus valerosos franceses á libraros de nuestras manos. ¡Qué dolor tan cruel penetra nuestra alma al oir estos baldones, y al acordarnos de unos hijos tan valientes que no hacen esfuerzo alguno para defender á su madre la Iglesia de Dios y á su pueblo escogido! Mi muy querido hijo, aunque el Príncipe de los Apóstoles puede sin necesidad de vuestro brazo libertarse de estos enemigos implacables, quiere no obstante probar la piedad de sus hijos. Para aseguraros del estado de las

(1) *Gregor. III Epist. s. tom. 6. Concilior. pag. 1472.*

cosas, enviad aquí un ministro fiel que vea con sus propios ojos los excesos de la tiranía que nos oprime, el oprobio de la Iglesia, el despojo de los altares, los rios de lágrimas y de sangre de los ciudadanos y peregrinos." Al concluir toma un tono mas lleno de energía y entusiasmo, y ruega al Príncipe francés, por el juicio de Dios, que no prefiera la amistad de los Reyes lombardos á la del Príncipe de los Apóstoles. Entré los títulos de honor que le dispensa, le llama cristianísimo; lo que hace ver la antigüedad de este título, atribuido de un modo enteramente particular y justo á los Reyes de Francia, así por la protección que han concedido siempre á la Iglesia, como por una integridad de fe, de que ninguna otra corona puede gloriarse.

28. El celo de Carlos se vió comprometido por la política. El Rey Luitprando no era un Príncipe despreciable. Treinta años de experiencia en el arte de reinar, mucha destreza y sagacidad, un valor á toda prueba, un fondo real de adhesión á la Religión verdadera, hacían su alianza necesaria á la Francia en las circunstancias en que se hallaba. Los sarracenos por medio de una segunda irrupción acababan de apoderarse de Aviñon, de Marsella y de otras muchas plazas fuertes de sus provincias meridionales. Luitprando era el único Soberano de quien la Francia podía esperar socorros. Envió en efecto sus tropas á la primera instancia de Carlos Martel, que se adelantó por su parte con todas sus fuerzas. Los sarracenos se retiraron con espanto, y los franceses recon-

quistaron lo que habían perdido hasta Marsella. Los infieles habían evacuado ya á Narbona y todo el terreno del lado de acá de los Pirineos, conocido entonces con el nombre de Gotia.

Después de estas victorias, respondió Carlos Martel á la embajada del Sumo Pontífice, y le envió regalos magníficos. Tomó el partido de la negociación con Luitprando, á quien debía obligaciones tan recientes y capitales: le hizo presente, que un Rey cristiano no podía en honor ni en conciencia atormentar al Padre comun de los fieles, y usurpar los bienes de la primera de las iglesias. Fuese temor ó remordimiento de Luitprando, restituyó algun tiempo después á la santa Sede todas las posesiones de que se había apoderado, y cuya renta anual ascendía á mas de tres mil libras de oro.

29. Carlos sobrevivió poco á esta buena obra. Las fatigas de la guerra y de un gobierno tan penoso en un tiempo agitado de tempestades políticas, habían consumido sus fuerzas. Tomó sus medidas para transmitir su gran poder á la posteridad, y dividió el imperio francés entre sus dos hijos Carloman y Pipino. A Carloman, que era el primogénito, le tocó la Austrasia, la Suabia, llamada después Alemania, y la Turingia, es decir, la Francia occidental, tanto de esta parte como de la otra del Rhin. Pipino obtuvo el resto de la Francia; en el cual se distinguían la Borgoña, la Neustria y la Provenza. En fin, murió Carlos Martel en Oitiers del Oisa, á tres leguas de Noyon, después de haber ejercido por espacio de

veintisiete años la autoridad real y la soberanía bajo el dulce título de Príncipe de los franceses. Tuvo una muerte cristiana, asistido de Alfonso, abad de Castres en Langüedoc, y fue enterrado en la iglesia de San Dionisio cerca de París, á la cual habia enriquecido con dádivas considerables. Tuvo mucho tiempo por confesor á un religioso de la abadía de Corbie, llamado Martin, que murió en opinion de Santo. La vision que se atribuye á San Euquerio, en la cual se le representó este Príncipe en cuerpo y alma en el infierno, es una fábula que se destruye por sí misma; pues Euquerio murió desterrado en el año 718 á 10 de Febrero, es decir, mas de veintitres años antes que Carlos, el que no murió hasta el dia 22 de Octubre de 741.

Es verdad que este Príncipe echó mano frecuentemente de los bienes eclesiásticos, y que la causa de haber sido desterrado San Euquerio fue la libertad con que se opuso á esta especie de usurpaciones. Pero las guerras continuas en que se vió empeñado contra los idólatras de Germania y contra los mahometanos, le persuadieron que podía valerse de estos recursos sin ninguna injusticia. Es necesario sin embargo convenir en que hizo una brecha enorme á la disciplina, dando abadías y aun obispados á los oficiales de su ejército, lo cual obligó á muchos eclesiásticos á tomar las armas para conservar sus beneficios. Arrojó tambien de su silla á San Rigoberto, arzobispo de Rems, que en los mayores movimientos del estado, y antes que la autoridad de Carlos se ha-

llase bien establecida, rehusó abrirle las puertas de aquella ciudad. ¿Mas cómo se ha de juzgar entre el Príncipe y el obispo una materia tan delicada, y particularmente en aquellos tiempos tan turbulentos y llenos de tinieblas? Mas bien se debe mirar el influjo maravilloso de la fe cristiana sobre las naciones que apenas habian salido de la barbarie, y se mostraban ya tan diferentes de lo que fueron.

30. Los Emperadores romanos, es decir, los Príncipes griegos, que tomaban siempre este título pomposo, en medio de su civilizacion y cultura daban en extravíos mas escandalosos, desviándose de los principios de la fe. La muerte de Leon Isáurico que sucedió en el propio año que la de Carlos Martel, es mucho mas deplorable á los ojos de la Religion. No hay indicio alguno de que se esforzase á borrar con la penitencia el crimen de los últimos quince años de su reinado, empleados en trastornar el imperio, queriendo arruinar el culto público de la Iglesia.

31. Gregorio III murió tambien en el año 741, el dia 27 de Noviembre, con reputacion de hombre grande y de virtuoso Pontífice. Aseguran que fue el primer Papa que tuvo apocrisarios en Francia. Su legacia á Carlos Martel es mirada como el origen de los nuncios apostólicos en este reino, á donde posteriormente han sido enviados con frecuencia, y tienen en fin una residencia habitual.

32. Tres dias despues de la muerte de San Gregorio, Zacarías, griego de nacion, fue ordenado Papa á 30 de Noviembre. „Estaba dotado de una bon-

dad de alma incomparable, dice Anastasio, era un verdadero padre del clero y de todo el pueblo romano: tan pronto en perdonar como lento en castigar; sin querer triunfar de sus enemigos, sino obligarles al arrepentimiento con la continuacion de sus beneficios; y poseía en grado eminente el arte de hallar recursos, el talento de insinuarse, de hacerse todo para todos, y de conciliarse el amor de sus mas obstinados perseguidores (1). La eleccion de tan digno Pontífice no debia sin duda estar indecisa por largo tiempo; mas la causa principal de la celeridad con que se procedió á ella, fue el peligro inminente en que se hallaba Roma, amenazada de nuevo por los inconstantes lombardos. Así no pidieron, ó á lo menos no aguardaron para esta eleccion la confirmacion del Emperador ó de sus ministros ordinarios.

33. En Grecia la muerte de Leon Isáurico agravó los males de la Iglesia en vez de suavizarlos. Su hijo Constantino, llamado Coprónimo por haberse ensuciado en la pila el día del bautismo, quedó único dueño del imperio, al cual habia sido asociado antes de la muerte de su padre (2). Llamáronle tambien Cabalino, porque llevaba á todas partes estiércol de caballo, cuyas exhalaciones eran para su olfato un perfume agradable. El fondo de su alma era tan depravado como sus gustos. Era grosero, brutal, impúdico, sanguinario, y tan enemigo de las imágenes como su padre. Además fue acusado de que despreciaba no solo las imágenes, sino tambien al

(1) *Anast. in Zachar.* (2) *Theoph. ann.* 24. pag. 346.

Santo de los Santos Jesucristo, y de que se entregaba á las prácticas abominables de la magia. Fue tan aborrecido y despreciado, que desde el principio de su reinado le disputó el imperio su cuñado Artabazo con éxito feliz.

Despues de varias ventajas conseguidas en Siria, á donde habia marchado Constantino contra los musulmanes, volvió su competidor con mucha prisa á Constantinopla, y esparció la voz de que el odioso Emperador habia quedado muerto en el campo de batalla. El pueblo creyó fácilmente lo que deseaba. No temiendo ya á un tirano, cuya muerte creía efectiva, publicó que era un herege, y que era preciso desenterrarle. Artabazo, que profesaba la Religion católica, se presentó acompañado de sus parciales, y fue proclamado Emperador (1). El patriarca Anastasio le coronó en la iglesia mayor. Este indigno prelado, cuya religion fue siempre la del mas fuerte, fue el primero en esclamar que era necesario restablecer el culto de las santas imágenes, lo que se hizo con grandes aclamaciones. Entonces el patriarca juró sobre el madero de la verdadera cruz, que Coprónimo le habia dicho estas palabras blasfemas: *el hijo de Maria, que llaman Cristo, no es hijo de Dios. Maria le parió del mismo modo que Maria mi madre me parió a mí.* Coprónimo se estuvo quieto en Frigia, á donde se habia refugiado; mas al año siguiente volvió con un ejército numeroso, entró triun-

(1) *Id. ann.* 48. pag. 347.

fante en Constantinopla (1), é hizo sacar los ojos á Artabazo y al patriarca Anastasio, el cual fue paseado en un asno, vuelto de espaldas, por toda la ciudad, y particularmente por el Hippodromo, como se lo habia predicho el santo patriarca German. Despues de esto el Emperador impio le dejó en la silla patriarcal, por quanto este cobarde renegado se declaró de nuevo contra las imágenes.

34. Los lombardos en occidente, y los árabes en oriente intentaron sacar partido de estos desórdenes del imperio. Restablecido el exarca Eutiquio en Ravena, de donde hemos visto que fue arrojado, volvió el Rey Luitprando con sus tropas para apoderarse del exarcado porque no podia prometerse socorros de Constantinopla. Eutiquio imploró el del Papa, el cual aunque inquieto sin cesar por los lombardos, no se detuvo un momento en marchar á Ravena. El pueblo salió al encuentro al generoso Pontífice, gritando: *bendito sea el Padre comun, que ha dejado sus propias ovejas para venir á libertarnos* (2). Al dia siguiente envió el Papa legados al Rey de los lombardos, y le avisó que llegaria él mismo muy pronto. Irritado Luitprando de que un clérigo, así se esplicaba, le detuviese siempre en sus conquistas, despidió á los legados sin oírlos, y siguió su marcha. Pero cuando llegó el Pontífice, no pudo resistirle, concedió la paz al exarca, volviéndole los puestos de que se habia hecho dueño. A pesar de la impie-

(1) *Theoph. ann. 3. Copronym. pag. 352. et seq.* (2) *Anast. in Zachar.*

dad que caracterizaba al Emperador Constantino, se sintió moyido de una generosidad heroica al saber esta noble accion del Papa, é hizo donacion á la iglesia romana de dos posesiones pertenecientes al imperio.

35. Los árabes por su parte aprovechándose de las divisiones de la Grecia, hicieron en ella varias irrupciones, llevándose muchos cautivos. Querian reparar el vacío que experimentaban por la pérdida de todos sus cautivos cristianos, los que el califa Icham, fuese por desconfianza ó por un falso celo de religion, hizo degollar en el año anterior en toda la estension de sus dominios. Esta crueldad produjo un sin número de mártires, entre los cuales Eustacio, hijo del patricio Marino, resplandeció con un valor digno de que el ciclo le honrase con el don de milagros (1).

No obstante, habiendo puesto su afecto este califa en un monge siriaco, llamado Estévan, que tenia poca esperiencia del mundo, pero mucha piedad, propuso espontáneamente á los cristianos sujetos á su dominio que le eligiesen por patriarca. Parecióles este capricho una disposicion de la Providencia, y colocaron efectivamente á Estévan en la silla de Antioquia, vacante cuarenta años habia por la oposicion constante de los árabes. Verificada esta eleccion, no hubo ya obstáculos para las de los otros patriarcados. Cosme, patriarca melquita de Alejandria, es decir, de la misma fe que los Emperadores, hombre mas sencillo é ignorante que Estévan, pues no sabia leer

(1) *Theoph. ann. 2. pag. 349.*

ni escribir, y cuyo único oficio era hacer agujas, consiguió del mismo califa las iglesias de que se habían apoderado los jacobitas, con inclusion de la patriarcal, usurpada á los fieles de su comunión luego que los musulmanes entraron en Alejandría. Desde esta época habían dominado los jacobitas en todo el Egipto, y aun esparcieron sus errores por la Nubia. Los melquitas seguían la heregia de los monotelitas desde el pontificado del famoso Ciro. Pero Cosme volvió con su pueblo á la fe católica. Habiendo fallecido en Jerusalem el patriarca melquita bajo el mismo reinado de Icham, fue electo Elías sin oposicion, y ocupó la silla treinta y cuatro años.

36. Valid II, que sucedió en 743 á su tio Icham, fue perseguidor. Por fortuna no reinó mas que quince meses, al fin de los cuales la infamia de sus disoluciones y su impiedad en la propia ley que profesaba le hicieron deponer. En Damasco, donde tenia su residencia, concibió una suma aversion al metropolitano Pedro, porque refutaba los errores detestables de los maniqueos; y tal vez por esta razon, mas bien que porque combatia igualmente la doctrina musulmana, le desterró, despues de haberle mandado cortar la lengua. Pedro de Mayúma murió mártir bajo el mismo tirano. Hallándose enfermo fue visitado de los magistrados árabes, que le amaban y estimaban por su integridad en la administracion de las rentas públicas, cuyo encargo se veían precisados á hacer á los cristianos estos dominadores ignorantes. „Dios, les dijo, recompense la amistad que me profesais.

Mas yo de mi parte debo esforzarme á reconocerla por mi testamento que es el siguiente: „cualquiera que no crea en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, en toda la Trinidad adorable y consubstancial, es un ciego voluntario, digno de los suplicios eternos, y un verdadero precursor del Anti-Cristo, como vuestro falso profeta.” Habló con ellos largamente en el mismo lenguaje sin que se alterasen, porque le amaban sinceramente, y le miraban como un enfermo delirante. Mas continuando despues de restablecido en desacreditar el alcoran, le cortaron la cabeza. La Iglesia le honra como mártir, lo mismo que á San Pedro de Damasco.

37. Los árabes experimentaron alternativamente los funestos efectos de la division que se suscitó entre ellos con motivo de la deposicion y asesinato de Valid (1). Pretestando querer tomar venganza de su muerte, se formaron en muy pocos años facciones y revoluciones sin número. Terminaron en fin en el año 750 de Jesucristo, transfiriendo el poder supremo de los Omniadas á los Abasidas, parientes mas inmediatos que los primeros de su falso profeta. Entonces dejó Damasco de ser la capital de este imperio. El Emperador Constantino tomó luego á los musulmanes la ciudad de Germanicia y otras muchas plazas de Siria, cuyos moradores trasladó á Constantinopla, y los distribuyó en el resto de la Tracia. Redujo inmediatamente á Teodosiópolis y Melitina, que eran las mejores ciudades de Armenia, y sujetó

(1) *Elmac. lib. 2. cap. 1.*

todos los armenios á la obediencia del imperio. De esta suerte fueron humillados los califas Abasidas al tiempo mismo de su exaltacion al trono. Los Ommiadas solo conservaron la España, á donde se refugió Abderraman II, nieto de Icham, despues de la ruina de su casa, y tomó el título de Emir-Almumenin, es decir, Príncipe de los fieles, fijando su capital en Córdoba.

38. Los cristianos de España no aguardaron á estas circunstancias para fortificarse (1). Bajo su Rey Alfonso, llamado el Católico, y tercero despues de Pelayo su restaurador (*), consiguieron victorias considerables contra los sarracenos estenuados por las perdidas que habían sufrido en Francia, y les quitaron gran número de ciudades. Cuéntanse hasta treinta y

(1) *Roleric. Tolet. cap. 18. = Sebast. Salm. pag. 47.*

(*) El Rey D. Pelayo, despues de haber reinado en Asturias diez y nueve años, murió en Cangas de Onís dos leguas distante de Covadonga, en el año 737. Por su muerte subió al trono D. Favila su hijo, de cuyo corto reinado no queda otra memoria que la magnífica iglesia de Santa Cruz de Cangas. Muerto Favila en 739, fue proclamado Rey de Asturias D. Alonso I llamado el Católico, hijo de D. Pedro, duque de Cantabria, descendiente del gran Recaredo, y casado con una hija de D. Pelayo. Era D. Alonso varon de mucho espíritu, y muy práctico en la guerra contra los árabes, como lo había mostrado repetidas veces en los dos reinados anteriores. Pero lo que mas le adornaba era su piedad y Religion, virtudes que le grangearon el renombre de Católico. Luego que empuñó el cetro, juntó todas sus fuerzas, y bajando de aquellas asperísimas montañas arrancó del poder de los moros un gran número de ciudades, pueblos y castillos en la primera campaña.

una, de las cuales las principales y mas conocidas fueron Lugo en Galicia, Braga, metrópoli de Lusitania, Salamanca, Ávila, Segovia, Burgos y Leon. Alfonso esterminó todos los sarracenos que las habitaban, y trasladó los cristianos á Asturias, de suerte que estas ciudades quedaron enteramente desiertas. Pero despues volvió á poblar algunas, de cuyo número fueron Burgos y Leon. Estableció un obispado en esta última: construyó ó reparó una multitud de iglesias, y reinó gloriosamente por espacio de diez y ocho años, al fin de los cuales dejó un trono sólidamente establecido á su hijo Froila ó Fruela (*).

39. Conservábase el cristianismo con sus iglesias y

(*) En medio de sus rápidas y gloriosas conquistas jamás olvidó el Rey Católico los intereses de la Religion. Por todas partes iba restableciendo el culto divino, construyendo y dotando iglesias, y poniendo obispos en las principales. Por fin, lleno de méritos y días murió el año 757, á los setenta y cuatro de edad y diez y ocho de reinado. Oyéronse en su muerte voces y conciertos celestiales, que la honraban como al tránsito de un varon justo que pasa á recibir el premio de sus virtudes.

Por muerte de D. Alonso ocupó el trono su hijo mayor Don Fruela. Era joven de condicion áspera y dura, pero muy apto para la guerra, á la cual se preparaba no solo con las armas, sino tambien con el culto de Dios, y con la reforma de las costumbres y de la disciplina. Puso todo su desvelo en extinguir el abuso del matrimonio de los sacerdotes, introducido por Witiza, y lo consiguió segun escriben el Silense, D. Rodrigo, D. Lucas y otros. Triunfó muchas veces de los árabes, y entre otras fue muy cumplida y memorable la victoria de Pontuvio, en la que murieron cincuenta y cuatro mil enemigos con su general Haimar. Sosegó despues de esto el Rey D. Fruela los alborotos de la Vasconia y de Galicia, castigando á los sediciosos; edificó en

monasterios en el resto de la España, bajo la dominación de los árabes (1). Un salvoconducto concedido por los generales sarracenos á los habitantes de Coimbra, nos hace conocer el estado en que se hallaba entonces. En él se leen los artículos siguientes: „los cristianos pagarán un impuesto doble que los musulmanes, veinticinco libras de peso de plata por cada iglesia, cincuenta por un monasterio, y ciento por una catedral: tendrán en Coimbra un conde cristiano para que les administre justicia, y otro en Agreda; mas no podrán egecutar sentencia alguna de muerte, sin tener primero la confirmacion del alcaide ó magistrado árabe; y establecerán otros jueces en los lugares pequeños. Si un cristiano matase ó maltratase á un musulman, será juzgado por el alcaide, segun las leyes árabes. Si abusase de una doncella musulmana, se hará musulman para casarse con ella, y de lo contrario se le dará muerte. Si abusase de una muger casada, sufrirá irremisiblemente la pena

Asturias la nobilísima ciudad de Oviedo á la que se trasladó despues la corte, y la hermoseó con una grande iglesia dedicada al Salvador, en la que se construyeron doce altares en honor de los doce Apóstoles. Todas estas nobles acciones dan á conocer á D. Fruela por un gran Príncipe; empero su memoria quedó manchada por la aspereza de su carácter, y por la cruel muerte que dió á su hermano, solo por sospecharle mas amado del pueblo. Finalmente vino á morir él mismo de muerte violenta á manos de sus vasallos, sin duda en castigo de su iniquidad; y fue sepultado en Oviedo, en el año 768. Sucedióle su primo D. Aurelio, que reinó seis años, é hizo paz con los moros.

(1) Sandoval. *hist.* pag. 87.

capital. Si algun cristiano entrase en la mezquita para decir mal de Dios ó de Mahoma, quedará obligado, bajo pena de muerte, á hacerse musulman. Los obispos, bajo la misma pena, se abstendrán de maldecir á los Reyes árabes. Los sacerdotes dirán sus misas á puerta cerrada, bajo la pena de diez libras de plata. Los monasterios serán conservados en paz mediante el tributo de cincuenta libras.” Añádese, que el monasterio de Lorban, que todavía subsiste bajo la regla del Cister, no pagará cosa alguna, por quanto sus monges reciben con afecto á los musulmanes, y les presentan de buena fe su caza; y que tampoco se les exigirá derecho alguno de quanto puedan vender ó comprar, teniendo entera libertad de ir á Coimbra, con la obligacion de no salir sin licencia de los dominios musulmanes. Tal era poco mas ó menos la situacion de los cristianos en el resto de la España (*).

40. En las Galias y en todo el imperio francés sufrió mucho la Religion con motivo de las incursio-

(*) La España, aunque inundada de mahometanos enemigos y crueles perseguidores de los cristianos, supo conservar la sagrada Religion de Jesucristo con la mayor pureza y constancia, sin dejarse vencer en esto de ninguna otra nacion del mundo. Sufrió contra su voluntad el yugo de los árabes, pero el primer tratado que hizo con ellos, fue el de conservar y mantener no solo la fe, sino tambien el culto público, lo que se observó en todo tiempo con el mayor vigor; pues en Córdoba, Sevilla, Granada, Toledo y en las demás ciudades dominadas por los infieles, hubo iglesias abiertas, donde se adoraba solemnemente á Jesucristo, se predicaba la ley evangélica, se consagraban obispos,

nes de los sarracenos, aunque solo infestaron ciertas provincias. Mas la necesidad de hacerles frente obligó al Príncipe á olvidar y aun á despojar otros muchos pueblos, sin perdonar á las iglesias. Cuando estos fatales vecinos, debilitados por las victorias de Carlos Martel, y bastante ocupados en su propia casa por los repetidos golpes que recibían de los Reyes de Asturias cuyo poder se aumentaba de dia en dia, no estendieron las miras de su ambicion mas allá de los Pirineos, se aplicó seriamente aquel Monarca á curar las heridas que habían hecho á la iglesia de Francia. Las provincias germánicas, en donde el cristianismo no había tenido tiempo de adquirir toda su consistencia, eran las que experimentaban una necesidad mas urgente. Hacia mas de ochenta años, segun una carta de San Bonifacio al Papa Zacarías, que los franceses no habían celebrado concilios ni tenido arzobispos, y que la mayor parte de las sillas episcopales estaban abandonadas, como bienes profanos, á la avaricia de algunos legos, á la disolucion de ciertos clérigos, y á los arrendatarios públicos: lo que debe entenderse de las dos provincias del Rhin, que estuvieron sin arzobispo desde la muerte de San Amando

presbíteros y demás ministros sagrados, y egercian todos los actos de Religion. Si alguna vez se oponía el gobierno mahometano, ofrecían nuestros españoles su garganta al cuchillo homicida, y derramaban gustosamente su sangre en defensa del cristianismo. Véanse todos nuestros historiadores, y singularmente el Padre Mariana en sus libros 7.^o y 8.^o, y Masdeu lib. 1.^o y 2.^o de la España árabe.

de Worms, metropolitano de estas dos provincias; es decir, desde el reinado de los Reyes ociosos é indolentes. Añade Bonifacio que el Príncipe Carloman le había prometido trabajar en el restablecimiento de la disciplina eclesiástica, y que le suplicaba juntase un concilio en aquella parte del reino que él gobernaba. Pedia acerca de esto el consejo y la autorizacion del Pontífice: le consultaba al mismo tiempo sobre diferentes puntos de disciplina, y le daba cuenta de la ereccion de tres nuevos obispados en Germania, á saber: Erfort y Buraburg, que ya no existen, y Wirsburg, del cual fue el primer obispo el inglés San Burchardo.

41. El Papa Zacarías aprobó desde luego el establecimiento de estas nuevas iglesias, como igualmente la celebracion del concilio que deseaba Carloman (1). Respondiendo á continuacion á los puntos de consulta propuestos por Bonifacio, declara que en este concilio se debe suspender de todas sus funciones á los obispos, á los sacerdotes y á los diáconos que hubiesen caído en el delito de adulterio ó de fornicacion, y aun antes de ordenarse en la bigamia, y á los que hubiesen derramado la sangre de los ingleses ó de los cristianos; y en una palabra, á los que hubiesen quebrantado los cánones en materia grave. Sobre el artículo particular del sucesor que pensaba elegir Bonifacio por razon de su avanzada edad, se esplica de esta manera el Papa: „No podemos tolerar que mientras vivais se elija un obispo en vuestro lugar:

(1) Zachar. P. Epist. tom. 6. Conciltor. pag. 1498.

esto no debe hacerse. Pedid ahora á Dios que os prepare un digno sucesor; y en la hora de vuestra muerte podreis designarle en presencia de todos, despues de lo cual vendrá aquí para recibir su ordenacion. En este particular os concedemos lo que negáramos á cualquier otro." En orden á la solicitud de un lego de distincion que pretendia haber obtenido dispensa del último Papa para casarse con la viuda de su tio, parienta suya por otra parte en tercer grado, y que antes del matrimonio habia traído el velo y hecho voto de castidad, respondió Zacarias: „Dios nos libre de creer que nuestro predecesor hubiese accedido á semejante súplica. Nada dimana de la Sede apostólica que sea contrario á la santidad de los cánones. Lo mismo digo de las supersticiones que asegurais se practican en Roma cerca de la iglesia de San Pedro el primer dia de Enero. Estos son restos de los encantamientos, de los agüeros y de otras observancias paganas que habia proscrito ya nuestro predecesor Gregorio; y por cuanto empezaron á renovarse desde el dia en que ocupamos su Cátedra, ó por mejor decir, la de San Pedro, las hemos esterminado con una constitucion de la cual os enviamos copia."

Bonifacio representó además á Zacarias, que habia algunos obispos y sacerdotes de la nacion francesa los cuales habian tenido hijos despues de sus órdenes; y que habiendo estado en Roma, sostenian que el Pontífice consintió en que egerciesen sus funciones. „No creais, dice Zacarias, á esos impostores impúdi-

cos; antes bien proceded contra ellos con todo el rigor de los cánones. Guardaos de desviaros con pretesto alguno de estas reglas fijas, y de las instrucciones seguras que teneis de la Sede apostólica. Las obligaciones no varían segun nuestros caprichos. Solo se nos permite enseñar lo que hemos recibido de los Padres." Las consecuencias sacadas de lo que imaginaban practicarse en Roma, convencen la impresion que hacia en los bárbaros apenas bautizados la autoridad de la santa Sede, y la razon porque San Bonifacio interponia con ellos el nombre del Sumo Pontífice.

42. Celebróse en efecto el concilio propuesto por Carloman en el año 472, sin saberse precisamente el lugar de Germania en que se congregó (1). Además del arzobispo Bonifacio, concurrieron cinco obispos, Burchardo de Wirzburg, Rainfredo de Colonia, Vitta de nuevo ordenado para Burabourg, Wilehaldo pariente de Bonifacio, que le habia sacado de Roma y ordenado primer obispo de Eichstadt en el año precedente, Dadan sucesor de San Willebrodo que habia muerto tres años antes en la silla de Utrech y Eddan de la de Strasburgo. Se comenzó confirmando los obispos establecidos por el arzobispo Bonifacio en nombre de San Pedro, de quien le llaman enviado. Despues se mandó que todos los años se tuviese un concilio en presencia del Príncipe, para la reforma de los abusos: que se volviesen á las iglesias los bienes que se las habian quitado, negando no obstante el usufructo á los sacerdotes incontinentes, quienes

(1) *Tom. 6. Concilior. pag. 1134.*

por el contrario debian ser degradados y sujetos á la penitencia. „Los eclesiásticos, añade el concilio, se abstendrán de llevar armas, y no solo no pelearán, sino que tampoco irán con las tropas, exceptuando aquellos que fuesen elegidos para celebrarles la misa y llevar las reliquias, á saber, uno ó dos obispos que podrá llevar el Príncipe con sus capellanes:” título de oficio que era todavía poco usado, y que se encuentra señalado aquí por la primera vez. „Se permite tambien á cada comandante llevar un sacerdote, para juzgar, dicen los padres del concilio, á aquellos que confesasen sus pecados, é imponerles la penitencia conveniente. Prohibimos además á todos los clérigos, prosiguen, cazar ó hacer batidas, y teneralcones y gavilanes.”

Declaran que „cada sacerdote vivirá sujeto al obispo diocesano, y todos los años por la cuaresma le dará cuenta de su fe y de su ministerio: que estará siempre pronto á recibirle respetuosamente con los fieles congregados cuando visite su diócesis, para confirmarlos segun los cánones; y que el jueves santo recibirá de él el nuevo crisma. De cualquiera parte que viniesen los obispos y los sacerdotes incógnitos, no serán admitidos al ministerio antes de ser aprobados por el prelado en su sínodo. Cada obispo, auxiliado del conde, cuidará de preservar al pueblo de Dios de todas las supersticiones paganas, como los encantamientos y las suertes, los agüeros y la adivinacion, los sacrificios de los muertos, y las víctimas inmoladas á imitacion de los paganos encendien-

do hogueras cerca de las iglesias de los mártires y confesores. Las personas consagradas á Dios que en adelante cayeren en la fornicacion, serán encarceladas para hacer penitencia á pan y agua. Si fuesen sacerdotes, permanecerán dos años en la prision despues de haber sufrido una disciplina sangrienta. El obispo podrá añadir á esta pena la que le pareciere. Si fuesen eclesiásticos ó monges, despues de recibir tres disciplinas, se les tendrá encerrados por espacio de un año. Lo mismo se egecutará con las religiosas veladas, á las cuales manda el concilio que se las corte el pelo á navaja para su confusion: de lo que se infiere que la costumbre de cortarlas el pelo al tiempo de velarlas no estaba todavía establecida. Los sacerdotes y los diáconos no llevarán capa como los legos, sino la casulla, la que era todavía su vestido ordinario. Los monges y las religiosas observarán la regla de San Benito, establecida ya por el uso en la mayor parte de los monasterios; pero este fue el primer canon que la hizo general.”

43. Sin duda que la censura hallará en este concilio germánico sobre que egercitarse, particularmente contra las prisiones y disciplinas sangrientas de los penitentes. Mas la fe sencilla y repetuosa admirará en él á la Iglesia, la que dirigida en todos tiempos por el espíritu de sabiduría y de piedad, varía su disciplina segun las circunstancias; y la adaptó por entonces con el auxilio de los Principes á la dureza del carácter de los nuevos subditos que adquiria en el norte. Por tanto, no halló dificultad el Vicario de

Jesucristo en confirmar lo que habia establecido este concilio (1). En una carta general dirigida para este efecto á todos los franceses, les da el parabien, particularmente por haber arrojado de su seno á los falsos sacerdotes, á los ministros cismáticos, homicidas, concubenarios, y generalmente á todos los eclesiásticos escandalosos. „¡Qué no deberá temerse, dice, en una nacion, cuando los que están destinados á consagrar los divinos misterios son los primeros en profanarlos, y cuando los sacerdotes homicidas matan con sus propias manos ya á los cristianos á quienes acaban de alimentar con el cuerpo y sangre de Jesucristo, ya á los infieles á los cuales deben predicar su doctrina! Pero si teneis sacerdotes puros y caritativos, y si observais exactamente las reglas que se os comunican de nuestra parte de acuerdo con Bonifacio, sereis el pueblo bendito de Dios en esta vida y en la otra, y todas las naciones infieles se disiparán en vuestra presencia como el polvo.”

San Bonifacio, que mantenía sus conexiones en el país de su nacimiento, recibió por el mismo tiempo cartas y regalos de Cutberto, arzobispo de Cantorberi. En su respuesta le da noticia de su concilio, cuyos decretos le refiere sumariamente; despues de lo cual le añade lo siguiente, aunque no se halla en los cánones (2). „Hemos determinado que los decretos vuelvan á leerse en el concilio que debe celebrarse todos los años, y que el metropolitano vele sobre todos los demás obispos para ver si cuidan co-

(1) *Ap. Bonif. Epíst.* 337. (2) *Tom. 6. Concilior.* pag. 1565.

mo deben de sus pueblos, advirtiéndoles que cuando vuelvan del concilio junten á los sacerdotes y abades de su diócesis, á fin de encargarles la observancia de sus decretos; y que lo que ellos no puedan corregir, lo denuncien al concilio, así como yo me he obligado con juramento á denunciar á la santa Sede los abusos que por mí no soy capaz de esterminar en mi diócesis.” En seguida le hace presente las frecuentes peregrinaciones de Inglaterra á Roma, mirándolas como un origen de escándalo para toda la Iglesia: que las mugeres y aun los religiosos, empeñándose como los legos en estos viages peligrosos, lejos de adquirir mas virtud, comunmente pierden la castidad, de tal manera que apenas se halla ciudad en el camino, así en Francia como en Lombardia, que no esté degradada con alguna prostituta de la nacion inglesa. Reclama igualmente contra la usurpacion de los monasterios que desolaba á la iglesia británica, como tambien á las de Francia y Germania, y añade algunas palabras contra la suntuosidad de los vestidos y de otros adornos superfluos que empezaban á introducirse en las casas religiosas.

44. En consecuencia del concilio de Germania, en el día 1.º de Marzo del año siguiente de 743, se celebró otro en Estines, palacio de los Reyes de Austasia en el país de Cambray (1). Este concilio es conocido comunmente con el nombre de Líptines. Presidió en él San Bonifacio en nombre del Pontífice, con otro obispo llamado Jorge y con Juan Sacelario.

(1) *Ibid.* pag. 1537.

El primer cánón confirma el concilio precedente, cuyos decretos prometen observar los legos poderosos, y los obispos y los religiosos se sujetan formalmente á la regla de San Benito. El cánón segundo modera las disposiciones precedentes, relativas á la restitucion que debian hacer los legos de los bienes de la Iglesia. Precisados los padres por razon de las circunstancias, á pesar de la piedad del Príncipe Carloman, á tomar algun temperamento sobre este punto, determinaron que el Príncipe, á causa de las necesidades urgentes del estado, retuviese por algun tiempo á título de censo una parte de los bienes consagrados á Dios; y que el censo fuese de un sueldo de plata equivalente á doce dineros ó veinticinco sueldos por cada mesa ó familia, es decir, por cada casa que tenga una estension de tierra suficiente para una familia de esclavos. Las tierras que sufran este gravamen volverán á la iglesia luego que muera aquel á quien el Príncipe las hubiese entregado. Para que tengan lugar semejantes concesiones, es necesario que las iglesias no estén demasiado gravadas. A este fin las que son pobres deben recuperar sus rentas enteras. El tercer decreto reprime los abusos antiguos concernientes al matrimonio, y el que se iba introduciendo con grande escándalo de los débiles, á saber, la venta de los esclavos cristianos á los paganos. El cuarto y último cánón, análogo al genio y á las leyes bárbaras que solo imponian penas pecunarias por la mayor parte de los crímenes capitales, prohíbe bajo la pena de quince sueldos de multa las

supersticiones paganas, de las que hace una larga enumeracion. En ella advertimos los sacrificios de los muertos, á quienes erigian en semidioses, y casi generalmente en santos: lo que sin duda pudo dar origen al uso introducido en aquellos países bárbaros de honrar á muchos de santidad dudosa. Observamos igualmente que este concilio fue el primero en que empezaron á contarse los años desde la época de la Encarnacion, segun el ciclo formado por Dionisio el Exiguo.

45. El Príncipe Pipino mandó por su parte celebrar un concilio en la ciudad de Soissons para todas las provincias sujetas á su obediencia, en el dia 3 de Marzo del año siguiente (1). Asistió en persona con los principales de su corte y veintitres obispos, presididos como en Liptines por San Bonifacio. De esta suerte los concilios vinieron á ser en Francia y en España unas asambleas mistas de obispos y grandes del reino, en las cuales se añadian las penas temporales á las espirituales. Como la situacion de las Galias era la misma que la de Germania, se formaron para ambos países unos mismos reglamentos. El concilio de Soissons estableció obispos legítimos en todas las ciudades que se hallaban sin pastor, particularmente en las provincias de Rems y de Sens, y se pidió al Pontífice el palio para Abel y Ardoberto, que fueron nombrados metropolitanos. Mas la violencia de Milon de Trevéris, substituido injustamente, segun hemos visto ya, á San Rigober-

(1) *Ibid.* pag. 1552.

to, y en cuya usurpacion perseveró cuarenta años, impidió que Abel tomase posesion de su silla. Adoberto sucedió á San Ebbon, cuya dignidad se cree renunció á fin de ocuparse únicamente en su propia santificacion en la soledad de Arce. Grimon de Ruan obtuvo asimismo el palio á peticion del mismo concilio, en el cual fueron tambien condenados dos hereges impostores y sacrílegos, que se atribuían falsamente la dignidad de obispos.

46. Nada puede concebirse mas absurdo ni despreciable que la doctrina y conducta de estos dos fanáticos, llamados Adalberto y Clemente, el uno escocés, y el otro galo ó francés (1). En un tiempo mas feliz, el publicar altamente su doctrina hubiera sido el medio mas seguro de desacreditarla. Adalberto fundaba su mision en una epístola que manifestaba á sus sectarios con grande misterio como escrita de propio puño del Hijo de Dios, y enviada desde el cielo á Jerusalem. Les manifestaba igualmente algunas reliquias, diciendo que un ángel se las habia traído de las estremidades del mundo, y cuya virtud era tal, que por su medio conseguiría de Dios cuanto pidiese. Despreciaba las iglesias, erigia cruces, colocándolas en unos oratorios pequeños que fabricaba en el campo al extremo de los bosques ó cerca de las fuentes; y seduciendo por medio de estos artificios y milagros aparentes la simplicidad de las mugeres, y á una multitud de aldeanas que iban en su seguimiento, hacia que le invocasen como un san-

(1) *S. Bonif. Epist.* 135.

to que gozaba ya de la bienaventuranza. Repartia sus uñas y cabellos como reliquias, atribuyéndose el conocimiento de las cosas futuras, y la penetracion de los pensamientos mas secretos; lo que hizo que innumerables gentes de los pueblos fuesen á postrarse á sus pies, manifestándole sus deseos de confesarse. Mas él les decia: *no necesito que me digais vuestros pecados: todos los sé: volved en paz á vuestras casas; ya estais perdonados.*

La heregía de Clemente consistia sobre todo en despreciar generalmente la tradicion, ultrajando los cánones y concilios, y los tratados y esplicaciones de los padres mas respetables, como San Gerónimo, San Agustin y San Gregorio. Sostenia que Jesucristo bajó á los infiernos á dar libertad á todos los condenados, así cristianos como idólatras, y vomitaba mil blasfemias contra el misterio de la predestinacion. Las costumbres de estos dos insensatos eran enteramente conformes á su fe. Adalberto, á pesar de su hipocresía, se abandonaba á toda suerte de impurezas: Clemente sostenia con audacia que podia ser obispo, aunque tenia dos hijos adulterinos.

No solo corrompieron con sus artificios á la gente del campo y al populacho, sino tambien á gran número de clérigos. Ganaron igualmente á fuerza de dinero á algunos obispos ignorantes y vagamundos, cuya dignidad era el fruto de sus intrigas, careciendo además de sillas fijas contra los decretos tan frecuentemente reiterados por los concilios. Para dar fin á estos desórdenes, fue necesario celebrar un nuevo

concilio en el año 745, en los estados de Carloman, é inclinar luego al Sumo Pontífice á que de acuerdo con muchos obispos de las cercanías de Roma y de todo el clero romano, pronunciase contra ellos el anatema.

47. La asamblea de los prelados sujetos á Carloman condenó definitivamente y depuso á Gevilieb, obispo de Maguncia, cuya silla habia antes ocupado su padre Geroldo, pero sin dejar en su nuevo estado sus inclinaciones marciales (1). En un combate contra los sajones fue herido de muerte. Para consolarle pusieron en su lugar á su hijo, siendo todavía lego, el que pasando sin intermision del tumulto de la corte al obispado, escedió á su padre en la violencia de las costumbres militares. Poco despues de haber mudado de estado, siguió al Príncipe Carloman en la guerra contra los sajones. Hallándose los dos egércitos frente á frente, separados por un solo rio, el obispo Gevilieb propuso al asesino de su padre una conferencia que fue aceptada. Se adelantaron igualmente cada uno por su parte, y encontrándose á caballo en medio del rio, el pérfido y sanguinario prelado embistió al sajón, y le atravesó con la espada diciéndole: este es el premio de la muerte de Geroldo. Cayó el sajón muerto en el agua sin que nadie se atreviese ni aun á reprender esta perfidia atroz; y lo mas asombroso fue que el asesino continuó egerciendo sus funciones episcopales. Pero el arzobispo Bonifacio le denunció al concilio:

(1) *Vit. S. Bonif. per Othol. lib. 1. cap. 37.*

le hizo deponer de la dignidad episcopal; é inclinando al Príncipe á que sostuviese con su autoridad un juicio de tanta importancia para la disciplina, cuyo restablecimiento se deseaba, no se olvidó al mismo tiempo de reducir á la sumision al culpado. Resistió por algun tiempo este prelado escandaloso; pero conoció por último sus estravíos, y dió todos sus bienes á la iglesia, reservándose solo una pequeña posesion, en la que vivió con grande edificacion por espacio de catorce años. Egirió la hospitalidad, y toda suerte de buenas obras en medio de un retiro exactísimo, sin dejarse ver de los de Maguncia, á no ser en el dia de jueves santo para practicar la humilde ceremonia del lavatorio.

48. El santo arzobispo era igualmente el móvil de todas las virtudes, y como el alma del cristianismo en el norte y en lo mas principal del occidente. Las necesidades de las iglesias de Alemania y de Francia no le hicieron olvidar la Inglaterra, no tanto porque esta era su patria, cuanto porque habiendo el Sumo Pontífice cometido con mas particularidad á su celo ciertos pueblos, le habian encargado que redujese sin escapcion á todos los fieles que hallase estraviados al camino de la verdad. Este fue lo que escribió á Ethelbaldo, Rey de los mercienses, Príncipe amante de la paz y de la justicia, solícito en reprimir las violencias, y muy liberal con los pobres, pero abandonado á la disolucion, y sin freno en los placeres caprichosos de sus vergonzosas y escandalosas pasiones. Para despertar con mejor éxito la fe en

este Príncipe, no solo le escribió en su nombre, sino el de otros siete padres los mas venerables del concilio.

Despues de alabar sus virtudes le dice ⁽¹⁾: „hemos sabido con sumo dolor, que obscureceis el esplendor de estas grandes cualidades con la incontinencia, y que en vez de fijar la debilidad de vuestro corazon tomando una esposa legítima, os abandonais, segun la variedad de vuestros deseos, á todos los objetos que se os presentan, sin escluir las religiosas. No ignorais, Señor, la enormidad de este pecado, que se mira con razon por los fieles como uno de los primeros que escluyen del reino de Dios. ¿Qué digo? Los mismos moradores de la antigua Sajonia, abismados en las tinieblas del paganismo, de las cuales tenemos nosotros la felicidad de haber salido, castigaban terriblemente la disolucion y el adulterio. Si una doncella incurria en la debilidad de deshonorar la casa paterna: si una esposa manchaba el tálamo nupcial, la obligaban algunas veces á ahogarse con sus propias manos, y despues de haber quemado su cuerpo, colgaban al cómplice en un patíbulo. Otras veces juntándose una multitud de mugeres arrastraban con indignacion á la delincuente, y cortándola el vestido hasta la cintura, la azotaban y herian con cuchillos hasta que perdía la vida.” Continúa representándole los efectos perniciosos que produce en los vasallos el mal egemplo de un Príncipe, particularmente en la nacion inglesa, tan desacreditada ya por sus disolu-

(1) *Bonif. Epist.* 19. alias 5.

ciones en Francia y en Italia. Tuvo la sabia precaucion en un punto tan delicado de escribir al mismo tiempo á Edberto, arzobispo de York, y al presbítero Herefrido, en quienes el Rey tenia puesta toda su confianza.

49. En el mismo año en que se celebró el concilio que condenó en Francia á los dos impostores Adalberto y Clemente, el sacerdote Deneardo, enviado por Bonifacio, pidió y obtuvo la confirmacion pontificia. En 25 de Octubre de 745 juntó el Papa siete obispos con diez y siete sacerdotes y el resto del clero romano, en la basilica de Teodoro en el palacio de Letran ⁽¹⁾. Mandaron entrar al sacerdote Deneardo, el cual dijo: „Señor, el obispo Bonifacio, mi maestro, habiendo celebrado un concilio segun vuestras órdenes en Francia, ha privado de la dignidad sacerdotal á los dos falsos obispos Adalberto y Clemente, y ha mandado ponerlos presos con autoridad de los Príncipes. La carta que os presento, os instruirá mas estensamente sobre este particular, cuyo contenido suplico hagais leer en presencia del santo concilio.” Esta carta era de San Bonifacio, y en ella esponia las impiedades y estravagancias de los dos impostores. Leyóse inmediatamente, y aquel respetable congreso con un sentimiento de indignacion mezclado de lástima, conoció que el orgullo habia trastornado el cerebro de aquellos hombres hasta el extremo de creerse superiores á los Apóstoles y á todos los santos mas universalmente reverenciados.

(1) *Tom. 6. Conciliar. pag. 1550.*

En otras dos sesiones se leyó la vida de Adalberto, la carta que queria persuadir haber bajado del cielo, y una oracion compuesta por él mismo. La historia de su vida le suponía otro Juan Bautista santificado en el vientre de su madre, bajo la figura de un ternero que salía de su lado derecho: emblema tan distante de la dignidad evangélica, como análogo á la bajeza del fanatismo. Hacíase aun mas patente la impostura, en orden á la carta locamente atribuida al Hijo de Dios. Júzguese de ella por las palabras con que principia, y se leen en las actas del concilio: „En nombre de Dios: tal es el principio de la carta de nuestro Señor Jesucristo, que decia haber caido del cielo en Jerusalem, y que fue hallada por el arcángel San Miguel en la puerta de Efen, leida y copiada por el sacerdote Icoré. Icoré la envió á la ciudad de Jeremías al sacerdote Talasio: Talasio la envió á Arabia al sacerdote Leoban: Leoban la envió á la ciudad de Vetsania al sacerdote Macruis, el cual la envió al monte del arcángel San Miguel. De allí la llevó un ángel á Roma al sepulcro de San Pedro, en donde están las llaves del reino de los cielos, y en el cual los doce sacerdotes que gobiernan la ciudad, no han cesado por tres dias consecutivos de velar, orar y ayunar.”

Tuvieron la paciencia los padres de aquel concilio de oír toda la serie de este escrito extravagante, cuyo carácter original y ridículo era enteramente conforme á su principio. Concluida la lectura, dijo el Papa: „seguramente, hijos míos, este Adalberto es

un delirante, y los que han dado crédito á sus palabras son como los niños que creen las fábulas como una verdad. Pero nuestro ministerio es igualmente responsable á los débiles y á los fuertes: y supuesto que esta seducción grosera ha sido capaz de alucinar á ciertas personas no menos groseras, nada debemos omitir de cuanto sea capaz de desengañarlas.” Leyóse en consecuencia la oracion de Adalberto, tan extravagante como la carta, y concluyeron la sesion quemando los escritos y condenando los autores. Adalberto y Clemente fueron depuestos de su dignidad, fulminando contra ellos y sus partidarios el anatema si persistian en sus errores. Notamos que en todos los concilios que se celebraron en Roma en este tiempo, apenas se hallan nombres bárbaros entre los de tantos eclesiásticos; lo que nos persuade que continuaba la costumbre general de no admitir al clericalo mas que á solos los romanos.

50. El Papa Zacarías remitió las actas de su concilio á San Bonifacio, con una carta muy difusa, en la que confirmaba no solo el último concilio celebrado en Francia, sino tambien el que se habia tenido en Líptines, relativo á la contribucion anual de doce dineros por cada familia de siervos á beneficio de la iglesia, para subvenir á las necesidades de la guerra contra los infieles, sarracenos, sajones y frisones (1). En cuanto á los eclesiásticos depuestos, que en vez de hacer penitencia en los monasterios iban á la corte á pretender beneficios, dice el Pontífice

(1) *Zachar. P. Epist. 9. ap. Othol. lib. 2. cap. 7.*

haber escrito sobre el particular á los Príncipes franceses; pero declara que en ningun caso debe permitirse el egercicio ordinario del ministerio á los que fueren notados de deshonestos, homicidas ó penitentes públicos. Acerca de los sacramentos administrados por los eclesiásticos vagabundos, previene, que se averigüe si han usado de la invocacion de las tres Personas de la Trinidad en la administracion del bautismo; y en cuanto á los demás sacramentos, si tenían las órdenes necesarias, en cuyo caso no deben reputarse por inválidos. En otra ocasion se preguntó á Zacarías si debia reiterarse el bautismo administrado por un sacerdote bávaro, que ignorando el latin usó de la fórmula siguiente: *Baptizo te in nomine Patria, et Filia, et Espiritua Santa*. La decision del Pontífice fue, que semejante bautismo, como administrado en nombre de la Trinidad, tenia todas las cualidades esenciales al sacramento; no siendo capaz de invalidarle la simple ignorancia del idioma, siempre que no hubiese algun error.

51. Hasta este tiempo San Bonifacio, condecorado con el palio y con el título de arzobispo desde el principio del pontificado de Gregorio II, todavía carecia de silla fija y de iglesia metropolitana. Los Príncipes franceses de acuerdo con sus obispos en sus últimas asambleas formaron la resolucion de establecer esta metrópoli en la frontera de sus estados hacia el pais de los paganos. La eleccion que hicieron desde luego de la ciudad de Colonia fue aprobada por el Sumo Pontífice; pero respecto á que Gevilieb de Ma-

guncia despues de haber hecho alguna resistencia, se habia al fin sujetado á la sentencia de deposicion, hallaron que esta última ciudad era mas conveniente (1). Desde los principios del cristianismo habia sido esta silla metropolitana de la provincia romana, intitulada la primera Germania. Worms llegó á ser con el tiempo metrópoli de estas dos provincias, y Maguncia quedó sujeta á ella. Por consiguiente, fue restaurada en su primera dignidad de metrópoli en favor de San Bonifacio, comprendiendo su jurisdiccion trece obispados, á saber, Strasburgo, Spira, Worms, Colonia, Lieja, Ausburgo, Wirsburgo, Buraburgo, trasladado despues á Paderborn, Erfort, Eichstadt, Costanza y Coira.

52. Al mismo tiempo que en Germania se establecia esta forma de gobierno para las primeras iglesias, se echaban igualmente los fundamentos de los monasterios mas célebres, entre los que ocupa un lugar muy respetable la abadía de Fulda, cuyo establecimiento se debió á San Esturmio. Este Santo nació en Baviera de padres nobles y cristianos (2). Educóle en la virtud San Bonifacio, como á otros muchos jóvenes de distincion que habia tomado á su cuidado. Esturmio estudió la ciencia de las santas Escrituras en el monasterio de Frissar, bajo la direccion de San Wigberto. No solo aprendió los salmos de memoria, sino que penetró sus sentidos morales, los mas afectuosos y sublimes. El candor y la inocencia bri-

(1) *Coint. ann.* 746. num. 34. (2) *Act. SS. Bened. tom. 2. pag. 270.*

llaban en su frente. Su docilidad, su dulzura, sus modales afables y obsequiosos, nacidos de la caridad y de una humildad sincera, le hicieron generalmente amable. Fue ordenado de sacerdote á petición de toda la comunidad, cuyos deseos no tardó mucho tiempo en justificar. Habiendo empezado á predicar en los pueblos de la comarca, fue desde luego favorecido por el Señor con el don de los milagros. Libró á los endemoniados, curó á los enfermos y obró otros mil prodigios mucho mas eficaces que los razonamientos en el espíritu de sus oyentes, los cuales eran casi todos paganos, ó estaban bastante imbuidos en los errores del paganismo. Sin embargo, apenas hacia tres años que egercitaba el celo de su predicacion cuando volvió á retirarse á la soledad. Sujetó humildemente este deseo al dictamen de su santo maestro Bonifacio, el que despues de un maduro examen conoció que realmente era una inspiracion del Altísimo. Parece que el Evangelio iba á perder un predicador esclarecido; pero la Providencia disponia que de las escuelas de perfeccion y de celo que iba á establecer este varon admirable, saliese una multitud de operarios que diesen á la Iglesia copiosos frutos. Le dió el santo arzobispo dos compañeros, á los tres las instrucciones correspondientes, y luego los bendijo diciéndoles: „id al bosque de las hayas, y buscad allí un sitio acomodado que pueda servir de asilo á los siervos de Dios.”

53. Penetraron aquellas inmensas y profundas soledades, no viendo en ellas mas que por intervalos la

tierra que pisaban, y el cielo que al parecer se unia con la cima de aquellos árboles antiguos. Al cabo de tres dias llegaron á una llanura que les pareció fértil, y creyeron que era aquella la mansion pacífica que les destinaba el cielo. Fabricaron unas chozas pequeñas, cubriéndolas del modo posible con cortezas de árboles. Tales fueron los principios del célebre monasterio de Hiersfield, en el que permanecieron largo tiempo privados absolutamente de todas las comodidades de la vida. Añadian con fervor ardiente á los ayunos las vigiliass y la oracion, esperimentando delicias inefables en aquello mismo que hubiera sido un objeto de desesperacion para las almas cobardes. En fin, Esturmio fue á ver á San Bonifacio, y con santa complacencia le hizo una descripcion del nuevo domicilio. Mas el sabio prelado le dijo: „temo que no estareis seguros en ese lugar, pues me consta que existen todavía cerca de él muchos sajones sumamente bárbaros. Os aconsejo que busqueis otro retiro menos espuesto.”

Atento únicamente Esturmio a seguir los designios del cielo, y á cumplir la voluntad divina, que él no distinguia de la de su superior, apenas hubo vuelto á su establecimiento de Hiersfield, entró con dos hermanos en una barca para subir por el rio de Fulda, y reconocer algun sitio proporcionado. Habiendo remado por espacio de tres dias sin descubrir lugar alguno que les acomodase, volvió Esturmio á dar cuenta al santo obispo, el cual le dijo: „no ceseis de buscar, hermano mio, y sostened vuestra fe con la

esperanza de las misericordias del Señor. Él ha preparado sin duda para sus siervos un domicilio en ese desierto." Esturmio partió esta vez solo, montó en un asno distrayéndose de las inquietudes y fatigas del viage con el canto de los salmos y la oracion continua. Se detenía en cualquier sitio donde le cogía la noche, sin otra precaucion que la de cercar la caba-llería con una especie de empalizada formada de ramas de árboles que cortaba para asegurarla contra los insultos de las fieras. Por lo que mira á su persona, armado únicamente con la señal de la cruz dormía con tranquilidad. Al llegar al camino real de Maguncia, mas allá del desierto cerca de Fulda, halló una multitud innumerable de esclavones que estaban ha-ñándose. Todos eran bárbaros feroces venidos de las estremidades del norte, los que esparcidos en lo interior de la Germania, hicieron en todas partes por espacio de mas de un siglo destrozos horribles: pero se contentaron con mofarse del Santo sin hacerle nin- gun daño.

Pudo al fin hallar un sitio que le pareció digno de los deseos de San Bonifacio. Despues de haberle examinado bien, le señaló cuidadosamente y se dió prisa á ir á dar parte á su maestro. Satisfecho el arzobispo escribió sin dilacion al Príncipe Carloman para obtener el permiso de fundar en él un monasterio; añadiéndole en la carta, que nadie hasta entonces ha- bía ideado esta empresa en las fronteras orientales de sus estados. Carloman accedió gustoso á la solicitud, cediendo además una estension de terreno de cuatro-

cientos pasos en cuadro, y á este efecto mandó es- pedir una acta auténtica de donacion. Para que la fundacion fuese mas ventajosa y estable, juntó á to- dos los señores del pais, obligándolos á que cada uno respectivamente hiciese donacion de los derechos que pudiese tener á aquel territorio. Autorizado Esturmio de esta manera empezó el establecimiento con siete religiosos en el mes de Marzo de 744, nueve años despues de la fundacion de Hiersfield. Al cabo de dos meses, el mismo San Bonifacio llevó muchos albañiles y artífices de todas clases, para que ayudasen á los monges que se empleaban en las obras, careciendo de medios para edificar la iglesia, y aun para des- montar el terreno. Entretanto el santo arzobispo se retiraba á un monte inmediato para entregarse á la contemplacion, el cual con este motivo fue llamado monte del obispo. Se dió al monasterio el nombre del rio de Fulda, á cuya orilla fue edificado.

En el segundo año volvió el prelado al monaste- rio para dar á los monges las primeras instituciones de la vida regular. Les propuso a Esturmio por abad, é hizo que todos conviniesen en no usar mas que de la cerbeza, absteniéndose para siempre del vino y de todo licor fuerte. En lo demás se siguió la regla de San Benito. Continuó el celoso pastor cuanto le fue posible en visitarlos todos los años. Habiendo deter- minado los monges enviar alguno de sus hermanos á los monasterios mas célebres del occidente para apren- der su disciplina, encargó el prelado esta comision al abad Esturmio, el que marchó en compañía de

dos hermanos el año cuarto de la fundacion. Visitó principalmente los monasterios de Roma y el de Monte-Casino; y recorrió todos los de Italia, en cuya expedicion empleó un año entero. Volvió á su comunidad cargado de un precioso caudal de egemplos de virtud los mas edificantes y perfectos. El fervor de los discípulos correspondió al celo del abad. Prosperaba cada dia mas el nuevo establecimiento, y acudían á él muchas personas distinguidas para consagrarse á Dios y hacerle un sacrificio de todas sus riquezas. La buena opinion de Fulda era un clarín sonoro que resonó en las provincias mas remotas, y el fundador tuvo el consuelo de ver en poco tiempo reunidos cuatrocientos religiosos sin contar los novicios.

54. Una santa emulacion animó á las mugeres para resolverse á buscar las verdaderas delicias en la soledad y retiro. Innumerables cristianas se juntaron desde luego en el lugar llamado Biscofheim, es decir, morada del obispo, de donde salieron con el tiempo muchas abadesas para varios monasterios. La Alemania debió igualmente esta institucion á las islas británicas. San Bonifacio hizo venir de Inglaterra á su parienta Santa Lioba, consagrada al Señor en la flor de su juventud en el monasterio de Wimburn (1). Joven, dotada de un talento superior, tan idónea para los negocios y las letras como para los ejercicios regulares y las obras de manos, manifestó una verdadera aptitud para las ciencias, y casi sin estu-

(1) *Act. SS. Bened. tom. 4. pag. 249.*

dio adquirió tal conocimiento de las lenguas antiguas, que llegó á hacer versos latinos: circunstancias que en aquellos tiempos acreditaban la habilidad mas extraordinaria. Pero la reputacion de sus virtudes era superior á la de sus talentos. No tardó en coger los frutos de este dichoso conjunto de bellas cualidades. Las costumbres feroces de los germanos se suavizaron y purificaron al oír solamente el sacrificio heroico de tantas víctimas tiernas que se ofrecían por la salvacion de su pueblo, las cuales anadian al candor de la inocencia las austeridades de los penitentes mas esforzados. No obstante, quiso el Señor probar á sus esposas de un modo el mas cruel para su espíritu.

Una infeliz consumida á fuerza de enfermedades, y que solo se mantenía de lo que se la daba á la puerta de la abadía, se abandonó al crimen; parió un niño, y en las tinieblas de la noche le arrojó al rio que pasaba cerca de aquella casa religiosa. Por la mañana halló otra muger al infante, y esparció mil calumnias por el vecindario diciendo en tono irónico: *¿es este el modo que tienen las religiosas de bautizar á sus hijos?*... El pueblo, siempre esclavo de la primera impresion que se le quiere dar, se amotinó, y corriendo lleno de indignacion al monasterio, prorumpió en injurias y amenazas contra aquellas esposas de Jesucristo. Había salido de él cierta religiosa por motivos conocidos y con permiso de la abadesa, la que la mandó desde luego volver á entrar en el convento. Protestó delante de Dios su inocencia

derramando un torrente de lágrimas, y suplicando á su Magestad que manifestase quién era la delincuente. La abadesa juntó toda la comunidad: mandó que rezasen el salterio en pie con los brazos en cruz. Las condujo luego en procesion al rededor del monasterio por tres veces distintas á las horas de tercia, sesta y nona. En fin, acercándose al altar la santa abadesa, en presencia del pueblo que lo observaba todo con la mayor atencion, levantó las manos al cielo, y derramando lágrimas dijo: „Dios de toda pureza, que os dignasteis escoger á estas esclavas para esposas vuestras, tomad á vuestro cargo el defender la inocencia de las que prefirieron vuestro amor á todos los objetos mortales y perecederos: salvadlas de un oprobio que ofuscaría la gloria de vuestro nombre.” En el mismo instante entró el espíritu maligno en el cuerpo de la infame calumniadora, y confesó su crimen en presencia de todos. El pueblo dió gracias á Dios con grandes aclamaciones. Refiérense otros muchos milagros que obró el Señor por los méritos de Santa Lioba, y de Santa Tecla, otra religiosa que vino en su compañía de la Inglaterra, y que fue abadesa de Chizinga de Mein en la diócesi de Wirsburgo.

55. Mientras que la presencia y vigilancia infatigable de San Bonifacio llenaban de esplendor á la iglesia de Alemania, sus cartas producian en Inglaterra efectos maravillosos. La libertad con que escribió á Ethelbaldo, Rey de los mercienses, lejos de irritar á este Príncipe abandonado á las pasiones mas

violentas, produjo por el contrario un egeemplo brillante del ascendiente de la virtud sobre el espíritu de los grandes, cuando no han llegado á perder todos los sentimientos de rectitud. El Príncipe inglés no se limitó á enmendar sus propios vicios, sino que hizo además de esto celebrar un concilio nacional en Cloveshou el año 747, para el restablecimiento del buen orden y de las costumbres (1). Concurrieron á él, con Cutberto arzobispo de Cantorberi, once obispos, así del pais de los mercienses, como de las otras naciones que componian la Gran Bretaña. El Rey Ethelbaldo quiso asistir en persona acompañado de los grandes de su reino. Abrió Cutberto la sesion presentando dos cartas del Papa Zacarías, relativas á la reforma de las costumbres. Se leyeron desde luego en su lengua original, y se esplicaron despues en lengua vulgar, manifestando todos una atencion dócil y religiosa que caracterizaba entonces á esta nacion entre todas las demás. La carta de San Bonifacio, que fue el móvil de la celebracion del concilio, se recibió generalmente con tanto respeto que se encuentra copiada al principio de las actas.

Pasaron á leer alguna parte de las obras de San Gregorio, reverenciadas con especialidad por la iglesia de Inglaterra; despues de lo cual se leyeron aquellos decretos de los padres que se juzgaron mas convenientes á las circunstancias, y se establecieron treinta cánones para reducir á la pureza de la antigua disciplina las costumbres sacerdotales que tanto influyen

(1) Tom. 6. Concilior. pag. 1566.

en las de los pueblos. Por el canon décimo se advierte el extremo de degradacion en que se hallaban ya las letras y los estudios. Fue necesario hacer este decreto para obligar á los sacerdotes á que se hiciesen capaces de explicar en lengua vulgar el simbolo de la fe, la oracion dominical, y las palabras que constituyen la forma del bautismo y de los demás sacramentos. El canon doce muda la observancia de las fiestas segun el martirologio romano, á saber, el de Beda que solo regia en aquel tiempo; y esta fue la primera vez que se hizo mencion de él. Por el canon veintitres se exhorta á la frecuente comunión, no solo á las personas consagradas á Dios, sino tambien á los legos, especialmente á los jóvenes, en cuyo corazon reinaba todavía la inocencia, y á los ancianos que la habian recuperado. El canon veintiseis persuade la limosna, y declama al mismo tiempo contra el abuso que se iba introduciendo de redimir ó conmutar las penas canónicas impuestas por los sacerdotes para la satisfaccion de los pecados, no menos que el de hacer cumplir por otros á precio de dinero la penitencia impuesta personalmente, como ayunar ó cantar los salmos. Las palabras del concilio son las siguientes: „debiendo ser la penitencia un remedio para las faltas cometidas y un preservativo de la reincidencia, es muy justo que la misma carne que ha pecado sufra el castigo; pues si fuese dable satisfacer por otros, los ricos conseguirian mas fácilmente la salvacion que los pobres, lo cual se opone al Evangelio.”

56. En el mismo año en que el Rey de los mer-cienses mandó celebrar este concilio tan saludable para su pueblo, ofrecia Carloman á la Austrasia y á todo el mundo cristiano otro ejemplo mucho mas edificante (1). Este Príncipe francés, superior en poder á la mayor parte de los Reyes, y célebre por su valor, y por una larga serie de victorias conseguidas contra los alemanes, sajones y bávaros, hallándose en la cumbre de la gloria y de la prosperidad, formó la resolucion de dejar el siglo y abrazar la vida monástica. Una piedad sincera y un amor entrañable á la Religion, señalaron constantemente los días de su vida; pero la dificultad de conciliar las obligaciones de la conciencia con los usos de la política en la situacion en que se hallaba el gobierno, escitaron en su corazon un sin fin de movimientos dolorosos. Por una parte conocia la necesidad de devolver los bienes de la Iglesia, segun los consejos de San Bonifacio y los decretos del concilio de Germania; y por otra temia el descontento de los militares si les quitaba la recompensa de sus servicios en un tiempo en que los necesitaba mas que nunca. Se afligía igualmente al considerar las expediciones sangrientas y ruinosas que la necesidad de los negocios del estado le obligaba á hacer contra los sentimientos dulces y benéficos, propios de su corazon. Sobre todo no podia borrar de su espíritu la funesta memoria de haber mandado degollar en el año anterior á una multitud de alemanes rebeldes. Tomó

(1) *Act. SS. Bened. tom. 4. pag. 123.*

el partido de abdicar unas dignidades tan fecundas en amarguras, y de consagrarse enteramente al Dios de clemencia y misericordia. Así pues, en el año 747, séptimo de su reinado, despues de haber participado esta resolucion á su hermano Pipino, á quien nombró heredero de sus estados, dejó la Francia, y emprendió el camino de Roma, en cuya ciudad se propuso desde luego buscar un asilo.

Llegó á aquella capital acompañado de una corte numerosa que no podia resolverse á separarse de su persona, á pesar de los esfuerzos con que Pipino procuró consolarlos, prodigándoles dádivas magníficas. En presencia de aquellos grandes enternecidos hasta el extremo de derramar lágrimas, se postró el Monarca á los pies del Pontífice Zacarías, el cual le vistió el hábito monástico. Concluida esta ceremonia se retiró al monte Soracte, donde edificó un monasterio en honor del Papa San Silvestre, que aseguraban haberse ocultado en él durante el tiempo de la persecucion. Y como las visitas frecuentes de los franceses que iban á Roma, turbasen la quietud de su retiro, pasó á Monte-Casino, donde hizo voto de permanecer segun la regla. Vivía todavía el abad Petronacio, restaurador del esplendor y del fervor primitivo de este monasterio famoso; y bajo la direccion de un maestro tan eminente hizo Carloman rápidos progresos en todas las virtudes religiosas. Los egercicios mas penosos y humildes tenían para él un atractivo muy particular. Servía en la cocina, trabajaba en la huerta, guardaba los ganados y mane-

jaba el azadon y el cayado con mas complacencia que la que habia tenido en llevar la espada y el cetro.

57. Aun fue mas asombroso el eemplo que tres años despues, es decir, en 750, ofreció al mundo Rachis, Rey de los lombardos (1). Depuesto del trono Hildebrando, cuyas iniquidades en el corto espacio de siete meses de reinado le hicieron insoportable á su nacion, le creyeron todos digno de suceder á Luitprando; y siendo duque de Friul, le elevaron al trono de Lombardía. No fue vana la esperanza que prometian sus cualidades reales, ó á lo menos su ardor por el mayor engrandecimiento de su reino, y por la ruina del simulacro quimérico del imperio que habia quedado en la Italia. Mientras que el exarcado estaba tranquilo, el lombardo, con pretextos políticos, levantó un egército numeroso, asoló toda la Pentápolis y puso sitio á Perúsa. Al oír esta noticia el Papa Zacarías, tomó inmediatamente su resolucion. Animado de aquella firmeza sacerdotal que habia desarmado ya la codicia de Luitprando, se dirigió á Perúsa acompañado de una gran parte de su clero, y persuadió de tal modo á Rachis con su elocuencia, que no solo le hizo levantar el sitio, sino que le inspiró la resolucion de dejar un trono que le parecía ya un escollo funesto.

Marchó el Rey á Roma á eemplo de Carloman: recibió igualmente de mano del Pontífice el hábito monástico, y se retiró al Monte-Casino, donde acabó santamente sus dias. Trescientos años despues de

(1) *Chr. Cass. lib. 1. cap. 8.*

su muerte se conservaba una viña con el nombre del santo Monarca, que él mismo había plantado y cultivado. Su esposa Tasia y su hija Ratrudis edificaron allí cerca un monasterio de monjas, al cual cedieron cuantiosos bienes, y pasaron también el resto de su vida en la regularidad más exacta. Astolfo sucedió á su hermano Rachiis en el reino de los lombardos.

58. Por la abdicación de Carloman quedó Pipino Príncipe único de los franceses, y dueño absoluto del reino y de la dignidad real, no faltándole más que el título. Carlos Martel su padre, igualmente poderoso, y más ilustre por la continuación de sus triunfos, no se había atrevido á tomarle por no chocar con la preocupación de los pueblos. El hijo tuvo mayor osadía que su padre: ó por mejor decir, supo sacar partido de las circunstancias y de la posesión en que estaban los franceses de no obedecer á otros Príncipes que á los de su sangre. Fue igualmente querido de los eclesiásticos, cuyo celo protegía en todas ocasiones, que de todas las otras clases del pueblo (1). Después de haberse asegurado de la disposición de los ánimos, pidió en una asamblea nacional, con pretexto de procurar el bien común, que se le declarase Rey. Todos dieron su consentimiento con muchas aclamaciones de alegría. Pero quedaba otro obstáculo que vencer: era preciso deponer á Childerico, y anular el juramento de fidelidad. Sin embargo, la política, fecunda en recursos contra semejantes tropiezos, halló fácilmente medios pa-

(1) *Annal. Loisel. ann. 749. — Annal. Fuld. ann. 751.*

ra triunfar de todos los inconvenientes, y aun para justificarse á sí misma en el juicio de la posteridad.

¿Se llevará á bien que formemos alguna duda á pesar del torrente de los historiadores modernos, acerca de la autenticidad de la decisión famosa que tan absolutamente atribuyen al Papa Zacarías? En este particular se debe tener presente, que todas estas autoridades se reducen á la de Eginardo, el cual escribió bajo el reinado de Carlo-Magno, y á quien ellos han seguido ciegamente. Véase como presenta la cosa este autor casi contemporáneo, pero sospechoso en el asunto.

Dice, que San Bonifacio, legado de la santa Sede, Apóstol de la Germania, y oráculo de toda la Iglesia de Francia, propuso que se consultase al Vicario de Jesucristo: que diputaron á Burchardo, primer obispo de Wirsburgo, cuyo talento no era inferior á su santidad, asociándole á Fulrado, descendiente de una de las casas más poderosas de la Austrasia; nombrado por Pipino abad de San Dionisio, y archi-capellan de palacio, esto es, limosnero mayor; y que estos dos ilustres diputados consultaron al Papa Zacarías en los términos siguientes: „¿á quién con más justicia debe darse el nombre de Rey? ¿al que carece de todo poder real, ó al que se halla en posesión y ejercicio de la soberanía?“ Y que el Papa respondió, sin nombrar á Childerico ni á Pipino, „que era justo y razonable que aquel que tenía todo el poder real, tuviese igualmente el nombre de Rey.

Esta respuesta vaga y capciosa, atribuida á un

Pontífice tan virtuoso como Zacarías, ¿no la deberá estrañar todo escritor circunspecto? ¿y quién no sospechará de un hombre favorecido y panegirista de Carlo-Magno, que se dejó llevar del deseo de dar el colorido posible á la usurpacion de Pipino, padre de este Principe? ¿Y no será un efecto de aquella secreta preocupacion (demasiado natural aun á los cortesanos de probidad) que ultrajase sin distincion á todos los últimos descendientes de Meroveo: el que cometiéndolo sin fin de anacronismos, concede la madurez de las canas á unos niños de ocho ó diez años, atribuyendo á los Príncipes de catorce, tales como el desgraciado Childerico III, las costumbres disolutas del libertinage mas inveterado; y que nos presenta en fin el espectáculo de unos Reyes indolentes, conducidos el primer dia de Marzo en un carro tirado de bueyes, ó abismados en la mollicie del palacio de Mamaca, lo cual solo puede servir de asunto á los cuentos de viejas y nodrizas? Al mismo tiempo, los autores absolutamente contemporáneos nos manifiestan á muchos de estos Príncipes, por desgracia demasiado jóvenes para ser obedecidos, ya colocados al frente de sus egércitos, y ya acostumbrándose por medio de las fatigas de la caza á los trabajos mas serios de la milicia. Pero sigamos la serie de la historia.

Luego que la política de Pipino superó todos los obstáculos, fue declarado Rey de los franceses y elevado, segun costumbre, al trono en la ciudad de Soissons en el mes de Marzo del año 752. El legado

San Bonifacio, dice Egiuardo, le coronó y consagró para hacerle mas respetable al pueblo. Su esposa Bertta ó Bertrada fue igualmente proclamada Reina, y con una ceremonia enteramente nueva colocada en el trono al lado de su esposo. Cortaron el pelo á Childerico, le encerraron en un monasterio, y corrió una voz bastante acreditada de que se habia vuelto loco.

Así empezó la segunda dinastía de los Monarcas franceses. El autor de su elevacion quiso consagrarla en cierto modo y acreditarla de obra del cielo, siendo el primero que introdujo la fórmula siguiente en sus diplomas: *Rey por la gracia de Dios*. Mas no tardó mucho tiempo en dar á conocer que procedia en esto por interés mas bien que por conviccion, y que la legitimidad de su eleccion le fue á él mismo muy sospechosa, supuesto que pidió al Papa Estévan la absolucion del crimen que conocia haber cometido faltando á la fidelidad debida á su legítimo Soberano. Es muy difícil en efecto concebir, cómo un Pontífice tan digno del trono, y tantos santos preladados se prestaron á esta resolucion; pero esta es una cuestion que permanecerá siempre muy obscura por el ningun interés que podria sacarse de ella.

No puso límites á su benevolencia el Papa Zacarías con respecto al Rey Pipino. Le concedió, segun testimonio de Lupo, abad de Ferrieres, el nombramiento de los obispos vacantes en el imperio francés; ó por mejor decir, ratificó la posesion en que estaban los Reyes de dar las prelacías sin el consen-

timiento del pueblo ni del clero á los eclesiásticos de su corte, llamados clérigos palatinos. Creyó el Pontífice que valia mas autorizar un derecho que estaba en disputa, y legitimar un uso menos perfecto, que dar lugar á un sin fin de reclamaciones, no solo inútiles sino perjudiciales, que fomentarian una semilla eterna de division entre las dos potestades.

59. El primer fruto de la buena armonía entre la Cabeza de la Iglesia y el nuevo Monarca, fue la celebracion del concilio de Verberia. En el segundo año de su reinado convocó Pipino para este lugar una asamblea general de obispos y de señores del reino, á fin de poner remedio á la depravacion de las costumbres, principalmente en lo concerniente al matrimonio.

San Bonifacio por su parte conservaba cuidadosamente la santa unanimidad que debe reinar entre la Cabeza y los diversos miembros de la Iglesia que enseña. Recurría á las luces de la santa Sede en todos los negocios importantes. Apenas acababa de nacer la iglesia de la Germania, cuando ya el Evangelio habia de triunfar de mil enemigos domésticos. El santo arzobispo se quejaba al Papa, de que le rodcaban mas impostores que ministros católicos: que usurpaban el título de sacerdotes y obispos sin tener orden alguna: y que solo servian para trastornar el ministerio eclesiástico, y pervertir ó escandalizar á los pueblos (1). „Hipócritas sacrílegos, añade, aventureros depravados, reos de homicidio, de adulterio y de to-

(1) *Epist. 10. ap. Othol. cap. 9.*

da especie de atrocidad é infamia. Muchos esclavos desertores, y delinquentes fugitivos se hacen desde luego tonsurar, se transforman de un golpe en ministros de Jesucristo, forman facciones entre los pueblos, tienen juntas sediciosas en parages ocultos y en las casas de los aldeanos; y lejos de enseñar á los paganos la santa doctrina que ellos ignoran, no se aplican mas que á perpetuar en las tinieblas y la impunidad del reino de Satanás.” Tales eran los obstáculos que la fe católica habia de vencer en la Germania, y sobre los cuales Bonifacio, su ilustre apóstol, consultaba al primer Pastor. Este le respondió, que en cualquiera parte que hallase semejantes ministros del demonio, los debia privar del sacerdocio en los concilios provinciales, y sujetarlos á los egercicios monásticos, para que acabasen su vida en la penitencia.

Condenó el Pontífice señaladamente á uno de estos dogmatizantes, llamado Virgilio, que habia sembrado la division entre el arzobispo Bonifacio y Odilon duque de Baviera, y á quien se acusaba de enseñar la existencia de otro mundo y de otros hombres debajo de la tierra, como tambien de otro sol y de otra luna. La condenacion fue severa, pues se mandó que el ministro seductor fuese arrojado de la Iglesia y degradado del sacerdocio. Mas el error de Virgilio no consistia precisamente en creer la existencia de los antípodas, sino que sus aserciones temerarias daban á entender, que no todos los hombres descendian de Adan, dando lugar á otras muchas consecuencias no menos injuriosas al Redentor del género humano.

En estas respuestas del Papa Zacarías se halla la aprobacion de la última elección que los franceses hicieron de Maguncia para metrópoli de Germania. El Pontífice, en favor de Bonifacio, confirma esta dignidad en sus sucesores, y declara que tendrian sujetos á su jurisdiccion los obispos de Tongres, de Colonia, de Worms, de Spira y de Utrech, con los de todas las ciudades en que San Bonifacio habia establecido la fe. Como el Santo se habia debilitado en extremo desde la primera vez que se propuso nombrarse un sucesor, trató de nuevo de dejar su silla para retirarse á Fulda. El Papa le disuadió de este pensamiento, y en alivio de su vejez le permitió elegirse un coadjutor, y ordenarle para esto, si le hallase digno de sucederle. Concedióle igualmente para su abadía de Fulda un privilegio de inmunidad, cual no se habia visto hasta entonces. Declara á aquel monasterio esento de toda jurisdiccion, á no ser de la Sede apostólica, de tal manera que ningun obispo pueda celebrar en él la misa como no sea convidado por el abad (1).

60. Este último favor no precedió mas que un año á la muerte del Papa Zacarías, el cual habiendo desempeñado por espacio de diez años y tres meses todas las funciones de un digno Pontífice con celo infatigable y con éxito feliz, murió santamente el dia 4 de Marzo de 752. En medio de los negocios ruidosos que ocuparon quasi todo su pontificado, no dejó de cultivar las letras, y tradujo en griego, que era su

(1) *Epist. 14 ap. eumd. lib. 2. cap. 15.*

lengua materna, los diálogos de San Gregorio el grande. Descubrió la cabeza de San Jorge olvidada mucho tiempo habia dentro de una arca vieja en el palacio patriarcal, y la colocó con el honor debido en la diaconía de este mártir famoso; es decir, en la iglesia principal titulada con el nombre de San Jorge del velo de oro. Habiendo llegado á su noticia que los comerciantes venecianos tenian comprados en Roma muchos esclavos cristianos de uno y otro sexo para venderlos en África, puso en libertad á los cautivos, volvió á los comerciantes su dinero, y prohibió rigurosamente este tráfico indigno; no siendo justo, dice, que los que han llegado á ser hijos de Dios por el bautismo, sean esclavos de los infieles (1). Reedificó cuasi enteramente el palacio de Letran, hizo donativos inestimables á muchas iglesias, sobre todo á la de San Pedro en la que puso cortinas de seda á todas las columnas, y adornó el altar con un paramento tejido de oro y sembrado de piedras preciosas, que representaba el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. Añadió á esto cuatro velos guarnecidos de oro, y una corona tambien de oro con delñes de peso de ciento y veinte libras. En fin, estableció un fondo suficiente que redituase anualmente veinte libras de oro destinadas para el alumbrado. Además, fundó abundantes limosnas para los pobres y peregrinos: adquirió muchas posesiones para la Iglesia: puso en buen estado todas sus obras: aumentó un duplo las prebendas ó pensiones anuales de los clérigos,

(1) *Anast. in Zachar.*

á quienes trataba como á hijos, y se grangeó de este modo la estimacion de su pueblo, el cual vivió en la paz y en la abundancia durante su pontificado.

Hacia mucho tiempo que el pueblo romano no habia experimentado una beneficencia tan digna de sus aplausos, siendo estos los primeros efectos de la decadencia del imperio de los griegos en Italia, de la proteccion poderosa que los Príncipes franceses dispensaban á la Sede apostólica, y del engrandecimiento del poder de los Sumos Pontífices. Inmediatamente despues de la muerte de Zacarias fue elegido Papa el sacerdote Estévan, natural de Roma, y puesto en posesion del palacio pontifical de Letran; pero murió de repente al cabo de cuatro dias sin haber llegado á consagrarse, circunstancia por la cual no le ponen en el número de los Papas. Estévan II, diácono de la iglesia romana, fue nombrado por sucesor suyo, y consagrado el dia 26 de Marzo del año 752. Hizo el mismo uso que Zacarias de las riquezas de la Iglesia. Desde el principio de su pontificado restableció en Roma cuatro hospitales, abandonados mucho tiempo habia; y fundó luego otro para cien pobres. Construyó y dotó ricamente otros dos fuera de la ciudad cerca de la iglesia de San Pedro.

61. Debilitándose cada vez mas en Italia el poder imperial, le destruyeron al fin enteramente los lombardos, como tambien el exarcado de Ravena (1). Aprovechándose el Rey Astolfo de los cuidados que los árabes daban á los griegos, puso sitio á aquella

(1) *Rub. lib. 4. hist.*

ciudad, y se apoderó de ella. El exarca Eutiquio huyó á Grecia, y se acabó entonces el exarcado, cuya duracion desde su establecimiento bajo el Emperador Justino el joven, fue de unos ciento y ochenta años. No quedó satisfecho Astolfo con esta ventaja, sino que pretendió apoderarse de la misma ciudad de Roma y de todas sus dependencias. No le faltaban fuerzas ni valor, pero estas ventajas le hicieron olvidar la necesidad que tenia tambien de irse atemperando y de la condescendencia. Dejó de conocer el influjo poderoso de los literatos y de los intérpretes de las leyes en las situaciones críticas, en que los pueblos sacuden el yugo y se abandonan á su genio para elegir un nuevo Soberano.

62. Viendo Astolfo que los romanos no podian resistirle, empleó solamente el rigor y las amenazas, y ya trataba de imponerles un tributo anual de un sueldo de oro por cabeza. El Papa le envió los dos abades de Monte-Casino y de San Vicente cerca de Vulturino, para tratar de paz: mas el lombardo lleno de altivez los despidió sin oírlos. El Papa nombró sin tardanza diputados para el Emperador, á fin de suplicarle, como ya otras veces lo habia practicado, que enviase un ejército para libertar á Roma y á la Italia. Estas súplicas no produjeron el efecto que se deseaba. El peligro amenazaba mas de cerca. Astolfo sitió la ciudad y amenazó pasar á cuchillo á todos los ciudadanos si no se rendian inmediatamente. Todo era inquietud y consternacion. El Pontífice se esforzó á reanimar su valor, exhortándolos á implorar los

ausilios del cielo. Hizo una procesion, y en ella se llevaron las reliquias mas veneradas, entre otras una imagen de Jesucristo que creían no haber sido formada por manos de hombres. Llevábala el Pontífice en sus hombros, á pie descalzo, seguido del pueblo igualmente descalzo, cubiertas sus cabezas de ceniza, y lanzando profundos suspiros. Fijaron á la cruz un tratado de paz concluido poco antes con los lombardos, y violado inmediatamente por Astolfo. Esta procesion se reiteró todos los sábados por espacio de muchas semanas consecutivas.

Viendo en fin el Papa Estévan que nada era capaz de contener al Rey, y destituido de toda esperanza de socorro de parte de los griegos, recurrió á los franceses, á egemplo de sus predecesores Zacarías y Gregorio III. Escribió al Rey Pipino una carta muy expresiva, confiandola con mucho sigilo á un peregrino por temor de Astolfo; y oponiendo el ardid á la fuerza, suplicó al Monarca francés que enviase á Roma enbajadores para convidar al Pontífice á pasar á Francia. Al mismo tiempo escribió Estévan á todos los duques franceses exhortándolos á que socorriesen á la Iglesia de San Pedro. Además de las recompensas eternas que aseguró á su piedad generosa, les prometió todas aquellas prosperidades de que ordinariamente colma el Señor á los protectores de su Iglesia.

Pipino, que habia recibido y esperaba recibir grandes servicios del Papa, miró con gusto la ocasion que se le proporcionaba. Envió pues á Crode-

gando, obispo de Metz, y al duque Aucario ú Ogero, celebrado por los romanos con elogios que tienen cierto aire de fabulosos con respecto á lo que refieren acerca de él. Por lo que toca á Crodegando, natural de Brabante, y de la primera nobleza de Francia, es cierto que su mérito le elevó bajo el reinado de Carlos Martel á la dignidad de cancelario (1). Tenia mucha esperiencia en los negocios, y una elocuencia noble y sólida, á la que daban nuevo realce las cualidades exteriores de su persona. Se esplicaba con facilidad y con mucha gracia en latin y en tudesco, que era su lengua nativa. A estos grandes talentos reunia muchas virtudes, especialmente la caridad con los pobres, una piedad tierna, un celo ardiente por la regularidad clerical y el espíritu del orden y de la decencia, al que veremos que condujo con felicidad al clero que habia decaido de su antiguo esplendor. Fundó muchos monasterios, dotándolos con su rico patrimonio, y entre otros el de Gorza, que fue con el tiempo una escuela célebre.

63. Luego que llegaron á Roma los dos enbajadores, instaron públicamente al Papa que pasase en su compañía á Francia, en donde la iglesia romana, madre comun de los fieles, hallaria siempre la mas segura defensa. Antes que llegasen los enbajadores, y sin contar con ellos, habia pedido Estévan un salvo-conducto al Rey Astolfo, como para tratar con él sobre los medios de satisfacerle, lo que se le concedió. Partió inmediatamente seguido de una multitud de

(1) *Bolland. ad 6. Mart.*

ciudadanos romanos y de otras ciudades que bañaban el camino con sus lágrimas, é intentaron muchas veces detenerle, considerando los peligros á que se esponia, y las molestias de una enfermedad que padecia. El Pontífice, encomendándolos á Dios y á San Pedro, los consoló con la esperanza de un éxito feliz en un negocio que solo tenia por objeto su seguridad y la de la Iglesia. Estando cerca de Pavia, le hizo saber el Rey lombardo que no habia de pedir la devolucion de Ravena ni de ninguna de las plazas que habian pertenecido al imperio; y que si intentaba hacerle semejantes proposiciones, volviere desde luego á tomar el camino de Roma. Estévan prosiguió tranquilamente su ruta, y llegó á la corte de Astolfo.

Este Príncipe, que no estaba destituido de Religion, no pudo prescindirse de dar á la Cabeza de la Iglesia una acogida conveniente, y aun le hizo honores extraordinarios; pero despreció sus solicitudes. „Señor, dijo el Papa, supuesto que procedeis así, yo me marchó á Francia á buscar al Rey Pipino que hace mucho tiempo me insta á que pase á su corte.” Esta palabra fue un rayo para Astolfo, que no esperaba oír semejante novedad. Empleó alternativamente y con gran secreto las promesas y amenazas para hacer mudar de resolucion al Pontífice; mas la presencia de los embajadores de Francia que le acompañaban, incomodó extraordinariamente al lombardo. Previo todas las consecuencias del viage de Estévan, y las presentia mas funestas si usaba del medio de la violencia. Los embajadores por otra parte tomaron

el tono conveniente, así á la dignidad de la corona de Francia, como al amor religioso que el Monarca francés profesaba á la Cabeza de la Iglesia. Pidieron pasaportes para el Papa y su comitiva, los que les fueron concedidos, y se pusieron en camino sin dilacion el dia 15 de Noviembre, á pesar de todos los inconvenientes de la estacion, que creyeron preferibles á los de una permanencia mas larga.

El Sumo Pontífice fue recibido en Francia con las demostraciones mas vivas de una tierna y profunda veneracion. El limosnero mayor Fulrado salió á recibirle hasta los Alpes, y desde allí le acompañó hasta Pontyon en Champaña donde estaba la corte (1). Carlos, hijo primogénito de Pipino, de edad de doce años, salió á recibirle á treinta leguas de distancia; y el mismo Rey salió tambien á una legua. A su llegada se apeó del caballo y se postró, haciendo lo mismo la Reina, sus hijos y los señores de su comitiva. Anduvo algun tiempo al lado de la caballería en que iba montado el Pontífice, sirviéndole de escudero. El Papa con los prelados y el clero que le acompañaba, entonó algunos cánticos que continuaron hasta llegar á Pontyon, que fue en el dia de la Epifanía á 6 de Enero de 754. Luego que puso el pie en tierra, hizo regalos magníficos al Rey y á los señores. Al dia siguiente compareció con todo su clero cubierto de ceniza y ceñido del cilicio, se echó á los pies de Pipino, y protestó que no se levantaria hasta que el Rey y los señores le aseguraran su liber-

(1) *Anast. Met. ann. 753.*

tad y la del pueblo romano contra la tiranía de los lombardos. El Rey prometió con juramento que baria se le diese la ciudad de Ravena y todas las otras plazas del imperio, y que daría completa satisfacción á todos los deseos del Pontífice.

Entretanto dispuso que le llevasen al monasterio de San Dionisio, y con afecto filial ordenó que se le proveyese de todo lo necesario para su comodidad y descanso, y para el restablecimiento de su salud. A pesar de estas providencias cayó tan gravemente enfermo, que en breves días desesperaron de su vida: solamente él conservó una viva confianza en Dios, en medio de la estincion total de sus fuerzas; y una mañana que creían verle espirar, le hallaron perfectamente sano. Refieren que San Dionisio, patron de aquel lugar, se le apareció durante la noche, acompañado de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, y que el Príncipe de los Apóstoles dijo al santo mártir que se le concedía la salud de Estévan, y que mandaron al enfermo que se levantase inmediatamente, consagrarse uno de los altares del monasterio que le señalaron, y ofreciese el santo sacrificio en accion de gracias (1). En efecto, el Papa quiso levantarse desde luego, pero los asistentes atribuyeron este deseo á delirio; por cuya razon refirió el Pontífice al Rey y á los cortesanos el favor milagroso que habia recibido del cielo. Su salud repentina y el entero restablecimiento de sus fuerzas persuadieron á los mas incrédulos.

(1) *Anast. in Steph. II.*

64. Despues de haber consagrado el altar consagró de nuevo al Rey Pipino, y le presentó la corona. Este Príncipe, consagrado ya en vida de Childerico, sentia vivos remordimientos acerca de su sustitucion á los descendientes de Clodoveo, herederos naturales de su trono. Pero habiendo muerto el último descendiente de los Reyes Merovingianos, por cuya causa estaba el trono verdaderamente vacante, miró Pipino esta ocasion como la mas oportuna para aquietar su conciencia; y á fin de establecer mejor su poder pidió la ratificacion de los señores franceses, y que le coronase el Sumo Pontífice, con la idea de dar el mayor lustre á su inauguracion. Sus dos hijos Carlos y Carloman, cuyo bautismo se habia diferido hasta esta ocasion, fueron al mismo tiempo bautizados y coronados por el Pontífice, el que fue su padrino, y prohibió á todos los franceses presentes y futuros, en nombre de San Pedro y bajo las mas terribles amenazas, que pudiesen elegir Reyes de otra línea: Para obligar aun con mas especialidad á Pipino y á sus hijos á que tomasen á Roma bajo su proteccion, les confirió el título de patricios. Pipino habia formado el designio de repudiar á Bertrada por ciertas causas que se ignoran; y Estévan empleó toda su sabiduría y todo su afecto paternal en reconciliar á estos augustos esposos. Créese tambien que por esta razon consagró y coronó á la Reina juntamente con el Monarca, á fin de asegurar mejor el estado de esta Princesa.

Se consternó el Rey de los lombardos cuando su-

po lo que pasaba en Francia. Para disipar la tempestad que se formaba contra la Lombardia, obligó al abad de Monte-Casino, de donde era monge el Principe Carloman, hermano de Pipino, á enviar á este ilustre religioso á negociar la paz en el pais ultramontano, y le amenazó que arruinaría el monasterio si no condescendia con sus deseos. Carloman precisado por su abad se presentó en Quercus en la asamblea de los franceses; y el interés de su monasterio le estimuló de tal modo, que de un mediador forzado pasó á ser un ardiente defensor de los lombardos, por cuya causa llegó al estremo de hacerse sospechoso al Rey su hermano (1). Con pretesto de que no podia presentarse con seguridad en Italia, le destinó Pipino á un monasterio de Viena en el Delfinado, en donde murió dentro de breve tiempo. Parece que este incidente dió lugar á las reflexiones políticas que despues hizo el Rey sobre lo que podrian hacer algun dia los dos hijos que quedaban de Carloman: y á fin de precaver cualquier movimiento que en lo venidero pudiese por su parte alterar el estado, los encerró igualmente en monasterios. El Rey mandó trasladar el cuerpo de su padre á Monte-Casino en un ataúd de oro, con una multitud de dádivas preciosas.

No obstante, antes de comenzar la guerra de Lombardia envió embajadores al Rey Astolfo para inducirle á devolver á la Iglesia y al imperio todo lo que les habia usurpado: esta especie de apercibimiento se repitió hasta tres veces por consejo del Papa Estévan.

(1) *Act. SS. Bened. tom. 4. pag. 127.*

Astolfo solo contestó con amenazas, y creyeron deber hacerle mudar de lenguaje.

65. Pero antes suplicó el Rey Pipino al Sumo Pontífice que pusiese en el catálogo de los santos confesores á San Luitberto, compañero de San Willebrodo, y diferente de San Suitberto, primer obispo de Verden en el siglo siguiente. Deseando el Papa Estévan satisfacer á la solicitud del Rey Cristianísimo, encargó el cuidado (segun dice Ludgero de Munster, escritor de aquel tiempo) de verificar las virtudes y milagros de San Luitberto antes de canonizarle, á los venerables padres y pontífices Hidulfo, arzobispo de Tréveris, Bonifacio de Maguncia, Tulcario de Lieja, é Hidelgerio de Colonia, en cuya diócesis habia el Santo entregado su alma á Dios. Pero á causa de las incursiones de los sajones y de la expedicion del glorioso Rey Pipino contra Astolfo, perseguidor de la iglesia romana, suspendieron estos venerables padres la comision hasta que regresó de Italia. Este hecho es muy señalado, como uno de los primeros egemplos conocidos de las formalidades empleadas en la canonizacion de los santos.

66. Despues de todas estas disposiciones salió Pipino de Francia á la frente de un buen ejército; forzó el paso de los Alpes, redujo al lombardo á encerrarse en Pavia, y puso sitio á esta ciudad. El Papa rogó otra vez al Monarca frances que evitase la efusion de sangre cristiana en sus enemigos; y se dispuso un tratado por el cual prometieron estos con grandes juramentos entregar á Ravena y otras muchas ciuda-

des. Pipino tomó rehenes, y se retiró inmediatamente contra el dictamen del Papa, el cual le aconsejó que hiciese ejecutar el tratado en su presencia.

67. El Pontífice volvió á Roma, donde no perseveró mucho tiempo sin experimentar lo que habia previsto. Lejos de hacer Astolfo las restituciones prometidas, renovó con mas violencia que nunca sus tiranías contra los romanos. Fue á sorprenderlos en medio del invierno, puso sitio á Roma en el primer dia de Enero de 754, y asoló toda la comarca. Los lombardos cometieron escesos espantosos, si se ha de entender á la letra lo que el Papa, penetrado del dolor mas profundo, escribió á Pipino, á quien dice que los paganos mas bárbaros jamás habian cometido atrocidades semejantes. Incendiaron las iglesias, profanaron los altares, confundieron con el botín profano los vasos en que se consagraba el cuerpo del Señor, robándolos despues de haberse embriagado. Despedazaron á golpes á los clérigos y á los monges, violaron las religiosas, y dieron muerte á algunas de ellas: pusieron fuego en las mieses de la iglesia, talaron sus campos, robaron sus ganados, cortaron las vides hasta la raiz, y degollaron á una infinidad de personas, sin perdonar á los niños de pecho.

68. Estos estremos á que se hallaban reducidos el pastor y el rebaño, movieron al Papa Estévan á usar un espediente sin egemplar en toda la historia eclesiástica. Para mover mas fácilmente al Rey y á los franceses, les escribió en nombre del Príncipe de los Apóstoles, á quien presentaba hablando como si es-

tuviese todavía en la tierra. Hablaba tambien la Virgen, los Mártires, y todos los Santos. Esta carta singular, la mas á propósito para pintarnos las costumbres y el genio de aquellos tiempos, estaba concebida en los términos siguientes (1). „Pedro, llamado al apostolado por Jesucristo Hijo de Dios vivo, á los tres escelentes Príncipes Pipino, Cárlos y Carloman, á los muy santos obispos, abades, religiosos, como tambien á los duques, condes, capitanes y guerreros, y á todo el pueblo francés, salud y bendicion. A mí, Pedro, aunque indigno siervo de Dios, confió el Señor especialmente la nave de la Iglesia, cuando dijo: *apacienta mi rebaño . apacienta mis ovejas*. Quiso predestinarme y escogerme para esparcir la luz en todas las naciones, entre las cuales me ha dado á los franceses por mi pueblo particular, y mis hijos adoptivos. Esta es la causa porque me dirijo á vosotros con preferencia á todos los demás, suplicándoos por vuestra piedad y por vuestro amor filial, que voleis al socorro de la Iglesia de Dios, abismada en la mas triste afliccion, y liberteis de la detestable nacion de los lombardos á esta ciudad de Roma, mi silla y mi casa, en donde descanso segun la carne: pues no debeis juzgar de otro modo, hijos míos muy queridos, y tened por cierto que mi presencia para con vosotros es tal como si me vierais con los ojos corporales, viviendo y obrando en la carne y los huesos: creed firmemente, Reyes cristianísimos, Pipino, Cárlos y Carloman, y vosotros

(1) *Cod. Carol. Epist. 4. 5. et 6.*

igualmente sacerdotes, obispos, abades, monges, con los jueces, duques, condes y todo el pueblo del imperio francés, creed que Pedro, Apóstol de Dios vivo, os habla en este discurso, y que si no me veis en carne mortal, estoy muy cerca de vosotros con el espíritu. La Reina del cielo, María Madre de Dios y siempre Virgen, os habla igualmente y os ruega conmigo. Lo mismo egecutan los tronos, las dominaciones, los príncipes de la milicia celestial, los mártires, confesores y todos los ángeles y santos queridos de Dios, los cuales recomiendan con instancia á vuestro valor esta ciudad de Roma, las ovejas del Señor que la habitan y la Iglesia santa confiada á mi cuidado. Daos prisa, no tardeis un momento, corred á substraerla del furor de los lombardos, no sea que mi cuerpo, inmolido tanto tiempo hace en sus muros por la gloria de Jesucristo, y el lugar en que descansa por orden del Señor, venga á ser con el pueblo romano cometido á mi cuidado el juguete de su impiedad y barbarie."

Hablando siempre el Príncipe de los Apóstoles en la carta del Papa Estévan, prometia en seguida á los franceses, si le obedecian prontamente, una prosperidad constante en esta vida, y la gloria eterna en la otra. Mezcló todas las promesas temporales de la ley antigua con los bienes espirituales del Evangelio, y con aplicaciones de la Escritura llenas de equívocos: „despachaos, dice, venid á nuestro socorro antes que vuestra madre la santa Iglesia (habla en este lugar de sus posesiones terrestres) sea deshonrada y

arruinada. Mostraos inseparablemente unidos con Roma, para que no seais espelidos como estrangeros del reino de los cielos. Combatid generosamente por los romanos mis hijos y hermanos vuestros, pues nadie será coronado sin haber combatido dignamente."

69. Estos pasages elocuentes que sin duda habrian hecho poca fuerza á los guerreros de nuestros tiempos, causaron la mas viva impresion en el ánimo de Pipino y de todos los grandes. Entró inmediatamente en Lombardía con todas sus fuerzas, protestando que no peleaba por ningun interés humano, sino solo por amor á los santos Apóstoles, y por la remision de sus pecados. Sitió de nuevo á Astolfo en Pavía estrechándole tan fuertemente, que le redujo muy pronto á pedir cuartel, y á egecutar fielmente el tratado del año anterior (1).

70. Entretanto llegaron embajadores de Constantinopla pidiendo al Rey Pipino las ciudades y tierras que los lombardos habian usurpado al imperio, y que el Emperador Constantino Coprónimo, mas ocupado en hacer la guerra á las santas imágenes que á los usurpadores de sus dominios, jamás se habia tomado el trabajo de defender. Pipino se creyó dueño absoluto de una conquista que miraba como justo fruto de sus victorias, y de las bendiciones celestiales derramadas sobre sus designios. Con arreglo al proyecto que hizo en Pontyon, y se concluyó despues en Querci de Oisa en un concilio, hizo de ellas una donacion en forma á San Pedro, á la Iglesia ro-

(1) *Cont. 4. Fredeg. num. 111.*

mana y á todos los Papas perpetuamente, y la pusieron en los archivos de aquella Iglesia. Se entregaron á Fulrado, á quien se encargó la egecucion del tratado, las llaves de todas las ciudades de la Emilia y de la Pentápolis; y este ministro fue á Roma á colocarlas con la escritura de donacion sobre la confesion de San Pedro. Así fue puesto el Papa Estévan en posesion del exarcado de Ravena y de la Pentápolis, llamada así por las cinco ciudades que comprendia, á saber, Rimini, Pésaro, Fano, Sinigalla y Ancona. Estas plazas unidas á las del exarcado ascendian al número de veintidos, y constituyen la base del estado eclesiástico. La donacion de Constantino el grande, solo es reputada por obra de la ignorancia, la cual la confundió con el permiso que aquel Emperador cristiano concedió á las iglesias de que pudiesen adquirir plazas y heredades.

71. No habia perdido Astolfo la esperanza de reconquistar lo que habia cedido por fuerza. En el mismo año siguiente á esta cesion, habiendo los franceses evacuado la Italia, juntó un egército para entrar en Toscana. Mas estos estrépitos marciales se acabaron muy en breve con su vida en una partida de eaza, en la que cayó del caballo, y murió al cabo de tres dias. Los escesos de su ambicion estremada y violenta no impidieron por otra parte que cumpliera con las obligaciones de cristiano. Hizo varios donativos á las iglesias, fundó monasterios, y habiendo su cuñado Anselmo, duque de Friul, renunciado la grandeza del siglo para consagrarse á Dios,

debió á las liberalidades de este Monarca la fundacion que hizo del monasterio de Fanan, distante siete leguas de Módena, y algun tiempo despues del de Nonantula á dos leguas de la misma ciudad (1). Astolfo concedió este territorio, que Anselmo y sus monges desmontaron con el sudor de su rostro; y esta institucion llegó á ser tan floreciente, que se contaron en ella hasta mil ciento cuarenta y cuatro monjes, sin comprender los niños ofrecidos ni los novicios. El Rey Astolfo confirmó esta donacion por una carta en que obliga al monasterio por via de vasallage ó de reconocimiento á suministrarle anualmente cuarenta sollos ó esturiones (especie de pescado) en la cuaresma, y otros tantos en adviento. Para manifestar la veneracion que tenia á San Pedro y desvanecer las preocupaciones, cuyas funestas consecuencias comenzaba á presentir, hizo un viage á Roma en compañía de su cuñado para ofrecer la escritura de donacion sobre el cuerpo del santo Apóstol. El Papa vistió á Anselmo el hábito monástico, y le instituyó abad concediéndole el báculo pastoral. Este duque de Friul fundó tambien muchos hospitales, y en uno de ellos se daba de comer á doscientos pobres en el dia primero de cada mes, y se celebraban en cada año trescientas misas por los vivos y difuntos. Didier, duque de Toscana, sucedió, no sin oposicion, al Rey Astolfo. Rachis, hermano del Rey difunto, y que tambien habia sido Rey, supo en la soledad, la cual habia preferido al trono, que

(1) *Act. SS. Bened. tom. 5. init.*

una gran parte de sus antiguos vasallos deseaba que volviese á reinar. Rara vez sucede que la cesion de la corona deje de producir algun sentimiento. El monje Rachis, cuyo retiro habia causado tanta edificacion, se sintió estimulado á recuperar el cetro. Pero bien sea por las dificultades que se le ofrecieron, ó porque semejante resolucion fuese inspirada por los que eran hechuras suyas, ó en fin porque no se hubiese olvidado de los principios de la religion, se mostró dócil á las representaciones del Sumo Pontífice, relativas á los intereses inestimables de su alma, y á las consecuencias funestas de la division que encendria entre los lombardos.

72. El Papa Estévan se interesaba mucho á favor de Didier, el cual habia prometido consumir el tratado del Rey Astolfo, y devolver algunas ciudades que los lombardos tenian todavía en su poder. Una proteccion tan poderosa, y que decidia de la de los franceses, dió la corona á Didier sin contradiccion. Restituyó á lo menos en parte las plazas prometidas, y en especial la ciudad importante de Ferrara con todo su ducado. El Papa dió cuenta á Pipino de la eleccion de Didier, y le pidió sus buenos oficios á favor de este nuevo Rey.

73. Pipino hacia celebrar entonces en Vernon un concilio de cuasi todos los obispos de Francia, á fin de proceder al restablecimiento general de la disciplina (1). Mas como las relajaciones introducidas por las desgracias del estado, y arraigadas por una larga

(1) *Tom. 6. Concilior. pag. 1664.*

costumbre, habian aumentado el mal hasta el último extremo, cuidaron menos de restaurar la perfeccion de los antiguos cánones que de esterminar los mayores abusos. En los dos años siguientes de 756 y 757 se celebraron otros dos concilios en Compiègne, ó por mejor decir, dos de aquellas asambleas de la nacion, en que los señores y los prelados formaban un cuerpo de vocales, lo mismo que en las demás convocaciones de los estados. Señaló entonces Pipino para su apertura el dia 1.º de Mayo, en lugar del 1.º de Marzo, dia en que hasta aquella época se acostumbraban celebrar. Determinóse en estos tres concilios, cuyos cánones es difícil particularizar, que una abadesa no pudiese tener dos monasterios, ni salir del suyo á no ser por causa de hostilidades ó consentimiento del obispo cuando fuese llamada por el Soberano. Esto se aclara mas en otro cánón, el cual obliga á las abadías reales á dar cuenta al Rey de sus bienes, como las abadías episcopales la daban al obispo. Llamábanse abadías reales aquellas que habian fundado los Reyes, y que no dependian de los obispos, sino que estaban únicamente sujetas á la inspeccion del archi-capellan ó limosnero mayor de la corte. Se prohibió á los obispos, á los abades y aun á los legos el percibir salario ó retribucion alguna por la administracion de justicia. Los peregrinos fueron declarados esentos de los derechos de peazgo. Prohibieron á los clérigos, y este es el cánón diez y ocho, el recurrir á los jueces seculares sin beneplácito de su obispo ó de su abad, segun el antiguo

decreto del concilio cartaginense que impuso pena de deposicion al clérigo que declinase el juicio eclesiástico por el secular, aun cuando la sentencia secular fuese en su favor. La razon de esta prohibicion era, porque el eclesiástico que procede de este modo, parece que desprecia á sus hermanos, cuyo juicio no quiere tolerar, y de esta manera se escluye, al parecer, á sí mismo de la clase de aquellos que le merecen tan mal concepto. Puede verse lo que con este motivo dice Mr. Godeau, obispo de Vence, contra los eclesiásticos que, infieles á su propia dignidad y á la autoridad de la Iglesia, se retiran de sus tribunales competentes, como para buscar en otros mas luces ó mayor equidad, y no tiran á otra cosa que al envilecimiento del orden gerárquico.

La mayor parte de los otros cánones de los concilios de Vernon y de Compiègne contienen reglamentos para el matrimonio, los mismos con corta diferencia que se han visto ya en otras partes. El mas singular es el que disuelve el lazo conyugal por causa de lepra, dando facultad á la parte sana para volverse á casar: mas aquí solo se trataba de la lepra anterior al matrimonio, y reputada por impedimento de impotencia.

74 y 75. En Compiègne en la asamblea de 757, Tasillon, duque de Baviera, rindió homenaje al Rey Pipino con grandes juramentos, primero sobre las reliquias que el Rey traia siempre consigo, y luego sobre los sepulcros de San Dionisio, de San German de París y de San Martin de Tours, á donde fue es-

presamente. Se verá no obstante por la serie de los sucesos, que estos empeños tan sagrados en favor de su tío y de su Rey fueron insuficientes. Iba á terminarse la asamblea, cuando llegaron embajadores del Emperador Constantino Coprónimo, pidiendo la alianza y la amistad del Rey, cuyo poder y conducta tenían tanto influjo en los negocios de Italia. Traían regalos magníficos y muy curiosos para el gusto de los galos, entre otros los primeros órganos que se habian visto en Francia, los cuales fueron colocados en la abadía de San Cornelio (1). Pero todos los dones y artificios de los griegos no fueron capaces de alterar los efectos de la munificencia de Pipino respecto á la iglesia romana. Algun tiempo despues, otros ministros del Emperador fueron á proponer al Rey que se uniese con él contra los lombardos, ofreciéndole por esposo de su hija Gisela al Príncipe Leon, primogénito del Emperador. Pipino con toda la sencillez de su fe y con la franqueza que es natural á los franceses, respondió, que él no creía poder unirse en conciencia con un Príncipe que se habia manifestado públicamente contra el culto y la doctrina de la Iglesia.

76. Los prelados á egemplo del Monarca, señalaron en todas ocasiones su celo por la pureza de la fe, y su adhesion al centro de la unidad católica. Tal era el espíritu que animó principalmente al mas ilustre entre ellos, Bonifacio, arzobispo de Maguncia y legado apostólico por espacio de treinta y tres

(1) *Monach. S. Gal. lib. 2. cap. 10.*

anos. Se propuso por ley de su conducta dirigirse en todo de un modo invariable por los consejos de la Cabeza de la Iglesia; y como la continuacion de sus trabajos en tierras distantes le privaba de la noticia de los negocios y revoluciones mas considerables, no pidió la comunión con la santa Sede al Papa Estévan hasta dos años despues de su exaltacion al pontificado. Había estado ocupado, como se lo participaba escusando su tardanza, en reparar mas de treinta iglesias incendiadas por los paganos, sin acobardarse ni disminuir la actividad de su celo. Agoviado de años y de enfermedades, tomó á su cargo la empresa de convertir enteramente á los frisonos, idólatras feroces é inconstantes, entre los cuales habia trabajado en los años anteriores con algun fruto.

Se proveyó antes de un digno sucesor en la silla de Maguncia con arreglo á la facultad que habia obtenido del Papa; y con el previo consentimiento del Rey Pipino, de los obispos, de los abades, de todas las órdenes de la clerecía y de todos los señores de la diócesis, ordenó al sacerdote Lullo, uno de sus discípulos mas fieles y mas queridos. Entre los motivos que propuso al archi-capellan Fulrado para que le consiguiese el beneplácito del Monarca, fue uno la necesidad de instituir un obispo caritativo que atendiese á las necesidades de los sacerdotes empleados en la frontera de los paganos: obreros, le dijo, ocupados infatigablemente en la viña del Señor, los cuales á lo mas pueden ganar el pan, pero no el vestido, si no se les ayuda como yo lo he hecho.

Instituido Lullo, y estando dispuesto Bonifacio á marchar á Frisia, este venerable anciano le dijo lo siguiente (1): „hermano mio, el tiempo de mi muerte se acerca: oid pues, y cuidad de egecutar las últimas voluntades de vuestro padre. Continudad las obras de las iglesias que he comenzado en Turingia: aplicaos cuanto podais á la conversion de los pueblos, acabad la iglesia de Fulda, y procurad que con el tiempo se me entierre en ella. Al preparar todo lo necesario para mi mision, no os olvidéis de poner con mis libros una sábana para enterrarme.” Al oír estas palabras no pudo Lullo reprimir el llanto, y derramó un torrente de lágrimas. San Bonifacio llamó tambien á su parienta la abadesa Santa Lioba, y la exhortó á no dejar despues de su muerte aquella tierra que le habia sido estrangera, y á mantener el espíritu de regularidad en su abadía de Biscofheim, sin que la debilidad del sexo, ni el disgusto y fastidio pudiesen dar lugar á la relajacion. La recomendó al obispo Lullo y á los ancianos del monasterio de Fulda que estaban tambien presentes; y dándola su cogulla, la dijo, que queria no estar separado de ella despues de la muerte, sino que ambos fuesen enterrados en un mismo sepulcro.

77. En fin, se embarcó en el Rhin para bajar á Frisia. Llevó en su compañía á Eoban, á quien habia ordenado para la silla de Utrech, vacante por muerte de San Willebrodo, y á otros diez compañeros, tres sacerdotes, tres diáconos y cuatro monges.

(1) *Willibald. cap. 20.*

Hizo una multitud de conversiones, bautizó millares de infieles, les obligó á derribar sus templos y á edificar iglesias, señaló dias para confirmarles, y entretanto los envió á sus casas. Se quedó Bonifacio en la ribera del rio Burda, siempre dispuesto á purificar otras almas en las aguas de la regeneracion. En el dia convenido comparecieron por la mañana, no los ecónitos que esperaban, sino una cuadrilla de bárbaros idólatras y bien armados, que acometieron á las tiendas de los predicadores evangélicos. Salieron los domésticos con armas para rechazarlos; mas el santo obispo, advertido de la novedad por el tumulto, llamó á sus familiares, y tomando las reliquias que traía siempre consigo, salió fuera de su tienda y dijo á los suyos: „deponed las armas, hijos míos: nuestra Religion nos enseña á no volver violencia por violencia. Ya ha llegado el dia por que tanto he suspirado: poned vuestra confianza en Dios, el cual por algunos momentos de una vida miserable os dará un reino eterno.” En el mismo instante los asaltaron los paganos con furor, y dieron la muerte á cincuenta y dos de ellos. De esta manera coronó San Bonifacio con el martirio, siendo de edad de setenta y cinco años, en el dia 5 de Junio de 755, cuarenta años de apostolado en la Germania, y treinta y seis de un santo obispado. Habiéndose esparcido por todo el pais la noticia de su muerte, formaron los cristianos un ejército numeroso, y se arrojaron sobre los idólatras, á quienes hicieron arrepentir de su atentado. Pero el santo mártir, concluyendo con sus

súplicas lo que habia comenzado con su predicacion, consiguió del Señor para los paganos que sobrevivieron á la ruina de su pais el arrepentimiento de sus culpas, y la gracia de la conversion á la mayor parte de ellos. Su cuerpo fue enterrado en Utrech, de donde su digno sucesor el arzobispo Lullo le hizo trasladar á Maguncia, y despues fue llevado, segun la voluntad del Santo, á la iglesia de Fulda: lo cual no contribuyó poco á la celebridad de este monasterio, que llegó á ser la escuela mas famosa de toda la iglesia occidental en todo este siglo y en el siguiente.

78. No solo fue San Bonifacio el apóstol de la Alemania, sino tambien el restaurador de la disciplina eclesiástica en todo el imperio francés (1). A él se atribuyen los estatutos ó instrucciones para los obispos y los sacerdotes, de los cuales muchos artículos merecen ser conocidos. Dice el cuarto, que el sacerdote no debe ir á parte alguna sin llevar consigo el santo crisma, el óleo bendito y la Eucaristía, á fin de estar siempre pronto á egercer todas sus funciones. El veintisiete decide, que no debe causar escrupulo el bautizar á las personas cuyo bautismo es dudoso, usando sin embargo de esta protesta: *yo no te rebautizo; mas si no estás aun bautizado, yo te bautizo.* Este es el primer ejemplo que se conoce del bautismo administrado bajo condicion. „Como son varias las causas, dice el santo prelado en el artículo

(1) Tom. 6. Concilior. pag. 1690.

veintiocho, que nos impiden observar rigurosamente los cánones en la reconciliación de los penitentes, cada sacerdote tendrá cuidado de reconciliarlos por medio de la oración, luego que haya recibido su confesión; es decir, que no diferirá la absolución á aquellos cuyas disposiciones le hayan parecido suficientes. El enfermo, añade, que después de haber pedido la penitencia, perdiese el conocimiento ó la palabra, no solo será reconciliado con la imposición de las manos, sino que recibirá también la Eucaristía, haciendosela pasar por la boca:” palabras que al parecer manifiestan, que en caso de necesidad se daba entonces la comunión bajo la sola especie de vino.

Además de Lullo, arzobispo de Maguncia después de San Bonifacio y venerado como santo, tuvo el apóstol de la Germania otros muchos santos discípulos que trabajaron sin intermisión con él, y después de él. Se ha visto ya cuales fueron el mérito y virtudes de San Burchardo, obispo de Wirsburgo, de San Wilebaldo, obispo de Eichstadt, de San Vuñebaldo, hermano de Wilebaldo y de la santa abadesa Walburga, de San Esturmio, abad de Fulda, y de San Eoban, obispo de Utrech.

El santo abad Gregorio, que sin ser obispo gobernó la iglesia de Utrech después de la muerte de Eoban, se puso bajo la dirección de San Bonifacio desde la edad de quince años, cuando al pasar este varón apostólico por el país de Tréveris, se alojó en el monasterio de Falz, fundado y gobernado por Adela, abuela de Gregorio, é hija del Rey Dagober-

to II (1). Este joven, criado con la delicadeza ordinaria en los hijos de nacimiento ilustre, sostuvo con la firmeza de un operario evangélico el mas experimentado, todo cuanto hubo de sufrir en las misiones de Turingia poco antes assolada por bárbaros. Su fervor fue siempre el mismo en lo sucesivo. Cuidó hasta la muerte de la iglesia de Frisia ó de Utrech, de la cual fue luego obispo su sobrino Alberico por una disposición de la Providencia, que le separó de los Reyes de la tierra, á quienes servia con distinción en Italia. Por lo que toca á Gregorio, solo tuvo el carácter de sacerdote y de abad del monasterio que habia en aquella ciudad. Formó excelentes ministros del Evangelio, aun entre los pueblos nuevamente convertidos, como eran los sajones, frisones y suevos. San Ludgero, que escribió su vida, y San Lebvino, son los mas célebres (2). Entre todas sus virtudes sobresalió principalmente la caridad, aun en aquellas ocasiones en que su práctica se hallaba en oposición con las mas funestas preocupaciones de las naciones en que vivia. Refiérese de él, que habiendo sido asesinados dos hermanos suyos en un bosque, los homicidas fueron presos, y puestos á su disposición para que los hiciese castigar con la muerte que le pareciese, segun las leyes bárbaras que dejaban la venganza en manos de los parientes del muerto. Comparecieron temblando en su presencia, mas él les dijo: *yo os perdono: no volvais á hacer semejante cosa, no sea*

(1) Act. SS. Bened. tom. 4. pag. 327 (2) Sur. ad diem 12 Novembr.

que se os trate peor. Mandó que los lavasen , que los vistiesen con decencia , que les diesen bien de comer, y que los condujesen á lugar seguro , por temor de los demás parientes.

79. No causaban menos edificacion por el mismo tiempo las virtudes de San Ótmaro en otra parte de la Francia Germánica. Era abad del monasterio de San Galo , una de las primeras escuelas de la iglesia de Alemania. Temiendo que la indigencia arruinase los estudios y la regular observancia , fue á quejarse al Rey Pipino de las exacciones y robos de los gobernadores de la provincia del alto Rhin , llamada entonces propiamente Alemania. A su regreso se apoderaron de su persona , le cargaron de cadenas como á un malhechor é hipócrita , y le hicieron acusar de incontiancia por uno de sus monges llamado Lamberto (1). Apenas se movió á defenderse , ya porque previo la inutilidad de todas las apologías contra la maldad y la opresion , ó ya por una humildad extraordinaria que Dios inspira á algunos santos , cuya inmediata defensa toma á su cargo. Otmaro , víctima de una calumnia tan atroz , fue encerrado en un castillo , y tratado con tanto rigor , que muchos dias le habria faltado el alimento si uno de sus monges no se lo hubiese llevado de noche con gran secreto. Desde allí fue trasladado á la isla de Stein en el Rhin , en donde vivió cuatro años sin cesar de aumentar su mérito con la oracion , los ayunos y las austeridades que anadia voluntariamente á los demás trabajos de

(1) *Vit. cap. 4. tom. 4. act. SS. Bened.*

su vida. Habiéndose hallado su cuerpo incorrupto diez años despues de su muerte , le llevaron con gran solemnidad á su monasterio de San Galo , que habia gobernado por espacio de cuarenta años. Su calumniador , el monge Lamberto , fue acometido de una horrible enfermedad que le dejó enteramente estropeado. Confesó su delito , y dió al Santo unas satisfacciones tan brillantes como inútiles para aquel de cuya santidad se hacia apologista el cielo.

No acabaríamos si quisiésemos hacer mencion de todos los modelos de virtud que consolaban á la Iglesia en aquellas naciones que acababan de salir de la idolatría mas bárbara. Parecia que la fe iba estendiendo sus conquistas en las regiones en que el nombre de Jesucristo habia sido mas ignorado , á proporcion del abandono sacrílego de los primeros adoradores de este Dios hecho hombre. Seducidos ó forzados por un Soberano infiel y sin freno , así los pastores como los pueblos inmediatos á los lugares consagrados con la sangre del Redentor , manifestaban en orden á las prácticas mas augustas de su culto , el mismo desprecio que sus padres habian concebido de la idolatría.

80. Constantino Coprónimo acababa de proscribir las santas imágenes con un escándalo espantoso , por medio de trescientos treinta y ocho obispos congregados en forma de concilio. Con no menor escándalo y desvergüenza nombró de su propia autoridad para patriarca de Constantinopla , en lugar de Anastasio , al monge Constantino , obispo de Stilea , y digno com-

petidor suyo en la carrera de la impiedad (1). Él mismo preconizó á su patriarca desde el pulpito de la iglesia de Blaquernas, donde su concilio tuvo la última asamblea; y allí le revistió del hábito sagrado y del palio, aplaudiendo todos aquellos indignos obispos la subversion de la gerarquía y de todos los cánones.

81. No contentos con haber dado sus decretos impíos, los ejecutaron con furor. Se esparcieron por todas las iglesias y oratorios, derribaron todas las figuras que podian servir de objeto al culto cristiano, las pisaron ó las hicieron pedazos. Borraron las pinturas de las paredes, cubriéndolas luego con cal para que no quedase el menor vestigio de ellas (2). El Emperador hizo sobre todo la guerra á los solitarios y á todas las personas religiosas, á quienes no daba otro nombre que el de abominables. Escitó al pueblo á maltratarlos, y prohibió con penas rigurosas el que se les suministrase algun socorro. El único medio de libertarse de las pesquisas y torturas, era el de dejar el hábito monástico y contraer matrimonios sacrílegos, á lo cual les instaba el mismo Constantino. Prohibió á todos sus vasallos con la mayor severidad que abrazasen la vida religiosa. Los monasterios fueron invadidos por la tropa, y sus rentas aplicadas al fisco. Todos los monges abandonaron absolutamente á Constantinopla y las provincias vecinas, para retirarse á occidente, ó á lo menos hácia el Ponto-Eusino y la isla de Chipre, que eran los únicos países del impe-

(1) *Conc. VII pag. 18.* (2) *Theoph. ann. 21. pag. 463.*

rio que no estaban infestados con la heregia de los iconoclastas.

82. Las torturas y los suplicios fueron tan generales como las confiscaciones y el destierro (1). El inexorable Emperador hizo morir á fuerza de azotes á un solitario venerable, San Andrés de Creta, llamado el Calibita. Andrés padeció en Constantinopla en el circo de San Mames; despues de lo cual mandó el tirano que arrojasen su cuerpo al mar. Pero las hermanas del mártir hallaron medio de robarle, y le enterraron secretamente en un sitio llamado Chrisys, que con el tiempo tomó el nombre del Santo. Con no menos crueldad hizo echar en el mar á Juan, abad de Monagrio, despues de haberle metido en un saco y atado á él una gran piedra. En la isla de Creta el abad Paulo fue martirizado por el gobernador Teófanes. Habiendo sido conducido á la presencia de este oficial, que habia mandado poner en tierra á un lado la imagen de Jesucristo, y á otro los instrumentos del suplicio destinado á Paulo, le dijo Teófanes: „escoge una de dos cosas, ó pisar esta imagen, ó padecer este tormento. No permita el cielo, ¡ó adorable Salvador! exclamó Paulo, que yo os ultraje tan indignamente como se pretende de mí;” y en el mismo instante se postró para adorarle. Irritado el perseguidor, le hizo despojar y atar desde el cuello hasta los talones entre dos tablas, asegurando en ellas todos sus miembros con clavos: luego encendieron una grande ho-

(1) *Du Cang. C. P. tom. 2. pag. 107.*

guera, y suspendido con la cabeza hacia abajo perseveró en esta forma hasta quedar enteramente consumido. En el país de Éfeso encerraron á treinta y ocho religiosos bajo la bóveda de un edificio abandonado, y tapiando todas las comunicaciones, les dejaron morir en este estado.

83. Pero la mas ilustre de las víctimas inmoladas por el culto de Jesucristo y de sus Santos, fue el abad del monte San Ausencio, monasterio famoso cerca de Nicomedia, mártir comparable á San Estévan, cuyo nombre tenia, y á quien por sobrenombre llamaban Estévan el joven, para distinguirlo de aquel otro atleta de la Religion (1). No obstante el rigor de su retiro y el cuidado estremado que puso en ocultarse de los hombres, su santidad y la austeridad de su vida le hicieron muy famoso. Su celda, ó por mejor decir, su sepulcro, era una gruta que solo tenia dos codos de largo y apenas uno de ancho. Era tan pequeña su altura que no podia estar en ella de pie. Estaba medio descubierta, por cuya causa el ardor del sol le abrasaba en verano, y quedaba espuesto á los rigores del frio y á todas las injurias del aire en las otras estaciones. Todos sus vestidos consistian en una simple túnica de pieles, debajo de la cual traía una cadena de fierro cruzada desde las espaldas hasta los riñones, unida por la parte inferior á un ceñidor igualmente de fierro, y á otro por debajo de los sobacos. Se empeñó Constantino en atraer á este

(1) *Annalect. Græc. tom. 1. Vit. S. Steph.*

santo hombre á su heregía, persuadido de que si lo lograba, ya no hallaria resistencia en persona alguna, aun entre los solitarios mas piadosos.

Dió esta comision al patricio Calisto, seductor hábil, que perfectamente instruido en todas las sutilezas de los novadores, se esplicaba con mucha elocuencia. Calisto llevaba aceite, dátiles, higos y algunos otros regalos convenientes á los solitarios. Comenzó diciendo al varon de Dios, que el Emperador lleno de veneracion y afecto hácia su persona por razon de la fama de su santidad, no le habia olvidado de modo alguno en las suscripciones que pedia á todos los fieles de distincion para firmeza de lo que se habia mandado en su concilio; luego creyó deber desplegar todos los artificios de su elocuencia; pero Estévan le cortó la palabra y dijo: „Señor patricio, yo jamás suscribiré á unas decisiones heréticas, que vos llamais definiciones del concilio. Dios me libre de atraer sobre mí la maldicion del profeta, llamando dulce lo que es amargo, y dando el nombre de luz á las tinieblas. Volved, pues, á aquel que os ha enviado para seducirme: al Emperador que se degrada haciendo el papel de heresiarca, y no dejéis de decirle, que Estévan está pronto á morir por el culto que la heregía orgullosa con su poder se atreve á blasfemar. Llevaos vuestros dones tentadores: el aceite del pecador, como me manda la Escritura, no perfumaré mi cabeza, y los manjares de los hereges no mancharán mi boca. Presentando despues la concavidad de la mano, añadió: aunque no tuviera mas

sangre que la que cabe aquí, la derramaria gustoso por la imagen del Redentor."

Calisto volvió confuso al Emperador, y le participó la respuesta de Estevan; la cual enfureció de tal modo á este Príncipe violento, que volvió á enviarle inmediatamente con soldados para que sacasen al Santo de su celda, que estaba en la cumbre de la montaña, y le encerrasen con buena guardia en el monasterio situado en la falda hasta que él decidiese de su suerte. Los satélites partieron al momento, derribaron la puerta de la celda, y sacaron de ella al Santo. Mas su crueldad se convirtió en compasion cuando repararon que en fuerza de tanto estar de rodillas, era tal la contraccion de sus nervios que sus piernas estaban como cosidas ó pegadas con los muslos, y que no podia estenderlas ni cuasi moverse: tal era la debilidad ocasionada por su extrema abstinencia. Fue necesario que dos de ellos juntasen sus brazos con precaucion para trasladarle, sosteniéndose el Santo en este estado del modo posible, puestas las manos sobre sus espaldas. Al llegar á la falda de la montaña le encerraron con los otros solitarios, y se estuvieron á la puerta de la laura esperando las órdenes del Emperador. Entretanto todos los religiosos se ocupaban en orar y en cantar las alabanzas divinas. Los soldados edificados y enternecidos se decian unos á otros: á la verdad, estos buenos monges á quienes maltratan sin motivo, no pueden menos de mirarnos con horror, y nosotros estamos haciendo aquí el papel de bandidos. San Estévan y sus compañeros per-

manecieron sin embargo encerrades por espacio de seis dias sin tomar ningun alimento. Una guerra imprevista contra los búlgaros impidió al Emperador el satisfacer su designio impío, y le obligó á dejar por algun tiempo en paz á los monges de Ausencio. Al separarse de ellos sus emisarios, se encomendaron con instancia á las oraciones de su santo abad.

El mismo Constantino llegó á comprender, que para ser aplaudido de aquellos vasallos que conservaban algun vestigio de rectitud; era necesario hallar en los defensores de la fe otros crímenes que su fidelidad á la tradicion y á las observancias de los padres. Hizo acusar al Santo de un comercio vergonzoso con una señora de distincion, la cual hallándose viuda y sin hijos habia dejado, por consejo de San Estévan, sus riquezas, su misma patria y su familia, para vestir el hábito de religiosa en el monasterio de monjas que estaba muy cerca del de los hombres al pie del monte San Ausencio. Sobornaron á un monge llamado Sergio y á una esclava de Ana, que así se llamaba la señora desde que San Estévan la habia dado este nombre al recibirla por hija espiritual. Los dos falsos testigos depusieron, que Ana subia frecuente á la celda del abad á media noche. Cogieron á esta santa religiosa, y la hicieron comparecer delante del Emperador, el cual usó de todos los artificios para obligarla á que se perdiese á si misma con una confesion infamatoria. Pero ella respondió gimiendo: „Señor, yo estoy al arbitrio de vuestro poder: atormentadme, quitadme le vida: yo no

tengo otras relaciones con este santo hombre que las que se deben tener con los guías celestiales que nos dirijen por el camino de la salvacion." El Emperador quedó confuso sin tener que replicar. De puro despecho se mordió las uñas de una mano, y con la otra hizo las gesticulaciones arrebatadas y ridículas que manifestaban ordinariamente su cólera y petulancia. En otro interrogatorio hizo poner á la vista una multitud espantosa de nervios de buey ó vergajos, y dijo á la acusada: mandaré que todos se rompan en tu cuerpo, si no confiesas tu infame comercio con Estévan. A imitacion del Salvador acusado por los judíos, no respondió una sola palabra. Desde luego ocho satélites la cogieron por ambos brazos, y la estendieron en el aire en forma de cruz, mientras que otros dos la sacudian con todas sus fuerzas, el uno en el vientre y el otro por detras. Ella permaneció sin hablar palabra y sin hacer ningun movimiento. Creyendo el Emperador que habia muerto, hizo que la pusiesen en uno de los monasterios de Constantinopla. Ora quedase en efecto sin vida, ora fuese acogida, y cuidadosamente ocultada por algunos ortodoxos, nada se volvió á hablar de ella desde aquel momento.

Era muy cruel la injusticia y opresión con que se habia tratado á Ana; pero no era de temer se usase la misma conducta con Estévan, porque el tirano se lisongeaba con la esperanza de hacerle caer en sus lazos por medio de un nuevo estratagema. Indujo á un joven cortesano llamado Jorge á que

fuese á verse con el santo abad, y manifestándole un grande aprecio de la vida religiosa le pidiese el hábito. La desconfianza no es la cualidad de los Santos. Estévan se dejó persuadir, y concedió un asilo contra los peligros del siglo y de la corte al impostor sacrilego que se lamentaba con grande aparien-
cia de piedad, de no haber podido hallar en ella la senda de la salvacion. Le puso desde luego el hábito de novicio, que llamaban hábito pequeño, le cortó el pelo al cabo de tres dias, y le dió el hábito monástico. Tres dias despues el impostor se escapó del monasterio, y fue á palacio á presentarse al Emperador; el cual en el intervalo habia juntado el pueblo en la plaza del Hippodromo para quejarse de que los abominables, esto es, los monges, corrompian á las gentes de su corte. Cuando vió á Jorge en hábito de monge, convocó de nuevo la asamblea del pueblo, y le puso á su vista en este estado. La multitud ciega empezó á gritar contra Estévan: *muer-
ra el seductor, el rebelde: es digno del último supli-
cio*. Entretanto para acabar la comedia, mandó el Principe que Jorge fuese despojado inmediatamente de su hábito negro, llamado por el perseguidor hábito de tinieblas. Le quitaron primero el epídomo ó escapulario, luego la cogulla ó capucha, despues el ceñidor, y por último el análabe, que era una especie de banda, ó por mejor decir, estola que los monges traían al cuello. Pasaron sucesivamente estas prendas de mano en mano entre los cortesanos y el pueblo; todos las arrojaron con desprecio, y las pi-

saron burlándose de ellas á porfía. En fin, cuatro hombres estendieron á Jorge en el suelo, le desnudaron enteramente, y le echaron encima un barreño de agua como para purificarle.

Después de este preludeo burlesco envió el Emperador al monte San Ausencio una multitud de gente armada, que dispersó á todos los monges, y puso fuego al monasterio y á la iglesia; por lo que quedaron reducidos á cenizas hasta los cimientos. Sacaron á Estévan de la gruta, cogiéndole por la garganta, llenándole de golpes y de injurias, y escupiéndole en el rostro, y le condujeron hacia el mar desollándole las piernas entre las malezas y espigas. Habiéndole puesto en una barca, fueron costeano hasta el monasterio de Filípico cerca de Chrisópolis, donde le encerraron y dieron cuenta al Emperador.

Éste llamó á cinco obispos, corifeos de los iconoclastas, á saber: Teodosio de Efeso, Constantino de Nicomedia, Nacolio de Natolia, Sisinio de Pastila y Basilio de Tricácabo, y dióles orden de que fuesen en compañía del patriarca Constantino á reducir á Estévan; pero el patriarca que conocia el antagonista que habia de tener, rehusó la comision. El patriarca Calisto junto con otros muchos grandes oficiales de la corona, no pudo dispensarse de aceptarla. Llegaron á Chrisópolis, é hicieron comparecer á Estévan que vino sostenido por dos hombres, con grillos en los pies, cuasi espirando, y en un estado que escitaba la compasion y el llanto. El obispo de Efeso, que se tenia por sabio, le dijo: „varon de Dios,

¿cómo estais persuadido que sabeis mas que el Emperador y tanto número de obispos á quienes mirais como á hereges? Consiste, respondió Estévan, en que vosotros introducís una novedad en la Iglesia, y en que se os puede decir con el profeta: en vano los grandes de la tierra, y los pastores de los pueblos se han conjurado contra la Iglesia y contra Cristo.” Constantino de Nicomedia, joven colérico, no le permitió proferir mas palabras, y levantándose del asiento, dió un puntapié en el rostro del Santo que estaba sentado en el suelo. Uno de los guardias le dió otro en el vientre, le dejó caer de espaldas, y continuó dándole patadas en el pecho, hasta que el senador Calisto, tanto mas indignado de esta brutalidad, cuanto un obispo habia sido su primer autor, abrevió la cuestion, diciendo en dos palabras al santo confesor: *escoged entre la muerte y la sumision al concilio.*

„Mi vida está en Jesucristo, replicó Estévan, y mi gloria es morir por su culto. Pero léaseme la definicion de vuestro concilio para ver lo que os hace enemigos de las santas imágenes.” Habiendo leído Constantino el título, que estaba concebido en estos términos: *definicion del santo concilio séptimo ecuménico*, replicó Estévan acerca de cada una de estas espresiones: „¿cómo puede desde luego llamarse santo un concilio que manda profanar cosas santas, que niega el título de Santos á los Mártires y á los Apóstoles, y los llama solamente Apóstoles y Mártires? ¿cómo dais el nombre de ecuménico á un concilio

cuya celebracion no ha sido á gusto del obispo de Roma, sin cuya autoridad prohiben los cánones formar reglas acerca de las cosas eclesiásticas: á un concilio que no ha sido aprobado por el patriarca de Alejandria, por el de Antioquia, ni por el de Jerusalem, y que no ha sido enviado á toda la Iglesia y á las diferentes sillas, para obtener su confirmacion? ¿cómo, en fin, puede llamarse séptimo concilio el que no conviene con los seis precedentes? ¿En qué punto, replicó Basilio, hemos contraído á los seis concilios? ¿Pues qué, dijo Estévan, no fueron celebrados en las iglesias? ¿Y en estas iglesias no habia imágenes reverenciadas de nuestros padres? Responded obispo, vuestros labios deben ser depositarios de la tradicion." No tuvo Basilio que oponer. Levantando el Santo los ojos al cielo, prorrumpió en un profundo suspiro, y estendiendo luego la mano con autoridad, dijo: *cualquiera que no adore á Jesucristo en las imágenes que le representan segun su humanidad, sea escomulgado.* Quiso continuar; mas avergonzados los emisarios del papel que estaban haciendo de reos, se separaron de él, y volvieron á presentarse al Emperador. Los obispos quisieron ocultar su oprobio, pero Calisto dijo al Príncipe: estamos vencidos, Señor; ese hombre es poderoso en razones, y mira con mucho desprecio la muerte. Irritado Constantino, tomó al instante la pluma, y espidió una orden para desterrar al santo solitario á la isla de Proconeso cerca del Helesponto.

84. San Estévan curó al superior del monasterio

de Filípico, desauiciado de los médicos, y luego marchó con alegría y con una especie de celeridad, á pesar de no haber tomado ningun alimento en el espacio de diez y siete dias que permaneció encerrado. Se habia negado constantemente á tomar cosa alguna de lo que el Emperador le enviaba con abundancia. En Proconeso su habitacion ordinaria fue una caverna que le pareció muy cómoda y agradable por su bella situacion en la ribera del mar, é inmediata á la iglesia de Santa Ana, aunque aquella costa no estaba habitada. Las yerbas que crecian al rededor le servian de alimento. Sus discípulos arrojados del monte San-Ausencio, é informados del lugar de su destierro, fueron á ponerse bajo su obediencia, y formaron un nuevo monasterio. El Señor le concedió el don de milagros con aquella brillantéz con que se complace en revestir las obras de su omnipotencia, cuándo sus favores particulares sirven al mismo tiempo al bien general de su Iglesia. El santo confesor dió la vista á un ciego de nacimiento, diciéndole: *en el nombre de Jesucristo que adoras en sus imágenes, recobra la luz.* Libertó al hijo único de una muger de Cizio poseido del demonio nueve años habia, haciéndole asimismo adorar á Jesucristo en su imagen. Curó igualmente á una muger ilustre de la ciudad de Heraclea, afligida habia siete años de un flujo de sangre. Hizo sobre todo muchos milagros en favor de los navegantes espuestos á los peligros del mar. Quando desde la cumbre de la montaña en que habitaba, veía el mar embravecido, llamaba á sus hermanos á

la oracion; y despues de la tempestad acudian frecuentemente los navegantes á darle gracias, publicando que durante el peligro le habian visto gobernar la nave.

Pero el prodigio que causó mayor sensacion, fue la cura de un soldado paralítico de medio cuerpo, á quien restituyó la salud mas completa, haciéndole venerar la imagen de Jesucristo y de su santa Madre. El hecho llegó á noticia del gobernador de Traçia, de donde habia salido el enfermo para la isla de Proconeso, y le pareció muy importante trasladarlo al Emperador junto con el soldado calificado de idólatra segun los principios del Príncipe iconoclasta. Coprónimo le preguntó en tono capaz de trastornarle, si persistia en la idolatria. El soldado intimidado se echó á sus pies, pidió perdon alegando que habia sido seducido, y anatematizó las imágenes. Inmediatamente fue nombrado centurion; pero al volver el nuevo oficial á su casa, le arrojó en tierra el caballo, y le pateó con tal furia que le hizo espirar en el sitio.

No pudiendo Constantino Coprónimo perdonar á San. Estévan estos nuevos favores del Todopoderoso, tomó el partido de publicar que el monge de Ausencio, en vez de corregirse con el destierro, inducia con mayor audacia al pueblo á la idolatria. Le mandó llevar á Constantinopla, y encerrar en la prision de los baños, atadas las manos con esposas y los pies con grillos. Pocos dias despues subió á la azotea del Pharo, y le hizo comparecer en ella. Dirigiéndose Es-

tévan á aquel parage, pidió una moneda en que estaba la efigie del Príncipe, y la tuvo oculta debajo de sus vestidos. Luego que el Emperador distinguió á Estévan, se abandonó á su furor ordinario, y exclamó: „¿Qué desvergüenza! ¿Qué oprobio! Ahí tenéis al miserable que se atreve á resistirme y á ultrajarme.” El Santo tenia los ojos modestamente bajos sin responder palabra. El tirano le lanzaba espantosas miradas, le amenazaba con gestos, segun su costumbre, y luego le dijo: tú, el mas vil de los hombres, no te dignas de responderme! Entonces contestó Estévan con una dulzura y tranquilidad verdaderamente celestial: „Señor, si habeis resuelto condenarme, enviadme al suplicio sin dilatarlo mas. Pero si vuestra Magestad quiere tomar conocimiento de mi causa, temple el fuego de su indignacion, pues las leyes así lo prescriben á los jueces. Replió Constantino: ¿cuáles son los decretos de los padres que hemos quebrantado para darte motivo de tratarnos de hereges? A lo que respondió Estévan: habeis condenado las santas imágenes que los padres adoraron en todos tiempos, y cuyo culto nos han transmitido. Confundiendo lo sagrado y lo profano, no os causa horror llamar indistintamente ídolos á la figura de Jesucristo y á la de Apolo; y á las imágenes de la Madre de Dios como á las de Venus y Diana, hollarlas y entregarlas á las llamas. Hombre estúpido, replicó el Emperador, espíritu grosero é ignorante, ¿acáso pisando las imágenes, despreciamos á Jesucristo? ¿No lo permita Dios!” En este momento, presentando el

Santo la moneda que tenia de antemano en su poder, dijo al Príncipe: „Señor, ¿de quién es esta imagen y esta inscripcion? Constantino respondió: ¿de quién ha de ser sino del Emperador?“ Al oír esto el varon de Dios, dió un profundo suspiro, arrojó luego la moneda en tierra y la pisó. Los que acompañaban al Príncipe se echaron sobre el Santo como bestias feroces para precipitarle de la azotea; pero Constantino, mas sensible que ellos al deshonor de hallarse convencido, los detuvo y envió al Santo á la prision del pretorio para hacerle juzgar formalmente.

85. Prosiguió estendiéndose la persecucion con nueva violencia á todas las clases y condiciones. Copronino hizo castigar rigurosamente á gran número de soldados y oficiales fieles á la religion de sus padres (1). Exigió de todos sus vasallos en general un juramento de no tributar culto alguno á las imágenes: obligó al mismo patriarca Constantino á subir al pulpito de la iglesia mayor para hacer este juramento sobre la verdadera cruz; despues de lo cual aquel indigno obispo fue admitido á la mesa del Emperador, y sentado en ella al son de instrumentos músicos, coronado de flores como para una fiesta de teatro; y comió públicamente de carne, con desprecio de la profesion monástica que habia abrazado.

Pero este favor tuvo la misma suerte que todos aquellos que se adquieren con el pecado (2). Algun tiempo despites, por el capricho bárbaro del mismo Emperador, hicieron comparecer á este prevaricador

(1) *Theoph. ann. 27. num. 25. pag. 367.* (2) *Id. pag. 371.*

sacrilego en un estado muy diferente, cubierto de infamia por una sentencia de deposicion, despedazado á golpes, y acompañado de un secretario de estado que llevaba un libro, en el cual estaban escritos los delitos del patriarca. Se leyeron á vista de todo el pueblo, y á cada capítulo de acusacion golpeaba el secretario con el libro la cara del acusado. Inmediatamente le hicieron subir á aquel mismo pulpito que habia servido de teatro á su impiedad; y el patriarca Nicetas, substituido en su lugar, envió obispos para que le quitasen el palio; despues de lo cual le hicieron salir de espaldas del lugar santo. Tal fue la ceremonia de la degradacion, que en aquel tiempo se usaba antes de la pena de muerte, que sufrió al cabo de pocos dias. La mañana siguiente á su deposicion, dia de espectáculo en el Hippodromo, le afeitaron la cabeza, la barba y las cejas, y despues de haberle vestido de un hábito grosero de lana sin mangas, le montaron de espaldas en un asno guiado por su sobrino, á quien habian cortado las narices. (1). Anduvo de este modo por toda la carrera en medio del pueblo que le escupia y le ultrajaba de mil maneras. Al llegar al término señalado, le bajaron del asno, le pusieron el pie encima del cuello, y le abandonaron á todos los insultos del populacho hasta el fin del espectáculo. Por último el Emperador, cuya manía contra las imágenes no podia distraerse con objeto alguno, le envió á preguntar lo que pensaba acerca del último concilio. Creyendo el infeliz que

(1) *Hist. Miscel. lib. 21. pag. 721.*

lograria el perdón, respondió: que la fe del Emperador era ortodoxa, y que habia hecho muy bien en celebrar su concilio. Esto es, dijeron los enviados, lo que queríamos oír de tu boca. Anda ahora mismo al anatema y á la reprobacion eterna. Le cortaron inmediatamente la cabeza en el lugar ordinario de los suplicios, y la colgaron de las orejas en la plaza de la Milla. Su cuerpo fue arrastrado por un pie, y confundido entre los de los otros ajusticiados. Arrojaron su cabeza en el mismo lugar al cabo de tres dias.

86. Persiguieron con no menos ardor á los católicos de todos estados, eclesiásticos y legos, obispos y monges, magistrados y simples ciudadanos. Dieron muerte á muchos de los primeros oficiales de palacio por su piedad egemplar, ó solamente por haber alabado la paciencia heroica de San Estévan. A otros les sacaron los ojos, y los desterraron á lugares remotos, en donde para vencer su constancia les daban de cuando en cuando hasta cien golpes con nervios de buey. Pero los monges eran siempre el objeto dominante de la ira del Emperador. Para difamar su profesion de un modo irremediable, despues de haber mandado aprisionar á muchos de ellos, les hizo atravesar el Hippodromo llevando cada uno una muger por la mano á vista de un populacho desenfrenado que vomitaba las injurias mas indecentes que pueden imaginarse.

Además del culto de las imágenes, prohibió las oraciones dirigidas á la Virgen y á los Santos. Hizo desenterrar y quemar las reliquias mas venerables, y

arrojar al mar el cuerpo de la illustre mártir Santa Eufemia, gloria de Calcedonia, en donde los enfermos solicitaban como remedio seguro de sus dolencias el aceite milagroso que destilaba. Pero el mar, temiendo al parecer prestarse á este sacrilegio, arrojó de su seno el tesoro sagrado, el cual se halló en la isla de Lemnos. Coprónimo transformó la iglesia de la Santa en una fábrica de armas, y los operarios animados como el Emperador de ideas y sentimientos igualmente impíos, destinaron el santuario para los usos mas obscenos é impuros. Alojó sus soldados en el monasterio de San Dalmacio, que era el principal de Constantinopla, y en otros muchos arruinando enteramente un número considerable de ellos. Aborrecia á los vasallos que tenian parientes monges, y aun á las personas que llevaban vestido negro, cuyo uso prohibió absolutamente.

87. Cuando San Estévan entró en su prision de Constantinopla, halló en ella trescientos cuarenta y dos monges, presos como él por causa de religion. Unos tenian cortadas las narices, otros las orejas, otros las manos, por no haber querido suscribir al falso concilio. Habian sacado los ojos á muchos. La mayor parte de ellos despedazados enteramente con varas, y raida la cabeza, conservaban todavía algun resto de barba untada con la pez que habia servido para quemársela. El Santo dió gracias á Dios á vista de todos estos vestigios de una generosa confesion, y confundido al mismo tiempo de sí mismo, creyó que nada habia padecido todavía. Los confeso-

res por su parte, mirándole respetuosamente como á su gefe y modelo, le rogaron que les diese sus instrucciones, y le manifestaron los secretos mas ocultos de su corazon. Ordinariamente hacian en comunidad los oficios de la Iglesia, y la cárcel vino á ser un monasterio que miraban con admiracion los guardias y carceleros. Uno de los ayudantes dijo á su muger: „yo creo que la locura del Emperador será causa de nuestra perdicion, declarándose contra el cielo como lo hace. Dicen que este solitario viene del monte Ausencio; pero yo creo que es verdaderamente un ángel mas bien que un hombre.” Esta muger, que era muy religiosa, hizo muchas preguntas acerca del modo de vivir del Santo: luego entró en el lugar donde estaba, se postró delante de él, le pidió que rogase por ella, y que llevase á bien el que socorriese sus necesidades. Invocó desde luego á su favor el nombre del Señor; mas no quiso recibir de ella la mas leve espresion, porque la creía iconoclasta y escomulgada. Ella le protestó, que fiel á las lecciones del patriarca San German, habia mirado siempre con horror semejante impiedad. Para convencerle corrió á buscar tres imágenes, la una de la Virgen y las otras dos de San Pedro y San Pablo, y en su presencia les tributó honores religiosos. San Estévan, despues de esta prueba, aceptó de sus ofertas seis onzas de pan y un poco de agua que la religiosa muger le llevaba el sábado y domingo de cada semana. Tal fue el alimento que tomó durante la mayor parte del año que permaneció en aquella prision.

88. Al entrar en ella conoció con luz profética que se acercaba al término de su carrera. Cuarenta dias antes de su muerte hizo llamar á la muger del ayudante, y la dió gracias por los buenos oficios de hospitalidad que habia usado con él, añadiendo: „por cuanto está cerca el fin de mi vida, no debo ya cuidar de otra cosa mas que de mi alma, ni necesito de alimento alguno corporal.” La víspera de su muerte dijo á esta misma persona en presencia de todos los confesores, que al dia siguiente compareceria delante de otro Juez, y seria ciudadano de otro imperio; lo que obligó á todos aquellos santos presos á pasar la noche entera en cantar alabanzas á Dios. Coprónimo celebraba entonces la fiesta idólatra de los Brumales en honor de Baco, llamado Brumo por los antiguos romanos: porque este Principe, tratando de idolatría el culto de las imágenes, se abandonaba á las observancias mas supersticiosas, y aun á los horrores de la magia y del comercio con los demonios. Hallándose sumamente ocupado en el egercicio de estos ritos horribles, en el dia 24 de Noviembre, le dieron la noticia de que Estévan de Ausencio habia convertido el pretorio en monasterio, que pasaban las noches en cantar salmos, y que los habitantes de Constantinopla acudian en gran número para admirarle y recibir sus instrucciones. En el primer ímpetu de su furor mandó sacar á Estévan de la prision, y darle muerte al otro lado del estrecho, en el lugar que habia ocupado la iglesia de San Mauro mártir, asolada poco antes y convertida en una plaza para el

suplicio de los reos. Reflexionando luego con mas tranquilidad, segun su cabilosa y negra malicia, „¿qué otra cosa, dijo, pudiera mandarse mas conforme á los deseos de Estévan, que cortarle la cabeza? Estoy persuadido de que á esto se dirigen sus mas dulces ansias desde que está en la prision.”

Por la tarde mandó llamar á dos hermanos de los principales de la corte por su clase y su talento: „id, les dijo, al pretorio: haced una visita de mi parte á Estévan de Ausencio, y nada omitais de cuanto pueda persuadirle el buen afecto que profeso á su persona. Acabo de sacarle de las puertas de la muerte. Esta gracia merece que use conmigo de alguna deferencia. Mas no, no tendrá ninguna: conozco bien la dureza de su genio. Prorrumpirá en vituperios y anatémas injuriosos. No obstante, si se atreve á hacerlo, tratadle como merece, y dadle tantos golpes que fallezca luego que os hayais retirado.” Partieron los dos señores para egecutar esta orden bárbara; mas luego que vieron al Santo, quedaron penetrados de una veneracion tan profunda que se postraron para besarle los pies y pedirle su bendicion. No tardó mucho el Emperador en saber esta conversion repentina, y luego que llegó á su noticia, salió de su aposento como un frenético, corrió por todo el palacio, y exclamó en el vestíbulo: *socorredme. me hacen traicion, todos me abandonan.* Llegaron muchos cortesanos y rodearon apresuradamente su persona. „Retiráos, les dijo: yo no soy vuestro Emperador: hay otro á quien han besado los pies y pedido la bendicion.

¡Qué! ¿no habrá alguno que sea capaz de egecutar mis órdenes? ¿no se hallará un vasallo fiel que abrace mi partido contra el gefe de los abominables, y que tenga valor para arrancar la vida á ese miserable Estévan?”

Apenas hubo pronuneiado este nombre, cuando una multitud de aduladores é inicuos salieron con furor, y corrieron á la prision, gritando con amenazas que les entregasen á Estévan de Ausencio. Esta novedad no causó ninguna sorpresa al Santo, el cual se habia despedido ya de sus hermanos, despojándose de todos sus vestidos monásticos, temiendo que sirviesen á los sacrilegios de la heregia, y reservándose únicamente la túnica de pieles. Lleno de serenidad se ocupaba pacíficamente en las cosas celestiales con los demás confesores. Presentóse sin temor á los cortesanos sus verdugos, y á egemplo de aquel que dió la vida por su amor, les dijo: *yo soy Estévan a quien buscais.* Le echaron en tierra brutalmente, ataron cuerdas á los grillos que tenia en los pies, y le arrastraron de este modo por la calle. Todos se disputaban la ventaja de golpearle y hacerle nuevas heridas. Al pasar por delante de un oratorio antiguo de Santa Teodora, al lado de la primera puerta del pretorio, á quien el furor de los iconoclastas habia perdonado hasta entonces, quiso manifestar todavia con un acto de veneracion religiosa la fe por la cual derramaba su sangre. Un tal Filomato exclamó diciendo: mirad ese abominable que quiere morir como un mártir; y dirigiéndose aceleradamente á las bombas

públicas colocadas hacia aquella parte contra los incendios, arrancó una gruesa armella, é hirió con ella la cabeza del Santo, el cual espiró al instante. Apenas acabó Filomato de consumir el homicidio, cayó igualmente echando espumarajo por la boca, crugiendo los dientes, y agitado cruelmente del demonio, el que no le dejó hasta la muerte. Continuaron arrastrando el cuerpo del santo mártir hasta hacerle enteramente pedazos y esparcir por el suelo sus miembros y entrañas. El pueblo furioso repetía sus golpes sobre el cadáver. Por orden espresa del Emperador hicieron salir todos los muchachos de las escuelas públicas á fin de aumentar el número de los asesinos. Cualquiera que rehusase concurrir á esta escena feroz, era enemigo del César. En fin, arrojaron su cuerpo en un hoyo profundo, en el parage donde habia estado la iglesia de San Pelagio, ya destinado para sepultura de los delincuentes. Concluida tan bárbara expedicion, fueron los cortesanos llenos de satisfaccion á referirla al Emperador, el cual quedó tan gozoso que los hizo sentar á su mesa, y á cada circunstancia que le contaban del trato dado al Mártir antes ó despues de su muerte, manifestaba su alegría con grandes carcajadas.

89. Hubiera querido tratar del mismo modo á San Juan Damasceno, el mas terrible antagonista de los iconoclastas y de su falso concilio. Pero bajo el dominio de los mahometanos, menos inhumanos é impíos que este Emperador cristiano, se reía Juan de su furor y de los vanos anatémas que lanzaba contra

él por medio de sus prelados hereges. A lo menos es constante que este doctor, uno de los mas ilustres de su siglo, terminó pacíficamente su carrera, aunque no se sabe á punto fijo el dia de su muerte. Continuó infatigablemente sus docias obras, tanto sobre la moral como sobre los artículos principales de los diversos dogmas; pues no limitó su celo á la refutacion de los hereges sacrílegos de su tiempo, á los cuales pudo confundir con facilidad por sus propios escesos. Esta es la causa porque debe causarnos poca admiracion el que ellos y su concilio, en perjuicio de la veneracion tan justamente debida á este ilustre doctor, hayan encontrado defensores y panegiristas en los falsos reformadores de los últimos siglos. Tales son los extremos á que reduce la primera licencia en dejar los caminos trillados de la Iglesia, y la necesidad de defender los sistemas y las novedades sustituidas á sus tradiciones.

90. El mas considerable de los tratados dogmáticos de San Juan Damasceno, es su esposicion de la fe ortodoxa; cuerpo entero de teología compuesto segun el método de Aristóteles, y el primer modelo de nuestros autores escolásticos. Está dividido en cuatro libros, el primero sobre los atributos de la Trinidad, el segundo sobre las obras así visibles como invisibles de la creacion. En él se estiende mucho acerca de las facultades de nuestra alma. Hablando de la libertad del hombre dice, que aunque nuestras acciones libres sean el objeto de la presciencia de Dios, la predestinacion sin embargo no impide la libertad;

porque el Señor no quiere el pecado, ni precisa á la virtud. En el libro tercero trata con mucha exactitud del misterio de la Encarnacion; y en el cuarto de los sacramentos, dándonos un testimonio el mas brillante y enérgico de la fe de la antigüedad sobre la Eucaristía. „Si la palabra del Señor, dice, es todopoderosa: si, cuando dijo hágase la luz, se hizo inmediatamente: si, porque fue su voluntad, el mismo Verbo divino se hizo hombre, formándose un cuerpo de la sangre pura de una Virgen, ¿no pudo por ventura hacer del pan su cuerpo, y del vino su sangre? Y si me preguntais cómo el pan se convierte en cuerpo de Jesucristo, y el vino en su sangre, os responderé como el ángel á María: el espíritu sobreviene, y obra esta maravilla incomprendible... Sí, el cuerpo unido á la Divinidad es verdaderamente el cuerpo tomado de la Virgen, no porque descienda del cielo el cuerpo que subió á él, sino porque el mismo pan y vino se convierten en la carne y sangre de Dios. Si preguntais todavía el modo como esto se hace, no puedo responderos sino que Dios es Omnipotente, y su modo de obrar incomprendible.” En el tratado de las heregías, escrito por el mismo doctor, se hallan pruebas igualmente convincentes de la perpetuidad de la fe católica acerca de otros muchos artículos. Presenta hasta ciento y tres contra igual número de heregías. Los ochenta primeros son absolutamente los mismos que pone en su obra San Epifanio. El principal de los escritos morales de San Juan Damasceno es el de los paralelos, dividido en tres

libros, es decir, la comparacion de las sentencias de los padres con las de la Escritura. Compuso tambien muchos himnos de un mérito particular, pues merecieron ocupar uno de los primeros lugares en el oficio de los griegos.

91. Aunque los fieles ortodoxos gozaban de mayor seguridad bajo el dominio de los musulmanes, que bajo el imperio de Constantino Coprónimo, sufrieron sin embargo varias persecuciones de aquellos conquistadores celosos, luego que creyeron aseguradas sus conquistas (1). Se preciaban de una equidad inalterable y capáz, ya que no de atraer á sus delirios, á lo menos de hacer su yugo mas soportable, y borrar la memoria de sus antiguas usurpaciones (2). Los cristianos de Damasco se quejaron al califa Omar de que les habian quitado la iglesia de San Juan contra la fe pública, y él les ofreció en resarcimiento la suma de cuarenta mil dinars, que así llamaban los árabes al sueldo de oro de los romanos. No quedando satisfechos con estos ofrecimientos, solicitaron y obtuvieron la restitucion de la misma iglesia; y luego, mediante una composicion voluntaria, fue cedida á los musulmanes que la habian convertido ya en mezquita, con condicion de que abandonarían á los cristianos sus pretensiones sobre todas las demás iglesias. Todo esto no era mas que hacer ostencion de probidad, pero mal afectada y mal sostenida; porque al fin los discípulos de Mahoma, á egemplo de los demás sectarios, manifestaron su inconsecuencia.

(1) *Theophil. pag. 334.* (2) *Elmac. cap. 15. pag. 77.*

No contentos con exigir grandes contribuciones de los cristianos, hasta pedir un dinar por cada monje, y estender el mismo tributo á los reclusos y estilítas, les prohibieron luego en Syria bajo el gobierno de Salem, tio del califa Almanzor, el fabricar mas iglesias, esponer la cruz, y hablar de su religion á los árabes. Abdalla, otro tio de Almanzor, les prohibió el estudio de las letras. Sacaron de su poder los registros públicos que la ignorancia de sus vencedores les habia confiado en cuasi todos los ramos de la administracion. Pero la misma razon les obligó bien pronto á volvérselos. Sin embargo, en el reinado de Almanzor edificaron en Emesa una iglesia magnífica de San Juan Bautista, á la cual transfirieron su cabeza desde el monasterio de la Caverna, donde fue hallada en tiempo del Emperador Marciano.

92. En 25 de Abril de 757 terminó el Papa Estévan II con una muerte preciosa á los ojos del Señor cinco años de pontificado, ilustrados en los tiempos mas escabrosos con un celo eficaz por la gloria de la Iglesia, con una dichosa firmeza en sostener la tradicion y con una caridad inagotable. Las viudas y los huérfanos, los indigentes de todas clases, le hallaron siempre pronto á socorrerlos. Despues de haber restablecido en Roma cuatro hospitales, enteramente abandonados, hizo edificar otros tres dándoles grandes rentas. Amó á los religiosos, y concedió á los de San Dionisio en Francia el privilegio extraordinario de tener un obispo particular para su monasterio: distincion con que fueron honradas an-

tiguamente otras abadías célebres, como la de San Martin de Tours, y aun la de Fulda la ha conservado cuasi hasta nuestro tiempo.

El afecto que profesaban los romanos á la persona de Estévan, se estendió á la de su hermano el diácono Paulo, á quien eligieron en su lugar cuando estaba mas distante de pensarlo. Hallándose ocupado en llorar la muerte del Pontífice su hermano y en celebrar sus exequias, el arcediano Teofilacto juntó gran número de partidarios en su casa para hacerse proclamar Pontífice. Pero la mayor parte de los magistrados y del pueblo fueron á buscar á Paulo al palacio Lateranense; y apenas fue enterrado el Pontífice difunto, la faccion de Teofilacto se disipó enteramente, fue ordenado Paulo el dia 29 de Mayo, y ocupó la Silla diez años. Su caridad no fue inferior á la de Estévan. Tenia un genio tan tierno y compasivo, que no podia ver personas afligidas sin alligirse con ellas, hasta proporcionarlas por medio de socorros eficaces el consuelo y la serenidad. Frecuentemente le sorprendieron de noche yendo á visitar á los pobres enfermos en sus despreciados albergues, llevándoles el alimento, y sirviéndoles en la cama. Visitaba igualmente á los encarcelados, y compraba la libertad de aquellos que estaban presos por deudas. Cuando se vió colocado en el trono pontificio, y en posesion de los ricos dominios que habian adquirido sus últimos predecesores, no fue menor su magnificencia religiosa en muchas fundaciones pías, en la construccion de diferentes iglesias, y en

los donativos innumerables con que las enriqueció.

Inmediatamente que fue electo Papa, escribió al Rey Pipino dándole parte de su exaltación, asegurándole de su afecto, y pidiéndole continuase protegiendo á la Iglesia romana. Le prometia al mismo tiempo en nombre de todo el pueblo romano que le seria fiel hasta derramar la última gota de sangre. Esta carta y las de algunos otros Papas del mismo tiempo, tienen la fecha del reinado de los Emperadores de Constantinopla, ya sea porque todavía se les consideraba bajo ciertos respetos como Soberanos de Roma, ó mas bien, por un respeto poco uniforme del uso antiguo.

93. El Rey Pipino ponía el mayor conato en no separar el interés del estado del de la Iglesia. En el año 765 hizo celebrar un concilio ó asamblea general de la nacion francesa en Attigni del Aine en la diócesis de Rems (1). Además de San Crodegango de Metz, que le presidia, se hallaron en él veintisiete obispos, tanto de los que estaban en actual egercicio, como de los retirados en los monasterios, y diez y siete abades. Dos años despues se celebró otro en Gentilli cerca de París. Del concilio de Attigni no nos ha quedado mas que la promesa recíproca que hicieron los prelados de mandar rezar despues de la muerte de cada uno cien salterios, de hacer celebrar cien misas por sus sacerdotes respectivos, y de decir ellos mismos treinta misas. Habiendo Constantino Coprónimo enviado embajadores á Francia para justi-

(1) Tom. 6. Concilior. pag. 1701.

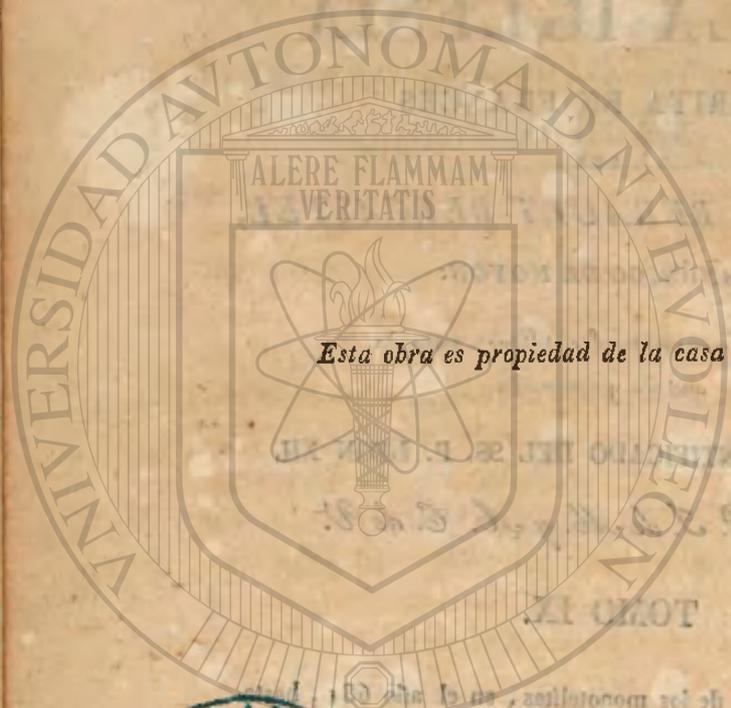
ficarse de las innovaciones escandalosas que trastornaban todo el oriente, y escitaban las mas vivas reclamaciones de parte de la Sede apostólica, fueron oídos en el concilio de Gentilli. Mas teniendo por imposible la defensa de una causa tan mala, procuraron distraer la atención de la asamblea proponiendo cuestiones relativas al dogma de la Trinidad, del cual no se trataba: acusaron á los latinos de que erraban haciendo proceder al Espíritu Santo del Hijo, del mismo modo que del Padre; y los reprendieron con mayor viveza por haber añadido la palabra *Filioque* al símbolo de Constantinopla. Disputóse larga pero inútilmente, segun todas las apariencias, pues no resultó decision alguna, á lo menos que haya llegado á nuestra noticia.

94. San Crodegango, célebre en el pontificado de Estévan II, á quien recibió en el viage que hizo á Francia, llegó á serlo mucho mas por la reforma que estableció en la vida canónica, que abrazaron desde su tiempo todos los canónigos, así como los monges habian ya admitido la de San Benito. Todos los clérigos se llamaban antes canónigos, ya fuese por hallarse alistados en el cánon ó catálogo de su iglesia, ya porque hacian profesion de vivir segun los cánones. Pero despues se entendian propiamente por canónigos aquellos que vivian en comun, á egeemplo del clero de San Agustin. Para esta especie de eclesiásticos compuso San Crodegango su regla, tomándola, en cuanto le permitia la diferencia de profesiones, de la regla de San Benito, y de

Bx994

B4

v.9



Esta obra es propiedad de la casa de Monfort.



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135826

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO VIGESIMO-SEGUNDO.

N. 1.º *El Papa Leon II envia las actas del sexto concilio á España para que allí las firmen. 2. Ervigio colocado en el trono del Rey Wamba, y diferentes concilios de España. 3. San Julian de Toledo. 4. Rápida sucesion de Papas. 5. San Ausberto, arzobispo de Ruan. 6. San Kiliano, apóstol de Francia y mártir. 7. San Wilfrido es perseguido y va á ejercer su celo al país de Sussex; 8. Restablecimiento de San Wilfrido en su silla y su muerte. 9. Penitencial de San Teodoro de Cantorberi. 10. Misión de los Santos Suitberto y Willebrodo. 11. Justiniano II sucede á su padre Constantino Pogonato. 12. Concilio quini-sesto. 13. Casamiento permitido á los sacerdotes de oriente. 14. Se irrita el Emperador contra el Papa porque desechó su concilio, y el Papa es defendido por la milicia de Italia. 15. Revoluciones en Constantinopla. 16. Leoncio Emperador. 17. Tiberio Apsimaro. 18. El Papa Constantino gana la gracia del Emperador Justiniano. 19. San Bonét, obispo de Clermont. 20. Muertes violentas de San Tétrico de Auxerre y de San Lamberto de Mastrich. 21. San Huberto. 22. Los Reyes Coenredo y Offa abrazan la vida monástica. 23. San Adelmo, obispo de Schirburn.*

TOM. IX.

1



sus leyes y su religion: la invasion de los sarracenos en España, la dignidad real reducida en Francia á un simple titulo, harán por largo tiempo de las porciones mas florecientes de la Iglesia los teatros mas horribles de la discordia, del homicidio, de la rebellion, de la impiedad, en una palabra, de todos los desórdenes. Luego que el Papa Leon hubo confirmado el sexto concilio, envió las actas á los obispos de España que no pudieron ser convocados.

2. Este reino acababa de sufrir una revolucion deplorable. El Rey Wamba (*), proclamado con solemnidad extraordinaria en el año 672 (pues fue el primero que presenta la historia unguido con el óleo bendito), cayó en una enfermedad que le quitó el sentido, atribuyéndose este accidente á un veneno que juzgaron le habia dado Ervigio con el fin de apoderarse de la corona. Sin que el Rey Wamba pi-

(*) En las notas al libro antecedente hablamos ya de la eleccion y coronacion del Rey Wamba, y nos estenderíamos aquí con placer en describir los hechos de su glorioso reinado, si estos por demasiado grandes no escudiesen quanto pudiéramos decir. La sujecion de los rebeldes de la Vasconia, la guerra llamada narbonense, el castigo de los conjurados, el triunfo del Rey en Toledo, su gobierno dulce y paternal á par que fuerte y respetado, sus leyes sabias, sus victorias contra los sarracenos, y otras mil acciones no menos ilustres colocarán siempre á este magnánimo Príncipe en el numero de los mas grandes Soberanos, y desvanecerán de todo punto las fábulas y ridículas historietas con que algunos escritores franceses é italianos pretendieron manchar su memoria. Véase Masdeu hist. crític. de Esp. tom. 10, pág. 190 y sig. y el P. Mariana lib. 6, cap. 12 y sig.

diese la penitencia, el arzobispo de Toledo se la impuso y le vistió el hábito de monge. Habiendo recobrado al dia siguiente el juicio, creyó que debia permanecer en el estado á que se le habia reducido: renunció para siempre la corona, y nombró en efecto á Ervigio por su sucesor, lo que fue aprobado por los grandes (*).

El nuevo Soberano mandó celebrar sin dilacion

(*) Muchos escritores modernos siguiendo á los dos cronistas del siglo nono, Salmaticense y Albeldense, afirman que Ervigio que aspiraba al trono apoyándose en su parentesco con los anteriores Reyes, conspiró contra Wamba y le hizo dar una bebida para quitarle la vida, ó á lo menos el uso de la razon. Como quiera que esto fuese, lo cierto es que el Rey en el año de 680 á 14 de Octubre, que era dia de domingo, quedó improvisamente privado de los sentidos ó por accidente natural, ó por la malignidad de los hombres. Temiendo entonces sus domésticos que muriese, le cortaron el cabello y le vistieron un hábito religioso; porque así se acostumbraba hacer en aquel tiempo con los moribundos en señal de penitencia, no porque el arzobispo de Toledo se la impusiese al Rey contra su voluntad, como supone Berault, pues ni parece esto propio de la prudencia y santidad de Julian que ocupaba á la sazón aquella silla, ni puede componerse que el Rey en su deliquio rehusase aceptar la imposicion de la penitencia. Esta ceremonia servia entonces como de inhabilitacion para ocupar el trono, por lo que los amigos de Ervigio le eligieron inmediatamente por sucesor de Wamba. Al dia siguiente habiendo recobrado el Rey sus sentidos, y viéndose hecho monge sin saberlo, aunque pudiera anular quanto se ejecutó sin consentimiento suyo, quiso mas bien confirmarlo; abdicó la corona en favor de Ervigio, mandó al arzobispo San Julian que le ungiese segun costumbre, y se retiró al monasterio de Pampliega donde vivió egemplarmente por espacio de siete años y tres meses, despues de un reinado de ocho años, un mes

en la capital un concilio (1), que se tiene por el duodécimo, cuyas principales disposiciones se dirigieron visiblemente á quitar al Rey Wamba toda esperanza de volver á empuñar el cetro, prohibiéndole el egercicio de la soberanía con pretesto de penitencia, y dispensando á sus vasallos del juramento de fidelidad. Wamba permanció de este modo en el monasterio en que estaba retirado, y murió al cabo de siete años. Este es el primer ejemplo de una empresa semejante de parte de los obispos, debiéndose tener presente que intervinieron en ella ambas potes-

y catorce dias. El nuevo Rey fue ungido al domingo siguiente, y reconocido por toda la nacion principió á reinar con prudencia y justicia.

En el año cuarto del reinado de Wamba, esto es, el 675 de Jesucristo, se celebró el concilio undécimo de Toledo, al que concurrieron diez y nueve obispos de la Cartaginense, dos diputados de los ausentes y siete abades. Despues de una solemnísima profesion de fe contenida en el prefacio de sus actas, en la que condenaron los padres todas las antiguas heregías, y aun combatieron anticipadamente algunas de las posteriores, establecieron en diez y seis capítulos muchas reglas de la mas perfecta disciplina. En este concilio se cree hecha la division de los obispados de que hablamos en el núm. 2.º del apéndice al libro vigésimo. Véase el tom. 2 de Aguirre pág. 660 y sig.

Celebróse en el mismo año el tercer concilio de Braga, en el que despues de la profesion de fe, se formaron tres cánones en orden á la celebracion del santo sacrificio de la misa, y otros cinco de disciplina. Presidió este sínodo Leodecisio-Juliano, arzobispo de Braga inmediato sucesor de San Fructuoso, y asistieron otros siete prelados de la misma provincia. Aguirre *ibid.* pág. 675.

(1) *Tom. 6. Concilior. pag. 1211.*

tades, como sucedió en la mayor parte de estos concilios de España. En éste se quitó tambien á los sufragáneos el derecho de elegir los obispos, y al metropolitano el de consagrarlos, para conferirlo todo al Rey y al obispo de Toledo (*). Cerca de tres años despues, esto es, en 683, se celebró el concilio decimotercero toledano, entre cuyas disposiciones notamos la de haberse mandado dar por precaucion la penitencia en el artículo de la muerte, sin exceptuar á

(*) Aunque el principal objeto que movió al Rey Ervigio á convocar este concilio duodécimo de Toledo, fue afirmarse en el trono por medio del voto solemne de los obispos; no obstante, no se ciñeron los padres á este solo punto en sus decisiones sínódicas. Juntáronse en la iglesia de los Santos Apóstoles el dia 9 de Enero de 681; asistieron treinta y cinco obispos, entre los cuales hubo cuatro metropolitanos, cuatro abades, tres vicarios de obispos ausentes y quince señores de la corte. Presentóse el Rey en la primera sesion con las muestras de la mayor humildad y respeto, hizo á los padres una piadosa alocucion, y les entregó una memoria con tres papeles adjuntos. El primero iba firmado de los grandes de la casa real, que como testigos oculares daban fe de haber recibido Wamba la tonsura y el hábito religioso: el segundo era una escritura firmada por el mismo Wamba en que constaba su abdicacion en favor de Ervigio; y el tercero la orden en que mandó al metropolitano de Toledo ungir al nuevo Rey con las ceremonias acostumbradas. Los obispos aprobaron estos papeles, y dieron por legitima la eleccion de Ervigio.

En las sesiones siguientes hasta la celebrada en 25 del mismo Enero en cuyo dia se cerró el concilio, formaron los padres sus decretos divididos en trece capítulos, de los cuales el sexto dice, que en atencion á que en las vacantes de los obispados solian ocurrir grandes dilaciones en la eleccion de sucesor, por haber de esperar el nombramiento y licencia del Rey, á cu-

los obispos, y la de haberse prohibido á las viudas de los Reyes volverse á casar aun con otros Reyes: providencia que aun pasó mas adelante ocho años despues en el concilio de Zaragoza, el cual obligó á las Reinas á pasar el resto de su vida encerradas en un monasterio, fundando esta determinacion en los insultos á que quedarían espuestas permaneciendo en el siglo (*).

3. Apenas se concluyó este concilio de Toledo, llegaron á España las decisiones de Constantinopla, juntamente con las cartas del Sumo Pontífice, que pedia en ellas la suscripcion de todos los obispos. Venia una en particular para el arzobispo de Toledo,

yo cargo pertenecía esto por costumbre ya de muchos años, en lo sucesivo consagrarse el metropolitano de Toledo á los que el Rey eligiese, constándole su idoneidad; los que quedarían obligados á presentarse al metropolitano de su provincia dentro de tres meses, bajo pena de excomunion. Tal es en compendio la historia de este concilio segun se ve en sus actas, y por ella se puede conocer que no habló Berault de aquellos dos principales decretos con la debida exactitud, pues sus palabras presentan una idea nada ventajosa de aquel sagrado congreso.

(*) Congregóse este concilio décimo-tercero de Toledo á 4 de Noviembre de 683, comenzado el año cuarto del Rey Ervigio. Fue general de toda España: concurrieron cuatro metropolitanos, cuarenta y cuatro obispos, ocho abades, veintisiete vicarios de obispos ausentes, y veintiseis grandes del reino. Dió tambien el Rey á los padres el pliego de costumbre, por el que pedia se reformasen algunos puntos dignos de reforma. Sus actas, á mas del símbolo de la fe contienen trece capítulos de disciplina, de los cuales el quinto citado por Berault, y que segun él mismo dice se renovó despues y amplió en el concilio de Zaragoza, es puramente una ley civil.

dirigida á Quírico, cuya muerte es de admirar ignórase el Pontífice, pues hacia tres años que Julian ocupaba aquella silla (*). Los prelados de España creyeron desde luego deber proscribir con el mayor aparato las impiedades que miraban con horror; pero antes de congregarse falleció el Papa Leon, dia 3 de Julio de 683, y fue á recibir la recompensa de su piedad, de su tierna caridad y santa prodigalidad que le merecieron ser contado en el número de los Santos. El 26 de Junio siguiente fue exaltado á la Silla apostólica Benedicto III. Pidióse con arreglo á los últimos tratados la confirmacion del Emperador, y este no queriendo ser vencido en la atencion y respeto, acompañó sus cartas con una constitucion memorable, por la cual permitia consagrar á todos los Papas luego que fuesen electos.

No habiendo podido los españoles congregarse todavía en concilio nacional, se apresuraron á celebrar algunos provinciales. El de Cartagena, sujeta á la

(*) Cuatro fueron las cartas que con este motivo escribió á España el Papa San Leon II; una á todos los obispos de la Península; otra á Quírico, metropolitano de Toledo, cuya muerte no sabia aun el Romano Pontífice cuando le dirigió la epístola con la cual le remitía una pequeña cruz y una llavecita formada de las cadenas de San Pedro; la tercera está inscrita á Simplicio, conde; y la cuarta al Rey Ervigio. Todas tienen un mismo argumento, á saber, que los prelados de España suscribiesen las definiciones y actas del sexto concilio general. El sucesor de Leon, Benedicto III escribió otra sobre el mismo asunto á Pedro, notario de la Iglesia romana, á quien su antecesor habia enviado á España.

metrópoli de Toledo, comenzó el 14 de Noviembre del año 684. En los seis dias que duró se aseguraron de la conformidad del sexto concilio con los otros concilios ecuménicos, y suscribieron despues á su definición, confesando espresamente las dos voluntades de Jesucristo. En esta forma la iglesia de España, como parte notable de la Iglesia universal, se atribuyó el derecho de juzgar en esta materia capital, en cuanto á reconocer como ecuménico el concilio constantinopolitano, al cual no habia sido llamada (*). San Julian de Toledo, título con que le honra la Iglesia, presidió tambien en el concilio decimoquinto de su metrópoli, celebrado cuatro años despues del decimocuarto en el primero del reinado de Egica, yerno y sucesor de Ervigio. Julian, cuyo origen era judaico, aunque él habia nacido de padres cristianos, formó la humilde resolucion de vivir en soledad; mas el Señor queria colocarle en un puesto mas propio para manifestar la superioridad de sus talentos, y su

(*) Es cierto que no pudieron juntarse todos los obispos de España para celebrar concilio nacional, en cumplimiento de lo ordenado por el Sumo Pontífice, pero no lo es que se celebrase concilio en Cartagena como indica Berault. Se tuvo en Toledo en el mes de Noviembre de 684, y este es el decimocuarto de los sínodos de aquella ciudad. Asistieron diez y siete obispos de la provincia Cartaginense; seis abades, y diez diputados de los prelados ausentes. Formaron los padres doce cánones, cuyo objeto principal fue confutar el monotelismo, y recibir el concilio ecuménico de Constantinopla, no porque se arrogasen el derecho de juzgar sobre una materia ya definida en un concilio general, sino por manifestar su adhesion y su fe conforme á la de toda la Iglesia. Véase el tom. 2 de Aguirre pág. 717.

celo infatigable (1). Cumplió exactamente con todas las obligaciones de un buen pastor: aplicóse con especialidad á mantener la disciplina, y compuso muchos escritos en verso y en prosa. Su tratado de los pronósticos ó de la consideracion de las cosas futuras, casi el único que ha podido salvarse del naufragio del tiempo, nos transmite un monumento muy señalado de la fe de la Iglesia en orden al purgatorio, supuesto que prueba muy por estenso la realidad del fuego que en él se padece.

4. El Papa Benedicto III, contado asimismo en el número de los Santos que venera la Iglesia, sobrevivió poco tiempo á la recepcion del sexto concilio en España. Fue enterrado el dia 8 de Mayo del año 685, y en el mes de Junio ó Julio siguiente ordenaron á Juan V. Renovándose la antigua costumbre interrumpida hacia mucho tiempo, se hizo esta eleccion, por aclamacion unánime en la iglesia de San Juan de Letran, y de allí fue conducido con mucha pompa al palacio pontificio. Fue ordenado del mismo modo que lo habia sido Leon II por los obispos de Ostia, Porto y Veletri. Sabio é ilustrado, era al mismo tiempo este Pontífice moderado sin cobardía, pero la decadencia de su salud frustró á la Iglesia las esperanzas lisongeras que habia fundado en tan dichosos anuncios. Durante el año de su pontificado apenas pudo hacer las órdenes episcopales, contadas tan cuidadosamente por los autores antiguos entre las funciones mas regulares de los Papas. Por su muerte estuvo

(1) *Bolland. ad diem 8. Mart.*

vacante la Silla apostólica dos meses y medio, á causa de la division del clero romano y el ejército imperial sobre dos competidores, los cuales quedaron por último escludidos. Conon, hombre sencillo y pacífico, que nunca se habia mezclado en los negocios seculares, llegó á ella por la senda de la sencillez, burlando las ideas de la intriga y de la presuncion. Mas no ocupó el trono un año entero, pues fue consagrado en 21 de Octubre de 686, y murió en 21 de Setiembre del año siguiente. En el discurso de un pontificado tan breve estuvo mucho tiempo enfermo: lo que dió lugar á otras intrigas aun mas criminales que las de sus competidores.

Durante su última enfermedad hizo muchos legados considerables en favor del clero y de los monasterios. El arcediano Pascual prometió todas estas sumas al exarca de Ravena, si le hacía elegir Papa. El exarca aceptó el partido, y empezó á tratar sin dilacion de cumplir por su parte lo convenido. Prolongó semejante maniobra la Sede vacante cerca de tres meses, y los romanos se dividieron: unos querian al simoníaco Pascual, otros al arcipreste Teodoro; mas un tercero llamado Sergio frustró la esperanza de ambos pretendientes, y consiguió ser elegido por la mayor parte del clero, de la milicia y del pueblo, y por los primeros magistrados. Sometióse al momento Teodosio; Pascual se opuso algun tiempo, mas al fin tuvo á pesar suyo que rendir homenaje á Sergio, que le conservó la dignidad de arcediano. Pero como los delitos de gravedad rara vez

andan solos, le acusaron poco tiempo despues de magia, y fue depuesto y encerrado en un monasterio, en donde espiró sin arrepentirse: desgracia comun á los que hacen tráfico de las santas dignidades.

5. Si el corto reinado de tantos Sumos Pontífices no les dió lugar á estender de un modo sólido y bastante eficaz para remediar las necesidades multiplicadas del pueblo cristiano la gracia del Pastor eterno, cuyos Vicarios son en la tierra; obró esta de un modo mas visible en el corazon de los obispos que estaban al frente de diferentes iglesias de la cristiandad. San Ouen en Francia, despues de haber rendido un servicio de la mayor importancia al Rey Tierri, tercero de este nombre, restableciendo la buena inteligencia y armonía entre los franceses de Neustria y los de Austrasia, rogó á este Monarca que le diese por sucesor á Ausberto de Chaussi en Vexin, pedido con muchas instancias por el clero y el pueblo de Ruan, como uno de los mas dignos discipulos del santo arzobispo. El Príncipe escuchó con gusto la demanda, y la egecutó con un celo igual al que habria podido tener el mismo Santo. Ausberto, abad de Fontenelle, era muy célebre en la corte donde desempeñó el empleo de canceller con toda aquella nobleza que una alma delicada, un espíritu elevado y una piedad sólida añaden á la del nacimiento (1). Habia empeñado su palabra de casarse con Angradema, en quien resplandecian los dones de la naturaleza y de

(1) *Act. Bened. tom. 2. pag. 1048.*

la fortuna, y las virtudes. Empeñada esta joven por su familia en la fe de estos primeros lazos, confió la pena que la afligía al mismo que había de ser su esposo, mostrándole el vivo deseo que tenía de consagrarse de todo punto á Dios. Consintió Ausberto sin titubear en que Angradema siguiese su vocacion, y procuró que sus padres hiciesen lo mismo. Este rasgo de heroismo dió á entender su firmeza, incapáz de vacilar en las sendas espinosas de la perfeccion. Por singular escepcion, sus progresos en la piedad compitieron en lo sucesivo con los que hizo en la grandeza, cuyo contagio temió tanto. Dejó en fin secretamente la corte, y corrió á encerrarse en el monasterio de San Vandrillo, del que era abad cuando el Rey Tierri le obligó aceptar el obispado de Ruan, vacante por promocion de San Lamberto á la silla de Leon.

Su aplicacion incesante á la instruccion del pueblo, su beneficencia con los desgraciados de todas clases, su celo por la conservacion y reparacion de las iglesias, fueron las virtudes que distinguieron principalmente su obispado. Abandonó á este efecto todos los derechos que podia pretender sobre los curatos: y en el quinto año de su gobierno pastoral, que fue el de 689 de Jesucristo, celebró un concilio al que concurrieron otros quince obispos y entre ellos los metropolitanos de Rems y de Tours. Otorgó un privilegio á su abadía de Fontenelle, en el que ponía la condicion de que los religiosos habian de observar la regla de San Benito, y que si la quebrantaban,

quedarían sujetos á la reforma de los obispos congregados.

6. San Kiliano, natural de Irlanda, convirtió al duque y á la duquesa de Vurtzbourgo en la Francia oriental cuyos límites se estendian cada dia tierra adentro de la Germania (1). Aunque era obispo en su pais, y amado igualmente del pueblo y del clero, siguió los impulsos de su ardiente celo que le conducian en busca de nuevos trabajos, mayores y mas útiles. Penetró hasta las orillas del Mein acompañado de algunos discípulos; y la belleza del pais y la esperanza fundada en el buen natural de los habitantes de aquel territorio, le convencieron de que debia principiar en aquella parte su carrera. Participó la idea á sus compañeros, y la aplaudieron. Pero les dijo: debemos antes ir á visitar los sepulcros de los Santos Apóstoles, conforme lo determinamos en nuestra patria: nos presentaremos al sucesor de San Pedro, y si tuviese á bien bendecir nuestra mision, regresaremos á este sitio á predicar el Evangelio. Todo se egecutó de comun acuerdo: y el Sumo Pontífice quedó muy satisfecho de la virtud y doctrina de San Kiliano, confiriéndole la jurisdiccion sobre los nuevos pueblos que iba á ganar para la Iglesia. Regresó el Santo á Vurtzbourgo en compañía del presbítero Colomano y del diácono Totuano. Predicaron sin cesar: el duque Gosberto los oyó con admiracion, abrazó el cristianismo y siguió su egemplo una gran multitud.

(1) *Ibid.* pag. 991.

24. *San Ceolfrido, abad de Viremount, reduce á los irlandeses y escoceses á las observancias comunes de la Iglesia.* 25. *San Adamnan, abad de Hi.* 26. *Viaje del Papa Constantino á Grecia.* 27. *Filipico elevado al imperio y depuesto.* 28. *El Emperador Anastasio.* 29. *Efecto de las revoluciones en Grecia.* 30. *Últimos concilios de Toledo.* 31. *Tiranía del Rey Witiza en España.* 32. *El califa Valid.* 33. *Irrupcion de los árabes en España.* 34. *Sarracenos derrotados en Francia.* 35. *Estragos de los sarracenos y mártires en diversas provincias.* 36. *Misiones de San Bonifacio en Germania.* 37. *San Villebrodo es ordenado arzobispo de los frisones.* 38. *Instruccion de Daniel de Vinchester á San Bonifacio.* 39. *Decretal de Gregorio II á San Bonifacio.* 40. *Instruccion de Gregorio á los misioneros de Nòrica.* 41. *San Roberto de Saltzburgo y San Corbiniano de Frisinga.* 42. *El venerable Beda.* 43. *Los monges de Hi dejan sus observancias particulares á persuasion de Egberto.* 44. *Carta del venerable Beda á Egberto hecho arzobispo de York.* 45. *Obras de Beda.* 46. *Su muerte.* 47. *El Rey Ceodulfo se hace monge en Lindisfarne.* 48. *Religion de Luitprando, Rey de los lombardos.* 49. *Restablecimiento del monte Casino y de los monasterios de Roma.* 50. *Abusos reformados en Roma en un concilio.*

HISTORIA DE LA IGLESIA.

LIBRO VIGÉSIMO-SEGUNDO.

Desde la condenacion del monotelismo en el año 681, hasta la época de los iconoclastas en el de 726.

1. **L**a Iglesia depositaria de la fe, la ha conservado fielmente en toda su integridad. Acababa de ganar la verdad en el sexto concilio un nuevo triunfo, no esperado á vista de un Príncipe, hijo y sucesor del autor del Typo funesto. El Señor, deparando á su Iglesia estos recursos imprevistos en el momento mismo en que al parecer nada podia esperarse, quiso avivar la fe en sus promesas, é inspirar á los fieles una confianza proporcionada á las pruebas del todo nuevas que habian de sufrir por espacio de muchos siglos consecutivos. Tal es el punto de vista que ha de fijar de un modo invariable nuestra atencion, al paso que nos adelantemos en el curso de la segunda edad de la Iglesia. Los progresos de los bárbaros de la Arabia, enteramente distintos de los del Norte que solo subyugaban á los romanos para abrazar desde luego

los usos de la Iglesia romana, mirada constantemente como el modelo mas seguro de todas las demás.

Los canónigos de San Crodegango no estaban obligados á una pobreza absoluta, sino que cedían á la Iglesia la propiedad de sus fondos con facultad de reservarse el usufructo, y disponer durante su vida de sus muebles (1). Los sacerdotes podían además disponer de las limosnas que recibían por sus misas, sus confesiones y asistencia á los enfermos, á menos que tales limosnas no se hiciesen á toda la comunidad. Este es uno de los primeros ejemplos de las retribuciones particulares por las funciones eclesiásticas. En cuanto á la clausura, tenían libertad de salir por el día; mas al anochecer todos debían volver á la catedral para cantar completas, y concluidas estas no era permitido hablar ni comer hasta despues de prima del día siguiente. El que faltaba á completas, no podía entrar en el claustro que tenían exactamente cerrado, y se recogían en diferentes dormitorios comunes, donde cada uno tenía su cama. Debía esperar hasta que se abriesen las puertas al pueblo, que concurría aun á los nocturnos, es decir, á los maitines, aunque se decían á las dos como en los monasterios de San Benito. Jamás entró en el claustro muger alguna ni seglar sin permiso. Si acontecia alguna vez convidar á alguno á comer, debía retirarse inmediatamente que se acababa el convite. Evitaban escrupulosamente el trato con los se-

1) Tom. 7. Con cillor. pag. 1445.

glares; y si tenían necesidad de emplear cocineros legos, les mandaban salir luego que concluían sus ocupaciones. Todos los canónigos, á escepcion del arcediano y algunos dependientes de los mas ocupados, asistían habitualmente á la cocina por turno.

En el refectorio había siete mesas, la primera para el obispo, los huéspedes y los extranjeros: las tres siguientes para los sacerdotes, diáconos y subdiáconos: la quinta para los clérigos inferiores de la iglesia catedral: la sesta para los abades y aquellos que el superior, esto es, el obispo, y en su defecto el arcediano ó el primicerio juzgaban á propósito admitir en ella; y la séptima para los clérigos de otras iglesias de la capital que se quedaban á comer en los días de fiesta. Estaban determinados el número y la cualidad de platos que habían de servirse, excepto el pan que no tenía tasa. La comida ordinaria era un potage á medio día, con dos porciones de carne entre dos personas, y á cenar una sola porción. Bebían dos veces en la cena, tres á lo mas en la comida, y esto cuando comían una vez solamente; porque en ciertos tiempos, además de los ayunos establecidos, no hacían mas de una comida, absteniéndose de carne en algunos días de la semana. Desde Pascua hasta Pentecóstes solo se abstenían de ella en el viernes. En la cuaresma no tomaban su refacción hasta despues de visperas, y estaba prohibido el comer fuera de los claustros. En adviento, empezando desde San Martín, ayunaban hasta despues de nona. El queso era uno de los alimentos de cua-

resma. Se especificaba con igual individualidad lo concerniente á la leña y al vestuario, cuyos gastos se suplían de las rentas que la iglesia de Metz tenia en la ciudad y en el campo, á escepcion de los clérigos que tenían beneficios ó el gocé de ciertas tierras concedidas por el obispo, de las cuales debían sacar para su mantenimiento y vestido.

Para la firmeza de estos reglamentos y del buen orden, era necesario establecer reglas coactivas y castigos proporcionados á las culpas. San Crodegango divide estas culpas en faltas leves, en pecados graves, y en delitos. Deja al juicio del superior la penitencia de las faltas ligeras, como el haber llegado tarde al oficio ó al refectorio. Era cosa muy comun castigar á aquellos que las cometían, haciéndoles permanecer algun tiempo de pie ó de rodillas cerca de una cruz colocada en medio del claustro. Mas si no se ponían cerca de la cruz, su falta se hacia grave, é incurrian en la misma pena que por la desobediencia formal, ó por la rebeldía, la mentira, la embriaguez, el quebrantamiento del ayuno, ó algun otro punto de precepto. En todos estos casos, si despues de dos amonestaciones secretas y una pública no se conseguía la enmienda, quedaba escomulgado el reo. Si no bastaba la escomunión, se empleaban los castigos corporales. Para los delitos, como la efusion de sangre humana, la impureza ó el latrocinio, despues de la disciplina sufría la prision, y al salir de ella quedaba todavía sujeto á la penitencia pública, si el superior lo juzgaba á propósito.

San Crodegango murió en el año 766, y fue enterrado en el monasterio de Gorza, en donde habia elegido su sepultura. En el año anterior habia colocado en dicho monasterio el cuerpo de San Gorgon, el que le dió el Papa Paulo junto con los de los Santos Nabor y Nazario. Envió las reliquias de San Nabor á la abadía de San Hilario, en el dia de San Abauldo, en la diócesis de Metz; y las de San Nazario á la abadía de Loresheim que acababa de fundarse cerca de Worms, y de la cual fue el primer abad Gondeando, hermano de Crodegango.

El Santo Papa Paulo (título con que le venera la Iglesia) sobrevivió un año solamente al santo obispo de Metz, habiendo fallecido el 28 de Junio del año 767. Su pontificado de mas de diez años ofrece pocos hechos relativos á nuestro plan. Sus frecuentes desavenencias con Didier, Rey de Lombardía, el cual despues de todas sus promesas al Papa Estévan, siguió bien pronto el sistema de los Reyes sus predecessors, presentan solamente asuntos temporales bastante estraños á la Historia Eclesiástica, segun el plan con que nos hemos propuesto tratar de ella.

95. Luego que murió el Papa Paulo, Constantino hermano del duque Toton, hizo que le eligiesen tumultuariamente sin tener siquiera la tonsura clerical. Se apoderó con mano armada del palacio de Letran, y luego fue tonsurado y consagrado obispo de Roma por Jorge, obispo de Preneste. Todos se estremecían á vista de la faccion del Antipapa, el cual permaneció mas de un año en la posesion de la santa

Sede. Este es el primer ejemplo de una usurpacion tan violenta.

96. Manifestó el Señor de un modo igualmente admirable la pena que merecian aun aquellos que movidos del temor se habian prestado á la egecucion de un atentado tan escandaloso (1). Pocos dias despues de la consagracion sacrilega de Constantino, fue acometido el obispo de Prenceste de una enfermedad que le quitó el movimiento de todos sus miembros, y le encogió de tal modo los nervios de la mano derecha que no la podia llevar a la boca. Murió en este estado poco tiempo despues poseido de un abatimiento extraordinario. En fin, el partido del Antipapa fue arruinado por algunos romanos que resolvieron morir antes que dejar profanar de este modo la Cátedra de San Pedro, y empeñaron á los lombardos en contribuir á ello con sus fuerzas. Los principales del clero y de la milicia reunieron luego los soldados, los ciudadanos y todas las clases del pueblo, y eligieron y consagraron segun todas las reglas á Estévan, sacerdote del título de Santa Cecilia. Cometiéronse en esta empresa (mas sin la participacion del Pontífice) horrores de crueldad, y robos muy indignos de la causa que se defendia.

Al obispo Teodoro, auxiliar del Antipapa Constantino, le sacaron los ojos, le cortaron la lengua, y fue encerrado en el monasterio del monte Scauro, en donde murió de hambre y de sed, pidiendo inútilmente agua con gritos lamentables. Arrancaron

(1) *Anast. in Steph. III.*

tambien los ojos á Passif, hermano de Constantino, tan cruelmente como á Teodoro: le pusieron preso en el monasterio de San Silvestre, y saquearon los bienes de uno y otro. Cogieron al mismo Constantino, le arrancaron la estola y las sandalias, le pusieron á caballo en una silla de muger con unas piedras muy grandes en los pies, y le llevaron públicamente en este estado de ignominia al monasterio de Celanova, de donde le sacaron para arrancarle los ojos, y dejarle en la calle solo y abandonado á las convulsiones del dolor. No se acabaron las crueldades con la revolucion que habia dado lugar á ellas. Despues de la deposicion de Constantino, sacaron tambien los ojos y cortaron la lengua á dos partidarios suyos Gracilis y Valdirto, y á este con tanta crueldad, que murió poco despues. Tales fueron los efectos del nuevo gobierno del pueblo romano, ó por mejor decir, de la especie de anarquía en que se halló abismada la ciudad de Roma, desde que sacudió el yugo de los Emperadores hasta que se consolidó la soberanía pontificia.

Para proceder mas canónicamente el Papa Estévan III á la entera estincion del cisma, envió luego despues de su consagracion una embajada al Rey Pipino. Quería arreglarlo todo en un concilio, y pedia los prelados mas esclarecidos de la Francia para valerse de sus luces. Pero los enviados del Pontífice hallaron al Rey muerto. Concluida la conquista de Aquitania, la que reunió á su corona, enfermó de hidropesia, y al volver á Francia no pudo disfrutar el

goce del fruto de su conquista, aunque solo tenia cincuenta y cuatro años.

97. Aprovechándose del poco tiempo que le quedaba de vida para alejar las facciones y alborotos de sus estados, los dividió entre sus dos hijos Carlos y Carloman, en una asamblea de señores y de prelados, celebrada en San Dionisio el día 18 de Setiembre del año 768 (1). Dió la Austrasia á Carloman, y la Neustria con la Borgoña á Carlos, llamado tan justamente el Grande, ó simplemente Carlo-Magno. Aunque habian sido ya consagrados con su padre por el Papa Estevan II, se hicieron consagrar de nuevo por los obispos del reino el día 19 de Octubre del propio año; Carlos de edad de veintiseis años en Noyon, y Carloman, que solo tenia diez y siete, en Soissons. Pipino murió quince días antes, á 24 de Setiembre, habiendo gobernado veintiseis años la Francia como verdadero Soberano, pero diez y seis solamente con título de Rey. Era Príncipe de una virtud poco comun, de un genio superior, pintado con mas belleza por dos acciones suyas, que por los mayores elogios: trasladó á su línea la corona de los descendientes de los fundadores de la monarquía, y la fijó en ella sin violencia, sin revoluciones, y sin perder cosa alguna de su dignidad: estableció los fundamentos de la grandeza temporal de los Papas, y parecia que le habia suscitado el cielo para imprimirles el carácter augusto de la soberanía y de la independencía. En un tiempo en que las naciones

(1) *Cont. 4. Fredeg. num. ult.*

modernas que formaban todas juntas el pueblo cristiano, salian de la barbarie, y tomaban ideas conformes á la política, puso al Padre comun de todos los pueblos y de todos los Príncipes á cubierto de las debilidades de la predileccion, y previno los trastornos y desastres que los celos nacionales producen con tanta frecuencia; pero fue aun mas feliz, y mereció las bendiciones de la Iglesia mucho tiempo despues de su muerte, por haber transmitido su poder á un hijo que solo parece recibió la investidura para estender el reino de Jesucristo.

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO VIGÉSIMO-CUARTO.

N.º 1. *Estado político del oriente y del occidente.* 2. *Los árabes hacen florecer las letras.* 3. *Primer capitulario de Carlo-Magno.* 4. *Estévan III celebra un concilio en Roma.* 5. *La Princesa Gisela no se quiere casar con el hijo del Rey de los lombardos, con el fin de hacerse religiosa.* 6. *Carlo-Magno lleva sus armas á Lombardia.* 7. *El Rey Didier prisionero en Francia.* 8. *Paulo, diácono sabio de Aquileya.* 9. *Cruelles impiedades de Constantino Coprónimo.* 10. *Muerte funesta de este Emperador.* 11. *Santa Autusa.* 12. *La Emperatriz Irene se declara contra los iconoclastas.* 13. *Espedicion de Carlo-Magno contra los sarracenos de España.* 14. *Subyuga á los sajones.* 15. *Conversion de Witikind.* 16. *Los Santos Vileado y Ludgero evangelizan en Sajonia.* 17. *Leyes de Carlo-Magno para las iglesias del norte.* 18. *Capitulario de Teodulfo de Orleans.* 19. *Coleccion de los cánones de Isidoro Mercator.* 20. *Arrepentimiento de Pablo, patriarca de Constantinopla.* 21. *Le sucede San Tarasio.* 22. *Convocacion de un concilio general.* 23. *Celebracion del séptimo concilio ecuménico en Nicéa.* 24. *Confesion de fe del séptimo concilio.* 25. *Cánones de disciplina.* 26. *Envía el Papa*

las actas del séptimo concilio á Francia. 27. *Libros carolinos.* 28. *Concilio de Francfort.* 29. *Escrito de San Paulino de Aquileya contra la heregia de Eli-pando de Toledo.* 30. *Carta de Carlo-Magno á Eli-pando.* 31. *Concilio de Urgel.* 32. *El doctor Alcuino.* 33. *Escuela del monasterio de Tours.* 34. *Escuela real de Aix-la-Chapel y otras escuelas.* 35. *Mal gusto de aquel tiempo.* 36. *Rebelion de Tasillon en Baviera.* 37. *Victorias de Carlo-Magno.* 38. *Concilios en Inglaterra.* 39. *Celo de Carlo-Magno.* 40. *Desavenencia entre el Emperador Constantino y el patriarca Tarasio.* 41. *San Platon y San Teodoro.* 42. *Muerte del Papa Adriano.* 43. *Leon III.* 44. *El abad Engilberto enviado á Roma por Carlo-Magno.* 45. *Estado de las cosas en Inglaterra.* 46. *Victorias de Alfonso el Casto contra los moros.* 47. *Constantino destronado por su madre Irene.* 48. *Conjuracion contra el Papa Leon III.* 49. *El Papa en Alemania.* 50. *Teodorico, primer obispo de Esclavonia.* 51. *El Papa justificado.* 52. *Se restablece el imperio de occidente.* 53. *Son castigados los conjurados, y se proyecta matrimonio entre Irene y Carlo-Magno.* 54. *Muerte de Irene.* 55. *Nicéforo Emperador.* 56. *Los Santos Teodoro y Platon son tratados indignamente.* 57. *Recurre San Teodoro á la santa Sede.* 58. *Muerte de San Platon.* 59. *San Benito, abad de Aniano.* 60. *San Guillermo del desierto.* 61. *Fundaciones pias de Luis, Rey de Aquitania.* 62. *Sobre la adicion de la palabra Filioque.* 63. *El Papa se niega á que se cante esta adicion.* 64. *Smaragdo, abad de San Mi-*

tuvo una firmeza y tal constancia en lo que resolvía, que hasta la perfecta ejecución seguía el plan y la conducta que se había propuesto. Mas su profunda y sana política le había del todo convencido de que la prosperidad del estado es inseparable de la Religión. Le veremos, pues, crear el espíritu patriótico entre veinte naciones de diferente carácter, ordenando los intereses particulares al bien general de la sociedad y de la Religión, que es la salvaguardia única de esta. Dominóle el mismo espíritu de conquista, y con ser tan grande el valor, la actividad, la habilidad y la prevención de este héroe, no se admirará menos en él el horror á derramar la sangre humana, el perdón de las injurias, la mansedumbre, la benignidad y la paciencia de cristiano.

Dió Irene, Emperatriz de oriente, en un concilio ecuménico el último golpe á los iconoclastas que tanto tiempo habían disfrutado el favor, y tan soberbios estaban con el poder. Vemos en esta muger extraordinaria que reunió, según dicen, con un obscuro nacimiento, grande elevación de pensamientos, y un valor varonil con una rara hermosura, el natural ascendiente de su talento sobre todos sus vasallos, su destreza en grangearse las voluntades, su sagacidad en penetrar los arcanos, y discernimiento para aplicar á cada uno al ejercicio que le convenia. Hallará recursos en la profundidad de su política para evitar los obstáculos y vencer todos los peligros. Llena de vicios y virtudes, que es un carácter equívoco para el bien y para el mal: muger admirable y des-

preciable á un mismo tiempo, no se abandonará á las inclinaciones de su corazón, aunque falso y desnaturalizado; y por su execrable parricidio no provocará la pública indignación, los reveses y los remordimientos hasta dar el golpe mortal á la secta impía que pretendía destruir del todo el culto cristiano.

Se distinguirá por su rara equidad entre los mismos cristianos, y por su imparcialidad casi sin ejemplo el califa Arón, por sobrenombre Ali-Rachid, que quiere decir el justo. Adquirirán en su reinado las costumbres de los musulmanes una clemencia que dará á los vasallos cristianos lugar para respirar después de tantas vejaciones, funestas muchas veces á la fe: su corte llena de esplendor no conocido de los bárbaros califas de las dinastías anteriores, será el asilo de las ciencias, de las artes, y de los talentos de todas las naciones, tratándolas con honor, y con tanta familiaridad que todas vendrán á grangearse en sus estados los conocimientos que desterró la barbarie del resto del universo. Justo apreciador del imperio de Carlo-Magno, le honrará sobre todos los otros Soberanos; y con los testimonios de su amistad mostrará que aprecia más en él las luces de su talento que el poder, y le ayudará con todas sus fuerzas en el alto designio de desvanecer las tinieblas de la ignorancia que obscurecían todas las regiones.

2. Era Aron nieto de Abou-Giafar, celebre por la fundación de Bagdad, á donde trasladó la silla de su imperio, y por las victorias que le consiguieron

el nombre de Almanzor. El mismo Giafar, segundo califa de la estirpe de los Abasidas, muy distintos de los groseros Omniadas en cuyo lugar entraron, habia ya provocado la emulacion y dado impulso á los talentos. Él trataba con los sabios de todas las naciones, á los que atraian las honras y riquezas con que los premiaba: gustaba de conferenciar con ellos principalmente sobre la astronomía y las matemáticas en que era muy versado. Siguiéron sus huellas su hijo Mahadi y Hadi su nieto, á pesar de las murmuraciones de la supersticiosa ignorancia, y fueron mas magníficos en sus recompensas que Almanzor naturalmente muy económico. Aron y su hijo Mamon, que era el mas sabio y el mas humano de cuantos Príncipes habian ocupado el trono de los califas, escedieron á sus padres en el amor y en animar á las ciencias; por lo que fue aquella edad la mas bella de los árabes, observándose entre ellos no solo las especulaciones astronómicas, ó las observaciones estériles sobre lo general de la filosofía, sino tambien los resultados útiles y prácticos del estudio de la química, botánica, anatomía, y por último de la geometría, que debió al reinado de Aron la invencion de la Algebra. Viéronse tambien multiplicadas las traducciones en las que bebieron el ingenio de las mejores obras de los antiguos, y tratados originales y metódicos sobre la moral, y todas las ciencias profundas con historias importantes, y aquella multitud de apólogos y relaciones alegóricas en que bebieron por tanto tiempo nuestros antiguos novelistas. Tambien compusieron poesías lle-

nas de imaginacion, de fuerza y gracia, en que el fuego no dejaba de sujetarse á las reglas del gusto.

3. Hizo ver Carlo-Magno desde el principio de su reinado que la Iglesia nada habia perdido en la sucesion de este hijo al poder de su padre Pipino. Desde luego dió un capitular (que así llaman á sus leyes), en que reformó un abuso de los mas inveterados y perjudiciales á la disciplina de la Iglesia (1). Á súplicas del clero prohibió que los sacerdotes, so pena de deposicion, derramasen la sangre ni aun de los paganos, y por consiguiente que por ningun pretexto fuesen á la guerra sino para administrar la penitencia y para otros egercicios eclesiásticos. Tambien se les prohíbe igualmente el egercicio tumultuario de la caza y de la cetrería. Se manda que los obispos visiten todos los años su diócesis para la confirmacion, para instruir á los pueblos é impedir las supersticiones paganas, y en esto deben favorecerles los condes ó gobernadores como defensores de la Iglesia. Los sacerdotes ignorantes que advertidos de su obispo no quieran instruirse, deben ser desposeidos de sus iglesias. Encarga con el mayor cuidado que no dejen morir á los enfermos sin la confesion, el viático y la extrema-uncion. Se prohíbe por último á los jueces, con pena de escomunion, tener en la cárcel ó condenar á un eclesiástico sin la participacion del obispo.

4. Condescendiendo los Reyes Carloman y Carlo-Magno con los deseos del Papa Estévan, enviaron á Roma doce obispos de Francia para asistir al concilio

(1) *Capit. tom. 1. pag. 189.*

que con los de Italia celebraron en la basílica del Salvador en el palacio de Letran. Llevaron allá al Anti-Papa Constantino, que habia sobrevivido á su castigo bárbaro, y que confesando con lágrimas que sus pecados escedian á las arenas del mar, añadió no obstante que pasando del siglo al obispado no habia hecho cosa que no hiciesen Estévan de Napoles y Sergio de Ravena, los que siendo todavía legos fueron consagrados obispos. Le condenaron á penitencia por toda su vida, y se prohibió so pena de anatema, que jamás se promoviese al obispado un lego, ni un clérigo que no hubiese subido por las órdenes inferiores á la clase de diácono ó de sacerdote cardenal, que entonces queria decir, afecto á un título (1). En cuanto á la eleccion del Supremo Pontífice se estableció, que pues no la habian de hacer sino los obispos y el clero, no pudiese asistir á ella lego alguno, ni de la milicia ni de otros cuerpos; pero que antes del decreto de eleccion, y la entronizacion en el palacio patriarcal, todos los ciudadanos, el ejército y el pueblo fuesen sin armas ni palos á rendirle homenaje, y despues de esto se hiciese el decreto de eleccion al que suscribirian todas las órdenes. Esto se observará, prosigue, en las demás iglesias. Es decir, que las elecciones hechas por los obispos y el clero serian ratificadas por el pueblo. El concilio dispuso tambien que se reiterasen todas las funciones sagradas que Constantino habia egercido, á escepcion del bautismo y el santo crisma. En cuanto a la ordenacion

(1) *Tom. 6. Conciliar. pag. 172.*

episcopal, quiere que los que la habian recibido de este Anti-Papa, reciban la consagracion del Papa legítimo como si no hubiesen sido ordenados: bien que esto debe entenderse de alguna ceremonia de rehabilitacion, á no ser que aquel intruso ignorante no hubiese observado la forma necesaria en la ordenacion de sus obispos, como se puede presumir del decreto concerniente á sus sacerdotes, con los cuales es libre el Papa para usar de ella como le parezca. Acaba el concilio romano por el examen de las novedades impías que continuaban escandalizando al oriente, y mandó que las reliquias y las imágenes de los santos fuesen reverenciadas segun la antigua tradicion, y anatematizó al concilio de los iconoclastas.

5. El pontificado de Estévan III, como el de sus antecesores, se vio agitado de tristes disputas con el Rey de Lombardía en los tres años y medio que duró. Reducido este Papa á implorar de nuevo el auxilio de los Príncipes franceses, hizo lo posible para que su augusta casa no contrajese alianzas con una nacion eternamente envidiosa del poder pontificio. Conociendo que la Reina Berta pretendia casar un hijo suyo con la hija del Rey Didier, y su hija Gisela con el hijo del mismo Rey, representó á los lombardos como á un pueblo corrompido en su fondo, cuya sangre infestada no producía mas que leprosos, y era por todos respetos indigna de aliarse con la ilustre y pura sangre de los franceses (1). Conjurólos por las llaves de San Pedro y por las cosas mas sagradas: les

(1) *Cod. Car. pag. 45.*

amenazó con los juicios del Señor, y anatema eterno; y á fin de que causase mas impresion, escrita su carta la depositó antes de enviarla sobre la confesion de San Pedro, celebrando en ella la misa: espresion que sin duda aterra, aunque se usaba entonces en los negocios de la primera importancia. Mas nada podia incitar y enardecer tanto el celo del Papa como los motivos que enumera en este pasage de su carta, al que no han prestado la debida atencion sus censores. „Príncipes, dice, pensad que ya estais empeñados por la voluntad de Dios y las órdenes de vuestro padre en legítimos matrimonios con mugeres de vuestra nacion, á quienes debeis amar; y no os es lícito abandonarlas para casaros con otras.”

No tuvo efecto el casamiento de la Princesa Gisela, que aterrada con las amenazas del Pontífice, rehusó otro esposo que Jesucristo, y murió abadesa de Chelles. Estaba ya resuelto el matrimonio de su hermano mayor entre el Rey Didier y la Reina Bertta que para esto habia ido á Lombardía, y temió el Rey Carlos contravenir á la voluntad de su madre; mas habiéndose casado contra su voluntad con la Princesa lombarda, se separó de ella en el año siguiente con el consejo de los obispos, porque se la reputó incapáz de tener hijos; y se casó algun tiempo despues con Hildegarda de la primera nobleza de los suevos.

Murió Estévan III á 1.º de Febrero de 772: pasó por tan observante de las antiguas costumbres, que utilizó todo su poder para ponerlas en su vigor. Or

deinó que todos los domingos los siete obispos, cardenales y sufragáneos del Papa, esto es, los de Ostia, Porto, Selvablanca, Sabina, Preneste, Túsculo y Albania, fuesen por su turno á celebrar la misa en el altar de San Pedro. Solamente ellos la podian decir en la iglesia de Letran á la que asistian por semanas. En 9 de Febrero, á los ocho dias de la muerte de Estévan, fue elevado al pontificado por sus virtudes y mérito superior el diácono Adriano, hijo de Teodulo, duque de Roma. Hacia toda la ciudad justicia á su piedad y pureza de costumbres unida á la mortificacion del cuerpo y la liberalidad con los pobres: y su bella figura acababa de completar tantas y tan brillantes prendas (4).

6. Dedicóse en primer lugar á grangearse la benevolencia de los franceses. Murió el Rey Carloman á 4 de Diciembre del año anterior 771, y habian reconocido por único Señor los grandes de la nacion al Rey Carlos, quien se hizo de nuevo consagrar en calidad de Rey de Francia. Gerberga, viuda de Carloman é hija del Rey de Lombardía, corrió con sus dos hijos á implorar la proteccion de su padre. No despreció Didier tan bella ocasion de introducir la discordia en la monarquía francesa, sin echar en olvido lo que por esto podia temer. Se valió de todos los medios y artificios con el fin de atraer á Lombardía al Papa Adriano, pensando en que consagrarse á los dos Príncipes sus nietos. Mas el santo Pontífice evitó este lazo, con lo cual contrajo méri-

(1) *Anast. in Adrian.*

tos á los ojos del Monarca francés. Dióle á entender al mismo tiempo que Didier estaba distante de restituir á la iglesia romana las plazas que habia usurpado, y que su audacia amenazaba á la misma ciudad de Roma.

Habia Carlos hecho los primeros ensayos de su poder contra los sajones, pueblos turbulentos y muy apasionados á la idolatría, que le tuvieron inquieto en casi todo su reinado. Ya habia penetrado hasta el Verses, y se habia apoderado de la ciudad de Eresburgo, célebre por el idolo del Dios de la guerra que llamaban los germanos Erminsul, y la taló toda con su templo. En todas sus conquistas llevaba por objeto el bien de la Religion, y mandó celebrar un concilio en Dilgenvinge, al que asistieron seis obispos y trece abades. Mas ninguno de estos prelados favoreció tanto sus piadosas intenciones como San Virgilio de Saltzburgo, irlandés, y tan afecto al Rey Pipino desde que puso los pies en Francia, que le detuvo este Príncipe dos años enteros en su corte (1). La iglesia de Carinthia debe sus principios al cuidado de este obispo, y á la excelente eleccion con que nombraba operarios evangélicos, enviados de cuando en cuando á aquella provincia.

Aunque el Rey Carlos habia triunfado, sentia mucho resolverse á la guerra de Italia. Probó todos los medios posibles para que Didier diese satisfaccion al Papa y á la iglesia de Roma: le envió muchas embajadas y le hizo tantas proposiciones ventajosas,

(1) *Bolland. tom. 4. pag. 330.*

que concibió el lombardo una soberbia que ya llegó á la insolencia y á la presuncion. Mas Carlos le mostró, que aunque ansiaba prevenir y evitar si le era posible los horrores de la guerra, no por eso la temia. Tomó, pues, el camino de los Alpes seguido de las tropas que acababan de subyugar la Sajonia: y forzó y destruyó sus fuertes atrincheramientos contruidos en las gargantas y en la cima de los montes, y una prodigiosa multitud de tropas. Penetraron los vencedores por las llanuras de Lombardía, y se apoderó un terror pánico de los corazones de los soldados lombardos, de su Rey y de su hijo Adalgiso, que abandonaron de noche sus propias tiendas, y huyeron con lo que pudieron acarrear en sus bagages. Persigniólos Carlos haciendo en todos los caminos una horrible carnicería, y obligando á Didier á retirarse hasta que entró en Pavia. Adalgiso se encerró en Verona con la viuda y los hijos de Carloman: todos los demás se dispersaron y huyeron sin armas á sus hogares, á esperar en la incertidumbre los efectos de la clemencia ó de la severidad del vencedor. Corrieron á arrojarle á los pies del Papa los del ducado de Spoleto y de Ricci, rogándole que los admitiese por vasallos, y abjurando hasta el nombre y semejanza con los lombardos, porque se cortaron los largos cabellos y la barba al estilo de los romanos: lo mismo hicieron los de Fermo, los de Asimo y los de otras muchas ciudades.

Carlo-Magno determinó poner al mismo tiempo sitio á Pavia y á Verona: el de esta ciudad no se

guel sobre el Mosa. 65. Adalardo de Corbiu. 66. Testamento de Carlo-Magno. 67. Se restablece la disciplina. 68. Impiedad del Emperador Nicéforo. 69. Muere por mano de los búlgaros. 70. Los paulicianos son proscritos por el Emperador Miguel Curopolates. 71. Este es destronado por Leon Armenio. 72. Fieles martirizados por los búlgaros. 73. Diferentes tratados sobre el bautismo. 74. Concilios numerosos en Francia y en Germania. 75. Luis, Rey de Aquitania, coronado Emperador. 76. Muerte de Carlo-Magno, su retrato y sus grandes obras.

HISTORIA

DE LA IGLESIA.

LIBRO VIGÉSIMO-CUARTO.

Desde el principio del reinado de Carlo-Magno en el año 768, hasta su muerte en el de 814.

1. Carlo-Magno, Irene y Arón fueron en la mitad de la segunda edad de la Iglesia las tres cabezas que daban movimiento á todo el cuerpo político, y regian casi absolutamente el universo conocido: cada uno estaba dotado de distintos talentos, propios para llenar su respectivo destino. Consistia el talento de Carlo-Magno en ilustrar su pueblo resucitando las ciencias y las artes, estableciendo una administracion fija y regular sobre la basa de las leyes, pacificando la Europa, y sujetando y civilizando las naciones bárbaras. Además de su grande entendimiento y del tino singular con que este Principe logró ordenar desde el principio de su reinado las fuerzas de sus dominios, las buenas y malas qualidades de sus vasallos, y las necesidades de su siglo con el gobierno y las costumbres de las otras naciones;

efectuó del todo , porque Adalgiso se escapó de noche , y huyó á Constantinopla abandonando los hijos y la viuda de Carloman á disposicion del Monarca francés , quien los envió al punto á Francia. Duró el sitio de Pavia todo el invierno , y acercándose la fiesta de la Pascua Carlos quiso celebrarla en Roma , y rendir sus religiosos obsequios al sepulcro de los santos Apóstoles. Sorprendieron al Papa agradablemente con esta noticia , y envió los magistrados romanos á recibir á su libertador á diez leguas de Roma. Cuando ya el Rey se hallaba á una milla de distancia , todas las tropas y los niños de las escuelas salieron en prócesion con palmas y ramos de oliva , cantando las alabanzas del piadoso Monarca , cuyas gracias augustas y respetables redoblaron la veneracion pública. Frisaba entonces con los treinta y dos años , y era como todavía se vé en el sello de algunas cartas suyas , de estatura bien proporcionada , de fisonomía noble y magestuosa , de ojos grandes y vivos , y en una palabra , de un exterior de héroe al mismo tiempo que representaba la benignidad y bondad de padre. Así que vió las cruces con que le salian al encuentro , se apeó del caballo con toda la comitiva de duques , condes y señores , y fue á pie hasta la iglesia de San Pedro. Le aguardó el Papa con todo el clero romano en lo alto de las gradas : las fue besando el Rey una por una , abrazó despues al Pontífice , le tomó de la mano y entraron juntos cantando el clero : *bendito sea el que viene en el nombre del Señor*. Adelantáronse el Rey y los que le

acompañaban hasta la confesion de San Pedro , donde se postraron dando gracias á Dios de la victoria que reconocian haber conseguido por la intercesion del Príncipe de los Apóstoles : pidió despues el Rey al Papa el permiso de entrar en la ciudad de Roma.

Al dia siguiente que era el de Pascua , oyó el Rey la misa del Pontífice en Santa María la mayor , recibió la comunión , y fue despues al palacio de Letran en donde comió con Adriano. Celebró el lunes el Pontífice la misa á presencia del Rey en San Pedro , y el martes en San Pablo segun la costumbre , que es decir , que ya entonces eran las estaciones las mismas que hoy. El miércoles asistió á San Pedro á conferenciar con el Rey que estaba allí alojado , y le rogó que confirmase la donacion de Pipino (1). No solo ratificó Carlos lo que habia hecho el Rey su padre , sino que dió aumento á su liberalidad , comprendiendo en la nueva donacion desde la ribera de Genova , Puerto-Especia , la isla de Córcega , las ciudades de Bardi , Regio y Mantua , las provincias de Venecia y de Istria , además de la ciudad de Ravenna y los ducados de Spoleto y Benevento. El Rey escribió bajo el acta de donacion su monograma , que era una cifra compuesta de las letras de su nombre segun el uso que introdujo en nuestros Reyes. Despues quiso poner por sí mismo el acto así firmado sobre el cuerpo de San Pedro , y ofreció con el mas terrible juramento observarle siempre : lo mismo hi-

(1) *Anastas. in Adrian. ann. 774.*

cieron despues los obispos y señores de su comitiva. Adriano por su parte le otorgó un presente que fue del agrado de este Príncipe amigo de las letras: y era el código de los cánones de la iglesia romana que contenia los decretos de los concilios que Dionisio el Exiguo habia recogido en el siglo sexto con la adición de las decretales de los Papas Hilario, Simplicio, Felix, Simaco, Hormisdas y Gregorio II.

Pasó el Rey á visitar cerca de Benevento y mas allá de Roma el monasterio de San Vicente, famoso entonces por su regularidad y por la grande virtud de muchos de sus religiosos (1). Ambrosio Aupert, francés de familia ilustre, muy conocido en esta corte en donde en tiempo de Pipino habia brillado y á quien califica de sapientísimo doctor el sabio Paulo diácono, era uno de los principales ornamentos de aquella casa, y la vida que escribió de sus santos fundadores acredita su buena fama. Tambien compuso un comentario moral sobre el Apocalipsis, al que el Papa Estévan III honró con una aprobacion auténtica. Todavía tenemos homilias de composicion suya, y entre otras una sobre la asuncion de la Madre de Dios. Le eligieron abad dos años antes de su muerte; pero como las comunidades mas fervorosas y reformadas no sienpre están libres de desavenencias, eligiendo á otro una parte de los monges, fue preciso que interviniese la autoridad de la santa Sede: pero murió antes de la decision, y aunque algunos autores le llaman Santo, no se le vé en nin-

(1) *Act. SS. Bened. tom. 4. pag. 259.*

gun martirologio, ni se halla monumento alguno de su culto.

7. El Rey Carlos habiendo desahogado su devocion en Roma y en la vecindad, volvió lleno de esperanzas de vencer al sitio de Pavía, y parece que el cielo peleaba por él en su ausencia, pues mas que sus tropas, le habian servido el hambre y la peste. Quiso la ciudad rendirse por no poder resistir: quitaron las mugeres la vida á un tal Hunaldo cabeza de faccion que era el alma de la guerra, y se vió precisado el Rey Didier á entregarse con su muger y sus hijos. Desde luego le envió Carlos á Lieja, despues á la abadía de Corbia, en la que este Príncipe aprovechándose para su salvacion de las desgracias de la fortuna, abrazó la vida monástica y acabó sus dias en egercicios de penitencia (1). Con tanta celeridad cayó el reino de Lombardía, cuyo título añadió despues Carlo-Magno al de Rey de los franceses: *Francorum Rex*. Esta revolucion sucedió en el año de 774, dos siglos despues de la fundacion de aquel reino. El arzobispo de Milan le puso la corona de hierro que Teodelinda de Baviera, antigua Reina de los lombardos, mandó fabricar para coronar á su esposo Agilulfo, y todavía se coronan con ella los Emperadores. Esta misma Princesa fue la que por los años de 593 sacó aquel pueblo de los errores del arrianismo.

8. El Rey Carlos llevó á Francia al sabio diácono de Aquileya Pablo, secretario del Rey Didier, y

(1) *Ibid. pag. 446.*

le admitió en su corte con cierta especie de familiaridad por la estimacion que hacia de su condicion y talento, que le hicieron el escritor mas culto de su tiempo (1). Se dice que acusado de haber entrado en una conspiracion para restablecer á Didier, y preguntado sobre esto por Carlo-Magno, no le respondió otra cosa, sino que siempre seria fiel á su antiguo señor. Tambien dicen que irritado el Príncipe, mandó en el primer movimiento cortarle la mano; pero al punto se retractó exclamando: ¿en dónde hallaríamos otra mano capaz de escribir así la historia? Y se contentó con desterrarle. Ya habia compuesto Pablo la historia de Lombardía, y verosíblemente la de los obispos de Metz. Se retiró á la casa de Ariquiso, duque de Benevento, el que le exhortó á que no sepultase su talento, y así continuó la historia romana de Entropio desde Juliano apóstata hasta Justiniano, y despues se hizo monge en Monte-Casino, en donde murió muy viejo con grande opinion de santidad.

Se lee en algunos escritos, bien que no son de la mayor autoridad, que despues de haberse rendido la Lombardía, Carlos á quien se le dió el sobrenombre de Grande por tantas conquistas brillantes, hizo celebrar en Roma un concilio de ciento cincuenta y tres obispos, que le concedieron el derecho de elegir Sumo Pontífice. Los sabios miran esta noticia como una invencion fabulosa, ó por lo menos como una equivocacion, á que pudo dar origen el haberse obli-

(1) *Chron. Cassin. lib. 1. cap. 15.*

gado los Papas á no tomar posesion de sus dominios temporales sin la aprobacion de los Reyes de Francia, así como antes debia preceder la de los Emperadores de Constantinopla.

9. Al paso que Carlo-Magno ofrecia un digno modelo á los Príncipes de occidente, continuaba Constantino Coprónimo en escandalizar el oriente por sí, y por los ministros de su impiedad. Las personas mas desprendidas de los intereses terrenos eran siempre las mas celosas en la defensa de la fe. Los ministros de la tiranía se lisongearon de que seducirian á los monges y religiosas que habian quedado, con el cebo de los placeres prohibidos á la pureza de su estado. Miguel, gobernador de Natolia, sacó muchos de estos religiosos de las soledades de Tracia, y los juntó sin distincion de sexos en Efeso: los sacaron todos revueltos á una llanura, y les dijeron á gritos: todos los que quieran obedecer al Emperador tome cada uno una muger, y al que así no lo haga se le sacarán los ojos (1). La sentencia se egecutó al momento. Entonces se vieron muchos mártires, y solo algunos apóstatas á quienes favoreció el gobernador. Además de la privacion de la vista, muchos fieles generosos perdieron la vida unos á fuerza de azotes y otros con la espada: á otros les empaparon la barba de aceite y cera derretida, y aplicándoles fuego les abrasaron el rostro y la cabeza. En una palabra, la persecucion fue tal que en todo el gobierno del desapiadado Miguel no quedó una persona que lleva-

(1) *Theoph. ann. 2o. pag. 375.*

se el hábito monástico. Vendieron todos los monasterios con sus propiedades y sus muebles sin exceptuar los vasos sagrados, y enviaron el dinero al Emperador: quemaron todos los libros de los padres y cuantas reliquias pudieron descubrir. A este gobernador le escribió Coprónimo cartas muy espresivas de gracias, y de este modo indujo á los otros á imitarle.

10. Así llenó la medida de sus delitos, y cansó á la divina clemencia respecto de su persona. Hacia la guerra felizmente á los búlgaros, cuando sintió repentinamente que le devoraban sus piernas las úlceras y carbunclos con una calentura y dolores tan agudos, que le quitaban la razon, y solo le dejaban de esta lo suficiente para que viese desesperado la proximidad del juicio de Dios. Le entraron en una embarcacion para llevarle á Constantinopla, pero murió antes de llegar allá á 1.º de Setiembre de 775, diciendo á gritos: que se abrasaba vivo y sentía ya las llamas infernales por los agravios que sin temor alguno había hecho á la Madre de Dios. Le sucedió su hijo Leon IV, por sobrenombre Cházaro, que al principio manifestó piedad y aun respeto al estado religioso; pero muy pronto se declaró contra la Iglesia con tanto furor como su padre, y á los cinco años pereció de una muerte mas espantosa que la de este. Había dado el Emperador Heraclio á la iglesia mayor de Constantinopla una corona de oro guarnecida de diamantes, que en la riqueza y en el gusto era la única. Era Cházaro aficionado á la pedrería,

y sin escrúpulo alguno robó esta dádiva sagrada, y se la aplicó para su uso: mas apenas la puso sobre su cabeza, cuando ésta se cubrió toda de pestíferas pústulas y horribles carbunclos que le hicieron morir en tres dias (1).

11. De esta desgracia y de aquella sangre corrompida salió un raro modelo de piedad, pureza y valor, á pesar de la debilidad del sexo: hablo de las virtudes que se admiraron principalmente en Santa Autusa, hermana de Cházaro é hija de Coprónimo. Jamás tuvo la menor parte en las iniquidades de estos Príncipes, antes parece que Dios la suscitó para confusion suya, y para manifestar lo poco que puede toda la grandeza y prudencia del siglo contra los consejos del Omnipotente. Por mas que quiso su padre obligarla á tomar esposo, siempre se resistió con peligro de su vida, y protestó constantemente que no tendría otro que á Jesucristo. Con efecto, apenas se vió en libertad por la muerte de este Príncipe, cuando se consagró para siempre al Señor en el monasterio de Santa Eumenia. Antes distribuyó á los pobres y á las iglesias cuanto tenia, se despojó de sus propios adornos para enriquecer los altares, reedificó los monasterios, y todo su placer era enseñar por sí misma, y criar doncellas jóvenes, y aun se disponia para repoblar los santos asilos de la honestidad que había arruinado su padre. De este modo se aplicó principalmente á reparar la brecha mas perjudicial que había hecho á la casa de Dios la última perse-

(1) *Theoph. anal. græc. in ann. 780.*

cucion. Como su capacidad no era inferior á su piedad, la convidó muchas veces su cuñada la Emperatriz Irene á que la acompañase en los cuidados del gobierno; pero ella prefirió constante la humildad de la cruz á las mas lisongeras distinciones, hasta que murió santamente en la obscuridad voluntaria en que se habia sepultado viva.

12. Irene, que por las prendas de su espíritu y de su hermosa figura llegó á ser esposa del Emperador, se vió despues de la muerte de su marido Leon IV, que sucedió en 8 de Setiembre de 780, señora absoluta del imperio, con el título de Regenta; porque su hijo Constantino V tenia de nueve á diez años. No obstante sus defectos, jamás habia titubeado en los principios de la creencia ortodoxa. Habia empleado felizmente en la conservacion de su fe todos los recursos de su entendimiento, bien que usando de algun disimulo en los fines del reinado de su esposo para sustraerse de las últimas violencias; mas apenas él cerró los ojos, restituyó á los católicos con la circunspeccion conveniente la libertad que ella recobraba para sí misma de obrar segun su conciencia. Así que estableció sólidamente su autoridad en lo interior del imperio, y deshizo con prudentes tratados entre los estrangeros las tempestades que la amenazaban, se declaró altamente. Restituyó por sí misma revestida de todos los ornamentos imperiales la corona que habia quitado á la iglesia el Emperador, y esto lo ejecutó con una solemnidad proporcionada al enorme escándalo que pretendia corregir. Al mis-

mo tiempo restableció en todos sus derechos á los fieles perseguidos por la veneracion de las imágenes, y convidó á los monges á volver á sus monasterios. Los iconoclastas pasaron de los paises que obedecian á Irene á desacreditar á los fieles que gemian bajo el yugo de los sarracenos.

La nueva Roma no daba ya la ley mas que á la Grecia y á algunas provincias del Asia, conservadas ó reconquistadas por los últimos Emperadores; aunque en el resto del oriente que habia sido parte del imperio romano, siempre conservaba el amor de los pueblos. Por el largo espacio de tiempo que vivian sujetos á los árabes, no habian visto en ellos mas que usurpadores odiosos y opresores tiránicos, y así siempre preferian á ellos los Emperadores de Constantinopla, á quienes miraban como sus legítimos Soberanos. Así por esta razon como por la diferencia de culto, los sectarios de Mahoma no tenian confianza alguna en aquellos descendientes de los griegos ó de los romanos. Los habian sobrellevado mientras creyeron que convenia á su política ostentar clemencia; mas cuando ya no tenian que temer, los mismos Abasidas, á pesar del aparato de humanidad y policia, los perseguian sin interrupcion, y muchas veces hasta derramar sangre. No haciendo caso los infieles de otro Rey cristiano mas que de Carlo-Magno, la Emperatriz Irene, para hacerse respetar, buscó la alianza de los franceses, y así pidió por esposa para el Emperador Constantino, que no tenia mas que once años, á la Princesa Rotrada, hija mayor de su Rey, aun-

que no pasaba de ocho. Llegaron á firmarse los artículos, pero no se pusieron en egecucion por una falsa política, de que Irene tuvo bien que arrepentirse.

13. El vasto imperio de los sarracenos, ya en los primeros sucesores de Mahoma, comprendia, además de la Arabia, la Persia, la Siria, el Egipto, las costas fértiles de Africa y la España sujeta á los moros: tantos y tan diferentes pueblos obedecian á un mismo Soberano. El califa solo conservaba el nombre de supremo señor de muchos, con los estériles homenajes vinculados á la calidad de cabeza de la religion. Porque con el titulo de soldanes ó sultanes se habian hecho Principes independientes en Persia y en Egipto. Los sarracenos de España desde Abderraman II (que era de la saugre de los Omniadas, que los de Asia habian procurado extinguir) formaban un estado absolutamente separado de los Abasidas. Los Reyes godos sus vecinos no habian cesado de hacerse fuertes en sus montañas desde Pelayo: Alfonso el Católico habia ganado muchas batallas á los moros, y sacado sus vasallos de las cavernas y desfiladeros, en donde los moros los tenian cerrados: Froila habia reconquistado provincias enteras, y dado á su poder el esplendor conveniente para animar el de la Religion de sus padres, edificando numerosos monasterios. Ya en el año 768, dejó al morir, con solo el terror del nombre cristiano, á Aurelio su sucesor en estado de seguir sus miras políticas y religiosas con grande tranquilidad (*).

(*) Muerto el Rey Aurelio, dieron los grandes la corona á

Los gaulas, bajo el gobierno respetable de Carlo-Magno, en vez de temer la invasion de los inquietos Omniadas, los hacian temblar mucho mas allá de los Pirineos en el centro de sus antiguas conquistas. Este prudente y valeroso Monarca, aprovechándose de sus desavenencias con los Abasidas, les quitó la Navarra y las mejores provincias de España al norte del rio Ebro. Si su egército al regresarse padeció en Roncesvalles la pérdida que solo es famosa en nuestras novelas, sirvió únicamente para hacer mas ilustres los

su hermano D. Silo, el que continuó la paz con los moros que habia ajustado su antecesor. Sujetó á su obediencia á los gallegos que se habian rebelado, fundó el monasterio de Obona, cuyo primer abad fue su hijo Adelgastro. Reinó nueve años, y á principios del décimo falleció en Pravia en 783. Parece que en el año cuarto del reinado de Silo vino á España Carlo-Magno, sobre cuya espedicion, y pretendido dominio hasta el Ebro, y todo lo demás que dice Berault en este libro con respecto á las relaciones del Monarca francés con los españoles, véase el lib. 1.^o de la España árabe de Masden, y el cap. 11 del lib. 7 del Padre Mariana.

Despues de la muerte de Silo, la Reina viuda negoció con los señores de la corte que pusiesen en el solio á su sobrino D. Alfonso, hijo de Fruela I, el cual era muy niño cuando murió su padre. Pero Mauregato su tío, hijo de D. Alonso I, le usurpó la corona, de la cual gozó cinco años, esto es, hasta el 783 en que murió. No pudo aun entonces ocupar su trono el legítimo Rey D. Alonso II; subió á él D. Bermudo, llamado el diácono, porque en su juventud habia recibido este orden. Reinó solos tres años, al cabo de los cuales abdicó voluntariamente la corona por los remordimientos de su conciencia. Llegó finalmente al solio D. Alfonso el Casto, día 14 de Setiembre de 791, de cuyo largo y gloriosísimo reinado quedará eterna memoria en nuestra España.

héroes que le seguían, é imprimir á mas distancia el terror del nombre francés. No era menos respetable su poder en Italia, de la que los Emperadores no conservaban mas que las estremidades meridionales, y los franceses tenían el Piamonte, el pais de Génova, el Milanesado, y en una palabra todo el reino de Lombardía. Al norte de la Italia poseía Carlo-Magno todo lo que pertenecía al imperio romano en el tiempo de su grandeza y felicidad, á escepcion de la Gran Bretaña que estaba dividida en multitud de reinos pequeños, muy adictos á la Iglesia. A lo largo del Rhin, y mucho mas allá de los antiguos límites del imperio, imponía sus leyes, y con no menos celo el yugo de la Religión cristiana, á todos los germanos bastante civilizados para poderle recibir.

14. Por entonces eran los sajones los mas nombrados por su poder y valor, ó por mejor decir por su genio precipitado y revoltoso, siempre prontos á tomar y á dejar las armas segun la ocasion de temer ó de esperar. Carlo-Magno creyó que arruinado el templo de Erminsul, ó Marte, en la terrible derrota de 772, les habia quitado para mucho tiempo la gana de alborotar; mas en el año 774 se aprovecharon de su espedicion á Lombardía para entrar, viéndole lejos, en Hesse sobre las tierras de los franceses; pero ó vieron ó imaginaron que veían dos ángeles que peleaban á favor de los cristianos, y huyeron amedrentados (1). Volvieron al año siguiente, y les imprimió el mismo terror la vista de dos arneses que

(1) *Annal. Loisel. ann. 774.*

arrojaban llamas agitadas en lo alto de la iglesia de Eresburg. El año 778, viendo al Rey ocupado en su espedicion de España, avanzaron hasta el Rhin á fuego y sangre, quemando las iglesias, violando y matando las religiosas, y entregándose á los excesos mas horribles. Pero en el momento que supieron que volvía el Monarca, se retiraron con precipitacion sin esperarle, y en su misma fuga los derrotaron y maltrataron sus generales. Por una larga serie de años, tanto los frisonos como los sajones, cuando se veían vencidos y sin poder resistir pedían el bautismo para aplacar al vencedor, y en muchos de estos encuentros se bautizó innumerable multitud con sus mugeres y sus hijos. Entonces les hacían prometer fidelidad á Dios y al Monarca, so pena de privarlos de su libertad y sacarlos fuera de su patria para ir á cultivar en calidad de siervos tierras extranjeras. A esta resolucion extrema redujeron por último sus rebeldías y genio indómito á la bondad de alma de Carlo-Magno.

15. Imitó imperfectamente á lo menos por mucho tiempo la mayor parte de la nacion la sincera conversion de Witikind, su gefe principal, á quien habian seguido en la rebelion (1). Este sajón ilustre, de quien se precian descender los Príncipes que gobiernan hoy el mismo pueblo, dió por último oídos á las reconvenções de Carlo-Magno, fue á buscarle en los estados de Paderborn, de allí le siguió á Francia, y le bautizaron en el palacio real de Atigni. Le dió el Rey tierras y dignidades cor-

(1) *Annal. Petav. Loisel. Fuld.*

respondientes á su nacimiento, y vivió despues el Principe convertido tan cristianamente, que algunos le cuentan en el número de los Santos. Despues de la conversion de Witikind, se tuvo la sumision de aquellos pueblos y la Religion cristiana por bien establecidas para proceder á la ereccion de muchos obispados, y en el año 786 se fundaron el de Minden, y el de Verden. El primer obispo de esta ciudad fue San Suitherto, que no debe confundirse con San Luitberto, compañero de San Willebrodo, que ya en el siglo precedente fue ordenado obispo de los frisones.

16. Entre los operarios evangélicos de la Sajonia y de la Frisia se colocan en la primera clase los Santos Vileado y Ludgero, este nacido en Utrech, cuyo obispo fue despues de Alberico sucesor y sobrino de San Gregorio, y aquel de Inglaterra, de donde le sacó su celo para dedicarse á la conversion de los paganos de la Germania, esponiendo muchas veces su vida al furor de los sajones (1). En el pais de Drente queriendo uno de aquellos bárbaros cortarle la cabeza, le tiró un sablazo, y por un prodigio de que se pasmaron los mismos idólatras y por el que se convirtieron repentinamente, solo cortó el cordon de un relicario que llevaba al cuello. Mas por los escesos nuevos de su furor, y principalmente por su encono contra los sacerdotes, se vió Vileado en la precision de abandonarlos por algun tiempo, y fue en peregrinacion á Roma á encomendar

(1) *Act. SS. Bened. tom. 4. pag. 407. et seq.*

á Dios su iglesia ante el sepulcro de San Pedro. Quando volvió, se retiró al monasterio de Eternach, fundado por San Willebrodo en la diócesis de Tréveris: allí pasó dos años recogiendo muchos de sus discipulos dispersos, y arrojados como él de su mision. Volvió á ella luego que supo la conversion de Witikind, y se fijó en el pais de Vigmoda mas allá del Wesei, en donde habia trabajado ya con tanto celo, que no siendo mas que sacerdote le llamaban su obispo. Como estas tierras estuviesen enteramente asoladas, le dió el Rey Carlo-Magno, dicen los historiadores de su tiempo, para alivio de sus trabajos, un monasterio pequeño de Francia llamado Justine. Este es un egemplar de las encomiendas de los monasterios, á lo menos en cuanto al derecho de percibir parte de las rentas sin residir en ellos.

Tranquilizándose mas la Sajonia y los paises vecinos, fundó Carlo-Magno nuevos obispados, como el de Osnabruk para la Westfalia, y el de Brema para la Frisia oriental y parte de la Sajonia. Con letras del año 788 declaró, que descargaba á los sajones del tributo anual, con la condicion de que pagasen el diezmo de todos sus frutos y ganados. San Wileado habia sido consagrado obispo de esta silla el año antecedente por autoridad del Papa Adriano, como se vé en la misma declaracion, y por el consejo de los obispos, segun el orden canónico. No vivió mas que dos años en el obispado, y ni por los trabajos de este alojó en las austeridades de su juventud. No bebia vino, ni cerbeza, ni cosa que

podiese embriagar : no comia carne ni pescado, ni cosa de leche : se alimentaba con pan, yerbas y frutas : y solo al fin de su carrera, por causa de sus enfermedades y por orden del Papa Adriano, comió de pescado. Casi no pasaba dia en que no celebrase la misa con tan tierna devocion, que derramaba abundantes lágrimas. Cantaba tambien diariamente el salterio, y hubo dia de repetirle dos ó tres veces ; y sobre esto empleaba en la lectura y en la meditacion de las verdades cristianas todo el tiempo que le dejaban sus funciones pastorales.

San Ludgero de sangre ilustre entre los frisones, y su hermano San Hidegrino que fue obispo de Chalons sobre el Marne, y despues de Albuestat en Sajonia, nacieron por una especial disposicion de la Providencia ; porque su madre apenas habia visto la luz cuando su abuela que era pagana, la condenó á perder la vida (1). Esta enemiga de su sexo, furiosa de ver que su hijo no tenia mas que hijas, quiso á esta quitar la vida antes que mamase, como que no hacian escrúpulo aquellos pueblos supersticiosos de dar la muerte á un niño que todavia no hubiese tomado alimento. El criado á quien encargaron tan inhumana egecucion, quiso ahogar la inocente y débil víctima en un cubo de agua ; pero ella estendió sus bracitos sobre el borde del vaso, é hizo resistencia tan extraordinaria que escitó la admiracion y compasion de una buena vecina, que sa-

(1) *Act. SS. Bened. tom. 4. Vit. S. Ludg.*

cándola del agua, la hizo prontamente tragar miel, y ya entonces no era permitido matarla.

Esta fue la madre de San Ludgero, y la que le concedió el permiso que le pidió para ponerse bajo a conducta de San Gregorio de Utrech. Tomó el hábito en su monasterio, y fue despues á la Gran Bretaña á estudiar, siendo su maestro Alcuino que ya habia hecho famosa la escuela de York. Despues hizo el viage de Roma cuando los estragos de los bárbaros interrumpieron absolutamente su mision de Frisia, en donde habia establecido al principio muchas iglesias y monasterios. Habiendo convertido á los sajones, no solo volvió á seguir en sus ordinarios trabajos, sino que por consejo de Carlo-Magno que estimaba mucho su virtud y su prudencia, llegó á los confines de la Normandía, esto es, á Dinamarca, en donde se daba un culto muy ruidoso á un dios llamado Fósito, cuyos templos derribó y edificó una iglesia, y bautizó á muchas personas. Estendió su celo infatigable á la Westfalia, en donde tuvo la felicidad de fundar la iglesia importante de Mimigerneford, que despues se llamó de Munster por el célebre monasterio mezclado de monges y canónigos ; y fue creado, aunque lo repugnaba, su primer obispo en 782. Dispuso el Rey que los cinco cantones de la Frisia, situados al oriente del rio Lek, convertidos por San Ludgero, perteneciesen á su diócesis. Este pastor inspirado habia concebido el desig- nio de prevenir con la conversion de los normandos los horribles males que estos furiosos idólatras habian

de hacer algun dia á la Iglesia y al reino de Francia, lo que él profetizó en términos espresos, y en un tiempo en que no se veía motivo para temerlos. Pero el Rey temió esponer á su ferocidad la vida de un hombre tan precioso; que despues de su ordenacion vivió todavía siete años.

De San Ludgero se cuentan muchos milagros, que no gustarán sin duda á la incredulidad; pero los hace mas plausibles la necesidad de las naciones, cuyo apóstol fue. El haber dado vista á un ciego llamado Bunclef, sirvió admirablemente para la conversion de los frisonos orientales. Este era un hombre conocido de todo el mundo, porque cantaba con gracia los versos antiguos, que en punto de la genealogía de los Príncipes y las hazañas de los héroes servian de historia á los germanos, hasta que Carlo-Maguo para suplir á la memoria con monumentos mas seguros, mandó recoger y copiar esta especie de poesías. Llevaron el ciego á San Ludgero, y este le retiró á parte, se puso en oracion, le hizo la señal de la cruz sobre los ojos, y estendiendo la mano le preguntó si veía alguna cosa. Él respondió admirado y con mil señales de alegría: *yo veo vuestra mano*. A esto se siguieron las aclamaciones y aplausos de toda la gente.

Solamente el Santo fue el que se entristeció por lo mucho que tuvo que padecer su humildad. Tenia tan impresa en el alma esta virtud, que para evitar toda ostentacion de santidad en el obispado, á escepcion del cilicio que llevaba oculto, dejó el hábito

del estado monástico y tomó el traje conforme á su dignidad. Por el mismo principio usaba de alimentos comunes, comia tambien carne en algunos dias, y hallaba en una exacta sobriedad el modo de juntar el mérito de la mortificacion con el de la modestia. Tenia tanto amor á los pobres, que preferia el alivio de estos aun á la magnificencia del culto divino, contentándose en este con la decencia, y distribuyendo á los necesitados sin reserva las rentas de su obispado y de su patrimonio luego que las recibia, con tan santa profusion que le acusaron de pródigo en el tribunal de Carlo-Magno.

Habiéndole llamado el Príncipe muy temprano con este motivo, el santo obispo que estaba rezando, creyó y respondió que no era razon dejar al Rey del cielo por el de la tierra. En pocos momentos le envió á llamar el Príncipe segunda y tercera vez, hasta que por último se presentó el siervo de Dios y dijo al Rey, que empezaba á reconvenirle: „Señor, cuando me pusisteis la carga del obispado ¿no me encomendasteis que prefiriese á Dios á los hombres y aun á vos mismo?” Bien sabia el Emperador que la vida de Ludgero era una práctica continua de esta santa máxima, y así se sosegó al punto y dijo: „id con Dios, que yo soy el que me olvidaba, y vos en todo sois como quiero.” Estaba el santo obispo tan vivamente penetrado del respeto debido á la divina Magestad cuando rezaba el santo oficio, que estando un dia cumpliendo esta obligacion en su cuarto con sus clérigos, puso á uno de ellos en peniten-

cia por haber compuesto el fuego porque hacia humo. La vida de este santo se escribió poco despues de su muerte; y por el testimonio de las personas que habian tenido con él intimo trato. *capitular. tom. 5. pag. 195. et seq.*

17. Pero no bastaba para unos pueblos tan inconstantes como los sajones tener buenos pastores; era preciso el vigor y la vigilancia en el gobierno para acostumbrarlos al yugo de Jesucristo, por medio de la sumision á las leyes del Príncipe. Con este fin celebró Carlo-Magno juntas eclesiásticas y nacionales así en Paderborn como en Aix-la-Chapel, y dió diferentes capitulares relativos casi todos á asegurar las nuevas iglesias (1). Ordenó que nuestros templos, debiendo ser por lo menos tan respetados como los de los ídolos, fuesen asilos inviolables para los infelices que tuviesen que refugiarse en ellos. Pero conociendo este sabio legislador el desorden de una impunidad general, solamente eximió á los refugiados de la pena de muerte y de la de mutilacion, que segun las leyes de aquel tiempo solo se daban por casos muy raros. Por otra parte quiere que se presenten para ser juzgados, cuando se celebre la asamblea de la nacion. Para suplir á la misma insuficiencia de estas leyes, prohibió con pena de muerte quemar ó saquear una iglesia, matar á un obispo, á un sacerdote ó á un diácono, sin que pudiesen los culpados redimir su vida con dineros como antes: prohibió tambien sacrificar un hombre al demonio, y quitar la vida á un hombre ó á una muger por ser hechice-

(1) *Capitular. tom. 5. pag. 195. et seq.*

ros, quemar los cadáveres á estilo de los paganos, comer carne en cuaresma con desprecio de la Religion cristiana, maniobrar con los paganos contra los intereses del cristianismo, y despreciar la gracia del bautismo ocultándose en la multitud que se juntase para recibirle. Estas leyes eran sin duda rigurosas, pero como el prudente Monarca atendia principalmente á intimidar con esto á los bárbaros, queria que en la egecucion se templase la severidad; y por esto añade, que los que hubiesen cometido estos delitos en secreto, si se sujetaren á la penitencia se librarian de la muerte con el testimonio del obispo.

Prohibe despues con pena de multa las faltas de menos consecuencia, como son la negligencia en hacer bautizar dentro del año de su nacimiento los hijos, pues todavia estaba en uso reservarlos para la Pascua si no estaban en peligro de morir; los casamientos ilícitos, las concurrencias profanas en los domingos y dias de fiestas, las diferentes observaciones vanas de supersticion y sortilegio. Ordena por último pagar á los eclesiásticos el diezmo de todos los bienes, aun de los pertenecientes al fisco, y señalar á cada iglesia una fábrica con dos casas de siervos, cargo que se debia repartir de modo que ciento y veinte hombres libres diesen un hombre y una muger de condicion servil.

Los otros artículos tratan generalmente del restablecimiento de la disciplina; y empieza el piadoso Monarca por llamar los sacerdotes á la pureza de los antiguos cánones, refiriéndoles pasages bastante largos

sacados del código de la iglesia romana que el Papa Adriano le dió en su viage á Roma, en el que habian insertado lo que estaba mas en uso. Despues prescribe sabios reglamentos para mantener la Religion y las costumbres, y quiere que los obispos establezcan escuelas para enseñar á leer, y que en cada catedral y en los monasterios baya otras escuelas en donde se enseñen los salmos y el canto romano, para mantener la union con la santa Sede: el arte de escribir por notas, la aritmética y la gramática: que no se sirvan sino de egemplares muy correctos de la santa Escritura y de los libros de la Iglesia: que supriman todos los escritos apócrifos, sin perdonar aquellas cartas que algunos devotos, amigos de lo maravilloso, miraban como bajadas del cielo: que se repriman los penitentes vagamundos, llamados *mangones* ó *cotiones*, que iban corriendo por el mundo casi desnudos y cargados de cadenas: que los obispos cuiden de que los sacerdotes repartidos por la diócesis para instruir y gobernar el pueblo, nada enseñen que sea apócrifo; y que aquellos prelados que por sí mismos desempeñaban la obligacion personal de instruir, enseñen á sus ovejas los verdaderos principios de la fe y de las costumbres: que los domingos y fiestas vayan á las iglesias á los oficios públicos, y no á las capillas particulares: que los abades y abadesas no tengan bufones, ni perros, ni aves de caza: que las abadesas no se propasen á dar á los hombres en la iglesia la bendicion, ni el velo á las doncellas con la bendicion sacerdotal: que la clausura y la decencia

se observen religiosamente en sus casas, y que en ellas no se escriba el menor billete que huela á galantería: por último, que los monasterios pequeños en donde no se puede observar perfectamente la regla, se reunan á las comunidades numerosas.

18. Para dar mejor á conocer la disciplina de aquella edad, es preciso añadir á estos capitulares de Carlo-Magno el de Teodulfo de Orleans, prelado entonces de los mas distinguidos por su genio y su doctrina. Le habia el Rey atraido de Italia á Francia, en donde le dió la abadía de Fleury y el obispado de Orleans, y ambas dignidades poseyó juntamente. En su instruccion ó capitular á sus sacerdotes ⁽¹⁾, los exhorta desde luego Teodulfo á cuidar mucho del pueblo que está á su cargo; por lo que se vé que estos sacerdotes eran los curas. Además del estudio y la oracion, les recomienda el trabajo de manos, no solo para mortificar el cuerpo, como lo hacian los religiosos, sino para subvenir á sus necesidades y las de los pobres. No debe admirarnos esta cláusula que anuncia poca opulencia en el clero en el reinado de un Monarca tan poderoso y religioso, supuesto que solo despues de largos trabajos pudo remediar los infelices efectos de los alborotos y desórdenes que por tanto tiempo habian desolado la Europa. Teodulfo quiere tambien que los sacerdotes tengan escuelas en los lugares y aldeas, para enseñar á los niños sin exigir nada á sus padres, pero podrán recibir lo que voluntariamente les ofrezcan. „Nin-

(1) *Tom. 7. Conciliar. init.*

gun sacerdote, añade, celebrará solo la misa, ó sin algunos asistentes que le puedan responder cuando saluda al pueblo, pues dijo el Señor, que estaria en medio de dos ó tres congregados en su nombre. No se enterrarán en adelante en las iglesias, no obstante la costumbre antigua del pais, á escepcion de los sacerdotes y otras personas distinguidas por sus virtudes. Ninguna muger podrá vivir en la casa de un sacerdote con él: los sacerdotes no beberán ni comerán en las tabernas, ni con las mugeres, sino cuando se junta la familia.”

„Todos los fieles aprenderán de memoria el *Padre nuestro* y el *Credo* y lo rezarán cada dia, á lo menos por la mañana y al anochecer, con algunas otras oraciones cortas, y en cuanto sea posible las dirán en la iglesia. También suplicarán á los Santos que intercedan por ellos: el domingo solo se empleará en rezar, orar y asistir á la misa: no se permite en este dia otro trabajo que el de preparar la comida, y segun la declaracion de Carlo-Magno para los víveres, para los entierros y para el egército. Desde el sábado se asistirá á las vísperas, despues á las vigiliás, á los maitines, esto es, á laudes y á la misa en donde harán su ofrenda. Ninguno debe comer sino despues del oficio público: entonces se regocijarán cristianamente comiendo con sus amigos. Mas para no dar al pueblo ocasion de faltar á la misa solemne que se celebra á la hora de tertia, se dirán las misas particulares mas de mañana y secretamente. No se ha de omitir diligencia para corregir á los que en

los domingos y fiestas, tan pronto como han oido una misa, aunque sea de difuntos, se retiran de la iglesia y pasan el resto del dia en convites y escesos. Los sacerdotes de la ciudad y de los arrabales irán á la catedral con todo el pueblo, á escepcion de solas las religiosas por causa de la clausura, y asistirán á la predicacion y á la misa pública.”

„No bastan, prosigue Teodulfo, estas obras exteriores; es preciso inspirar á los fieles el espíritu de la verdadera caridad.” Aquí encomienda la hospitalidad, de modo que nos hace creer que no habia todavía hosterías públicas. Estableció despues la necesidad de la confesion, y dice en términos formales que se deben confesar al sacerdote todos los pecados aun los de pensamiento. Estando todavía en su vigor la penitencia canónica, manda que se imponga por el perjurio ó falso testimonio la que por el adulterio, la fornicacion, el homicidio y otros delitos de esta enormidad, esto es, por siete años. „Es preciso, añade, confesarse y recibir la penitencia una semana antes de empezar la cuaresma, durante la cual deben cada dia ayunar todos hasta despues de vísperas, á escepcion de los domingos. No es ayunar, comer luego que se oye tocar á la hora de nona, como algunos por abuso lo creen. Todos los que no están escomulgados deben recibir el sacramento de la Eucaristía cada domingo de cuaresma, y los jueves, viernes y sábado santos, y el dia de Pascua. Las personas devotas le reciben útilmente casi todos los dias; porque si es cosa funesta llegar á recibirle indigna-

mente, es peligroso retirarse de él por largo tiempo á escepcion de los escomulgados, los que no comulgan cuando quieren, sino solo en ciertos tiempos." Este último rasgo señala una de las diferencias capitales que hay entre la escomunión impropia tal, y el verdadero anatema.

19. Riculfo de Maguncia, sucesor de San Lullo que lo fue de San Bonifacio, adquirió por este mismo tiempo en la iglesia de Francia una fama muy diferente de la de Teodulfo de Orleans, porque hizo una brecha casi irreparable en la disciplina, esparciendo en las Galias y en la Germania la colección de las falsas decretales que en muchos puntos alteran insensiblemente la pureza de los antiguos cánones (1). Esta colección, en todo diferente del código de cánones que el Papa había dado á Carlo-Magno algunos años antes, lleva el nombre de Isidoro Mercator, y con un grosero error le han confundido con San Isidoro de Sevilla, siendo así que se habla en ella del sexto concilio celebrado en 680, mucho tiempo después de la muerte de este santo obispo que sucedió en 636. Enguerran, primer capellán de la corte, sucesor de San Crodegango en la silla de Metz que entonces era de los más distinguidos, y á quien por su distinción personal dieron el nombre de arzobispo, fue el que contribuyó mucho para acreditar esta obra de la ignorancia y de la impostura. Fue creciendo su crédito en las edades posteriores, y hasta el siglo diez y ocho no se reconoció generalmente la false-

(1) *Cont. ann. 785. num. 16.*

dad. En ella se hallan decretales de los Papas más antiguos, Clemente, Anacleto, Evaristo y sus sucesores hasta San Silvestre, todos anteriores á San Siricio que es el primero de quien se trata en la colección de Dionisio el Exiguo, no obstante que la compuso doscientos años antes que la de Isidoro. Por otra parte la materia, el estilo y la data de aquellas decretales tienen visibles caracteres de su falsedad; porque hablan de arzobispos, primados y patriarcas, como si fueran títulos usados en el nacimiento de la Iglesia. También se leen en ellas muchos pasajes de San Leon, de San Gregorio el grande y otros doctores menos antiguos que los Papas en cuyo nombre se suponen. Todas son de un mismo estilo, difusas, hinchadas, llenas de lugares comunes, y en una palabra, mucho más acomodadas al genio del siglo octavo, que al de los tres primeros. Sientan reglas hasta entonces inauditas para la acusación de los eclesiásticos, y según ellas sería casi imposible castigarlos, como que exigen en nombre de San Silvestre setenta y dos testigos para condenar un obispo, cuarenta y cuatro para un presbítero cardinal, veintiseis para un diácono cardinal, y siete para los otros clérigos. También se dice en ellas que ningún obispo por cualquier delito que sea puede ser acusado ó perseguido sino en un concilio que se junte por autoridad de la santa Sede; y por consiguiente, contra el uso inmemorial, que no se pueda empezar el negocio en los lugares á que corresponde, sin orden del Papa; y de este se dice sin escepcion ni mo-

dificacion alguna que nadie le puede juzgar sin exceptuar el caso de heregía. Por último, suponen contra la doctrina y práctica uniforme de la santa antigüedad, que los obispos que han caido en delitos capitales puedan despues de haber hecho penitencia egercer sus funciones como antes (*).

20. En el mismo tiempo de esta innovacion perniciososa, desmintió con su conducta estas máximas Paulo, patriarca de Constantinopla (1). Habiendo caido en la flaqueza de firmar la proscripcion de las santas imágenes por miedo humano y contra su conciencia, se arrepintió vivamente, y teniéndose por indigno del ministerio episcopal se retiró al monasterio de Floro, en donde tomó el hábito monástico sin saberlo la corte. Como esta culpa estaba encubierta con sus muchas virtudes y limosnas inmensas, apenas supo la Emperatriz tan estraña resolucion, cuando fue á verle con el Emperador Constantino su hijo, y le preguntó con inquietud cuál era el motivo que le habian dado de descontento. „¡Ojalá, respondió dando un suspiro, que yo no me hubiera sentado jamás en cátedra tan peligrosa, y justamente anatematizada de la Iglesia católica! Olvidaos, Señora, del desgraciado Paulo que ha elegido este sepulcro, y le preferirá eternamente á una silla colocada en el

(*) Sobre este punto se debe ver la disertacion del cardenal Aguirre, en que prueba que aunque las decretales de Isidoro Mercator sean falsas, no contienen doctrina mala, ni fueron causa de mudanza en la disciplina eclesiástica. = Cens.

(1) *Theoph.* pag. 665.

abismo adonde me precipité. En el secretario Tarasio, en Tarasio lego, teneis un hombre capaz de reparar los escándalos de este cobarde pastor. ¡Ay Princesa! En el nombre del Dios que puso en vuestra mano el cetro para proteger su Iglesia, y en nombre de esta Iglesia afligida que es vuestra madre y la esposa de Jesucristo, os pido que hagais todo lo posible por enjugar sus lágrimas y restituirla su antiguo esplendor.” Despues de estas palabras, los suspiros y sollozos le impedian de modo que no se le podia oir, y un rio de lágrimas inundó su rostro. Tambien la Emperatriz deshecha en llanto tuvo que retirarse. De vuelta á palacio le envió los patricios y principales senadores, y él les dijo con aire de inspiracion: „si para estirpar el error no tomáis los medios proporcionados á la grandeza del mal reuniendo un concilio ecuménico, no hay salvacion para vosotros. ¿Por qué, pues, le respondieron, aprobasteis aquellas opiniones cuando os colocaron en la cátedra patriarcal? Por esa razon, añadió, la abandoné yo, y he recurrido á la penitencia. ¡Plazca á la misericordia divina perdonarme el silencio criminal con el que tuve la verdad oprimida, temeroso de vuestro poder y con la esperanza de vuestros favores.”

21. Algun tiempo despues de esta pública reparacion murió el patriarca Paulo llevándose consigo al sepulcro la aprobacion de los hombres de bien y el aprecio universal. Reflexionó seriamente la Emperatriz sobre las últimas palabras de este prelado, y sobre el sucesor que le habia propuesto; y reunió su

consejo en el que todos á una voz le indicaron al secretario Tarasio. Despues congregó la asamblea del pueblo, y toda la multitud con las mayores ansias pidió á Tarasio por obispo; y á la verdad, ninguno como él podia desempeñar un cargo de tanta importancia. Descendia por parte de padre y de madre de familia patricia; habia obtenido la dignidad de cónsul, y actualmente estaba revestido del cargo de primer secretario de estado, sin que jamás las ocupaciones de su ministerio ni los vicios de la corte hubiesen conseguido aminorar en él la piedad, de que daba egemplo con las mas loables costumbres. Mas parecia su casa un monasterio que palacio, hallándose en él mas un fervoroso religioso que un cortesano. Temia en gran manera el sagrado empleo que le querian conceder, y principalmente por el estado en que estaba la Religion en el oriente: pero como la Emperatriz le instaba tanto, dió su consentimiento con una condicion que juzgaba no seria aceptada, ó que haria una revolucion capáz de consolar su modestia en tan penoso sacrificio.

„Si el Apóstol instruido por el cielo, dijo (1), temia ser reprobado gobernando las almas, ¿qué no debo temer yo, que hasta aquí no he respirado otro aire que el contagioso del siglo? ¿Qué temeridad será la de Tarasio en pasar sin intervalo de un ministerio profano á la dignidad mas sublime del sacerdocio! Y todavía tiemblo mas cuando veo el oriente despedazado por el cisma, sus diferentes iglesias di-

(1) *Tom. 7. Concilior. pag. 34.*

vididas entre sí, y muchas de ellas separadas del occidente que las anatematiza todos los días. ¡Horroroso es el anatema que priva del reino de los cielos, y precipita en el eterno abismo! No podemos formar parte de la Iglesia católica sin estar unidos con ella, como lo confesamos en el símbolo de la fe. Exijo, pues, hermanos míos (y vosotros que estais penetrados del temor de Dios, lo exigireis igualmente que yo), pido que se reuna un concilio ecuménico, para que sirviendo todos al mismo Dios, profesemos una misma fe; y reconociendo á Jesucristo por cabeza, no compongamos mas que un solo cuerpo. Que como este cuerpo es animado de un mismo espíritu, tendremos todos los mismos sentimientos y los debemos manifestar de un mismo modo sin que haya equívocos en las palabras, ni division en los corazones. Si el Emperador y la Emperatriz me otorgan esta gracia, me conformo con sus órdenes y con vuestros votos: si no, declaro, que jamás consentiré en mi eleccion. No iré á provocar con mi imprudencia la indignacion del formidable Juez, de la que no me librarán ni el Emperador, ni los obispos, ni los magistrados, ni todo el pueblo junto. Esto, hermanos míos, era lo que debia manifestaros, y aguardo vuestra respuesta.”

El pueblo oyó este discurso como si le hubiera pronunciado un ángel: todos elogiaron la idea de que se congregase un concilio, ofreciendo conformarse con los deseos de Tarasio. Ordenáronle patriarca con gran gusto de todos el dia de la Natividad de 784, y es-

cribió al punto al Papa remitiéndole la profesion de fe mas perfecta y mas exacta. Escribió al propio tiempo la Emperatriz, y aun exigió que escribiese tambien el Emperador su hijo con el fin de concertar con el Pontífice la celebracion de un concilio general, al que le suplicaban que concurriese por sí ó por medio de un legado. Respondió el Papa (1), que no podia menos de alabar la celebracion de un concilio universal en que se confundiese para siempre la herejía con el unánime consentimiento de los prelados de la Iglesia; pero que era necesario desde luego condenar el falso concilio de los iconoclastas en presencia de los legados Pedro, arcipreste de la iglesia romana, y otro Pedro, abad del monasterio romano de San Sabas, que él enviaria en su lugar. Pedia tambien, que segun la costumbre se declarase con juramento en nombre de la Emperatriz, del patriarca de Constantinopla y de todo el senado, que el concilio disfrutaria de entera libertad, y los legados de toda seguridad. Explicó tambien la cuestion, segun la costumbre y obligacion del primer Pastor: preparó algunas instrucciones reuniéndolas de los pasages de los santos padres, y proponiendo la tradicion de la que habian de ser el resultado las decisiones del concilio.

22. Tenia motivos el Papa Adriano para tomar sus precauciones en vista de lo que habia acontecido en los reinados anteriores; las cosas sin embargo habian mudado de aspecto: ambas partes obraban con

(1) *Ibid.* pag. 106.

recta intencion, y todos ansiaban de comun acuerdo el bien de la Religion. Tratábase solo de reunir los primeros pastores, que eran los que debian procurar este mismo bien; y así luego que el Emperador recibió la respuesta del Papa, mandó publicar sus cartas para la convocacion del concilio. Corrieron sin dilacion los obispos de sus dominios á Constantinopla, llegando al mismo tiempo los legados romanos; á estos se siguieron poco despues los enviados de los patriarcas de Alejandria, de Antioquia y de Jerusalem, quienes se vieron en la precision de vencer muchas dificultades de parte de sus Soberanos que eran mahometanos, y aun no se oponian tanto á la Religion cristiana, cuanto á que sus vasallos cristianos conservasen relacion alguna con los Emperadores. El patriarca Tarasio remitiendo sus cartas sinódicas á aquellos prelados celosos de la fe ortodoxa, los ganó de tal modo con sus espresiones animadas contra la impiedad, y les inspiró tal esperanza de sofocarla en el mismo lugar de su origen, que superaron todas las dificultades para correr á participar el triunfo de la Iglesia.

23. Duraron cerca de dos años estos preparativos, y hasta el 787, que era el octavo del imperio de Irene y de Constantino, no se verificó la primera session que se celebró á 24 de Setiembre en la iglesia de Santa Sofia de Nicea, sitio venerado desde la celebracion del primer concilio ecuménico. Veíanse sentados los dos legados del Papa, aunque no eran obispos, en la primera fila segun el antiguo uso: se

seguía el patriarca Tarasio, que en todas las resoluciones conservó el mayor influjo, despues Juan y Tomás monges, revestidos del sacerdocio y de la cualidad de vicarios ó legados de los patriarcas de oriente: Juan por Teodoréto de Antioquía y Elías de Jerusalén, y Tomás por Poticiano de Alejandría. Seguíanse despues los demás obispos todos de los países que prestaban obediencia al Emperador, unos del continente, otros de las islas de la Grecia, de la Tracia; de la Natolia ó Asía menor y de la parte meridional de la Italia, en número de setenta y siete. Habia tambien muchos abades y monges, célebres por su ciencia y piedad; y los mas distinguidos eran San Platon, abad de Sacudion, y San Teólanes, el que conservando la humildad que le habia hecho preferir la pobreza evangélica á la clase de patricio, llegó montado en una astilla con un hábito muy viejo. Asistian el patricio Petronazo y Juan, tesorero mayor, como comisarios de la corte para conservar el buen orden.

Leidas las letras imperiales que exhortaban á los padres á restablecer la paz en la Iglesia, procedieron á la reconciliacion de muchos obispos que habian caido en la heregía, y se mostraban sinceramente arrepentidos. Basilio de Ancira fue el primero que se presentó de pie en medio de la asamblea, y pronunció la profesion de fe en estos términos: „es ley de la Iglesia, que los que se convierten de alguna heregía hagan su abjuracion por escrito, y confiesen públicamente la fe católica. Por esta razon, yo Ba-

silio, obispo de Ancira, habiendo reconocido afortunadamente la verdad, y ansiando reunirme al Papa Adriano, á las sillas patriarcales y á toda la Iglesia católica, os presento esta confesion, declarando que recibo con toda suerte de honra y veneracion las reliquias de los Santos, y les ruego que intercedan por mí. Recibo tambien las imágenes de Jesucristo, de su Santísima Madre, de los ángeles, y de todos los bienaventurados. Yo condeno y anatematizo con todo mi corazon el falso concilio llamado séptimo, y á los que le defienden ó á sabiendas comunican con los profanadores de las santas imágenes, y generalmente á cuantos despreciando la doctrina de los padres y la tradicion de la Iglesia, dicen con los hereges que solo debemos estudiar la Escritura. ¡Anatema á todos estos novadores y á todos estos impíos! ¡Anatema á mí mismo si alguna vez me separo de esta confesion de fe!”

Hicieron la misma abjuracion Teodoro de Mira en Licia, Teodoro, obispo de Amorio, Hipacio, obispo de la misma ciudad de Nicea, Leon de Rodas, Gregorio de Pesinunta, Leon de Iconio, Jorge de Pisdia, Nicolás de Hieraplas, y Leon de Carpatho. Creyó el concilio poder relajar el rigor de la disciplina á causa de la multitud de los culpados y de las señales espresivas de su arrepentimiento; por lo que dispuso que en la misma asamblea tornasen á tomar su dignidad y asiento.

Presentóse mayor dificultad en cuanto á Gregorio de Neocesarea, uno de los mas famosos icono-

elastas y mas eficaces promotores de su falso concilio, y que además habia tardado en someterse hasta la segunda sesion. Pero por lo vivo de su arrepentimiento igual al escándalo de su culpa, otorgáronle la gracia en consideracion á que esta indulgencia facilitaria la reduccion de la multitud seducida al presenciar el arrepentimiento del jefe de la seduccion. Sin embargo, como los cánones apostólicos espresan claramente la pena de deposicion contra todo obispo que haya perseguido á los fieles, no recibieron á Gregorio hasta haber tomado informes de que ni en Constantinopla ni en su diócesis habia maltratado á ninguno.

Para dar á conocer la creencia de la Iglesia católica, como se esplican las letras imperiales, leidas estas recitaron las del Papa y las de los patriarcas de Alejandria, de Antioquia y de Jerusalem. Los tres patriarcas manifiestan que reciben los seis concilios ecuménicos, y no reconocen al que los iconoclastas daban el nombre de séptimo. Dicen despues: „nuestra ausencia y la de los obispos sufragáneos nuestros no debe ser causa para dilatar vuestra reunion, pues no nace de nuestra eleccion y voluntad, si no de la violencia de nuestros tiranos. Celebróse ya el sexto concilio sin que concurriese alguno de nuestras provincias, y por eso no sufrió menoscabo su autoridad, á vista principalmente de que el muy santo Papa de Roma habia asentido á su celebracion y concurrido á él por medio de sus legados.” Este principio es de mayor peso en boca de los orientales; porque á la

verdad no tenían entonces nada que temer ni esperar de los Pontífices romanos, y solo el amor de la verdad les obligaba á hablar así. Concluyen por una confesion de fe, en que admiten las tradiciones de la Iglesia en punto á la veneracion de los Santos, de sus reliquias y de sus imágenes.

Examinaron en la cuarta sesion las autoridades de los padres, y demostraron que en toda la antigüedad, en los dias mas brillantes de la Iglesia, y por una cadena de tradiciones que jamás habia sido interrumpida, los mayores doctores y los mayores santos habian recomendado y venerado por sí mismos con egemplar devocion las santas imágenes, y que muchas veces se habia dignado Dios autorizar su culto con milagros. Leyeron en esta ocasion como de San Anastasio la historia milagrosa de una imagen de Jesucristo, á la que dieron cuchilladas los judios y salió de ella sangre con la que lograron la salud muchos enfermos. Hay motivos para dudar de la verdad de este hecho, y aun mas de la autoridad del escrito que le cuenta, el que sin duda no es de San Atanasio; pero estos son defectos de mera crítica que en nada contradicen las decisiones del concilio, que por otra parte están sin contradiccion fundadas en una multitud de monumentos que no admiten duda. Esta era la ignorancia de aquella edad menos versada que la nuestra en examinar la historia y la cronología. Mas como se entregaba únicamente al conocimiento de las verdades divinas manifestadas en la Escritura y tradicion, y lo hacia con

un afecto sencillo aunque sólido en los puntos de fe que sin interrupcion habian pasado de padres á hijos, habia un modo seguro de gobernar los fieles en el camino de la salud; y tal vez este escrito de buena fe era mas útil que los recursos modernos de la crítica, del buen gusto y de todas las ciencias humanas.

Discutieron en la quinta sesion las fuentes en donde habian bebido los novadores para autorizar su falso concilio, y descubrieron que solo habian presentado trozos supuestos de los padres en folletos insignificantes: que en muchos volúmenes habian cortado y borrado las hojas que condenaban con mas claridad sus errores, y que en otros habian desfigurado las santas imágenes que estaban en ellos pintadas. No faltaron medios suficientes para convencerlos, y demostrar qué obras eran apócrifas; tal era el itinerario de los Apóstoles condenado por el santo concilio á ser quemado. Hicieron ver con mas sagacidad y grande exactitud en el racionio, que distaban aquellas impiedades tanto de la doctrina de los padres, quanto no contaban en su favor en toda la antigüedad mas que la doctrina corrompida de las sectas desacreditadas de Severo ó de los acéfalos, de los fantasiastas ó teopasquitas, de los maniqueos, de los samaritanos, de los musulmanes y de los judíos. El resultado, pues, de este exámen fue declarar, que venerando las imágenes á egemplo de los padres y santos doctores, no veneramos la materia insensible de que se componen, sino los siervos y amigos

de Dios que representan, y cuya intercesion nos favorece mucho ante el Todopoderoso; y que cuando veneramos las imágenes de los ángeles, aunque estos no tienen cuerpo, solo pretendemos reverenciar aquellos puros espíritus bajo la figura que algunas veces han tomado para presentarse á nuestros ojos. Por último, que no pintamos en Jesucristo la naturaleza divina que esencialmente es incorpórea, sino el cuerpo humano, en que unido á su divinidad obró nuestra redencion.

Aquellos padres de Nicéa sin sutilizar el arte de la dialéctica, de la bella elocucion y de la gramática, supieron no obstante quitar todo equivoco y suavizar la dureza que al parecer se encuentra en la voz de adoracion de las imágenes; y esto lo observamos en la carta que al fin del concilio escribieron al Emperador. Manifestaron pues, que en la lengua griega, ó por lo menos en el antiguo lenguaje de esta nacion, las palabras de salud y adoracion son sinónimas, y que la voz adorar se toma en la escritura por saludar y abrazar; y en este sentido se cuenta en el primer libro de los Reyes que David se arrojó ante Jonatás, le adoró por tres veces y le abrazó. Dice San Pablo en su carta á los hebreos, que Jacob estando próximo á espirar, adoró la punta del centro de Josef; y por último leemos en San Gregorio Nacianceno: *honrad á Belen y adorad su pesebre.* „Si en la Escritura y los padres, continúa el concilio dirigiendo la palabra siempre al Emperador, se halla tambien la adoracion en sen-

tido de culto de latría, es porque la misma palabra tiene distintas significaciones. Hay una adoracion mezclada de honra, amor y temor, y de este modo reverenciamos los vasallos á V. M. Hay otra de solo temor, tal fue la de Jacob respecto de Esaú: hay otra de accion de gracias, tal fue la disposicion de Abraham cuando adoró á los hijos de Heth, habiéndole cedido el campo para la sepultura de Sara. Por esto la Escritura cuando dice: *tu adoraras al Señor tu Dios, y á él solo servirás*; aunque al principio usa la palabra adoracion de un modo genérico que puede convenir á la criatura y al Criador, le concreta solo al Criador y al culto de latría diciendo: *á él solo servirás*, por ser un culto que solo damos al Soberano de la naturaleza."

Habiendo proclamado los iconoclastas en su concilio que la Eucaristía era la única imagen de Jesucristo autorizada, destruyen los padres de Nicéa esta perniciosa novedad como si hubieran antevisto y adivinado el uso que de ella habian de hacer los hereges de nuestros tiempos, supuesto que los contrarios que combatian ellos no tienen distinta creencia de la de los católicos en punto á la presencia de Jesucristo en los santos misterios como nos lo persuadirá la misma refutacion. „Ninguno de los Apóstoles ni de los padres, (así se lee en las actas de la sesta sesion) dijo, que el sacrificio incruento fuese la imagen de Jesucristo, ni fue esto lo que aprendieron de su boca, porque no les dijo: *tomad y comed: esta es la imagen de mi cuerpo*, sino *tomad y comed, este es*

mi cuerpo. Es cierto que antes de la consagracion dan algunos padres el nombre de *antitipos* al pan y vino que se ofrecen, esto es, signos ó representaciones. Mas despues de la consagracion se llaman y creemos que son propiamente el cuerpo y sangre de Jesucristo. Aquellos novadores inconsiderados sin embargo á quienes no placian las imágenes, crearon una que no lo es, sino las especies en que se contiene realmente el cuerpo y sangre del Salvador; en lo que mostraron todavía mas impiedad que inconsecuencia. No basta que se acerquen á la verdad diciendo que es un cuerpo divino, porque siempre es cierto que varían y andan vagando á discrecion de su loca imaginacion, ya diciendo que el santo sacrificio es la imagen del cuerpo de Jesucristo, y ya que es su verdadero cuerpo." Aquí debemos notar que cuando los padres del séptimo concilio dicen, que jamás se ha dado el nombre de imagen á la Eucaristía; hablan de una imagen ordinaria que en griego se llama *Icon* y en latin *Imago*; esto es, que no es una simple figura que representa al original sin contenerle, porque esta era únicamente la cuestion entre ellos y los iconoclastas.

Habia tambien dicho el concilio de estos hereges para despreciar las imágenes, que eran obra puramente de los pintores sin estar consagradas con alguna oracion, lo que niegan los padres de Nicéa; pues defienden que hay muchas cosas que son santas sin ninguna consagracion. „Nosotros, dicen, besamos con religioso respeto los vasos sagrados, aun-

que no hayan recibido bendición alguna:" y con efecto, en los rituales de los griegos todavía no hay oraciones y bendiciones para los vasos sagrados, ni tampoco para las cruces y las imágenes como las tenemos nosotros. La veneración debida á todos los santos monumentos, la fundan principalmente en la observancia y en la infalibilidad de la Iglesia.

24. Hechas estas esplicaciones, procedieron á la confesion de fe concebida en estos términos: „Definimos, que las imágenes, sean de color ó de piezas ajustadas ó de cualquiera otra materia conveniente, se representarán no solo en las iglesias, en los vasos sagrados, en los ornamentos, en las paredes y cielos rasos, sino tambien en las casas y en los caminos, porque cuanto mas se vé en sus imágenes á Jesucristo nuestro Señor, á su santa Madre, á los Apóstoles y á los Santos, se hace mayor la veneración y amor á los originales. Se debe dar á estas imágenes la salutación y adoración de honra, no el culto de latria, que este solo conviene á la naturaleza divina. Pero nos acercaremos á estas figuras santas con el incienso y las luces como practicamos con la cruz, con el Evangelio y otras cosas sagradas; todo esto segun la pia costumbre de los antiguos, y porque la honra de la imagen se refiere al objeto que ella representa. He aquí la doctrina y la fe de los padres y de la Iglesia católica: nosotros seguimos el precepto de San Pablo no olvidando estas tradiciones y conservándolas del mismo modo que las hemos recibido. Ordenamos, que los que oren opinar de distinta manera, ó ense-

ñar otra cosa, si son obispos ó clérigos sean depuestos, y si son monges ó legos, sean escomulgados." Firmaron este decreto los legados y todos los obispos en número de trescientos y cinco. Mostraron todos su consentimiento con largas aclamaciones, y despues de estas pronunciaron anatéma al concilio de los iconoclastas, y luego á los patriarcas Anastasios, Constantino y Nicetas que se habian sucedido en Constantinopla, á Teodosio, obispo de Éfeso, á Teodoro de Siracusa, á Juan de Nicomedia, á Constantino de Natolia, á Sisinio por sobrenombre Pastillas y á Basilio Tricácabo. Acaeció todo esto en la séptima y última sesion.

No debemos reputar como sesion del concilio la última asamblea que se celebró diez dias despues en una sala del palacio de Magnauso, en donde la multitud misma del pueblo y de la gente de guerra se confundió sin distincion. La Emperatriz deseaba dar un ruidoso ejemplo de su religiosa sumision, firmando las decisiones con el Emperador su hijo en presencia de todas las órdenes de ciudadanos, quienes unieron sus aclamaciones á las de los obispos. Recibió su Magestad con el mas gracioso continente á los preladados, y les dió mil veces gracias de haber restituido la paz á la Iglesia y su primer esplendor á la Religion; despues los envió á sus diócesis colmados de honras y beneficios. Celebróse de este modo en menos de un mes y en el año 787 en las circunstancias mas críticas el séptimo concilio general y segundo de Nicea, sin alboroto ni movimiento alguno de parte

de uná multitud seducida por tres tiranos consecutivos que la habian hecho tan fanática y furiosa como ellos mismos. Tanta es la seguridad que los Príncipes tienen del acierto, cuando ellos pretenden el bien con sinceridad y le buscan con prudencia. No se tuvo menos veneracion á este concilio que á los de la mas remota antigüedad, y los griegos hacen memoria de él en su menologio á 12 de Octubre.

25. Formáronse tambien en él cánones de disciplina: y despues de haber recomendado en general la observancia de las antiguas reglas, se establecieron reglamentos acomodados á las circunstancias en que se hallaban contra el uso de los enemigos de las reliquias y de las imágenes. Ordenaron espresamente poner reliquias en las iglesias nuevas, prohibiendo á los obispos con pena de excomunion que consagrasen alguna sin esta circunstancia. Reducidos los estudios por largo tiempo á la nulidad, época en que los varones mas sabios se habian visto reducidos á ocultarse, se contentó el concilio para recibir los obispos con que tuviesen los conocimientos mas precisos, y determinadamente el del salterio; pero el metropolitano encargado de su examen, debia cerciorarse de que tenian talento para instruirse mejor. Parece todavía un resto de aquella disciplina el examen por donde se principia la ceremonia de la ordenacion episcopal en el dia. Habian introducido los iconoclastas el lujo en el clero, estendiendo el desprecio del hábito monástico hasta el trage de los que vestian modestamente, y el concilio prohibió á todos los cléri-

gos la magnificencia y elegancia del vestido. No consiente á ninguno el que aun con permiso del obispo morase en las casas de los grandes, ó se encargase de sus negocios temporales; y ordena que solo se pudiesen dedicar á la instruccion de la casa y á la educacion de los hijos. Declara nula toda eleccion de obispo, de sacerdote ó de diácono hecha por la autoridad secular, y al mismo tiempo condena los entredichos locales que tuviesen por principio el resentimiento; pues por ellos, segun sus espresiones, parecia egercerse una suerte de cólera contra las cosas insensibles.

Pero la principal atencion de los padres de Nicea se la llevó la simonía, que principiaba á hacer en la iglesia griega unos estragos, que llora en gran manera el patriarca Tarasio en una carta particular al Papa Adriano. Segun los términos en que felicita á este Pontífice por lo dispuesto por la Iglesia romana en esta materia notamos, que en este punto no se distinguia menos por la práctica que por la doctrina. Restituyó el concilio á su vigor la severidad de los antiguos cánones contra este detestable vicio, y la dilató á la recepcion en las casas religiosas con pena de deposicion contra el abad ordenado, y de espulsion contra la abadesa y el abad lego. No prohibe sin embargo los regalos que libre y gratuitamente se hacen con la ocasion de la entrada en religion, pero sí las exacciones y cuanto tiene relacion con el pacto simoniaco. Veda tambien á los monges dormir en los monasterios de religiosas, y comer con algu-

na de ellas y aun con cualquiera muger sin extrema necesidad. „No podrán, continúa el concilio, inscribirse los clérigos en dos iglesias, es decir, que no poseerán dos beneficios; pero el que no tiene de que subsistir, debe elegir una profesion que le ayude á su subsistencia. Este reglamento debe cumplirse en la ciudad, pero en el campo á falta de operarios es permitido servir á dos iglesias diferentes.

26. Llevaron á Roma los legados del Papa un egemplar del concilio, y el Pontífice le aprobó y firmó, segun costumbre, tratando despues de hacerle recibir de aquellos pastores que tenian derecho de juzgar en materia de fe, y habian permanecido dispuestos en distintas iglesias (1). Carlo-Magno dominaba en la mejor parte del occidente católico, cuyos obispos no habian tomado parte en el concilio de Nicea. El Papa no tardó en enviarle los decretos de este concilio, que las preocupaciones de la política y diferentes errores de hecho estorbaron el que lo recibiese. Pareció á los obispos de Francia la decision de los griegos contraria á su costumbre, que era tener imágenes en las iglesias sin tributarles mas que veneracion, y estrañaban la palabra *adoracion* tomada en el sentido de la lengua latina, siendo así que es muy diferente del que presenta la espresion griega (2).

27. Formaron, pues, en nombre del Rey un largo escrito dividido en cuatro libros, llamados los li-

(1) *Anast. in Adrian.* (2) *Not. Sirm. tom. 7. Concilior.*
pag. 1054.

bros Carolinos, en los que no aparece el sincero respeto de este Príncipe á la santa Sede y la moderacion llena de dignidad que empleaba en todas sus acciones. Es esta una obra llena de falsos discursos y de palabras injuriosas, tanto contra el conciliábulo de los iconoclastas como contra el concilio de Nicea, despreciando del mismo modo al uno y al otro. El Papa, á quien debieron chocar muchos trozos de este escrito, no dejó de responder á él con gran reserva (1). No haciendo caso de los pasages injuriosos, y deteniéndose en un artículo que manifestaba un profundo respeto á los sentimientos del Papa San Gregorio, le dice al Rey: „podeis instruiros á fondo en la doctrina de este gran Pontífice por su carta á Secundino espelido de vuestro reino. Como este Secundino le hubiese pedido una imagen del Salvador, se la envió y le escribió diciendo, que concedia á sus piadosos deseos lo que pedia para escitarle al amor del Hijo de Dios con la vista de su imagen; pero que al arrodillarse delante de las figuras de los Santos era necesario guardarse de honrarlas como divinidades; bien que no se podrá sin pecado dejar de adorar á aquel cuyo nacimiento, pasion y resurreccion gloriosa nos recuerda su imagen. La decision, pues, de los griegos, continúa el Pontífice, es conforme á nuestras instrucciones y á la doctrina de San Gregorio.”

„Han resuelto los griegos para las imágenes el beso y la salutacion, y no aquel culto supremo que á solo Dios debe tributarse. Hemos recibido por esto su con-

(1) *Tom. 7. Concilior. pag. 915.*

cilio, aunque tocante á él no hemos dado hasta aquí respuesta alguna al Emperador." De aquí inferimos que todavía no habia confirmado el Papa con toda solemnidad el segundo concilio de Nicea, el que por otra parte no habia sido recibido por la iglesia del occidente. Puede servir esta consideracion para justificar el modo con que hablaron de él los padres de Francfort, poco despues de la publicacion de los libros Carolinos. Digno era de ser condenado lo que aquellos condenaron, y así no se les puede acusar sino del error que les hizo con alguna precipitacion atribuir al séptimo concilio todo lo contrario de lo que manifiestan sus decisiones.

28. El concilio de Francfort (de que hablamos aquí para no separar los objetos que tienen estrecha conexion) se celebró en 794 en Francfort sobre el Mein, que entonces no era mas que un sitio real. Fue este un concilio general de los tres estados principales del imperio francés, á saber, de la Germania, de la Galia, de la Aquitania, y aun de las partes septentrionales de Italia y de España. Aunque eran muchos los obispos, ó casi trescientos segun algunos autores, la mayor parte ignoraban el griego, y solamente formaron sus ideas por una mala traduccion de las actas del concilio de Nicea, el que atribuían todo entero á Constantinopla á pesar de que allí no se celebraron mas que dos sesiones: tan mal instruidos estaban en todo este asunto. Leyeron en aquella version nada fiel el parecer de Constantino, obispo de Chipre, espresado en estos términos: „yo recibo

y abrazo con honor las santas imágenes, segun el culto y adoracion que doy á la santa Trinidad." Ahora bien, todo lo contrario es lo que se vé en el testo original, pues dice así: „yo abrazo las santas imágenes, y dejo la adoracion de latría para sola la Trinidad." No habia reclamado el concilio de los griegos contra el parecer de este obispo, y juzgaron que le habia aprobado en los términos en que se leía en el latin: por lo que desecharon unánimemente aquel concilio como si diera á las imágenes de los Santos y de los siervos de Dios el culto y adoracion que se da á la divina Trinidad. Aquí podemos observar con cuan poca razon pretenden nuestros iconoclastas modernos apoyar su sistema con las decisiones del concilio de Francfort.

Este concilio, digno de veneracion á pesar de algunos errores de hecho, desplegó tantas luces como constancia defendiendo la verdadera fe contra la heregia de Elipando de Toledo y de Felix de Urgel; esto es, contra la impiedad del nestorianismo disfrazado con mucha maestría: cuyo error principalmente habia obligado á reunir el concilio de Francfort por orden de Carlo-Magno con el aviso del Papa Adriano, que envió desde Italia á los obispos Estévan y Teofilacto en calidad de legados. El primer autor de aquella secta artificiosa fue Elipando, en la que empeñó desde luego á Felix; reuniéndose en estos dos hombres de un carácter tan distinto las cualidades mas propias para levantar y defender un partido. Acreditado Elipando por la preeminencia de su

silla, que es la primera de España, y por su experiencia, pues envejecido en las ocupaciones del obispado, manifestaba una regularidad exterior siempre constante, aunque era soberbio con aquella apariencia de virtud, imperioso, duro y vengativo, tan poseído por el amor propio que ninguno le contradecía impunemente. Su pluma, bastante elocuente para aquellos tiempos, destilaba la hiel mas venenosa contra todos los que osaban impugnarle. Menos violento era Felix; pero poseía en sumo grado el arte de disimular, revestido de cierto aire engañoso de franqueza y aun de docilidad: siempre parecia pronto á desdecirse y perjurar aunque no cambiaba de opinion, y con el auxilio del lenguaje de la piedad se vendia por el oráculo de las verdades.

No obstante de ser tan impío el sistema de estos, no dejaban de darle un colorido plausible, sacando en favor suyo testimonios seductores principalmente de la liturgia universal de España. En el misal mozárabe se dice que el Verbo adoptó nuestra carne y que padeció por el hombre que adoptó, es decir, en la naturaleza humana unida hipostáticamente con la divinidad; deducian, pues, de esto Felix y Elipando, que el Salvador no era Hijo de Dios por naturaleza, sino tan solo por adopcion: lo cual dividia al Verbo hecho hombre en dos personas, y destruía la divinidad del que habia nacido de la Virgen y padecido por nosotros (*).

(*) Desde el año 783 habian comenzado á esparcir y renovar los ya condenados errores de Nestorio, Elipando, natural y ar-

29. Condenó con voz unánime el concilio de Francfort esta impiedad, y San Paulino, arzobispo de Aquileya, que era una de las mas brillantes luces de su siglo, escribió una memoria en que refutaba esta heregia tanto en su nombre como en el de los obispos italianos que residian con él en Francfort. Analizando primero las espresiones católicas con que los hereges cubrian sus blasfemias, rebate despues esta opinion con la Escritura y la autoridad de la Iglesia, y entrega á sus autores al eterno anatema, si no pronuncian formal retractacion, no menos que á cuantos despues de la definicion del concilio que él llama plenario siguiesen en público ó en secreto el error proscribido; y añade, „salvando todo el privilegio y el derecho del Sumo Pontífice nuestro señor y nuestro Padre Adriano, Papa de la primera Silla.” Acaba este escrito instructivo con súplicas y oraciones por el Rey, y entre ellas debe fijarse la atencion en esta: „que florezca la paz en su reinado para que á los obispos, segun los cánones, no se les obligue á servir en otros campos que en los del Señor.” No es este el único testimonio de que los prelados por entonces estaban obligados al servicio militar, y de que todavía no habian permitido las necesidades del estado llevar á

zobispo de Toledo, y Felix, obispo de Urgel. Escribió contra ellos San Beato, presbítero de Valcavado en Liebana; y Eterio, obispo de Osma, predicó acérrimamente contra los mismos. Fueron condenados en el concilio de Narbona de 788, en el de Francfort de 794, y últimamente en el de Urgel de 700. Véase el tom. 3 de Aguirre, pág. 91 y sig.

efecto los reglamentos que sobre tal punto se habian formado. Dirigieron por su parte los obispos de Germania, de la Galia, de Aquitania y de Bretaña, otra obra á los obispos de España en contestacion á los cismas de Elipando. El Papa Adriano habia ya escrito una refutacion del escrito mas elogiado de este herejiarca en forma de cartas al Rey y á los obispos de la Galia, y habia remitido un egemplar a este Monarca.

30. Ordenó Carlo-Magno que pasasen estos tres escritos á Elipando y á los otros obispos de España, y unió á ellos una carta que prueba cuanto merecia el elogio del gran Constantino á quien intitularon obispo exterior, con los demás privilegios del imperio cristiano. Sin querer pasar en ella por teólogo, y sin traspasar los límites de la doctrina y la instruccion que deben adornar á todo fiel piadoso, no emplea mas argumento que el de la autoridad y consentimiento de la Iglesia universal, que es lo que forma una prueba irrefragable en que siempre han de venir á convenir los sabios y los que no lo son.

La carta estaba concebida en estos términos que la harán digna de eterna memoria (1): „Carlos. por la gracia de Dios, Rey de los franceses y de los lombardos, patricio de los romanos, hijo y defensor de la Iglesia católica: á Elipando, metropolitano de Toledo, y á las demás iglesias de España, salud y perseverancia en la fe y la caridad de Jesucristo propio y verdadero Hijo de Dios. Como los sentimientos de

(1) *Tom. 7. Concilior. pag. 1049.*

nuestro afecto fraternal se estienden á todos los que profesan la Religion de Jesucristo, nos aflige mucho la opresion que padeceis bajo el yugo de los infieles fuera de nuestros dominios; pero todavía sentimos mas el error que tiende á separaros de Jesucristo y de su Iglesia. Esto es lo que nos obligó á reunir un concilio de todos nuestros estados para determinar de comun acuerdo lo que se debe creer acerca de la adopcion que vosotros enseñais con una novedad desconocida en toda la antigüedad eclesiástica. Hemos consultado sobre esta cuestion á la santa Sede de Roma, depositaria y fiel observadora de las tradiciones apostólicas; hemos hecho venir de las islas británicas hombres consumados en las sagradas letras, y los hemos reunido á los obispos y doctores de la Galia, de Germania, y de muchas provincias de Italia, para que con la concurrencia de tantas luces brillase mas pura la verdad. Los pareceres, pues, que os remitimos son los frutos de toda esta doctrina unida al testimonio de mi adhesion al juicio de estos preñados, segun la súplica especial que me hicisteis de que no me dejase sorprender de las opiniones de un corto número, sino que me conformase con la fe atestigüada por mas votos y pareceres. Tal ha sido la senda que he seguido, prefiriendo esta santa multitud á vuestro corto número. Me uno con todo mi corazon á la santa Sede apostólica, y abrazo las tradiciones conservadas desde el nacimiento de la Iglesia, y la doctrina de los libros inspirados de Dios, y la de los padres que los han explicado en sus devotos escritos.”

„Me suplicasteis que mandase leer vuestra memoria en nuestra presencia, y examinase su contenido conforme á la verdadera fe. Ya se ha leído en el concilio artículo por artículo, desde el principio hasta el fin. Todos y cada uno gozaron la libertad de manifestar su opinion: yo, como me lo pediais, asistí á la reunion de los obispos. Despues de un maduro examen, con el auxilio de Dios se ha decidido lo que en este punto se debe creer. Ahora os ruego abraceis con espíritu de paz nuestra confesion de fe; y que no os tengais por mas instruidos que toda la Iglesia. Me proponeis el egeemplo del gran Constantino, diciendo que San Isidoro alabó el principio de éste y lloró el fin; y me advertís que para precaverme de la misma desgracia me guarde de los aduladores. Yo suplico á todos los hijos de la Iglesia que unan sus oraciones á las mias, para lograr del cielo que nunca las lisonjas y falsas alabanzas me aparten de los caminos de la verdad. Tenemos por guia al Sumo Pontífice y al concilio, y si vosotros afirmándoos en el mismo fundamentó no renunciáis á la novedad de vuestras opiniones, sabed que os juzgaremos en un todo hereges, y no nos atreveremos á comunicar con vosotros. Antes que nos hubieseis escandalizado con vuestra invencion del Cristo adoptivo, os amábamos como á tiernos hermanos, y el heroismo de vuestra fe en la servidumbre nos consolaba de lo que teniais que sufrir. Habíamos tambien determinado libraros de ella, y emplear para esto todo nuestro poder; pero vuestra pertinacia os privaria así de la participa-

cion de nuestras oraciones y del socorro de nuestras armas.”

31. Inútil fue el celo de Carlo-Magno para los que eran gefes de la secta; mas como la Cataluña donde está Urgel estaba sujeta á su obediencia, procuró librar de la seduccion á lo menos esta provincia, y se celebró en ella un concilio en donde fue depuesto Felix, á quien por esta vez no le habian podido reducir á condenar sus errores, sin embargo de costarle poco las retractaciones y los perjuros. Abjuró muchas veces en otras ocasiones, y algunas con efusion de lágrimas y con tan públicas señales de arrepentimiento, que parecia cerrar del todo la puerta para no recaer en la heregía; pero por mas que hizo, nada le detuvo para volver á sus errores (1). Como al fin de su carrera se escedió á sí mismo con el arte de fingir, apenas se dudó ya que estuviese sinceramente convertido; pero Carlo-Magno, para mayor seguridad le desterró á Leon, para que estuviese á la vista el arzobispo Leidrado, hombre hábil y católico celoso. Demasiado justificó el infeliz la idea que tenia el Monarca del error, de la pertinacia y del doble perjurio de los gefes del partido. Allí murió en la esterior profesion de la fe católica, pero en los sentimientos de la impiedad los que pareció no haber dejado verdaderamente. Hallaron entre sus papeles despues de su muerte un escrito de su mano en que se glorjaba de su herética perseverancia, y retractaba sus mismas retractaciones. Algunos au-

(1) Tom. 7. Conciliar. pag. 358.

tores afirman que Elipando, mas arrebatado y menos doble que Felix, se arrepintió de veras y murió en el seno de la Iglesia; mas sus pruebas son muy débiles para asegurar un prodigio tal como la conversion de un heresiarca. Sea de esto lo que fuere, aquella heregía hizo pocos progresos, así por el vigor y vigilancia del gobierno, como por la concordia y buena armonía de los obispos.

32. Alcuino, que concurrió al concilio de Francfort y tenia la primera clase entre los sabios de Inglaterra convidados á concurrir á él, fue el que la impugnó con mas fuerza de viva voz y por escrito. Nacido de una familia ilustre por la nobleza y la opulencia, desde su tierna edad se habia instruido en las ciencias en el monasterio de la catedral de York. Su arzobispo que se complacía en cultivar por sí mismo sus buenas disposiciones, solia decirle: „tu estás destinado para confundir los enemigos de la Iglesia, en cualquiera parte que osen presentarse.” Poseía Carlo-Magno en el mas alto grado el talento mas necesario á los que ocupan el trono, que es el arte de conocer los hombres y apreciar el mérito; y desde la primera vez que vió á Alcuino en Parma en su segundo viage á Roma año de 780, descubrió cuanto valia este sugeto (1). Aficionósele desde entonces, pero le dejó cumplir la comision de llevar el palio á Embaldo, arzobispo de York, que le habia enviado al Papa Adriano, y así continuó su viage porque le interesaba al Pontífice. Pretendia Adriano

(1) *Act. SS. Bened. tom. 5. pag. 162.*

con la autoridad del Rey reducir á la razon á Leon, arzobispo de Ravena, que ensoberbecido por la dignidad de esta ciudad, habitacion de los exarcas y algunas veces de los Emperadores, queria como los Papas atribuirse grandes dominios y formarse estados. Ya se habia puesto en posesion de Fayenza, Forli, Bolonia, Cesena, y de la mayor parte de las ciudades de la provincia de Emilia y del ducado de Ferrara, dando por supuesto que se las habia dado el Monarca con toda la Pentápolis. No fué fácil poner fin á estas disputas con la llegada del Rey, y solo finalizaron con la muerte del arzobispo Leon.

Alcuino regresó á Francia á defender la fe contra Elipando y Felix, á los que impugnó con los mejores escritos que en aquella ocasion se presentaron, y siguió haciéndose memorable con las abundantes producciones de su pluma en favor de la Religion, de las que todavia poseemos un volumen bastante considerable. Han pretendido algunos críticos que influyó en la composicion de los libros carolinos, lo que es difícil conciliar con la moderacion de su espíritu y el profundo respeto que muestra á la santa Sede en todas las obras de que es sin duda alguna el autor. Todavía eran mas estimables su piedad y modestia que su erudicion. Quiso abandonar enteramente el mundo algun tiempo despues del concilio de Francfort, y sepultar sus talentos en una soledad; pero Carlo-Magno ansiando fijarle por lo menos en el reino, le dió la abadía de San Martin de Tours, aunque segun la costumbre de aquel siglo

tenia ya otras muchas. Sin embargo, los novadores que tienen siempre los ojos abiertos para buscar defectos en los que no son de su opinion, no cesaban de publicar en sus injuriosas exageraciones que poseía en tierras y en esclavos, lo que bastaba á satisfacer la ambicion de los poderosos. Contestó con mucha modestia, y mas que con palabras con hechos, que todo era de la Iglesia y de los pobres de Jesucristo, y que él no tenia mas parte que la administracion. Instóle Carlo-Magno muchas veces á que le acompañase á Italia, en donde las facciones reclamaban su presencia; pero él resistió con constancia sin dejarse doblar por la ironía que algunas veces es mas sensible á la piedad que las serias reconvencciones. Comparó el Príncipe por chiste los muros llenos de humo de la Turena con los palacios dorados de los romanos, y le replicó: „nosotros, Señor, en nuestras humildes habitaciones paladeamos las dulzuras de la paz que nos habeis procurado; y Roma regada en su fundacion con la sangre de los hermanos, parece que siempre conserva aquel funesto espíritu de discordia. O yo me equivoco, ó por mas que afirméis en contrario, dejais con sentimiento la pacífica sencillez de la Germania por esa tumultuaria magnificencia.” No perdía con este motivo ocasion de pedir al Rey que le permitiese disfrutar de las dulzuras de la soledad, á la que mostró tal aficion que ha sido opinion general que estaba obligado á ella por la profesion monástica. Pero segun todas las apariencias, era solamente canónigo.

Además de que en aquel tiempo comunmente los abades de los monasterios eran clérigos ó canónigos, sabemos por otra parte que los monges de San Martin de Tours, á quienes gobernaba, mudaron por entonces de estado. Se ha conservado un testamento de dos hermanos, llamados Haganon y Adyutor que se titulan canónigos de Tours, á principios del reinado de Luis el Hermoso, sucesor inmediato de Carlo-Magno. Abrazaron poco despues la vida canonical los monges de Agauno, y como se habia dilatado demasiado el estado monástico para no relajarse, y habia hecho la regla de San Crodegango por todas partes una útil mudanza en el clero, se permitió que muchos monasterios siguiesen el egeemplo de los de Tours y de Agauno, porque pareció mas posible hacer buenos canónigos de aquellos monges ya relajados, que reducirlos de la relajacion á la regularidad primitiva.

33. El monasterio de Tours, bajo la direccion de Alcuino que en los tres ó cuatro últimos años de su vida no salió de él, se hizo una de las escuelas mas célebres del occidente. Este grande hombre mirado con justicia como restaurador de las letras que se hallaban aniquiladas por la larga sucesion de reinados bárbaros, habia establecido en palacio una escuela en la que Carlo-Magno y todos los mas distinguidos por la nobleza y el ingenio tuvieron á honor ser sus discípulos. Allí aprendió el Rey la retórica, la dialéctica y la astronomía, que le gustaba singularmente y empleó en ella mucho tiempo. Era elocuente, se

esplicaba con nobleza y facilidad, y sabia las lenguas extranjeras. Por esto se puede conocer el disparate de los que se atreven á decir, que este Príncipe no sabia escribir: fábula pueril, á la que solo pudo dar curso el amor á las paradojas. Carlo-Magno hablaba tan bien el latin, como su lengua alemana: hablaba medianamente el griego y lo entendia perfectamente.

34. Además de la escuela de Tours y la del palacio que continuó en los siguientes reinados y parece haberse instituido en Aix-la-Chapel, sitio ordinario de los Príncipes en donde habia una rica biblioteca, el gusto del Soberano y la emulacion de los vasallos formaron otras distinguidas en varias catedrales y monasterios: Teodulfo de Orleans, otro restaurador de las letras, estableció hasta cuatro en su diócesis. La de Leon no se hizo menos célebre; y las mas famosas de los monasterios eran las de Corbia, Fontenelle, Prom, Fulda, San Galo, San Dionisio, San German de París, y San German de Auxerre, la de Ferriere y de Aniano, y en Italia la de Monte-Casino. Por los escritos de Alcuino se vé cuál era el estado de las letras en aquella especie de colegios. Además de la santa Escritura ó la teología, objeto capital á que se referia todo lo demás, se enseñaban en ellos las siete artes liberales, cuya idea parece haberse tomado en las obras de Casiodoro, y se contaban en este número las siguientes: gramática, retórica, dialéctica, y los cuatro ramos de las matemáticas; esto es, la aritmética, ó el cálculo

numerario, la música muy estimada entonces aunque imperfectísima, la geometría y la astronomía. Alcuino trata en sus escritos de todas estas ciencias aunque como de paso, porque la mayor parte de sus obras son tratados de teología.

35. En todas sus producciones se advierte cuáles eran los efectos del ingenio y aun mas del gusto de su tiempo. Los escritores de aquella edad nada tienen de original, no presentan mas que hechos descarnados, y un monton de erudicion mal dirigida sin orden ni método, con repeticiones sin número y cansadas relaciones. La diction no es pura ni elegante, los pensamientos son comunes aunque recargados de adornos afectados, y los discursos mal seguidos muchas veces y poco concluyentes. Bien que por otra parte no se hallan en aquella edad los arrojos temerarios que hoy tienen el lugar del ingenio, ni esta manía tan funesta á la Religion de decir cosas nuevas y extraordinarias: pues mantienen la tradicion en toda su sencillez y su pureza. Estas gentes de talento creían que no podian emplear mejor el tiempo que les sobraba que en trasladar las obras de los antiguos, y á estos tiempos que tanto se desprecian, debemos por disposicion digna de la Providencia la mayor parte de los buenos libros de la antigüedad, así sagrada como profana: depósito infinitamente mas apreciable que las invenciones de las edades posteriores, menos cultivadas que presumidas. Lo mas débil que se halla en los autores de la mediana edad son las poesías, las cuales apenas pasan de una prosa medida que tal vez

es mas llana que la sencilla prosa, por la sujecion á la misma medida.

Con todo Alcuino, tan superior á los hombres de su siglo, no se preservó del contagio de aquel gusto, porque su estilo tiene fuerza pero sin amenidad ni pulidez, y aunque era maestro en gramática, hormiguea en faltas contra las reglas del arte, particularmente en sus poesías en las que se halla ingenio y abundancia de palabras con poca elegancia y correccion. Por una consecuencia mal sacada de un principio de devocion, prohibia á los poetas cristianos la lectura de los poetas antiguos hasta la de Virgilio. Era sin duda eminente su piedad, la que especialmente manifestó en el aumento de fervor y en los sentimientos llenos de fe y cristiano valor con que se preparó para el último paso. Su muerte, tan egemplar como su vida, dió por mucho tiempo abundante materia de edificacion al reino que habia ilustrado en los doce últimos años que pasó en él. Aunque algunos martirologios le dan el título de Bienaventurado, y la crónica de Tours le califica de Santo, no se halla que le hayan dado ninguna especie de culto. Sintió Carlo-Magno sinceramente la muerte de este doctor, porque le miraba, y ya con justicia, por el hombre mas hábil y el mejor ingenio de su tiempo. Manifestó doble cuidado de que los estudios que los dos habian establecido no dexayeran por haber faltado este celador laborioso. Tuvo siempre presentes los altos fines que le habia inspirado, diciéndole sin cesar que era necesario convertir la Francia en una

Atenas cristiana; y así las ocupaciones del gobierno no interrumpian su afan de hacer progresar las ciencias y la Religion. Obligado á empuñar de continuo las armas, tan solo hacia la guerra con el fin de procurar en la paz la prosperidad del estado, y de hacer que floreciese en la concordia la Religion de un Dios que se inmoló por la felicidad de los hombres.

36. Tasillon, duque de Baviera, vasallo y sobrino del Monarca, habia aprendido de su esposa, hija de Didier último Rey de los lombardos, el odio á la Francia. Ariquiso, otro yerno de Didier temible por la situacion de su ducado de Benevento, ofrecia á la Emperatriz Irene, que á la sazón estaba en discordia con los franceses, abrazar su partido si se le declaraba patricio de Napoles y de Sicilia. Disponíase Adalgiso, hijo de Didier y siempre refugiado en Constantinopla, para regresar á Italia con el intento de ascender al trono de sus padres. Los sajones en las estremidades del norte y del occidente, tantas veces domados y nunca sometidos, solo aguardaban la ocasion para correr á las armas. Por último, los hunos ó úngaros que vivian en la parte oriental de la Pannonia tenian dos egércitos contra Carlo-Magno, uno para entrar en Baviera á socorrer á Tasillon, y otro para volver á Italia á sostener á Adalgiso.

37. Avisado el Rey de esto, á todo hizo frente. Hallábase ya por la tercera vez en Italia, y pasó en ella el invierno el año 787 corriendo de Roma á Capua contra el duque de Benevento con quien entró en negociaciones para evitar la ruina de las iglesias

y de los monasterios. Añadió á Roma, de retorno, á la primera donacion que tenia concedida á la Iglesia, las ciudades que habia tomado al duque de Benevento, siendo Cápua la principal. Temió el duque de Baviera ver venir sobre sus estados la tempestad, y procuró conjurarla con unas modificaciones tan fuera de propósito y unos procederes tan poco sinceros, que el mismo Papa los reputó perjurios mal paliados. Por esta razon declaró el Papa (y es la primera decision pontificia de esta naturaleza) que el Rey Carlos y su egército no saldrian responsables de los males que la guerra causase en Baviera. Derrotaron los generales del Monarca en esta provincia y en la de Friul á los hunos auxiliares de los bávaros. Hicieron prisionero al duque, le condujeron á Francia, y allí en pleno parlamento se le convenció jurídicamente de traicion. Condenáronle á muerte los Señores (1); pero el Rey se contentó con que se le cortase el cabello y se le encerrase en la abadía de Jumiega. Adalgiso por otra parte, hijo del Rey Didier, verificó demasiado tarde el desembarco en Italia con el egército de los griegos. Habia muerto entretanto Ariquiso, duque de Benevento, y como su hijo Grimaldo fue fiel á los franceses, se frustraron todas las medidas del Príncipe lombardo, y no pudo presentar sino combates de poca importancia en los que casi siempre salió vencido. Regresó por fin á Constantinopla á representar sin esperanza el triste papel de Príncipe excluido del trono de sus padres,

(1) *Eginard. ann. 788.*

despues de haber intentado con tan poco fruto el recobrarle.

38. El Rey al verse vencedor de tantos enemigos resolvió casar su hijo mayor, y fijó los ojos en la hija de Offa, Rey de los mercienses, que era el que en Inglaterra habia reducido otros muchos Príncipes á una dependencia absoluta. Este digno imitador de Carlo-Magno, y que habia logrado su confianza por la semejanza en las virtudes, no cesaba de hacer brillar su celo en favor de la Iglesia. Por esta causa se reunieron dos concilios, uno en sus estados cuyo lugar no se nombra, y otro en Calcut en el pais de Nortumberland (1). Congregáronse los dos Reyes, Offa y Elfoul, cada uno en sus dominios con los grandes, los obispos y los legados de la santa Sede. Acudieron los Príncipes vecinos, y señaladamente Cuniulfo, Rey de Ouessex, á aquellas diversas resoluciones, de modo que estos dos concilios equivalieron á un concilio general de toda la Inglaterra. Aboliéronse allí muchas observancias estrañas y supersticiosas, como ayudar á misa con las piernas desnudas, ofrecer el santo sacrificio en vasos de madera, pintar ó salpicar la piel al estilo de los pictos, sustentarse con carne de caballo, consultar los augurios y la suerte para fallar en los procesos. Con el objeto de corregir el abuso muy comun de casamientos ilícitos, excluyeron á los bastardos de toda sucesion, y declararon por inhábiles en el trono á los mismos Príncipes que no hubiesen nacido de legítimo matrimonio, prohibi-

(1) *Tom. 6. Conciliar. pag. 1861.*

biéndose que los electores ordinarios, obispos y señores, les diesen su voto. Prohibese tambien que á las iglesias se impongan mayores tributos que los que permiten la ley romana y la costumbre de los Príncipes pios.

39. Regocijábase mucho Carlo-Magno esperando la alianza de un Príncipe tan poderoso y cristiano como Offa; pero no se verificó, porque el Rey de los mercienses pedia al mismo tiempo una infanta de Francia para su hijo, y el Monarca francés, por una de aquellas debilidades que padecen tambien los mayores hombres, no se pudo resolver á casar su hija en pais extranjero.

Dedicóse entonces mas que nunca Carlo-Magno á procurar todo el esplendor posible á la Religion, y así se observa gran número de concilios que mandó celebrar para poner freno á los abusos y restituir en su fuerza en diferentes iglesias las leyes y cánones de los concilios anteriores. Todo anunciaba el espíritu de fe y de piedad aun en sus actas de legislacion civil, ideas enteramente evangélicas, y una total dependencia del Rey de los Reyes de quien él confesaba ser un débil representante. Leemos todavia en el principio de un edicto suyo esta inscripcion memorable: „Siendo Jesucristo el que siempre reina, Carlos por la misericordia divina, Rey y Administrador del reino de los franceses y de los lombardos.” Coloca á la cabeza del imperio al eterno Monarca, y él solo pretende egecutar sus órdenes. No acumula como otros conquistadores los pomposos títulos de ha-

ber dominado tantos Príncipes y naciones, ni recuerda su poder sino para traer á la memoria el cargo oneroso que sobre él gravita. Añade, despues de haber espuesto las leyes hechas para la multitud de sacerdotes y diáconos, que en cuanto á los obispos juzga suficiente representarles las que establecieron sus antecesores. „En cuanto á la Sede apostólica, prosigue, ninguna cosa puede dispensar de honrarla y mostrarla una justa obediencia, aun cuando impusiese un yugo que pareciese intolerable.”

La generosidad de este Príncipe mayor que su imperio dilatava su beneficencia mas allá de los mares y lejos de sus vastos dominios (1). Envió á Africa, á Egipto y á Siria algunas personas de la corte, á repartir considerables sumas á los fieles que se lamentaban bajo el yugo de los musulmanes, y sobre todo á Jerusalem donde particularmente llamaba su atencion y su liberalidad el santo sepulcro del Hijo de Dios. Remitió magníficos presentes al califa Aron para que tratase con cariño á los cristianos de sus dominios, con lo cual consiguió hacer tolerable la suerte de aquellos infelices bajo el yugo de este Príncipe infiel que era tan devoto musulman. Aron, que por otra parte estaba adornado de grandes prendas, supo apreciar las de Carlo-Magno; contrajo amistad con él, y le envió algunos presentes curiosos, entre los que causó particular admiracion un relox de esquisito trabajo, y un elefante, que aseguran fue el primero que se vió en Francia. Pero el don mas grato

(1) *Dist. 19. cap. 3. Conc. Tribur. cap. 30.*

á un Príncipe que procuraba suavizar el odio de los árabes contra los cristianos, fueron las llaves del sepulcro que Aron le presentó como traspasando á él la piedad de aquel sagrado lugar, que existía bajo la protección especial de la Francia.

Mayor era la beneficencia de Carlo-Magno, verdadero padre de su nación, para con los fieles que le había concedido el cielo por vasallos. Ocupábase en verano en sus expediciones militares, y en invierno se entregaba á hacer florecer la prosperidad y abundancia en todas las órdenes del estado. Acumulábanse en distintos sitios almacenes de trigo y cebada, y toda especie de producciones que entregaban sus proveedores á los pobres en presencia suya por la mitad del precio ordinario: ¡espectáculo capaz de conmover los corazones mas insensibles! Véase á este Soberano de la nación mas bella del orbe, y árbitro del resto de él, no solo presidir á estas distribuciones, sino abatirse á las pequeñeces pertenecientes á cuanto pudiese contribuir al alivio de su pueblo.

No le libertaron tanto mérito y tanto poder de una afrenta sensible de parte de los griegos, ó de la miserable política de Irene su Emperatriz. Esta, que al amor de la Religión reunía la pasión de mandar, rompió por este principio el casamiento que seis años ha estaba determinado entre el Emperador su hijo y la Princesa Rotruda, hija de Carlo-Magno, porque recelaba que esta augusta alianza librase á su hijo de la dependencia en que procuraba retenerle. Creía tambien que este Príncipe en tomando las riendas del im-

perio, si llegaba por su indolencia natural á cansarse, las pondría en manos de su esposa que no dejaría de hacerse amar mas bien que una imperiosa madre que le tenía en eterna sujeción. Carlos, que quería á sus hijos con exceso, á la primera sospecha que tuvo de la injuriosa ligereza de Irene, renunció gustoso á esta alianza estrangera.

40. El Emperador Constantino se casó en el mismo año casi contra su voluntad con una armenia joven de bajo nacimiento llamada María. Rompió en el año siguiente la desavenencia entre el Emperador y la Emperatriz madre. Echaba menos de continuo á la Princesa Rotruda y el apoyo del Monarca francés, cuyo poder se hacia respetar en toda la tierra. Aprovecháronse los cortesanos de esta ocasion de enredar cada uno segun sus miras. Los señores jóvenes principalmente le decian sin cesar, que era vergüenza que un Emperador á la edad de veinte años no disfrutase de autoridad alguna, antes bien disputase sin provecho una parte de ella con un vasallo como Estauracio que la gozaba toda: añadiendo que ya era tiempo de recobrar el poder usurpado, de manos de una madre imperiosa que pretendia esclavizarle bajo su tutela. Se resolvió por último, y presentándose á sus tropas las prodigó algunas liberalidades con lo que le declararon por único Emperador en el mes de Octubre de 790; bien que, dos años despues de un golpe tan ruidoso, cedió á las persuasiones de su misma madre este inconstante Príncipe, y la declaró Emperatriz.

Usó de su poder con igual imprudencia repudiando á la Emperatriz María, y obligándola á vestir el hábito de religiosa, por la impostura y calumnia de que habia pretendido envenenarle; pero el oprobio de este delito supuesto recayó sobre él. Todos vieron claramente el motivo de aquella violencia, porque al punto dió su mano á una de las damas de la Princesa llamada Teódota. La ambiciosa Irene que le habia obligado á contraer el primer lazo, fue la que le invitó á romperle con una malicia que parece no caber en el corazon de una madre, pues su objeto fue hacerle el blanco del odio público, para tomar ella sola la autoridad de la diadema, plan que tuvo mejor éxito del que podia presumirse (1).

Impaciente Constantino de celebrar su fatal casamiento, envió á buscar á toda prisa al patriarca Tarasio, y desde que le divisó corrió á recibirle con las señales mas seductoras de confianza y distincion (2). No se contentó con hacerle sentar á su lado segun la costumbre de los Emperadores con los patriarcas, sino que usó con él del lenguaje y respeto de hijo, afirmándole que siempre le habia mirado como á padre; y añadiendo que en recompensa de su cariño esperaba de su afecto paterno que concurriria á librarle de los atentados de una miserable parricida, que habia elevado al trono desde el lodo, y que queria pagarle con un veneno. Respondió el patriarca á esta impostura que no merecia una seria refutacion, con un

(1) *Theoph. ann. 5. pag. 396.* (3) *Bolland. tom. 5. pag. 548.*
Vit. S. Taras. cap. 7.

suspiro por la vergüenza de que iba á cubrirse el Emperador en todas las naciones, y la imposibilidad de reprimir el adulterio y todos los excesos de la torpeza despues de un escándalo tan enorme. Contestó á las claras al Príncipe, que él jamás se prestaria á su torpe deseo, y llegó hasta amenazarle con la excomunion y si no la fulminó, fue porque este Príncipe, arrebatado de su pasion, le dijo, que de lo contrario abrazaria el partido de los iconoclastas que aun era muy numeroso. Mas cuando un Soberano ama el delito, siempre encuentra cómplices que le ayuden; y así á falta del santo patriarca, el indigno ecónomo de su iglesia el abad José, que era sacerdote, dió su bendicion á tan adulterino matrimonio con grande escándalo de Constantinopla y de todas las provincias aun las mas lejanas. Luego á luego los gobernadores y otras personas de distincion despreciando los sagrados lazos del matrimonio se deshicieron de sus mugeres, ó tomaron muchas esposas á un mismo tiempo, levantando por todas partes la cabeza la disolucion con una audacia intolerable.

41. Dos santos hombres, Platon y su discípulo Teodoro, fueron casi los únicos que se declararon abiertamente contra este desorden (1). Eran estos dos solitarios de gran virtud, cuya conversacion y deseos estaban siempre fijos en el cielo, y así se separaron con valor de las reglas comunes de condescendencia, y de la comunion con el Emperador. Platon, de una

(1) *Vit. S. Plat. Bolland. tom. 5. pag. 346.* = *Vit. S. Theodor. per Mich.*

familia muy noble y antes muy conocida en la corte, á la que juntamente con todos sus bienes habia abandonado, renunciando á las esperanzas del mundo para dedicarse á Dios, era generalmente venerado como hombre de rara sabiduría y de una santidad consumada. Sin embargo, la estimacion que se grangeara por su retirada y su virtud, estuvo tan escondida en la larga y violenta persecucion de Constantino Coprónimo, que ni sus parientes aun los mas cercanos sabian si existia. Habiendo tomado la Emperatriz Irene la defensa de los católicos así que espiró el tirano, tornó Platon á dejarse ver en Constantinopla, y en ella obró muchísimas conversiones. Le ofrecieron el obispado de Nicomedia; pero muy lejos de volver á empeñarse en el mundo, movió á toda su familia á abandonarle, y reuniéndose todos fundaron el monasterio de Saccudion cerca de Constantinopla. No admitió en él esclavos contra la práctica ordinaria, así por la humildad religiosa que le hacia mirar á los hombres mas desgraciados como imágenes de Dios, como por atender á la pureza en razon de las mugeres esclavas que no era lícito separar de sus maridos. Imitáronle desde luego otros monasterios, aunque no faltaba quien tuviese esta reforma por ridícula.

Contaba Platon sesenta años, y rayaba en el punto mas alto su buena reputacion, cuando Constantino el hijo de Irene contrajo el vergonzoso matrimonio que este santo abad y San Teodoro, su sobrino y sucesor, llevaban muy á mal. Además de los reuelos humanos superó Teodoro los vínculos de la san-

gre; porque era pariente de Teódota, la esposa adúltera que Constantino subrogó á su legítima muger. Sin embargo de estar furioso el Emperador, probó infinitos medios de atraer á los dos Santos á la condescendencia, y así les envió personas que los redujesen á un cobarde disimulo. Escribióles muchas cartas, ya lisonjeras ya amenazadoras: envió á la misma Teódota á su pariente Teodoro, y observando que todo era inútil se dirigió en persona al monasterio de Saccudion. Mas ni Teodoro, que ya era abad, ni otro religioso alguno se presentaron á recibir al Príncipe: nadie le habló: todos huyeron de él como si ya estuviera escomulgado. Se vio en la necesidad de regresar lleno de confusion, é hirviendo en tanta mas cólera, cuanto la misma vergüenza no la dejaba romper. Envió de retorno al palacio sangrientos sayones que desgarraron las carnes con azotes al abad Teodoro, haciendo correr de todos sus miembros arroyos de sangre. Condujeron á Platon al monasterio de aquel abad José que habia celebrado el segundo matrimonio del Emperador, y le encerraron en un obscuro calabozo, en donde le suministraban el alimento por un agujero. Dispersaron á setecientos solitarios, así de Saccudion como de los monasterios vecinos, porque con el ejemplo de Platon y de Teodoro rehusaban comunicar con el Emperador.

Los obispos vecinos á la corte guardaban silencio temiendo mayor desgracia, y les pareció á los santos solitarios que ya no tenían interés en este mundo, que su inflexible celo era el único medio de oponerse á

la inundacion de la impureza , y de preservar de total ruina la Religion , basa de los matrimonios cristianos. Explicóse de este modo el abad Teodoro desde su destierro , no cesando de escribir en defensa de la santa pureza. „ Pretenden los aduladores , decia , que respecto de los Soberanos no es necesario seguir el Evangelio en su rigor. ¿ Por qué , pues , dice la Escritura , que los grandes serán juzgados con mas rigor que los pequeños? ¿ Tiene por ventura el Príncipe distinta ley ni distinto legislador que los vasallos? ¿ Se reputa él por un Dios para no reconocer mas regla que sus deseos? Si le es lícito abandonarse al adulterio , ¿ estará prohibido á sus vasallos que le imiten? ” Infundió el santo abad sus opiniones á los obispos del Chersoneso , del Bosforo y de otros lugares vecinos , y estos escomulgaron al Emperador. Elogió mucho á Platon , no solo por su constancia , sino tambien por su prudencia , el Papa Leon III , á quien desde su destierro de Tesalónica refirió lo que habia acontecido.

42. Habia muerto Adriano I en 25 de Diciembre de 795 , despues de un pontificado de veintitres años , diez meses y diez y seis dias , uno de los mas dilatados y gloriosos desde San Pedro hasta aquel tiempo. Empleó igualmente que sus predecesores de un modo glorioso el grande aumento de riquezas y poder de la santa Sede ; y así causa admiracion el número de iglesias y otros edificios de piedad que levantó ó reparó. Gastó en vasos y ornamentos sagrados hasta mil trescientas ochenta y cuatro libras de oro , mil

setecientas y sesenta de plata , y todavía tuvo medios para reparar los muros de Roma y construir muchos acueductos. Llevan sus bulas la fecha unas veces con respecto á su pontificado , otras al patriado de Carlo-Magno , y algunas al reinado de los Emperadores ; por lo que observamos una variedad que prueba entre otras cosas que la autoridad soberana á nadie estaba atribuida en Roma fija y decididamente.

43. En el mismo dia de la sepultura de Adriano que fue el siguiente al de su muerte , nombraron sucesor á Leon III , romano de nacimiento. Habíase este formado desde su primera edad en la virtud y las ciencias eclesiásticas en el palacio de Letran (1). La pureza de sus costumbres , su piedad , su caridad , y su mansedumbre junto con el amor á la justicia , y su grande fortaleza con su elocuencia triunfadora y las gracias ingenuas del discurso que anuncian las buenas cualidades del corazon y del entendimiento , le grangearon tanto la estimacion y afecto público , que salió electo por todos á una voz sin escepcion alguna. Era presbítero del título de Santa Susana , y le consagraron al dia siguiente de su eleccion. Era por naturaleza grande y generoso , y no tardó en distinguirse con sus liberalidades arregladas con prudencia , pero muy abundantes sobre todo para con el clero cuyas rentas acrecentó prodigiosamente , como que se proponia proveerle de poder y de causas sin réplica para que egerciese tambien él la beneficencia cristiana.

(1) *Anastas. in Leon. III.*

44. Desde que ascendió á la Silla apostólica, preparó la grande mudanza que pronto se habia de verificar en el gobierno de Roma y de todo el imperio de occidente. Remitió á Carlo-Magno las llaves de la confesion de San Pedro con el estandarte de la ciudad, invitándole á que viniese á recibir, como patricio ó protector de los romanos, el juramento de fidelidad y los sinceros testimonios de su obediencia. Delegó el Monarca con este objeto á Engilberto, abad de San Riquier, varon de los mas recomendables de su tiempo por las grandes dignidades que ocupó en la monarquía, por su erudicion, por la que le llamaron el Homero, y por los talentos agradables que le hicieron el caballero mas amable de la corte, y sobre esto, por la conexion con la Princesa Berta hija de Carlo-Magno: en fin por su retiro del mundo, y por aquella sólida y constante piedad con la que logró que le colocaran en el número de los Santos. Tales ministros tenia aquel sabio Monarca.

La respuesta que encargó á Engilberto estaba concebida en estos términos (1): „habiendo recibido con vuestras letras el decreto de vuestra eleccion, nos hemos regocijado mucho por la unanimidad con que esta se hizo, y tambien por tributaros la fidelidad y obediencia debida. Estaba todo ya dispuesto para enviar á vuestro antecesor de santa memoria por Engilberto, uno de los mas amados vasallos, los despojos que el Dios de los egércitos se ha servido

(1) *Alcuin. Epist. 34.*

concedernos contra los bárbaros enemigos de su nombre, cuando me llegó la noticia de la pérdida que no ceso de llorar. El Apóstol dice que nadie se aflige por la muerte de sus amigos, pero yo no llo-ro al Papa Adriano, y estoy convencido que vive con Jesucristo; mas como yo le estimaba tanto, no puedo hablar de él ni recordarlo sin verter lágrimas. Vos, digno sucesor de este digno Pontífice, podeis moderar la amargura de mi pena, concertando segun sus intenciones con Engilberto lo mejor que se puede hacer para la exaltacion de la Iglesia de Dios, de la santa dignidad que teneis, y del verdadero honor de mi patriciato. Yo deseo conservar con vuestra Santidad la intimidad misma que con vuestro antecesor, para que siempre caiga sobre mí la bendicion divina, y la santa Sede sea defendida con todo el poder. Pues á mí me toca sostener con el auxilio divino la santa Iglesia de Jesucristo en todas partes: á mí me toca defenderla contra las irrupciones de los infieles que están fuera de ella, y fortificarla en lo interior manteniendo en ella la basa de la fe y la observancia de los santos cánones. Y vos, Santísimo Padre, alzaris entre tanto como Moisés las puras manos dirigiendo vuestras oraciones al cielo para que bajo el imperio de Dios que es nuestro primer Señor logre el pueblo cristiano siempre la victoria contra todo género de enemigos suyos, y para que el nombre de Jesucristo sea dignamente glorificado en toda la tierra.” Los despojos de los bárbaros de que se habla en esta carta consistian en los tesoros

que los gentiles del ejército habían traído de la Pannonia, saqueando la capital de los hunos; y el Rey enviaba una parte considerable al Papa Leon, quien tan solo así pudiera hacer frente á las maravillosas empresas de su caridad.

Además de la carta que Engilberto debía poner en manos del Papa, había confiado Carlo-Magno á este abad una instrucción secreta por la que notamos que este gran Príncipe ocupado en el gobierno de la mitad del mundo, no se manifiesta solamente cristiano y virtuoso, sino también varón capaz de dar á los estados las más santas lecciones de la sublime perfección á que deben aspirar. „Si place á Dios, le dice, que lleguéis con buena salud á ver al Pontífice apostólico nuestro Padre y Señor en Jesucristo, cuando en vuestras conversaciones con él tengáis ocasión, hacédle presente el modo con que se debe vivir en una plaza como la que ocupa, y cuanto interesa al gobierno de la Iglesia la conservación de las santas reglas. Mas para obrar esto con más eficacia, estudiad bien la disposición de su espíritu, representándole con frecuencia y con destreza lo poco que ha de durar la elevación en que se vé en esta vida, y el grande galardón destinado para siempre á los ministros fieles que cumplen con tan sagrados deberes. Dios, querido Engilberto, gobierne vuestra lengua y el corazón de Leon, y que este se muestre digna Cabeza de la Iglesia: que sea para nosotros buen Padre, y que el Padre común que tenemos en el cielo cuyo lugar ocupa en la tierra, le

conceda gobernarnos tan bien en los días que nos quedan de vida, que por último nos gocemos con la ventura que jamás ha de tener fin.”

45. Mostraron los Reyes ingleses con igual energía su afecto á la santa Sede (1). Luego que el Rey Quenulfo supo la elección de Leon III, le escribió sujetándose á la misma dependencia que Ofra su antecesor en el reino de los mercienses, y rogándole que le mirase como á su hijo adoptivo. Logró el restablecimiento del arzobispado de Cantorberi con todos sus derechos primitivos, así en cuanto á la ordenación y confirmación de los obispos como en cuanto á los monasterios; porque el Rey difunto había derogado algunos estatutos por su enemistad con el arzobispo Lamberto. Celebróse sobre este asunto un concilio en Becancel, y Quenulfo por el mismo tiempo reunió otro para restablecer la disciplina en Finchal en el país de Nortumberland, cuyo reino quedó estinguido en 794 con la muerte del Rey Etelberto. Poco antes habían desembarcado en Inglaterra los normandos ó dinamarqueses, principiando á representar las escenas de horror que presto veremos desolar todas las costas del Occéano, tales como el robo, los incendios, y los desórdenes de toda especie que suministraban amplia materia de reparación al celo del Rey y al de los obispos.

46. No dieron los cristianos de España menos contento al Papa Leon que los de Francia y los de Inglaterra (-). El primer año de su pontificado fue el

(1) *Tom. 7. Concilior. pag. 1109.* (2) *Sebast. Salm. pag. 31.*

tercero del reinado de Alfonso el Casto, así llamado por haber guardado continencia con su esposa Bertinalda, natural de Francia. Alfonso era muy digno por esto de la protección del cielo contra la lascivación de los árabes, y en efecto les ganó una victoria de las más extraordinarias por la multitud de infieles que mordió el polvo en el campo de batalla, y por las muchas plazas que les quitó, siendo una de ellas Lisboa. Dedicóse este Monarca mucho más á reconstruir las ciudades arruinadas, que á estender su dominio por las provincias casi desiertas que no podría repoblar sin arruinar sus estados que eran muy limitados todavía. Salió vencedor en muchas batallas en los cincuenta y un años que reinó; y aunque tuvo algunos reveses, no bastaron estos á despojar á los cristianos de España del ascendiente que este Rey les dió sobre los infieles; y así debe notarse que el poder de los españoles siempre fue de aumento desde esta época. En tan feliz reinado se descubrió el cuerpo santo y milagroso del Apóstol Santiago el mayor, que es venerado en Compostela, en donde Alfonso edificó una iglesia en honor de este Apóstol; y como su piedad igualaba á su valor, levantó otras muchas, siendo la principal la de Oviedo. Depositó en esta el arca famosa que contenía las reliquias que desde el tiempo de la invasión de los sarracenos se llevaron consigo los antiguos cristianos de España, mirándolas todos como la salvaguardia de sus nuevos estados. Estableció su corte cerca de este depósito sagrado, y fue el primero que puso su residencia en Oviedo.

47. Distaba mucho en oriente la corte de presentar tan edificantes ejemplos; porque al escándalo del adulterio y de una torpeza desenfrenada, se unieron el de la perfidia, el de la rebelión y el del parricidio. Irene, que elogiaba públicamente la pasión del Emperador su hijo, no cesaba de quitarle el crédito á escondidas ni de robarle el afecto de sus oficiales. La máscara de devoción y desinterés con que disimuladamente se encubría, la suministró medios de levantar un partido contra un Príncipe poco hábil, mal servido y en un todo entregado á sus locos amores. Formóse lentamente la conspiración, y se ejecutó con prontitud: arrestaron al Emperador de repente, y le dejaron ciego (1). Irene salió de su palacio con los cabellos sueltos, derramando arroyos de lágrimas, y ofreciendo vengar la muerte de su hijo. Para ganar al pueblo por otro camino más seguro le libertó de los impuestos, y la proclamaron de nuevo Emperatriz. Llamó los monges que estaban desterrados por haber defendido la fidelidad conyugal: y San Platon y San Teodoro lograron más veneración que nunca, á pesar de que huyeron de las honras y se restituyeron apresuradamente á su soledad. Tuvieron poco después que abandonar el monasterio de Saccudion para librarse de los insultos de los musulmanes, que hacían correrías hasta las puertas de Constantinopla. Pidieron la Emperatriz y el patriarca á Teodoro por favor que se estableciese en la misma ciudad y en el monasterio de Estudio, así llamado por su fundador

(1) *Theoph. ann. 7. pag. 598.*

que era patricio y cónsul. Principiaba á restablecerse esta casa arruinada en la persecucion de Coprónimo, pero no contaba mas que doce monges. Llevó Teodoro sus discípulos que ascendian al número de mil, y formaron la mas célebre comunidad de aquella corte, dando al santo abad el sobrenombre de Estudita. Recelando San Platon que le obligasen á volver á tomar en parte por lo menos el gobierno de una institucion tan importante, abrazó la vida de recluso; y con una humildad que traspasaba el corazon, este anciano encanecido en los ejercicios de la vida perfecta, hizo voto de obediencia á su sobrino Teodoro en presencia de muchas personas llamadas espresamente para presenciar este acto, é inmediatamente se encerró en una celda muy estrecha y muy incómoda, encadenándose un pie y teniendo tan oculta la cadena que casi ninguno lo conoció (1). Ocupábase perpetuamente en meditar las cosas eternas, y en el trabajo de manos, y cuando mandaban algunos consejos saludables á los hermanos que le iban á consultar.

48. Para disculparse Irena de su odiosa resolucion, envió embajadores con algunos presentes para Carlo-Magno. Reclamaba que habiendo formado esta tantas quejas de ella, se valdria de esta ocasión para apoderarse del resto de la Italia. Pero este Príncipe ilustrado dejando á Dios el castigo de los que no tienen otro juez, empleó todo su esfuerzo en aterrar la audacia y rebeldia en la persona de dos parricidas

(1) *Vit. S. Plat. cap. 6.*

que osaron poner sus manos sacrílegas en la primera Cabeza del mundo cristiano (1). Dos perversos sacerdotes, los únicos que eran capaces de tales atentados, Pascal, primicerio de la iglesia romana y Campulo su tesorero, ambos parientes del difunto Pontífice Adriano, asaltaron con una tropa de malvados al Papa Leon que salia á caballo de la iglesia de Letran, y arrojándole por tierra le maltrataron con furor, é hicieron cuanto pudieron por arrancarle la lengua y los ojos. Lleváronle al monasterio de San Silvestre en donde repitieron sus crueldades para que careciese de la vista y de la lengua; bien que poco despues recobró una y otra en Spoleto, á donde le condujo el duque Vinigiso que habia volado con sus tropas á defenderle. Dan los autores y los personajes mas graves de aquel tiempo por milagrosa esta curacion, con tal conformidad sobre el hecho y las circunstancias, que no puede desmentirlos la crítica imparcial. Teodulfo de Orleans dice: „es milagro que el Papa continúe en ver y hablar, si sus asesinos egecutaron el proyecto deseado de cortarle la lengua y sacarle los ojos; pero si habiendo tenido en su poder por tanto tiempo al Pontífice, no hubieran practicado su intencion, este seria otro milagro mas difícil de creer.”

49. Desconsolado Carlo-Magno por el ultrage del Padre comun de los fieles, envió sin dilacion una embajada al Papa. No podia este recibir mayor consuelo, y así resolvió ir á ver á su generoso defen-

(1) *Eginard. Loisel. Coint. ann. 799. Theoph. ann. 7. Constant.*

sor. El Rey salió á aguardarle á Paderborn, y desde allí envió á su hijo Pipino á recibirle con el archicapellan Hildebaldo, el conde Anschairo y otros muchos señores á la frente de una numerosa guardia. Salió Carlo-Magno al encuentro de su Santidad á alguna distancia de la ciudad, seguido de todo su ejército y precedido del clero en orden de procesion. Al divisar al Pontífice hizo el Rey alto, distribuyó sus tropas en tres cuerpos, y él se puso al frente del centro. El clero se dividió en tres coros, y cuando llegó Leon los eclesiásticos y la gente de guerra se postraron por tres veces, y en cada una decia el Papa una oracion. El Rey y el Pontífice se adelantaron cada uno por su lado para abrazarse, lo que no pudieron verificar sin verter lágrimas. Entretanto los franceses que no podian apartar sus ojos del Pontífice, y le veían hacer uso de su vista y de su lengua, porque entonó inmediatamente el himno *Gloria in excelsis*, no salian de su admiracion, recordando la crueldad con que le habian tratado. Dirigiéronse, pues, como en triunfo á la iglesia, en donde tributaron á Dios solemnnes gracias antes de pisar el palacio.

Durante la estancia del Papa Leon en Paderborn, consagró la bella iglesia que el Rey habia levantado en esta ciudad, y puso en ella algunas reliquias de San Estévan que sacó de Roma, para librarla del furor de los bárbaros que repetidas veces la habian reducido á cenizas. Antes pertenecia al obispado de Wirsbourg, pero ya por la distancia y por haberse

multiplicado los fieles la habian dado su obispo, siendo el primero Hatumarc, que aunque bárbaro de origen, habia mudado de naturaleza con la vida de la gracia. Habia estado desde niño en rehencos con Carlo-Magno, y se aprovechó con tal felicidad de la ciencia y la virtud, que no hallaron otro mas digno de este importante ministerio. Reconocian esta silla y la de Wirsbourg por metrópoli á Maguncia.

50. Por este mismo tiempo fue nombrado Teodorico primer obispo de Esclavonia, que venia á ser obispo de los pueblos en parte hunos y en parte esclavones que habitaban al oriente del obispado de Saltzburgo, hasta donde el rio Drave entra en el Danubio (1). El Príncipe Pipino, hijo de Carlo-Magno, habia dilatado hasta allí el imperio francés con sus victorias contra los hunos, y se aprovechó el Monarca de la vacante de la silla de Pasau por muerte del arzobispo Valderico, para lograr á la iglesia de Saltzburgo el título de metrópoli de Baviera que antes habia gozado. Encargó al mismo tiempo al nuevo arzobispo llamado Arnon que fuese á las tierras conquistadas á establecer ó afirmar la Religion; lo que admitió Arnon con gusto prodigando muchos beneficios y observando que se podian esperar mayores frutos si hubiese un obispo destinado para aquellas gentes. Consagró pues á Teodorico, le llevó allá y le dió poder para levantar y consagrar iglesias, instituir en ellas ministros, y prescribir la disciplina conveniente sin mas limitacion que el que reconocie-

(1) *Vit. S. Rup. ap. Canis. tom. 6.*

se la superioridad de la silla de Salzburgo. Arnón prosiguió á pesar de esto trabajando cuanto podia en esta abundante cosecha: sabia grangearse de un modo admirable la confianza de los grandes y del pueblo, y habia conseguido tal autoridad que hacia de ellos lo que queria. No solo escribia cartas elocuentes, sino que con solo presentar su nombre adivinaba cómo habia de conseguir sus fines y hacer amable el Evangelio. Cuando asistia á las juntas en que se presentaban los principales de aquellas poblaciones con un fausto bárbaro y con multitud grande de esclavos, sabia distinguir entre ellos los que ya eran cristianos. Convidábalos á su mesa, y él mismo les daba de beber en copas doradas, al mismo tiempo que sus señores, si aun eran paganos, se quedaban fuera como olvidados, bien que con vino y viandas, pero sin que ninguno les escanciase el vino ni les sirviese. Preguntaban ellos la causa de esta diferencia, y respondia: por estar como estais contaminados con vuestras culpas y con la impureza de la idolatría no sois dignos de comunicar con los que han sido purificados en el baño de la salud. Poníanles estas lecciones, acomodadas á la dureza de sus genios, deseos de instruirse en la Religion cristiana y de pedir con ansia el bautismo.

51. El obispo Arnón conocia el arte de penetrar los corazones, y siendo propio para los asuntos mas delicados y capáz de tratar con las personas de mérito y de primera clase, le nombró en el año 799 Carlo-Magno comisionado de su confianza para con-

tener los alborotos que Pascal y Campulo fomentaban. No habian estos dos malvados conseguido la perdicion de Leon por medio de la violencia, é intentaron calumniarle y acusarle formalmente sobre el gobierno temporal, y enviaron un libelo al Rey; pero este lo despreció (1). Estaba convencido de que si daba á entender que detenia el curso de la justicia, pudieran resultar funestos inconvenientes, y que así era necesario sobrellevar á los italianos poco antes sometidos á su corona; envió, pues, con Arnón otros prelados y señores, hasta siete obispos y tres condes. Examinaron estos con detencion el punto, y vieron que el Papa era en todo inocente, y remitieron al Emperador en última apelacion el juicio; con esto los acusadores vinieron á ser los acusados. El Papa Leon tornó á entrar en Roma como en triunfo: el clero, los señores, el senado, la milicia, y hasta las religiosas salieron á recibirle, llevando estandartes y cantando salmos.

El Rey en el año siguiente emprendió su cuarto viage á Roma, y le salió al encuentro el Papa á cuatro leguas de la ciudad. Agolpóse tambien el pueblo celebrando los hechos del Rey en todas lenguas; porque en esta gran ciudad, reputada por patria comun de los cristianos, siempre habia un número considerable de todas las naciones del universo. No cesaron las aclamaciones y gritos de alegría hasta que el Monarca se apeó del caballo á la puerta de San Pedro.

(1) *Anast. in. Leon. III.*

Acompañado el Papa de los obispos y de solo el clero, le recibió en las gradas: le dió la bendición y le introdujo en la iglesia. Reunió Carlo-Magno algunos dias despues en el mismo lugar los obispos, los abades, y el clero con la nobleza francesa y romana. Sentáronse el Papa y el Rey, y mandaron tomar asiento á los obispos y abades, quedándose en pie los sacerdotes y los señores. Anunciaron que era el objeto de esta asamblea el examen de la causa del Papa, pero nadie se presentó á sostener las acusaciones. Los prelados que formaban un concilio particular y de poco número, temieron hacer de jueces, y dijeron con respeto: „nosotros no nos atrevemos á juzgar á la Silla apostólica, Cabeza de todas las iglesias: esta santa Sede y su Pastor son los que á todos nos juzgan: esta es la antigua costumbre. Y yo, añadió el Papa, quiero seguir las pisadas de mis antecesores y sincerarme de estas acusaciones falsas.” Reuniendo de nuevo al dia siguiente el clero y los señores, tomó el libro de los Evangelios, subió al pulpito y pronunció en alta voz este juramento: „yo Leon, Pontífice de la santa Iglesia romana, *motu proprio*, y con libre voluntad, juro delante de Dios que está leyendo mi alma, en presencia de sus ángeles, del bienaventurado Apóstol San Pedro, y de todos los que me oís, que no he egecutado ni mandado egecutar las acciones criminales que me imputan: invoco por testigo al Rey Supremo, en cuyo tribunal hemos de presentarnos todos, y cuyos ojos leen ahora nuestros pechos. Obro así sin ser obligado por ley alguna, y

no quiero que este egemplo sea de consecuencia para mis sucesores.”

52. Mas que satisfecho Carlo-Magno con esta acción, que consintió no tanto por convencerse quanto por la pública edificacion, ya no pensó mas que en restablecer la calma; y esto lo hizo con tal prudencia, bondad y dignidad que no sabia Roma como manifestarle su reconocimiento y obediencia. Resolvió el Papa de acuerdo con los principales señores proclamarle Emperador de occidente, para lo que solo le faltaba el título; pues así por los derechos de nacimiento como por los de conquista era en verdad dueño de las Galias, de la Germania, de las vastas regiones del norte, á las que no habian llegado las armas romanas; de la Panonia, de parte de España, de la Lombardia, y por último de Roma, corte de los césares y de su imperio. En quanto á los respetos de atencion se habia degradado la magestad de la nueva Roma, pasando á las manos de una muger que habia envilecido su propia persona, despojando indignamente de la vida á su hijo y su Emperador. Estaban de acuerdo en esta resolucion el clero, la nobleza, el pueblo romano y todos; pero la tuvieron igualmente secreta, ó porque recelaban que la inutilizase la modestia del Monarca tan indiferente á las honras como digno de merecerlas, ó porque pretendian que fuese mas honorífica esta elevacion, portándose de modo que ninguno pudiese sospechar que la habia solicitado.

En resolucion; el dia de la Natividad del año de

800, deseando el Rey ir á los oficios que se celebraban en la basílica de San Pedro, le rogó el Papa que se vistiese de patricio para regocijar al pueblo romano al ver el Soberano de tantos estados en aquel día grande con los ornamentos de protector de Roma. Desnudándose el Príncipe el traje ordinario, vistióse una túnica larga con un manto rozagante, el cual levantado por un lado venia á unirse en el hombro izquierdo. No pudo contener su gozo el pueblo al verle, y prorrumpió en largas aclamaciones. Cárlos entró en la iglesia y se arrodilló: entonces en la asamblea mas augusta que pudo formar el universo, y en presencia de Cárlos su primogénito, de Pipino, su hijo segundo Rey de Italia, y de las Princesas sus hijas, es decir, de toda la familia real á escepcion de Luis, Rey de Aquitania, á quien habia dejado en Francia; á vista de toda la principal nobleza del occidente, del inmenso pueblo y de un poderoso ejército, el Papa vestido de pontifical para celebrar los divinos misterios, se acercó al Monarca y le puso en la cabeza una corona de brillante pedrería, siendo al punto aclamado á una voz por todas las órdenes de ciudadanos. *Vida y victoria á Cárlos Augusto, grande y pacífico Emperador de romanos, coronado por la mano de Dios.* Repitieron por tres veces estas voces con las mas vivas espresiones de alegría (1). Sorprendióse Carlo-Magno, y aun se mostró ofendido; protestando altamente, que si de esto hubiese tenido la menor sospecha no hubiera ido á la iglesia

(1) *Vit. Carol. M. per Eginard. pag. 103.*

aquel día apesar de ser una festividad tan solemne. Prosignió el Papa ungiendo primero al Monarca, despues á Cárlos su primogénito, y siendo el primero que le tributó homenaje. Celebráronse los santos misterios, y poco despues Carlo-Magno que habia llevado de Francia lo mas precioso de sus tesoros, prodigó tales riquezas á la Iglesia que dan causa para pensar que en su reinado no eran menos comunes que hoy el oro y la plata. Este héroe habia reconquistado de poder de los bárbaros los ricos despojos que ellos sacaron de Roma, y creyó su piadosa generosidad que debia restituirlos á las iglesias que ellos habian despojado. Importaba doscientas libras el peso del oro empleado en vasos y otros sagrados ornamentos, pero seria difícil calcular el peso de la plata, y aun mucho mas señalar su valor á la pedrería.

53. Carlo-Magno llevaba por objeto principal en este viage vengar el atentado contra la persona del Vicario de Jesucristo, castigando á los culpados con tal rigor que quitase las ganas de repetir semejante escándalo. Formóse, pues, el proceso de Pascal y de Campulo, y se les hizo comparecer en presencia del Emperador, de los prelados y los señores legos. Echábanse la culpa los dos malhechores el uno al otro, y se reconvenian mutuamente: fueron condenados á muerte segun la ley romana. Pero intercedió por ellos el Papa Leon, y pidió que la pena de muerte se conmutase con la de destierro: el Emperador que no era sanguinario otorgó esto tanto á la generosidad del ofendido como á la amistad que habia profesado al

Papa Adriano, de quien los culpados eran parientes.

Llegó á Constantinopla la noticia de que los romanos habian proclamado Emperador á Carlo-Magno, y concibió grandes sospechas la Emperatriz Irene de perder á lo menos la Sicilia; y la parte de Italia que aun poseía. Envió, pues, embajadores al nuevo colega con pretesto de felicitarle por el mismo título que causaba sus recelos; pero debemos creer que estos ministros tenían una comision mas delicada é importante si se ofrecia ocasion de cumplirla. Era esta proponer el enlace de la Emperatriz de oriente con el Emperador de occidente, ó por lo menos significarle la inclinacion de Irene en este punto (1). Envió Carlo-Magno tambien una embajada á Constantinopla, y la pasion ó política de Irene parecieron satisfechas de modo que se lisongeaba con la feliz reunion de los dos imperios.

54. Pero Nicéforo, patricio y tesorero mayor, sublevó los grandes, descontentos porque cercenaban sus pensiones para aminorar los impuestos, y granjearse el afecto del pueblo. Este inconsecuente vulgo siempre engañado, se reunió con los señores. Arrestaron á la Emperatriz y la desterraron á la isla de Lesbos, en donde espiró poco despues, habiendo reinado sola cinco años.

55. Subió Nicéforo al trono en 31 de Octubre de 808 á vista de los embajadores de Francia, que fueron testigos de una revolucion que no aguardaban. Procuró quanto pudo aminorar el horror que les pu-

(1) *Theoph. ann. 1. Niceph.*

diera inspirar su perfidia contra su bienhechora, manifestándoles que habia preservado al Emperador de la víbora que queria abrigar en su seno, enlazándose con la que habia despojado de la vida á su hijo, la que hubiera sido tan buena esposa como madre. Manifestaron estar satisfechos los embajadores que se veian en poder del tirano. Por otra parte, Carlo-Magno que al paso que hacia la guerra con valor la odiaba y ansiaba la paz en la decadencia de su edad para moderar las costumbres de otras naciones de nuevo convertidas, y nivelarlas á la pureza del Evangelio y á la policia del estado, pensaba tambien disponer de su sucesion de modo que no hubiese guerra civil ni discordia entre los dos Príncipes sus hijos. Eran sumamente favorables todas estas consideraciones á las miras de Nicéforo, quien envió sus embajadores con los de Francia, y concluyeron un tratado en virtud del cual Carlo-Magno y Nicéforo habian de tomar el nombre de Augustos, llamándose Carlo-Magno Emperador de occidente, y Nicéforo Emperador de oriente. Todo el pais de Italia, desde el Vulturno hasta el mar de Sicilia, perteneceria á los Emperadores de oriente, y todo lo demás, con las dos Pannonias, la Dacia y la Dalmacia, al imperio de occidente.

Libertóse así Nicéforo de un enemigo tan terrible, aunque no por eso se tranquilizó en sus propios estados: porque era iconoclasta y maniqueo, y le hicieron odioso á sus vasallos sus costumbres tan depravadas como sus principios. No habia reinado aun un

año, cuando obligaron sus tropas á Bardanes, llamado el Turco sin que conozcamos la razon, á tomar el título de Emperador; pero era un hombre de buenos sentimientos, porque encontrando resistencia en Constantinopla le dio horror el considerar que iba á ocasionar muchas muertes y desórdenes, y así se retiró á un monasterio que habia levantado y tomó el hábito de monge. Violaron algunos días despues aquel asilo unos desconocidos, y sacaron los ojos á Bardanes. Nicéforo que era escelente en la hipocresía juró vengarle, pero no practicó diligencia alguna. El patriarca Tarasio murió, y el Emperador al mismo tiempo que fingia grande celo de que se observasen los cánones, mandó elegir un lego llamado como él Nicéforo, que habia sido secretario en el reinado antecedente. Su virtud y talentos le hacian digno de aquella elevacion, y así le recibieron con aplauso el clero secular y regular y todos los órdenes del pueblo. Opusieronse tan solo los abades Teodoro y Platon con su celo acostumbrado de que se observasen á la letra los santos decretos, pues esto debía prevalecer segun ellos sobre los felices presagios de tener un obispo digno, que muchas veces son imaginarios y siempre son equívocos. Anteveían tambien en esta dispensa el riesgo de una verdadera relajacion, y de ciertos artículos de condescendencia que del todo destruyesen la disciplina. Tratóse con efecto de restablecer al sacerdote José, depuesto por el patriarca Tarasio por haber celebrado el casamiento adulterino del Emperador Constantino con la famosa Teódota. Amá-

bale mucho el Emperador Nicéforo, porque habia influido en la resolucion que tomó Bardanes de renunciar el imperio. El nuevo patriarca recibió pues á José en la iglesia catedral, y le permitió celebrar el santo sacrificio. Congregáronse luego algunos obispos, y aprobaron la eleccion del patriarca.

56. El abad Teodoro en su nombre y en el de San Platon su tio, dió á luz sobre este punto un escrito en estos términos (1): „los prelados deben celebrar sus reuniones, mas para sostener los cánones que para anularlos; porque si su poder fuera arbitrario, pronto se destruiría el Evangelio, pues cada uno podria substituir nuevas reglas á las de Jesucristo y de los Apóstoles. Muchos, añade, opinan como nosotros y hablan así; pero esto lo hacen á la sombra del secreto como discípulos nocturnos que no osan acompañar á Jesucristo de dia. Al siervo fiel, ¿qué le importa la conducta que observan los cobardes? Nosotros toleraremos todas las injurias y la misma muerte antes que aprobar el delito, comunicando con el culpado. Ya que Dios nos ha otorgado la gracia de que no nos doblásemos en el reinado de un Príncipe adúltero, el cielo nos preserve de hacer traicion á la verdad y perder nuestras almas en el de un Soberano que anuncia las virtudes.” Logró este valor del santo abad que se declarase grande número de monges y de simples fieles; y así se formó en Constantinopla una especie de cisma, en que las personas devotas y una multitud de hombres de bien

(1) *Lib. 1. Epist. ep. 21. 22. et 31.*

se mantuvieron firmes por la pureza del Evangelio y la defensa de los santos cánones contra el partido de la corte y de los grandes.

Quitóse con esta ocasion el Emperador Nicéforo el velo de la hipocresía, y cometió las mayores violencias contra las personas mas santas que existian en su imperio. Los soldados trataron indignamente al santo abad Teodoro, y le espulsaron de su monasterio. Pusieron con grillos en una cárcel á San Platon, que por su edad y edificante vida era venerado como un ángel sobre la tierra. Dispersaron á los monges de Estudio y á los mas fervorosos de otras comunidades por diferentes monasterios, en donde por complacer á la corte los trataron aun peor de lo que esta pretendia.

57. El abad, porque no se reputase en él tenacidad la oposicion á muchos obispos, recurrió á la Cabeza universal de la Iglesia, y escribió al Papa Leon III en estos términos (1). „Pues que Jesucristo concedió á Pedro la dignidad de Cabeza de los pastores, al sucesor de Pedro, como nos lo enseñaron nuestros padres, se deben delatar todos los errores nuevos que se levantan en la Iglesia.” Quejóse despues de los dos concilios reunidos en Constantinopla, así para restablecer al sacerdote José como para condenar á los que se oponian á este restablecimiento. „Ellos, añade, han declarado que el matrimonio infame de Constantino se contrajo por dispensa: que cada obispo es dispensador arbitrario de las leyes y

(1) *Ibid.* ep. 33.

dueño de los cánones: por último, que con los Emperadores no se deben observar rigurosamente las leyes divinas, lo que equivale á justificar el delito por medio de la heregía. Ahora bien, si nuestros obispos no han rehusado celebrar un concilio herético por sola su autoridad, siendo así que ni un concilio católico debian reunir furtivamente y sin vuestra noticia segun la antigua costumbre, ¿cuánto mas útil y necesario será que vos congregueis otro diferente para condenar su error?” El Sumo Pontífice aprobó el pensamiento y la conducta de Teodoro, y condenó á los que pretendian autorizar un matrimonio contrario á los cánones y á la ley divina.

58. Algunos años despues de esta persecucion murió San Platon en una edad muy avanzada, tan debilitado por sus mortificaciones voluntarias y por los malos tratamientos que no se podía sostener, ni aun para asistir al oficio divino que era lo que mas sentia. Habíale obligado á dejar la vida de recluso; pero él supliendo el mérito del retiro con el del apostolado hasta la última respiracion, no cesó aunque recostado é incapáz de movimiento de instruir, exhortar y consolar á los hermanos. Redobláronse sus males durante la cuaresma, y aunque este era tiempo de grande retiro fueron muchos monges de fuera á visitarle. Sin embargo de las divisiones precedentes, le visitó el patriarca Nicéforo al frente de su clero, le abrazó y le pidió el auxilio de sus oraciones. Perdonó generosamente el santo enfermo á cuantos le habian perseguido, y oró públicamente

por ellos. Cayó por último en una debilidad en que ya solo podia mover los labios, y esforzándose á cantar un himno de la Resurreccion, espiró el dia 19 de Marzo de 813.

59. Descollaba en occidente otro modelo no menos admirable, San Benito de Aniano, hijo del conde Maguelon, el que desde su juventud habia servido al Rey Pipino: llegó á ser copero de este Principe, y despues de su muerte logró mucho favor en la corte de Carlo-Magno (1). Intentó desde entonces abandonar el mundo; pero solo se lo declaró á un hombre santo, llamado Vitmar, egercitándose tres años enteros en ayunos, vigiliass y silencio. Viéndose por último en su pais en peligro de muerte, confirmó con voto su resolucion; y dispuesto todo para egecutarla, partió como si hubiera de volver á la corte. Detúvose en el monasterio de San Seine en Borgoña, despidió sus gentes y abrazó la vida monástica. Eligiéronle á los cinco años abad por su singular virtud; y no pudiendo comunicar todo su fervor á los monges, se avistó con su querido Vitmar, y levantó con algunos otros solitarios un monasterio pequeño en una tierra de su patrimonio cerca de Montpelliér, en la ribera de un arroyo llamado Aniano del que tomó el nombre. No se contentaba con observar la regla de San Benito en todo su rigor, sino que se alimentaba con un poco de pan, agua y leche, hebiendo vino solamente los domingos. Fue este monasterio en sus principios de tanta pobreza,

(1) *Act. SS. Bened. tom. 5. pag. 194.*

que se notaba hasta en la iglesia cuyos vasos sagrados eran de madera y de vidrio; pero en poco tiempo fue magnífico por las liberalidades de los señores del pais y del mismo Rey. San Benito recibia las tierras que le daban, pero siguiendo el egeemplo de la humanidad evangélica que los solitarios mas dignos habian puesto en uso en las iglesias de oriente, que consistia en rescatar los esclavos y cultivar los campos por su mano y con sus religiosos. Era de un desinterés y hondad de alma que sin duda tuvo mas admiradores que imitadores; porque preferia perder los bienes que le habian robado, á causar daño al ladron pidiéndolos por justicia. Encontró un dia que iba de viage á un pasajero montado sobre un caballo que habia hurtado al monasterio. Principió al instante el hermano que iba con él á gritar al ladron; mas el Santo le impuso silencio diciendo, que hay muchos caballos que se parecen unos á otros, y despues añadió: bien conocí yo el caballo, pero no quise perder á ese infeliz.

Incitó el egeemplo de este santo abad á otros santos personajes á que fundasen comunidades religiosas, que tuvieron á mucho honor arreglar su vida á sus santas instrucciones. Él las servia de padre y de madre, y las asistia en lo temporal y en lo espiritual repartiendo por todos los monasterios del pais lo que recibia con abundancia de las liberalidades de los Reyes y de los fieles; de modo que le llamaban el sustentador de los monges de Gothia y de la Novempulania, esto es, de Provenza, Langüedoc y Gascu-

ña, y generalmente padre de todos los pobres. El noble y grande carácter de su caridad hacia que los fieles le eligiesen para distribuidor de todas sus limosnas.

Acudían los prosélitos todos los días á Aniano, y ascendiendo el número de los monges á mas de trescientos, se vió obligado el abad á levantar una nueva casa que tenía cien codos de largo y veinte de ancho, y con el tiempo se contaron en ella mas de mil religiosos. Le fue necesario preparar otros monasterios pequeños que despues se llamaron prioratos, á los cuales concedió superiores. Luis, Rey de Aquitania, ó del país que se dilata desde el río Loira hasta los Pirineos, le entregó tambien muchos monasterios en Auvernia, Poitú y Berri para que descargase el de Aniano, el que por la esterilidad de aquel suelo era demasiado numeroso. Colocó Benito un abad en cada una de aquellas casas, reservando para sí la inspección ó superioridad general. Pidiéronle bien pronto de todas partes sugetos formados de su mano para restablecer la disciplina monástica en todas las provincias. Envió hasta veinte á Leidrado, arzobispo de Leon, para su monasterio de la Isla-Bárbara: Alcuino logró otros tantos para fundar la abadía de Cormeri; y aunque Teodulfo de Orleans no pudo conseguir mas que cuatro para la de Missi, arruinada con las guerras y ocupada por algunos hombres y mugeres del mundo, la virtud de aquellos hombres pudo tanto que presto se instituyó una comunidad numerosa y edificante.

60. El monasterio de Gelona ó de San Guillermo del desierto, llamado así por haberle fundado Guillermo, duque de Aquitania, y aun mas por haber sido su retiro, á donde llevó la piedad de solitario á tan alto grado como habia llevado en el siglo el valor de héroe, fue la colonia mas ilustre de Aniano (1). Era de la principal nobleza, hijo del conde Teodorico y por parte de madre nieto de Carlos Martel. Agradó á Carlo-Magno por su valentía y su prudencia, sostenida del buen aspecto y ventajosa talla; ó por mejor decir ganó tanto su estimacion, que este Monarca, de un discernimiento exquisito, le confió la comandancia militar condecorándole con el gran título de duque de Aquitania, y enviándole á la frente de sus mejores tropas contra los sarracenos que ya habian tomado á Orange. Llenó Guillermo las esperanzas de su Soberano, tornó á tomar la ciudad, y ganó contra los infieles repetidas victorias tan decisivas que no osaron fijar el pie otra vez en el país. No se señaló menos en las prendas pacíficas que en las de la guerra, procurando reparar los estragos de esta. Trabajaba sin cesar en los negocios públicos, tomaba conocimiento en todas las diferencias, y hacia observar las leyes no solo al pueblo sino tambien á los señores, no permitiendo que abusasen de su poder contra los débiles, de los cuales se mostraba en todas las ocasiones protector y padre. Su religion igualaba á su justicia, sus limosnas eran inmensas, y

(1) *Act. SS. Bened. tom. 5. Vit. S. Guill. = Bolland. 23. Maji.*
TOM. IX. 49

sobre esto cuidaba en particular de las personas y de los lugares consagrados al Señor.

Resolvió fundar un monasterio cuyo fervor correspondiese á la santidad de sus intenciones , y fue á ver al abad de Aniano que era su amigo y su director para que le diese algunos religiosos. El los estableció en Val-Gelon en los montes del territorio Lodove á una legua de Aniano : les dió grandes dominios y les edificó las piezas regulares , como el oratorio, el dormitorio , el refectorio , el noviciado con su enfermería , tahona y una hospedería. Tenia el duque Guillermo dos hermanas tan devotas como él ; la una se llamaba Albana y la otra Bertrana , las que consagró al Señor aunque ya adultas por el grande deseo que tenian de ofrecer su virginidad. Levantaron éstas un convento pequeño cerca del monasterio grande.

Movióle mucho la generosidad de este sacrificio: se avergonzaba de ceder en valor á estas delicadas mugeres , y por último hallándose en el mas alto grado de gloria y prosperidad temporal , y cuando gozaba á la sombra de sus laureles la abundancia y el descanso que habia procurado á todo el pais ; rico, querido y honrado de todos , siendo el favorito del Soberano , ó para decirlo mejor , el objeto mas digno de su estimacion y su amistad , teniendo muchos hijos y una esposa virtuosa que se esmeraba en agradarle , se resolvió á hacer al Señor el sacrificio de todos los placeres y de la gloria del siglo. Le pareció que nada debía egecutar sin dar parte á Carlo-

Magno , como á su Emperador y aun mas como á su amigo. A la primera proposicion no pudo el Emperador contener las lágrimas ni oponerse á las inspiraciones del cielo , y así puso todos sus tesoros á la disposicion del duque diciéndole , que sacase de ellos cuanto necesitase para la egecucion de sus devotos designios. Solamente pidió Guillermo una reliquia de la verdadera cruz de Cristo , que seis años antes ó en el año 800 , le habia enviado el patriarca de Jerusalem con motivo de la exaltacion al imperio. No solo le concedió el Emperador esta alhaja inestimable , sino que añadió otras muchas de la misma naturaleza. Llegó Guillermo al monasterio de Gelona con estas riquezas verdaderamente celestiales , pero tambien habia tomado de su propio fondo lo que le pareció conveniente para la magestad del culto eterno , y así llevó cálices de oro y de plata , ornamentos de seda bordados de oro y muchos libros que no eran menos preciosos. Entró en su asilo descalzo y con un cilicio que ocultaba con su trage ordinario. Lo primero que hizo fue ir á la iglesia á ofrecer sus presentes , despues fue á hacer la ofrenda de su persona en el capítulo , en donde pidió con humildad á los monges que le admitiesen en su compañía. Aunque en aquellos tiempos no se tomaba el hábito hasta haber pasado el noviciado , á él se le vistió desde luego , así que le quitaron la barba y el cabello.

Desde este dia de San Pedro de 806 empezó á vivir con la misma pobreza y abatimiento que el último de los monges. Se presentaba con frecuencia de

rodillas ante el abad y los religiosos, y les suplicaba con lágrimas que se olvidasen de su dignidad; „si es dignidad para un cristiano, anadia, haber llevado por tanto tiempo la librea del siglo.” No cesaba de pedir que le ayudasen á domar su orgullo aplicándole á los ministerios mas viles; y con efecto, este vencedor de los sarracenos servia en la cocina y en el refectorio, llevaba el agua y la leña, fregaba, preparaba las legumbres, y cuidaba del molino y del horno. Quiso el Omnipotente honrar con un milagro al que se empleaba en estos egercicios de humildad con mas alegría que la que habia tenido jamás en recoger las palmas y los laureles. Un dia en que le instaba cocer el pan y no hallaba á tiempo los instrumentos necesarios, con la confianza que Dios le inspiró para su gloria, sacó con sus manos la leña que habia en el horno, y llevó las brasas en un escapulario sin perjuicio de su persona y de sus hábitos. Siete años vivió despues de su retiro practicando la mas sublime perfeccion, y murió conociendo de antemano el tiempo de su muerte, segun se lo habia anunciado al Emperador.

61. Los grandes egeplos de Gelona y de Aniano sirvieron infinitamente para restablecer la disciplina monástica, y el fundador de este segundo monasterio se tiene por uno de los principales restauradores de ella en el occidente. Tenia el reino de Aquitania particular necesidad de esta reforma, porque además del desorden de los reinados anteriores, comun á todas las Galias, las disputas particulares de aquellas pro-

vincias y las irrupciones de los infieles habian alterado tanto las costumbres del clero, que mas bien se aplicaba á los egercicios militares, al manejo de las armas y de los caballos, que al servicio de Dios. Luis, Rey de Aquitania, acudió al remedio de estos abusos, aconsejándose de San Benito de Aniano, á quien protegió poderosamente en todas las ocasiones. Gustaba este Príncipe mucho de los monges que tenían el espíritu de su estado, y aun él lo hubiera sido al egeplo de su tio Carloman á quien nombra- ba siempre con veneracion, si no se lo hubiera impedido el Emperador su padre (1). Se cuentan hasta veintiseis monasterios fundados ó reparados por este Príncipe, la mayor parte muy famosos, como el de Santa Cruz en París, el de Menat y Maulieu en Auvernia, &c., y si la mayor parte reconocen á Carlo-Magno por fundador, es porque se pensaba que el Rey Luis obraba en nombre del Emperador su padre. Muchos señores y obispos renovaron á su egeplo algunos monasterios arruinados, y fundaron otros nuevos y casi por todos ellos procuraban establecer la observancia del de Aniano. Favorecia Carlo-Magno estos establecimientos piadosos, y se puede decir generalmente que él era el principal autor de todo lo bueno que se hacia en su imperio, por el egeplo que no cesaba de dar á los que participaban de su autoridad.

62. Autorizaba con todo su poder aun lo que se hacia fuera de sus vastos estados, para contribuir á las ventajas de la Religion. Ya en el tercer concilio

(1) *Coint. ann.* 802.

de Toledo (*) habian añadido los españoles al símbolo de Constantinopla la palabra *Filioque*, para declarar contra los griegos que en la Santísima Trinidad procede el Espíritu Santo del Hijo igualmente que del Padre. Se introdujo en Francia la costumbre de recitar públicamente la misma adición, y aun de cantarla en las iglesias ó por lo menos en la capilla real (1). El mismo uso se estableció en una comunidad de monjes franceses que habia entonces en la tierra santa en el monte de los olivos, que conservaba el rito latino. Viéndose estos tratados de herejes por los griegos, se quejaron á Carlo-Magno, el que para justificar ruidosamente la fe calumniada, juntó un concilio en Aix-la-Chapel en Noviembre de 809, y para dar autoridad á la decision, se propuso hacer que la aprobase el Pontífice. Fue pues enviado á Leon III de parte del concilio, Bernaiso, obispo de Worms, con Adalardo, abad de Corbia y con este se juntó Smaragdo, abad de San Miguel en la diócesis de Verdun, y este es el que habiendo asistido á la conferencia que sobre este punto se tuvo en Roma nos ha transmitido las actas.

63. Fueron admitidos los diputados á la audiencia del Papa en la sala secreta de la iglesia de San Pedro, y empezaron probando con el testimonio de los

(*) En el primer concilio de Toledo se encuentra ya esta adición, pero en el sínodo tercero se vé repetida con mas autenticidad, y cantada solemnemente en el símbolo. Véanse las actas de estos dos concilios en Aguirre.

(1) *Eginard. ann. 809.*

santos doctores, que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo (1). De esto jamás habia dudado la iglesia romana ni las otras iglesias de occidente; pero por razones que despues han justificado las desavenencias de los griegos con los latinos, no se habia juzgado conveniente insertar en el símbolo la espresion formal de esta verdad. El Pontífice que tiene á su cargo la economía general de la casa de Dios, y está provisto de las gracias de su estado para disponer con la prudencia conveniente, respondió á los enviados de la iglesia de Francia, que él creía como ellos la verdad que espresaba su adición, pero que no podia aprobar que se hiciese esta adición. Replicaron ellos: „si es verdad de fe ¿no se deberá enseñar? ¿podria salvarse el que la ignorara ó no la creyera? Cualquiera, respondió el Papa, que rehusa creerla, no se puede salvar, siempre que le hayan hecho conocer que es una verdad de fe. Supuesto, replicaron los enviados, que no es permitido dejarla de creer, es permitido enseñarla, y por consiguiente el cantarla. Permitido es cantarla, dijo el Papa, mas no el insertarla en unas actas en que los padres prohibieron que se añadiese cosa alguna. Nosotros, dijeron los enviados, no insistimos en que los autores del símbolo no nombrasen al Hijo con el Padre en la procesion del Espíritu Santo, ni que el concilio de Calcedonia y los tres siguientes hayan prohibido añadir ó quitar en este símbolo cosa alguna; ¿pero no hubieran hecho muy bien los que dispusieron el

(1) *Tom. 7. Concilior. pag. 1199.*

simbolo en aclarar un misterio tan importante , añadiendo cuatro sílabas , cuales son *Filioque*? Respondió el Papa : yo no quiero juzgarlos , ni imagino que no viesen como nosotros las consecuencias de su reserva , prohibiendo que se hiciese en el simbolo así esta adición como cualquiera otra. Yo estoy tan lejos de preferirme á los que le dispusieron , que no permita Dios que me atreva á igualarme con ellos. Tampoco permita Dios , dijeron los enviados , en nosotros tal presunción ; pero queremos instruir á los pueblos en los dogmas de salud por los medios mas propios para disipar la ignorancia. Si supierais , Santo Padre , los millares de personas que han aprendido la verdad cantando de este modo el simbolo , tal vez seriais de nuestro parecer.”

„No es precisamente el canto , dijo el Papa , sino la adición , la que no quiero consentir ; porque para facilitar la instrucción por ese camino , seria necesario añadir al simbolo todos los demás artículos de fe , cuando á alguno se le autojara darlo por indispensable. ¿Por ventura es necesario espresar que el Hijo , Sabiduría y Verdad , es engendrado de la Sabiduría y de la Verdad? No obstante , sabemos que los padres no insertaron este artículo en el simbolo : ved aquí por qué nosotros recitamos el simbolo sin añadir nada , aunque tenemos cuidado de enseñar en los tiempos y lugares convenientes las verdades que no se espresan en el simbolo. Replicaron los enviados : por lo que vemos , quiere vuestra Santidad que se empiece por quitar del simbolo la adición que se ha hecho,

mediante lo cual permite que se cante. Esto es lo que decidimos , dijo el Papa , y os exhortamos á conformaros. ¿Conque es bueno , dijeron los enviados , cantar el simbolo , con tal que se quite lo que deseais? Sí , respondió el Papa , pero Nos lo permitimos simplemente sin ordenarlo. Replicaron los enviados : si se continúa en cantar el simbolo quitando la palabra de que se trata , ¿no se figurará todo el mundo que este artículo es contrario á la fe? ¿Qué nos aconsejais que se haga para evitar este inconveniente? Si me hubieran consultado , dijo el Papa , antes de cantarle , hubiera respondido yo que no se hiciese la adición ; pero el espediente que ahora me ocurre , bien que sin imponer obligación , es , que supuesto que en nuestra iglesia no se canta el simbolo , cesen poco á poco de cantarle en el palacio. Acontecerá de este modo , que lo que sin autoridad se introdujo , se vaya insensiblemente abrogando. Tal vez será este el mejor camino de hacer frente á los obstáculos de vuestra innovación , sin que la fe sufra detrimento alguno.”

He aquí extractada la conferencia de Leon III con los diputados del concilio de Aix-la-Chapel. Bien considerado el asunto , el Pontífice no desaprobaba haber añadido al simbolo , sino haber insertado en él una palabra para esplicar una verdad ya decidida en la Iglesia , como que esto se habia hecho sin la autoridad necesaria para asuntos de tanta importancia. Esta conferencia que no imponia obligación no produjo efecto alguno ; y así en Francia se cantaba el

símbolo con la palabra *Filioque*, y en Roma no se tuvo por útil hacer la adición ni principiar todavía á cantar el *Credo*. Mas hizo el Papa: porque grabó sin esta adición el símbolo en dos escudos de plata, cada uno de cien libras de peso, y existe en el uno en latin, y en el otro en griego. Colocáronlos ambos á la derecha y á la izquierda de la confesion de San Pedro, como públicos y religiosos monumentos de la atencion de la iglesia romana en conservar el símbolo como le habia admitido.

64 y 65. Consiguó mucha celebridad el abad Smaragdó, que nos ha conservado esta conferencia, por sus escritos, por su eminente piedad, y por la distincion con que enseñó en su monasterio, que era una de las mejores escuelas de su tiempo (1). La Iglesia venera y respeta como santo á Adalardo de Corbia, uno de los principales diputados del concilio de Aix-la-Chapel, y de los primeros hombres de su siglo por su doctrina, por su elocuencia y moderacion. Dábanle el nombre segun las alegorías de aquel tiempo, ya de Agustino por su ingenio, y ya de Antonio por su carácter virtuoso. Era primo-hermano de Carlo-Magno, é hijo de un Príncipe llamado Bernardo, hermano del primer Rey Pipino. Educóse en palacio con los mismos maestros y con el propio cuidado que los hijos del Rey, pero era un ángel en la corte, y esta no tuvo atractivo para él. Cuando Carlo-Magno verificó el divorcio que aplaudia toda la corte, Adalardo que no le reputaba legítimo, tuvo

(1) *Act. SS. Bened. tom. 5. pag. 306.*

valor para declarar que reprobaba lo que no podia estorbar; y así abandonó el mundo en la flor de su edad y en la cumbre del favor, y se consagró á Dios en el monasterio de Corbia. Para impedir desde allí las visitas de los grandes y los respetos de todo el mundo, pasó al monte Casino en Italia, monasterio que juzgaba mas seguro asilo su sincera humildad; pero muy pronto le envió á llamar Carlo-Magno, y nombráronle consejero del jóven Pipino su hijo, cuando le nombró Rey de Italia ó de Lombardia en 781. Adalardo fue allí el continuo consuelo de los pobres, y el terror de los déspotas. Ganó así el afecto y estimacion de todos los italianos, y á pesar de las preocupaciones nacionales, les hizo amable el gobierno francés. Estableció una sólida paz entre las ciudades de Espoleto y Benevento. Llegó hasta Grecia la reputacion de su prudencia y beneficencia, y hasta los mismos extranjeros mas preocupados decian comunmente de él, que era un ángel descendido del cielo para la felicidad de los hombres.

66. Cuando este digno ministro obligaba á todos á bendecir el reinado de Pipino que le amaba y le escuchaba como á segundo padre, murió este Príncipe al comenzar tan bella carrera, adorado de sus vasallos y honrado con el afecto y estimacion de Carlo-Magno. El Emperador parecia hasta entonces el Soberano mas feliz y mas glorioso de su siglo; pero el Señor que habia resuelto acrisolar sus virtudes, descargó repetidos golpes sobre él en la parte mas sensible. La muerte, una vez armada de su gua-

El duque estaba casado con la muger de su hermano llamada Geilana. Cuando San Kiliano le juzgó bien afirmado en la fe, le representó la ilegitimidad de su matrimonio. Díjole Gosberto ciegamente apasionado á su muger: nada me habeis propuesto hasta ahora tan difícil; pero supuesto que he sacrificado todo lo demás al Dios verdadero, abandonaré tambien á mi esposa si no me es lícito vivir con ella. Geilana no opinaba así, ni su corazón tenía disposiciones tan felices: sus ideas por lo mismo no fueron otras que las de buscar medios para satisfacer su venganza. Aprovechándose de la ausencia del duque, verificada poco tiempo despues con motivo de la guerra, hizo asesinar con gran secreto á San Kiliano y á sus compañeros. No dejó el cielo esta maldad impune: el homicida que se denunció á sí mismo, acometido de convulsiones horribles corria por todas partes como un frenético, gritando que Kiliano le abrasaba con fuego insoportable. Luego degeneró esta agitacion en una especie de rabia, y se despedazó con sus propios dientes hasta arrancarse las venas y la vida. Poseída Geilana del demonio, fue agitada de un modo tan violento que murió muy en breve. Es venerado San Kiliano como patron de Virtzburgo, sin embargo de no haber sido obispo de esta ciudad, por quanto no fue erigida su silla episcopal hasta cincuenta años despues.

7. Igual acogida tuvo en Inglaterra San Wilfrido á pesar de su justificada conducta, autorizada con un decreto firmado y sellado por un concilio de Ro-

ma de donde habia llegado. Era su principal enemiga la Reina Ermemburga, la que fomentaba en su pecho un odio tan temerario contra el Santo, que al parecer, no era poderosa para destruirle la virtud misma de los prodigios. Mas cansado el brazo del Señor, y contrayendo repentinamente la Reina una enfermedad desconocida, abrió los ojos para ver su muerte cercana. Sacaron entonces al Santo de la prision donde ya le habian sumido, pero no le restablecieron todavía en su silla. Partió en este intervalo á egercitar su celo en el pais de Sussex ó Ouessex, es decir en la Sajonia meridional y occidental. Su predicacion vivificada por la gracia que obraba de un modo visible, logró un éxito feliz. Bautizaba frecuentemente por sí, ó por medio de sus compañeros á millares de personas en un solo dia: y el Rey de Sussex le cedió la posesion de Selsey, donde este Príncipe tenía su domicilio, que se componia de ochenta y siete familias ú obradas. Levantó allí el santo obispo un monasterio para egercer en él sus funciones episcopales, y con el tiempo fue silla de un obispado.

8. La edad entretanto decrepita de Teodoro de Cantorberi, y sus continuas enfermedades le hicieron mirar los tratamientos hechos á San Wilfrido de un modo muy distinto que los habia mirado en su edad lozana. Rogóle que viniese á visitarle, y al presentarse le dijo sin rodeos: „el remordimiento mas vivo que despedaza mi alma es haber sido cómplice en la persecucion injusta que padeceis. Pido perdon

á Dios y á San Pedro cuyos decretos han sido tan poco reverenciados; y os ofrezco hacer cuanto pueda á fin de reparar una culpa tan enorme. Sepa el mundo entero que no conozco á otra persona mas digna que vos de ocupar la primera silla de Bretaña. Y por cuanto el Señor me ha revelado que mis dias se han de acabar antes de finalizarse este año, os ruego tengais á bien el que mientras vivo os nombre mi sucesor. San Wilfrido respondió: Dios y San Pedro os perdonen: por mi parte estad seguro que nunca dejaré de amaros, y rogaré sin cesar por vos, como por un amigo. Dad principio procurando con la presteza posible el aprecio debido al decreto de la santa Sede, haciendo se me devuelva una parte de mis bienes para mi subsistencia. Deliberaremos despues canónicamente en una asamblea numerosa en cuanto á ser vuestro sucesor." En cumplimiento de su promesa, Teodoro escribió á todas partes, y con mayor instancia á Alfrido, Rey de Nortumberland, que habia sucedido en el solio á su hermano Efrido. En su consecuencia San Wilfrido fue llamado de nuevo, puesto al punto en posesion de algunos bienes, y por fin restablecido en el goce y gobierno de toda su diócesis de York.

Tornó sin embargo á ser espelido dentro de pocos años, y luego restablecido en fuerza de un decreto que como la primera vez solicitó en persona, y por último espiró pacíficamente y en edad muy avanzada. Dividió en cuatro partes, poco antes de su muerte, sus bienes muebles: la primera para las

iglesias de San Pablo y Santa María de Roma: la segundo para los pobres: la tercera para los superiores de sus monasterios de Ripon y de Hagulstad con el fin de que tuviesen con que hacer donativos á los Reyes y á los obispos; y la cuarta para repartir entre los compañeros de sus viages é infortunios. Condujeron su cuerpo adornado de las insignias sacerdotales al monasterio de Ripon, cuyo abad cuidó escrupulosamente de mandar celebrar todos los dias una misa particular en sufragio de su alma; y todos los años en el dia del aniversario repartió á los pobres, además de la limosna ordinaria, el diezmo de los rebaños.

9. Murió San Teodoro de Cantorberi en el mismo año de 690 como lo habia dicho, de edad de ochenta y ocho años, y se celebra su memoria en el dia de su muerte que aconteció á 19 de Setiembre. Fue el primero entre los obispos de Inglaterra que escribió un penitencial, esto es, una coleccion de cánones sacados de la disciplina de los griegos y latinos para ordenar la penitencia de diferentes pecados (1). Observamos en él que por lo regular las penitencias se habian ya reducido mucho: que la ley de guardar las fiestas se conservaba con vigor: en domingo no se iba á caballo, ni en barca, ni se amasaba pan: la misma Reina se abstenia de pasear én coche en semejantes dias (2). En una palabra: era tal el respeto con que miraban el dia del Señor, que Ina, Rey de Ouessex, promulgó una ley formal, declarando

(1) *V. Bed. lib. 5. hist. c. 8.* (2) *Tom. 6. Concilior. pag. 1875.*

por ella libre al esclavo á quien hubiese obligado su dueño á trabajar en dia de fiesta, y reducido á la servidumbre al hombre libre que trabajase. Tambien se abstenerian de la sangre y de la carne de los animales sufocados. Comulgaban entre los griegos hasta las personas legas cada domingo, y se escomulgaba á los que faltaban tres veces consecutivas. Los penitentes aunque eran escludidos de la comunión, principiaron á admitirlos á ella graciosamente al cabo de uno, de dos ó de seis meses de penitencia. Tributaban en sufragio de los difuntos religiosas ofrendas que acompañaban con ayunos: y los niños educados para la vida monástica, comian carne hasta los catorce años. Podian profesar los varones á los quince años, y las hembras á los diez y seis.

Sucedió San Britualdo á San Teodoro en la silla de Cantorberi, siendo el primer inglés que tuvo esta dignidad primada de la Gran Bretaña. Se ha dicho ya que fue ordenado arzobispo por el Sumo Pontífice, lo que no puede entenderse de la consagración episcopal que recibió de Goduino, arzobispo de Leon.

10. La iglesia de Inglaterra no solamente hallaba en su seno ministros capaces de atender á todas las necesidades de la nación, sino que muy en breve formó un seminario fecundo de donde salieron compañías numerosas que llevaron la semilla evangélica á las regiones mas remotas é incultas. San Ecberto, ilustre por su cuna entre los ingleses y penetrado de un piadoso afecto hacia la patria de sus padres, hizo la tentativa en el año 686 de pasar á Frisia para

trabajar en la conversion de aquellos germanos de quienes descendian los ingleses (1). Mas no habiendo podido consumir su empresa á causa del cisma de Irlanda, y de la necesidad urgente de los domésticos de la fe, escogió para la egecucion de su designio á doce hombres escelentes, entre los cuales merecian los mayores elogios Suitberto y Villebrodo, ambos venerados por Santos. Habiendo llegado á Frisia aquellos varones apostólicos fueron bien recibidos de Pipino de Heristal, duque de los franceses y gefe del palacio de aquellos Reyes, que solo tenian el nombre de tales. Esto fue en el año 690, poco despues que Pipino despojó al duque Rabodo de la Frisia citerior, situada entre el Rhin y el Mosa. El religioso conquistador tuvo la mayor complacencia en ver reunir sus nuevos vasallos bajo el yugo de Jesucristo. Los protegió con magnificencia, honró con singular benevolencia á los que oian sus lecciones, y en breve tiempo se convirtieron muchos.

Los misioneros eligieron entonces por obispo á Suitberto que ya era sacerdote, y volvieron á enviarle á Inglaterra para que recibiese allí la consagración episcopal. En su regreso pasó á los estados de los bructeros, que moraban en las inmediaciones de Colonia, y convirtió á muchos. Pero destruido cuasi enteramente este pueblo por los idólatras, y dispersados por todas partes los nuevos cristianos, marchó San Suitberto á buscar á Pipino, el cual le cedió la isla de Verden en el Rhin, y en ella edificó un monas-

(1) *Ven. Bed. lib. 5. hist. cap. 12.*

terio con el nombre de Keiserswerth , es decir , isla del Emperador. Aquí falleció poco tiempo despues en grado tan eminente de santidad , que la Iglesia le ha juzgado digno de la veneracion pública.

11. El Emperador Constantino Pogonato murió en el mes de Setiembre de 685 , penetrado de aquellos sentimientos respetuosos que manifestó constantemente á la iglesia romana. Poco antes de su muerte hizo llevar á Roma los cabellos de sus dos hijos, Justiniano y Heraclio , los cuales fueron recibidos con mucha pompa por el Sumo Pontífice , por el clero congregado y las tropas (1). Esto era símbolo de cierta adopcion usada en aquel tiempo. El que recibia los cabellos era mirado como padre de los jóvenes en cuyo nombre se le presentaban. Justiniano II , su primogénito , le sucedió en el trono imperial siendo de edad de diez y seis años.

Deseando acreditar con las obras el amor filial que profesaba á la iglesia romana , rebajó el tributo que esta pagaba por sus posesiones de Sicilia y del Abruzzo. Ordenó seguidamente , que los Pontífices no tomasen posesion de su Silla sin preceder el consentimiento de los exarcas de Ravena , en cuya providencia parece que este Príncipe tuvo una intencion recta, queriendo seguir las miras del Emperador su padre, dirigidas á abreviar las lentitudes de la confirmacion imperial que los Papas electos debian esperar de Constantinopla. Pero semejante dependencia de los exarcas no hizo mas que sujetarla á los vicios y ca-

(1) *Paul. Diac. lib. 4. híst. cap. 53.*

prichos de sus intrigantes ministros , y de los rivales mas temibles de la Tiara pontificia , por tenerlos mas vecinos.

12. Con igual espíritu y llevado siempre de la apariencia engañosa del bien , mandó juntar un concilio en Constantinopla , llamado Trulano , por el lugar en que se celebró ; y quini-sesto, por haber sido como suplemento del quinto y sexto concilios generales , los cuales no establecieron canon alguno para la disciplina (1). Se hallaron en él doscientos once obispos , presididos por los cuatro patriarcas de oriente. Basilio de Gortyna en Creta dijo al tiempo de suscribir , que él ocupaba el lugar de todo el concilio de la iglesia romana , lo mismo que habia dicho ya en el sexto concilio , á pesar de ser constante que así en este como en el sexto hubo legados de la santa Sede. Celebróse , como el sexto , en la sala correspondiente á la media naranja del palacio , cuyo nombre ha conservado juntamente con el de quini-sesto.

Los padres de este concilio quisieron formar un cuerpo de disciplina que tuviese fuerza de ley en toda la Iglesia , y establecieron ciento y dos cánones. Declararon ante todas cosas , que recibian la fe de los seis concilios generales , desechando señaladamente las heregias y los hereges que habian sido condenados. Especificaron despues los puntos de la disciplina antigua que creyeron deberse observar , á saber , los ochenta y cinco cánones atribuidos á los

(1) *Tom. 6. Concilior. pag. 1124.*

Apóstoles, á escepcion de los que habian sido falsificados: los canones de Nicéa, de Ancira, de Neocesareá, de Gangres, de Antioquia, de Laodicea, de los concilios ecuménicos de Constantinopla, de Efezo, de Calcedonia, los de Sardica, Cartago, y del concilio de Constantinopla celebrado en tiempo de Nestorio y Teófilo de Alejandría, esto es, en el año 394, en la dedicacion de la iglesia de Rufino, cuyos decretos sin embargo no tenemos. Aprobó igualmente el concilio las epístolas canónicas de San Dionisio y de San Pedro obispo de Alejandría, de San Gregorio Taumaturgo, de San Atanasio, de San Basilio, de los Santos Gregorios Niseno y Nacianzeno, de San Anfiloquio, de Timoteo, de Teófilo y de San Cirilo, obispos de Alejandría, de Gennadio de Constantinopla, y en fin, el canon que publicó San Cipriano para la iglesia de África, el que no podemos conocer por solo este nombre vago.

13. De estos largos preliminares, diestramente presentados á fin de disponer los ánimos contra las dificultades que habian de ofrecerse, pasaron al famoso canon relativo á la continencia clerical, usando tambien de un preámbulo particular para facilitar su admision. Los romanos, dicen, se atienen á lo literal de la regla; los que dependen de la silla de Constantinopla son menos rígidos. Para evitar todo extremo, mezclaremos sabiamente la suavidad con el rigor. Despues de esta especie de exordio, establecen: que los obispos guardarán perfecta continencia, han sido ó no casados. Prohiben el matrimonio á

todos los clérigos ordenados *in sacris*; pero permiten que los diáconos, subdiáconos y presbíteros ya casados conserven sus mugeres, y usen del matrimonio; esceptuando aquellos dias en que hubiesen de celebrar; para no infamar, añaden, en manera alguna el matrimonio que instituyó el Criador y honró el Salvador con su presencia.

Fundados en este canon los sacerdotes griegos y la mayor parte de los orientales conservan sus mugeres, no obstante la disciplina contraria de la iglesia romana, y de todas las demás partes del mundo cristiano. Los padres de Constantinopla intentan autorizar su decision con un decreto del quinto concilio cartaginense, celebrado en el año 400. Pero en su interpretacion se descubre bastante mala fe. Dice este decreto: que los subdiáconos, los diáconos, los sacerdotes y los obispos deben abstenerse de sus mugeres, segun los decretos antiguos, *secundum priora statuta*, y se conducirán como si no las tuviesen. El autor de la version griega lee *statuta propria* en vez de *priora*, y luego esplica estas espresiones por las palabras *idioms horous* que pueden significar los terminos propios; como si el concilio cartaginense no hubiese obligado á los sacerdotes á abstenerse de sus mugeres sino en ciertos casos y tiempos, es decir, cuando hubiesen de celebrar. Esta traduccion persuadió á los padres del concilio quini-sesto, que los de Cartago no habian prescrito la continencia á los clérigos sino en ciertos dias, sin querer notar que el canon de Africa comprende á los obispos á quienes

ellos mismos prohíben sin reserva alguna el uso de sus mugeres.

Sin embargo, no formaron una ley de tan estraña disciplina respecto de los sacerdotes que se hallaban entre los bárbaros, segun ellos se esplican, lo cual se entiende de los sacerdotes de Italia, y de los demás países del rito romano. „Si estos, dicen, creen deber hacerse superiores al canon apostólico, que prohíbe dejar la muger propia con pretesto de religion, y si escediendo los límites de lo que se les ha ordenado se separasen de sus mugeres de comun consentimiento, les prohibimos que puedan permanecer mas con ellas de cualquiera manera que sea, y con esto nos acreditarán si su promesa es efectiva. No obstante, solo les concedemos este permiso á causa de su debilidad y de la ligereza de las costumbres estrañeras.” De este modo deprimian el voto de la continencia perfecta, introduciendo una práctica contraria, es decir, una religion vergonzosa, con el título de perfeccion.

Volvieron á declarar por segunda dignidad de la Iglesia al patriarca de Constantinopla, por tercera al de Alejandría, por cuarta al de Antioquía, y por quinta al de Jerusalem. Hallábanse en el concilio muchos obispos que no habian podido entrar en posesion de sus iglesias á causa de estar sujetas al dominio de los bárbaros. Les conservaron sin embargo el lugar que les correspondia y la facultad de ordenar, siendo este el primer egeemplo que hallamos de los obispos *in partibus*. Tambien concurrieron muchos ecle-

siásticos, precisados por los bárbaros al abandono de sus iglesias, con respecto á los cuales mandó que volbiesen á ellas luego que cesasen las hostilidades. La dignidad de estos ministros, menos brillante que la de los obispos, no estaba tan espuesta entre los enemigos del cristianismo. Prohibieron á todos los clérigos en general la asistencia á los espectáculos, no solo de teatros, sino tambien de corridas de caballos, á las funciones de las bodas á que fuesen convidados, concurrendo á ellas bufones y farsantes, y traer otro vestido que el correspondiente á su estado, aunque fuese yendo de camino: lo cual manifiesta que el clero de oriente se distinguia entonces por el vestido; tampoco usaba de pelo largo como lo usa en el dia.

Por lo tocante á los monges, cuya recepcion prohibia San Basilio hasta los diez y siete años, los admite el concilio á los diez, fundado en que la Iglesia cada dia adelanta en la perfeccion; pero les prohibe la reclusion antes de haber pasado tres años en el monasterio. Manda igualmente que no se consientan ciertos ermitaños vagabundos, monges errantes, cuya regularidad consistia solamente en el cabello largo y el hábito negro. Por último declara, que siendo la vida monacal propia de los penitentes, ningun crimen deba impedir su admision. Se acostumbraba en aquel tiempo á ataviar magníficamente á las jóvenes que iban á tomar el hábito de monjas: considerando el concilio que este aparato mundano era peligroso en unas vírgenes consagradas al Señor, cuyo corazon podia corromperse con la vanidad, ó por lo menos

estaban espuestas á causar alguna sospecha de inconstancia en la resolución que habían tomado, lo prohibió enteramente. Advertimos también en la parte de los cánones relativos á los monasterios, que había empezado á introducirse el abuso de cederlos á los seglares: esta práctica ruinosa la prohibió el concilio severamente.

En cuanto al orden del culto y los sacramentos, se prohíbe bautizar en los oratorios domésticos y aun celebrar sin licencia del obispo, y que los fieles reciban la Eucaristía en ninguna especie de vaso, sino en las manos, cruzadas una encima de otra, por cuanto (prosigue el concilio) no existe en la tierra materia tan preciosa como el cuerpo del cristiano que es miembro vivo de Jesucristo. Ordena que los sacerdotes celebren siempre la misa en ayunas, aun en el día de jueves santo, y que en todas partes mezclen agua con el vino eucarístico sin embargo de estar en uso lo contrario. Que se guarden escrupulosamente los días de la semana de Pascua como festivos, sin que se consienta en ellos espectáculo alguno público. Que en el sábado santo se ayune hasta la media noche, mas no en los demás sábados aunque sean de cuaresma, conforme al canon de los Apóstoles. Añade el concilio de un modo no muy político entonces, y que causó el desprecio con que le miraron los latinos, que la iglesia romana debía abrazar esta costumbre aboliendo la suya.

También prohíbe dejar de asistir á la iglesia por tres domingos consecutivos, bajo pena de deposición

á los clérigos, y de excomunion á los legos. No aprueba los festines llamados Agapes, las tabernas y tráfico en los lugares santos, esto es, en aquellas casas vecinas á los antiguos templos y en cuyo recinto estaban situadas. En general prohíbe á los legos con escepcion del Emperador la entrada del santuario, y detesta las bodas del padre, del hijo y de los hermanos con la madre, la hija y las hermanas.

Prohíbe por último á todos los fieles las farsas, las danzas teatrales, los disfraces del sexo, el uso de toda especie de máscaras, los combates con las fieras, el augurio ó charlatanería, que consistía en decir la buena ventura, con otras supersticiones que quedaban del paganismo; y del mismo modo prohíbe trabajar ó esponer al público pinturas deshonestas, reunir ó sustentar prostitutas, bañarse con mugeres, rizarse el cabello con afectación y jugar á los dados.

He aquí los principales puntos de aquel concilio singular, que por una parte nos ofrecen una idea del principio de la decadencia y del descrédito del orden sacerdotal, y por otra presentan unos reglamentos escelentes para el pueblo fiel, y aun para el buen gobierno de la Iglesia universal. Fiado el Emperador Justiniano en la palabra de sus griegos, creyó haber proporcionado una ventaja inestimable. Fue el primero en firmar con mucha ceremonia usando para esto del bermellon, privilegio esclusivo de la dignidad imperial: y despues de su nombre dejó sitio para la firma del Papa. Firmaron en seguida los patriarcas y demás obispos, uno despues de otro, pro-

daña contra esta familia augusta, arrebató en el mismo año á la Princesa Gisela hermana del Emperador, á la prudente y piadosa abadesa de Chelles que tan tiernamente amaba, á la Princesa Rotruda su hija mayor, y, lo que mas interesaba á su política y afecto, a su primogénito el Príncipe Carlos. No le quedó mas que á Luis Rey de Aquitania de tres hijos que tenia en estado de reinar. Carlo-Magno amaba tanto á las personas de su sangre, que no pudo menos de dar con tan repetidas pérdidas aquellos indicios de debilidad que desde luego merecen perdon en los hombres grandes; pero si los lloró algo mas de lo que convenia á su clase y á su carácter, tambien miró estos dolorosos golpes como avisos del cielo, y así principió á pensar en la muerte con mas seriedad que nunca. Procuró tambien consolarse con las buenas prendas del Príncipe que le quedaba, porque Luis tenia todas las virtudes de los particulares, y manifestaba que no le faltaban las que tenian los Príncipes. Referian cada dia al Emperador algun rasgo glorioso del Rey de Aquitania, y para afirmarse de que no le engañaban, envió con pretexto de diversos asuntos, algunos oficiales de su confianza para que examinasen de cerca la conducta del Rey joven. Contáronle maravillas sobre maravillas: que las leyes del estado y de la Religion, la justicia, la policía y la decencia eran perfectamente observadas: que el palacio del Rey era magnífico, y sin embargo estaba el pueblo en la abundancia por no estar recargado de impuestos. „Amigos, exclamó este buen padre

volviéndose hácia algunos señores de confianza que estaban presentes: alegrémonos, que este mozo es mas prudente que yo.”

Desde luego quiso hacer testamento para asegurar sus ahorros á los pobres y á las iglesias (1). Distribuyó en tres partes el oro, la plata, las piedras preciosas y generalmente todas las joyas y los adornos del palacio. Reunidas las dos primeras partes, las dividió en veintiuna, mandando que al punto las pusiesen su sello y las repartiesen despues de su muerte á otras tantas iglesias metropolitanas de sus estados: bien que cada metropolitano debia tomar para su iglesia un tercio de este legado, y repartir los otros dos entre sus sufragáneos. Las veintiuna metrópolis nombradas son: Roma, Ravena, Milán, Friul, Grado, Colonia, Maguncia, Saltzburgo, Tréveris, Sens, Besanzon, Leon, Ruan, Arles, Viena, Tarantasia, Embrun, Burdeos, Tours y Bourges. No se nombran entre otras metrópolis las de Nanci, Aix y Narbona: Eausa habia sido arruinada por los sarracenos, y aun no se habia transferido á Auch la dignidad de metrópoli; y á la ciudad de Aix dicen algunos autores que todavía se la disputaba este título. Mas podia Carlo-Magno tener alguna razon para omitir esta ciudad y la de Narbona que sin duda es de las mas antiguas metrópolis de Francia: quizás seria por haber otorgado á estas iglesias alguna donacion especial.

En cuanto al último tercio del todo, reservaba

(1) *Eginard. Vit. Carol. M. pag. 887.*

para sí el uso hasta la muerte, y despues de esta se debian hacer cuatro partes: la primera se añadiría á los legados de las iglesias; la segunda se repartiría entre sus hijos; la tercera debia distribuirse á los pobres, á quienes trataba como á su propia familia: y la cuarta á los esclavos que servian en el palacio. Tambien ordenó que á la parte de los pobres se reuniesen todos los vasos de cobre y de hierro, todas las armas, vestidos y muebles de la casa del Emperador. No permitió que se distribuyesen los ornamentos y vasos sagrados de su capilla, pero mandó que se vendiese su librería para beneficio de los pobres. Habia entre las curiosidades de su tesoro tres mesas de plata y una de oro, consistiendo su mas reducido valor en el metal, porque pasaban por piezas maestras de aquel tiempo. Fueron estas mesas tambien objeto de su piadosa liberalidad; porque la primera que era cuadrada y contenia el plan de Constantinopla, la regaló á la iglesia de San Pedro: la segunda que era redonda y contenia la descripcion de la ciudad de Roma, la legó á la iglesia de Ravena: la tercera que contenia en tres planos orbiculares el mapa del mundo entero, y la mesa de oro las unió á la parte de los pobres y á la de sus herederos naturales que siempre tenia placer de confundir con aquellos: tal era la caridad de este Príncipe con los mendigos, y el celo del exterior de la casa de Dios.

67. Aun tenia mas cuidado de restablecer ó conservar el orden canónico en la gerarquía. Habia algunos años que él permitió que la eleccion de los

obispos se hiciese por el clero y el pueblo segun el uso antiguo casi abrogado por sus antecesores. Movidos los primeros pastores de sus cuidados y de su beneficencia, habian dado á sus sacerdotes los reglamentos mas proporcionados para restituir el esplendor á su ministerio. Estábales prohibido vivir con mugeres, entrar en las tabernas, llevar armas, mezclarse en los negocios seculares dando finezas, y llevar á los tribunales legos sus asuntos. Celaban el que instruyesen exactamente al pueblo en las fiestas y domingos, que administrasen el viático y la extremauncion a los enfermos, y el que en todo se acreditasen de dignos dispensadores de las cosas santas con su modestia, su piedad y su desinterés, principalmente en la administracion del bautismo y de los demás sacramentos. Mandábase á cada sacerdote mantener el aseo en su iglesia. Hacíanse de los diezmos tres partes: la primera para la fábrica y los ornamentos sagrados: la segunda para los pobres y los peregrinos; y la tercera para los sacerdotes. Estaba reducido el derecho del asilo de las iglesias á los justos limites, porque los particulares no podian violentar de modo alguno á las personas que se refugiaban en el lugar santo, aunque fuese en el átrio ó portal; pero podian prender al culpado para presentarle al juez.

Habian ya reformado un abuso todavía mas perjudicial que mucho tiempo antes habia introducido la ignorancia y la pereza de ciertos prelados, que encargaban á los corepiscopos la mayor parte de sus funciones, aunque estos de ordinario no habian recibi-

do mas orden que el sacerdocio (1). El religioso Emperador mandó sobre tan importante cuestion que se consultase á la santa Sede segun los cánones, que mandan que sean examinadas por ella las causas de mas importancia. El Papa Leon respondió, que conforme á la disciplina de los antiguos concilios de Ancira y de Neocesarea, en la que los corepiscopos se ponen en la clase de los sacerdotes, se les debia escluir de las funciones episcopales, y reputar nulas las órdenes que hubiesen conferido. Redujeron, en consecuencia de la decision pontificia y el parecer sinodal de los obispos de Francia, á los corepiscopos á la clase de los sacerdotes de la campaña, y les prohibieron que osasen dar el Espíritu Santo con la imposicion de las manos, ú ordenar sacerdotes, diáconos ó subdiáconos, ni dar el velo á las vírgenes, ni consagrar el santo crisma, ni los altares, ni bendecir como los obispos al pueblo en las misas solemnes. Mandaron tambien repetir las órdenes y las consagraciones que hubiesen recibido los ministros, sin recelo de profanar por esto un sacramento que ellos no podian administrar. Prohibieron espresamente por último, que en adelante se instituyesen corepiscopos, aunque no por eso dejaron de subsistir por mas de un siglo, bien que con menos abuso que antes; y así desde la mitad del siglo nono ya no se habla de ellos ni en el oriente ni en el occidente.

Otro abuso, contrario á las reformas muchas veces intentadas, era la necesidad en que se creían los

(1) *Baluz. not. in Capitular. pag. 1058. tom. 1.*

sacerdotes y obispos de asistir á la guerra. Habian obscurecido hasta este punto los verdaderos principios la obligacion de contribuir á la defensa del estado en razon de los grandes dominios que en sus iglesias poseian; y habian contribuido á este error las preocupaciones de una nacion enteramente guerrera, que miraba con desprecio al que no veía en el campo de batalla. Ilustrados despues, presentaron todos los órdenes del estado un memorial al Emperador, suplicándole que ya en adelante no fuesen los obispos al ejército como antes, y que solo asistiesen dos ó tres de los mas virtuosos y mas instruidos para dar la bendicion y reconciliar á los combatientes que estuviesen en peligro; y que los sacerdotes solo fuesen para ejercer las funciones espirituales por eleccion de sus obispos (1). Los señores declaraban en el memorial que de ningun modo pensaban en utilizar esta mudanza para arrebatar los bienes eclesiásticos con el pretexto de que sus titulares no se armaban ya por la patria; sino que por el contrario se opondrían con todo su poder á estas usurpaciones, y aborrecerian á sus usurpadores como á escomulgados y sacrílegos, con quienes no se reunirían en la iglesia, ni en palacio, ni en la mesa, ni en el combate, sin tolerar comunicacion con ellos ni en cuanto á los criados ni en cuanto á los caballos.

Carlo-Magno se alegró mucho de encontrar en sus vasallos disposiciones tan conformes á sus deseos. Acojió favorablemente á los que le presentaron el me-

(1) *Capitular. tom. 1. pag. 405.*

morial, y para dar mayor valor á estos reglamentos envió su publicacion á una numerosa asamblea, verificándolo por un capitular en que declara, que pretendiendo corregirse á sí mismo y dar egemplo á sus sucesores, ordena, con el parecer de la santa Sede, de los obispos y de todos sus fieles vasallos, que el Príncipe no tenga en su egército mas que dos obispos con algunos sacerdotes capellanes; y que cada comandante tenga un sacerdote para oír las confesiones, decir la misa, y suministrar á los enfermos el viático y la unción, sin que jamás puedan estos clérigos tomar las armas ni tener parte en el combate. Y recelando que las antiguas preocupaciones en favor de llevar armas no envileciesen á los eclesiásticos, declara el Emperador, que no pretende perjudicar á la dignidad del obispado, y que así enviarán los preladados á la guerra sus vasallos bien armados, y de este modo no habrá pretesto alguno para apoderarse de sus bienes. Prohibió igualmente á todos los legos poseer los bienes eclesiásticos no siendo á título de *precario*, especie de enagenacion por tiempo señalado. Atribuye la ruina de muchos estados á la usurpacion de los bienes de la Iglesia, y á la costumbre perniciososa de obligar á los obispos á tomar parte en la guerra; pero á lo que principalmente creía estar vinculada la maldicion divina, era á la impureza, al adulterio, y á los escesos que deshonran la naturaleza. „Tales delitos, dice, son los que han causado la perdicion de los reinos y de los Reyes; y pues nosotros con el auxilio del cielo, hemos ganado hasta aquí

grandes victorias y conseguido muchas conquistas, debemos preservarnos de que este vicio desolador nos despoje de estas ventajas.”

Nada se escapaba á su prudencia y vigilancia; y así en otros capitulares encarga á los obispos que no ordenen sacerdotes sin haberlos bien examinado; que no hagan demasiado frecuentes las excomuniones, y que no las intimen sino por fuertes razones. Hállanse todavía en las leyes y usos de Francia muchos reglamentos llenos de prudencia que deben á él su institucion. El fue el que ordenó á los jueces que llama condes estar en ayunas cuando hacen justicia, y condenó á cortar la mano á los falsarios: hasta la abstinencia de la cuaresma mereció toda su atencion. Habiendo arrojado de su diócesis los obispos de la Gاليا á un sacerdote escocés solamente por sospechas de haber comido carne en dia prohibido, tuvo esta culpa por digna de la reprehension general, é hizo llevar al culpado á su obispo natural para que le juzgase según los cánones, y escribió con energía al Rey Offa encargándole que pusiese fin á este asunto.

Pero nada puede dar idea mas enérgica ni mas justa de la política cristiana de este Príncipe que dos memorias particulares cuya fecha es del año 811, en las que habia preparado diferentes cuestiones para proponerlas en la asamblea de obispos y señores. Está concebida en estos términos la primera: „yo separaré los obispos y los abades de los condes, y desde luego preguntaré á estos ¿por qué dificultan auxiliarse recíprocamente así en el egército como en las fron-

teras, cuando se trata de la defensa de la patria comun (1)? ¿Por qué miran con tanta envidia los bienes que sus iguales poseen? ¿Por qué dan abrigo á los vasallos de sus compañeros que se refugian en sus casas? ¿en qué estorban los eclesiásticos el servicio de los legos, y en qué perturban los legos á los eclesiásticos en sus funciones? Sobre lo cual se deberá examinar hasta donde pueden mezclarse los obispos y los abades en los negocios seculares, y hasta donde pueden llegar los condes en los asuntos de la Iglesia. ¿Cuál es el sentido de estas palabras del Apóstol: *el que sirve á Dios, no se empeña en los negocios del siglo?* ¿Qué es lo que renuncia el cristiano en el bautismo, y cómo falta á la palabra que allí da? ¿Es ererer en Dios como se debe, despreciar sus amenazas y querer quebrantar impunemente sus leyes? ¿No se debe juzgar por las costumbres si somos verdaderamente cristianos? ¿Cuál debe ser la vida de los obispos, nuestros pastores? ¿No deben estos á sus pueblos tanto el buen egeemplo como la instruccion? ¿Cuál debe ser la vida de los monges y de los canónigos?"

Presenta la segunda memoria los mismos artículos bajo otro aspecto, y despues añade: „recordemos que el año pasado ayunamos tres veces, y cada una tres dias para conseguir de Dios la gracia de conocer lo que debia reformarse en nuestra conducta; y esto es lo que al presente deseamos poner en práctica. Conozcamos cuales son los deberes de los eclesiásticos para no pedirles sino lo que nos pueden conce-

(1) *Capitular. interrog. pag. 407. Tom. 7. Conciliar. pag. 1148.*

der.: roguémosles que nos espliquen con claridad qué es lo que entienden por huir del mundo, y en qué se distinguen los que le abandonan de los que le siguen. Si esta diferencia solo consiste en llevar ó no llevar las armas, en ser ó no ser públicamente casados: si es haber renunciado al siglo aumentar sus bienes induciendo á los espíritus débiles con la esperanza del paraíso ó el temor del infierno, á dejar frustrados los herederos legítimos que reducidos de este modo á la vergonzosa necesidad caen muchas veces en bajezas criminales: si es haber renunciado al siglo exaltar á porfía las reliquias de sus iglesias para atraer las ofrendas, aumentar su reputacion, y verse elevados por los obispos á mas altas dignidades: si los eclesiásticos están mas obligados que el comun de los fieles á las promesas de su bautismo: he aquí los puntos que necesitan solucion. En qué se pueden las promesas violar, y qué es lo que se entiende por las pompas de Satanás á las que hemos renunciado: qué error y qué desorden seria que procurasen un obispo ó un abad tener muchos clérigos ó monges, mas bien que tenerlos buenos: cultivar sus talentos con el canto y la lectura con mas cuidado que sus costumbres, y preferir la hermosura de los edificios á la edificacion de las virtudes: son otras tantas cuestiones que llaman tambien la atencion."

No eran vanas exclamaciones estas memorias que cuando vacaba á los negocios apuntaba en el papel, sino un plan efectivo de cómo habia de caminar en el gobierno y en el manejo de los espíritus. No solo

en los parlamentos y en las juntas de los estados, sino en las ocasiones particulares no cesaba, dice Teodulfo de Orleans, de incitar á los prelados al estudio y al amor de la Religión; al clero, á la observacion de la disciplina; á los monges, á la observancia regular; á los cortesanos, á la moderacion y prudencia; á los jueces, á la equidad y desinterés; á los militares, á la disciplina y al valor; á los superiores, á la caridad; á los inferiores, á la obediencia, y á todos al amor de la obligacion y á la concordia. Venia de este modo á ser Carlo-Magno juntamente apóstol, Soberano y padre de los pueblos. Pero la eficacia de sus cuidados estribaba en que no recomendaba virtud alguna de la que primero no diese ejemplo. Llenaba así la esperanza del Pontífice y la de los pueblos que habian restablecido el imperio de occidente en su persona, y aumentaba en él continuamente el esplendor, al mismo tiempo que este iba siempre declinando en el imperio de oriente.

68. El Emperador Nicéforo se distinguía solo por su impiedad, su crueldad y su avaricia; y se alababa no obstante con estravagante seguridad de que era el único Emperador que habia sabido gobernar. Rayó tan alto su locura, que no reconocia mas providencia ni poder que el ingenio que él creía tener para el gobierno. Era muy apasionado á los paulicianos ó nuevos maniqueos, que infestaban la Frigia y la Liconia su pais natal, confiado enteramente en sus oráculos y sus supersticiones: y siendo un hombre que se gloriaba de espíritu fuerte, que queria igua-

larse en algun modo al espíritu de Dios, recurria no obstante á sus prestigios ridiculos. Mandó trazar al revés el vestido de su concurrente Bardanes, opinando que con este encanto le habia reducido á dejar el imperio. Viósele tambien atar un toro por las hastas, imitando la supersticion de los persas, á un poste de hierro con la cabeza metida en un hoyo, y asegurarle hasta que espiraba furioso deshaciéndose el animal y bramando espantosamente (1). Dió entera libertad á los maniqueos que blasfemaban públicamente contra las imágenes, y llevaba muy á mal que el patriarca los reprendiese. Alojábanse los soldados por su orden en las casas de los obispos y en los monasterios, y trataban como esclavos á los obispos, á los clérigos y á los monges. Aplicaba á usos profanos los bienes eclesiásticos que podia, y se reía sin vergüenza de la piedad de los fieles que habian ofrecido á Dios parte de sus posesiones. Complaciase en la reparticion de tributos con los que oprimió á los pueblos: en cargar los establecimientos de piedad, los hospicios de huérfanos y ancianos, y las iglesias y monasterios aunque fuesen de fundacion imperial. Había puesto sus mejores heredades bajo el dominio secular, y les hacia pagar los impuestos por entero por el poco fondo que les restaba, aumentando las imposiciones sin medida. Escitó por último de tal modo el odio público, que el patricio Nicetas, uno de los señores mas fieles que tenia, le dijo saliendo ambos de Constantinopla para marchar contra los búl-

(1) *Theoph. ann. 9. pag. 413.*

garos: „Señor, contra nosotros grita todo el mundo, y si nos sucede alguna fatalidad ; cuánto tenemos que temer! El Emperador respondió furioso: Dios me ha endurecido el corazón como á Faraon: nada bueno esperéis de Nicéforo.”

69. Avanzó con temeridad contra la opinion de todos los gefes, no queriendo otorgar la paz á los enemigos que se la pedian, y reduciéndolos á tal desesperacion que le acometieron de noche y le mataron en su tienda á 23 de Julio de 811. Los bárbaros anduvieron jugando con su cabeza, y Crumno su Rey mandó hacer al estilo de los scitas un vaso de su cráneo para servirse de él en los convites solemnes. Pereció en esta ocasion la primera nobleza y toda la flor del ejército cristiano. El número de cautivos fue grande, y muchos los mártires que los búlgaros, todavía paganos, sacrificaron con despecho, despues de haber intentado que renunciassen á la fe. Estauracio, hijo de Nicéforo, fue desde luego reconocido por Emperador; mas habiendo quedado herido de modo que no podia vivir, proclamaron dos meses despues á su cuñado Miguel Curopolátes; y Estauracio abandonado y reducido á hacerse monge, murió de sus heridas á principios del año siguiente. Miguel, llamado Rhangabé, se mostró benéfico, liberal, magnífico, buen católico y celoso de la verdadera Religion; pero tenia poco talento para el gobierno.

70. Afligíanle los alborotos de la iglesia de Constantinopla; y no descansó hasta haber reconciliado al patriarca Nicéforo con San Teodoro y los demás mon-

ges muy celosos de la pureza de la disciplina. A estos, ó por mejor decir á la Religion, dio la satisfaccion justa que le exigian, condenando y echando fuera segunda vez al sacerdote José que habia sido la piedra de escándalo. Nicéforo envió por entonces segun costumbre sus cartas sinódicas al Papa, por no haber podido enviarlas cinco años antes aunque ya era patriarca, por habérselo impedido el último Emperador. Restablecidas la concordia y tranquilidad en la iglesia de Constantinopla, acordó el Emperador Miguel esterminar los paulicianos, discípulos de Paulo, un fanático muy acreditado en otro tiempo en la Capadocia. Practicaban estos las impiedades y las detestables impurezas de los antiguos discípulos de Manés, no obstante que hipócritas y perjuros le anatematizaban. Siguiendo los obispos la antigua tradicion, no querian suscribir á la pena de muerte, á que los jueces sentenciaban á estos hereges; pero el Emperador continuó en perseguirlos á sangre y fuego, por las abominaciones de su culto y sus malas costumbres, y así mandó decapitar á muchos (1). Mas no pudo limpiar de ellos el imperio, porque siendo tan hábiles en sobornar como extravagantes en discurrir, seducian aun á los capitanes que marchaban contra ellos.

71. El segundo año del reinado de Miguel, le envió el Rey de los búlgaros proposiciones de paz, y la principal era que de una y otra parte se entregassen los desertores que se habian pasado al enemigo. Algunas personas piadosas le hicieron escrupulizar en

(1) *Theoph.* pag. 439.

entregar al Rey de los búlgaros aquellos vasallos suyos que se habían hecho cristianos. Y por mas que su consejo, apoyado del patriarca Nicéforo y de los metropolitanos de Nicea y de Cizicole representó que debía preferir á la conservacion de algunos búlgaros el número mucho mayor de fieles detenidos en Bulgaria, prevaleció el parecer contrario: se les negó la paz, volvieron los búlgaros á las armas con furor, y cuatro dias despues recibió la noticia de la toma de Mesembria.

Fue preciso ponerse en campaña para hacerles frente. Se encontraron cerca de Andrinópolis, pero cedieron tan vergonzosamente los romanos, que el Rey de los búlgaros creyó desde luego que intentaban atraerlos á alguna emboscada. Volvia el Emperador huyendo con los otros y maldiciendo sus tropas y capitanes, y perdió el juicio hasta jurar que abandonaria el imperio. Proclamaron en su lugar al patriarca Leon, por sobrenombre Armenio, gobernador de Natolia; y fue solemnemente coronado por el patriarca Nicéforo á 11 de Julio de 813. Miguel abrazó la vida monástica con sus tres hijos, á los que Leon hizo eunucos y los desterró á diferentes islas para asegurar su trono. De esta catástrofe se valió el Señor para su gloria y mayor ventaja de su Iglesia en los siguientes reinados. El mas jóven de los tres Príncipes, llamado Nicetas, llegó á una eminente santidad: fue despues patriarca de Constantinopla con el nombre de Ignacio, y sostuvo poderosamente los intereses de la Religion en los tiempos mas difíciles. Entretanto dispuso el nuevo Emperador la conserva-

cion de Constantinopla con tan buen orden, que habiendo llegado el Rey de los búlgaros hasta las puertas de la capital, no se atrevió á sitiarla. Mas intentando indignamente Leon quitarle la vida con pretesto de una conferencia, se retiró furioso el búlgaro llevándolo todo á sangre y fuego, sin perdonar á las iglesias, hasta Andrinópolis: sitió esta plaza importante y la tomó.

72. Llevóse cautivos todos los habitantes con su arzobispo Manuel, prelado santo y magnánimo que no solo mantuvo en la fe á sus ovejas, sino que hizo muchas conversiones entre los búlgaros, lo que al fin le mereció la corona del martirio. El sucesor del Rey Crumno hizo primero desconcertar los brazos al santo pastor, y despues hacer pedazos su cuerpo y dársele á comer á las bestias. Tambien mandó dislocar los miembros á Jorge, arzobispo de Debotta, y á otro obispo llamado Pedro; y hecho esto los degollaron. Abrieron el vientre á Leon de Nieea, apedrearon al sacerdote Paradio; y á dos tribunos Juan y Leon y otros dos oficiales Gabriel y Sionio les cortaron la cabeza. Hasta trescientos setenta y siete cristianos les quitaron la vida en esta ocasion por la misma causa; esto es, porque no renunciaron á la verdadera fe. A todos estos los honra la iglesia griega como mártires el dia 22 de Enero.

El Emperador Miguel habia asegurado la paz entre los dos imperios, enviando á Carlo-Magno una embajada honorifica para firmar el tratado que habia empezado Nicéforo, sin quererle concluir. Desde luego reconocieron los embajadores griegos al Monarca

francés por Emperador de occidente, y los límites de este imperio se fijaron decisivamente al Mar Báltico, al Océano, al Ebro, dando la vuelta por el medio-día al mar Mediterráneo, al Vulturno y á las fronteras orientales de Panonia. El Emperador Leon sucesor de Miguel se conformó con esta disposicion. Ya Carlo-Magno habia puesto término á las guerras de Germania, y pacificado la Sajonia despues de treinta años de alborotos casi continuos. No hubo otro medio de cortar de raiz el mal, aun despues de haber reducido á los sajones mas principales, que sacar de allí millares de hombres con sus mugeres y sus hijos, y distribuirlos por diversos paises de las Galias y de la Alemania. Los que se quedaron en Sajonia se incorporaron con los franceses, haciendo un solo pueblo bajo las mismas leyes, costumbres y religion.

Cuando vio este Príncipe todos sus estados tranquilos, quiso prevenir todos los alborotos futuros haciendo que reconociesen á su hijo Luis por Emperador. Habian sucedido muchas cosas extraordinarias, que el pueblo tenia por presagios de la muerte del Emperador. El prudente Príncipe despreciaba aquellas vanas observaciones, pero su avanzada edad y el diario decaimiento de fuerzas eran para él el presagio seguro de que ya no podia vivir mucho; y así escribió á Luis que gobernaba con gran prudencia el reino de Aquitania que fuese á verle á Aquisgran; pero por los cuidados de la sucesion no perdía de vista los de la reforma general cuyo proyecto hemos visto ya en sus dos memorias de preguntas para los obispos y los condes.

73. Un año ó dos antes de su muerte, salieron cuatro diferentes tratados sobre el bautismo en consecuencia de una circular que este Príncipe, verdaderamente cristiano é interesado en las ventajas y empeños que contraemos en la regeneracion espiritual, habia escrito á los arzobispos y á los obispos mas sabios de su reino, para que profundizando esta materia reanimasen el fervor de los fieles (1). Todavía tenemos el tratado de Leidrado, arzobispo de Leon, el de Amalario de Tréveris que está entre las obras de Alcuino, el de Teodulfo de Orleans, y el de Gesé de Amiens, dos prelados de los mas sabios de su siglo. A este último le debemos la distincion indicada con exactitud y limpieza entre la uncion del santo crisma con que el bautizante unge la cabeza del catecúmeno, y la que hace el obispo en la frente para dar el sacramento de la confirmacion.

74. Para responder á las preguntas hechas á los obispos y á los condes, en solo el año 813 se celebraron cinco concilios (2): el de Arles, el de Rems, el de Maguncia, el de Chalons sobre el rio Saona para la provincia Leonesa, y otro en Tours aunque es de la misma provincia. Para no fatigarnos con repeticiones, poniendo por menor los reglamentos de estos concilios, diré en substancia lo que pretende saber el deseo laudable de instruirse y la razonable curiosidad.

Se mandó que los sacerdotes tengan el santo cris-

(1) *Mabil.* 3. *annal. init. Ep. Alc. pag. 1151. Not. Sirmond. ad Theod. Bibl. PP. tom. 14. pag. 67.* (2) *Tom. 7. Concilior. pag. 1132. et seq.*

ma exactamente encerrado, y que no le den sino á los ministros sagrados para las funciones que se ofrezcan. Con esto se pretendia obviar á una extravagante supersticion, por la que creían que los malhechores prevenidos con el santo crisma no podian ser descubiertos por la justicia. Se determinó que los que poseían diezmos ú otros bienes de la Iglesia como beneficio, contribuyesen para repararla; y que cada uno en tiempo de hambre ó de otra calamidad sustentase sus propios pobres segun sus posibles, y que las personas opulentas no pudiesen comprar públicamente los bienes de los infelices sino en presencia del conde y de la primera nobleza del territorio: que los obispos, abades y otros ministros de la Iglesia observasen en su mesa exacta modestia y sobriedad, admitiendo algunos pobres y leyendo entretanto buenos libros: que á los sacerdotes ambiciosos que pasasen de un curato menor á otro mas grande, se les tratase como á los obispos que dejan un obispado pequeño por otro de mayor renta: que el obispo personalmente encargado de la predicacion tenga siempre para en caso de ausencia ó de enfermedad alguno que predique los domingos y fiestas de modo que lo entienda el pueblo: que todos los obispos posean algunas homilias que contengan las instrucciones necesarias para su rebaño, y las traduzcan claramente en romance ó en aleman para que todo el mundo las pueda entender. Estas eran las dos lenguas corrientes en Francia; la primera entre los antiguos habitantes, y era un latin ya corrompido del cual viene el francés: la segunda entre los francos y otros pueblos de

la Germania, esparcidos entonces en el imperio francés; y en el dia se ha quedado al otro lado del Rhin.

Tambien se estableció que los sacerdotes llevasen siempre el orario ó la estola en señal del sacerdocio, y que ninguno se ordenase hasta los treinta años, y antes de ordenarse habia de vivir en la casa episcopal para aprender sus obligaciones y dar pruebas suficientes de sus costumbres. Estas casas servian de seminario, los cuales no se fundaron en forma hasta mucho tiempo despues. Se mandó que se corrigiese la costumbre abusiva de dividir las iglesias que estaban en las tierras de los señores en muchas partes, teniendo cada una sus sacerdotes, y que el obispo no permitiese celebrar en ellas misa, hasta que los diferentes herederos se conviniesen en el sacerdote que habia de servir esta iglesia. Aquí se ve claramente establecido el patronato lego. Que de ordinario no se diese el velo á las vírgenes hasta la edad de veinticinco años: que se implorase el auxilio del Emperador contra la relajacion que tenia abolida la antigua penitencia en la mayor parte de las iglesias, para que los pecadores públicos hiciesen la penitencia pública y fuesen escomulgados y reconciliados segun los cánones. Que se aplicarian á reformar los abusos que se habian introducido en las peregrinaciones de Roma y de Tours, que entonces eran las dos principales que se usaban, y los clérigos y sacerdotes suponian que así se purificaban de sus pecados, y debian ser restablecidos en las funciones de su ministerio: los legos imaginaban que así adquirian la impunidad, tanto para las culpas pasadas como para las venideras. Tam-

bien se ordenó que no se diese indiferentemente al fin de la misa la Eucaristía á los niños, ni á las personas que asistiesen, por el peligro de que podia haber algunas con pecados graves; bien que todos debian comulgar tres veces al año. Por último se declaró que se continuase en observar las fiestas siguientes: el día y semana de Pascua, Ascension y Pentecostes con la misma solemnidad: San Pedro y San Pablo, San Juan Bautista, la Asuncion, San Miguel, San Remigio, San Martín y San Andrés: cuatro dias en la Natividad y el día de octava ó la Circuncision, Epifanía, Purificacion de la Virgen; y en cada diócesi las fiestas de los mártires y confesores cuyas reliquias se hallen allí, y la dedicacion de cada iglesia: que se observase el ayuno de las cuatro témporas, y la letanía de los tres dias de rogativa.

Estos fueron los principales reglamentos de los cinco concilios, y los enviaron todos á Aquisgran, en donde el Emperador los hizo confrontar en una junta que se celebró en el mes de Setiembre de este mismo año 813, y despues dió su capitular, respecto de los cánones que necesitaban de que concurriese la potestad temporal ⁽¹⁾. Habiendo llegado al mismo lugar en donde estaba el Emperador su hijo Luis, Rey de Aquitania, empezó su padre á exhortar á los obispos, abades, duques, condes, y á todas las órdenes del estado congregadas allí á que fuesen fieles á su hijo el Príncipe. Y deseoso de conocer cómo pensarian los señores de la disposicion que pensaba hacer del imperio, les preguntó si llevarian á bien que toda su

(1) *Eginard. Vit. cap. 9. et 22.*

autoridad pásase á Luis; y ellos exclamaron, que Dios le habia inspirado aquel pensamiento, por lo que solo pensó en la egecucion.

75. El domingo siguiente se vistió las ropas imperiales, se puso una corona de oro que de la pedrería arrojaba rayos, y apoyado sobre el Príncipe su hijo, salió del palacio con una augusta y numerosa comitiva, y se encaminó con lentos pasos á la iglesia, en donde acercándose al altar puso sobre él la corona y estuvo mucho tiempo orando con el Rey joven, hasta que volviéndose hacia él le dijo: „hijo mio, el primer consejo que te doy es que ames y temas al Señor: guarda siempre sus mandamientos, y procura que las iglesias estén bien gobernadas. Tu obligacion capital es defenderlas con una inviolable fidelidad: honra á los obispos como padres, ama á los pueblos como hijos, no emplees la fuerza sino para reprimir á los soberbios y para hacer que los malos entren en los caminos de salvacion. Serás el consolador de los pobres y de las personas que en la humildad del retiro se han consagrado á Dios: procura elegir ministros temerosos de Dios, y los que conozcas que son fieles para no dejarse corromper; pero á ninguno desampares sin justas y seguras razones. Acuérdate de tratar bien á tus hermanas y hermanos jóvenes, con toda la posteridad de un padre que te ama tiernamente. En una palabra, vean en ti siempre un Soberano irreprochable delante de Dios y de los hombres.”

Despues de estas penetrantes lecciones preguntó al Príncipe si estaba dispuesto á seguirlas; y este le res-

pondió derramando lágrimas; que con la gracia del Señor las observaría inviolablemente. Entonces Carlo-Magno le mandó que tomase la corona que estaba sobre el altar y se la pusiese por sí mismo, para dar á entender que de solo Dios recibía el imperio. Obedeció Luis, y resonaron por repetidas veces mil aclamaciones de alegría así de los grandes como del pueblo. Celebrados los santos oficios, volvió Carlo-Magno al palacio, apoyado también sobre su hijo. Pasaron todavía algunos días juntos, hasta que los separaron los cuidados y el gobierno, y no pudieron menos de derramar lágrimas abundantes por el triste presentimiento de que no volverían á verse. El Emperador mas debilitado por sus continuos trabajos que por el peso de los años, nada aflojó en las obras ordinarias de piedad, cuando se lo permitía la salud. No obstante sus ocupaciones inmensas, continuó en la asistencia á los oficios de la iglesia de día y de noche: redobló sus limosnas: emprendió dar una versión de los cuatro Evangelios muy correcta, trabajando en ella él mismo con sabios extranjeros griegos y sirios, sin contar los de sus estados. Esta fue su última empresa.

76. Al fin, se sintió acometido de calentura al salir del baño día 20 de Enero de 814: al principio esperaba sanar con la dieta, que era el único remedio que usaba en sus indisposiciones, prefiriéndole á toda la medicina. Pero no le sirvió contra la pleuresía que escitó el sobresalto general: solo él miró el peligro sin asustarse, y con aquel heroísmo que había mostrado en tantas ocasiones. En el día séptimo

de su enfermedad le dió el santo viático su capellan mayor Hildebaldo, arzobispo de Colonia, sin que mostrase ninguna conmoción, ocupado enteramente en los sentimientos de la Religión. Poco despues cayó en un desmayo de fuerzas, pero sin perder el uso de la razón; y en el punto de espirar recogió todas sus fuerzas para hacer la señal de la cruz y decir aquellas palabras del salmo: *Señor, en vuestras manos encomiendo mi alma.* Así murió dulcemente á las nueve de la mañana á 28 de Enero de 814, á los setenta y dos años de su edad, cuarenta y siete de reinado, y catorce de imperio.

El lugar de su sepultura fue la magnífica iglesia que había edificado á la Santísima Virgen en Aquisgran. El mismo día de su muerte colocaron su cadáver embalsamado en un pequeño hueco en donde le sentaron en una silla de mármol blanco, cubierto de oro con las ropas imperiales: debajo pusieron el cilicio que solía llevar: en la cabeza le pusieron su corona, al lado su espada, y sobre las rodillas un libro de los Evangelios forrado de oro. Delante colgaron su gran cetro de oro, y el escudo que el Papa Leon había bendecido. Despues llenaron el sepulcro de perfumes, le cerraron y sellaron levantando por la parte exterior un arco dorado con la estatua del Príncipe, y este breve epitafio: *Aquí yace Carlos, grande y católico Emperador, que estendió gloriosamente el reino de los franceses, y le gobernó cuarenta y siete años felizmente.* Por su retrato se vé que las prendas del cuerpo correspondían á las del alma. Su talla era mas grande que lo regular, su porte ma-

gestuoso causaba respeto : su aire despejado, y su frente tan serena que arrastraba los corazones : sus ojos eran grandes y vivos, los cabellos muy largos, y en su vejez de una blancura que le daban nuevo aspecto de magestad. En muchas iglesias es honrado como santo, y entre otras en París, Rems, y Ruan; pero en algunas otras como en la de Metz todavía se hace por su alma todos los años el aniversario (1). Es verdad que el que le canonizó fue el Antipapa Pascual II, mas por no haber reclamado los Papas legítimos, muchos sabios tomaron este silencio por aprobacion.

Lo cierto es que fue uno de los mas religiosos y de los mas grandes Príncipes que han ocupado el trono en algun tiempo ó en alguna parte del universo. La tacha que le ponen y que parece marchitar sus virtudes es el amor á las mugeres; pero tal vez las que se llaman concubinas para distinguir las de cuatro que tuvieron sucesivamente el título de Reinas ó Emperatrices, las admitió con algun legítimo casamiento que no quiso solemnizar públicamente, temiendo multiplicar herederos con perjuicio del estado. La falta mas bien fundada que en este punto le atribuyen, es haberse dejado llevar de los consejos de su madre para repudiar á Himiltruda, su primera muger, por casarse con Desiderata, hija de Didier, Rey de Lombardía; pero esta culpa la reparó poco despues, y por las reconvenções de los obispos y del Papa Stefano despidió á Desiderata y volvió á tomar á Himiltruda, de la que tuvo dos hijos. Las muchas mugeres, pues casó sucesivamente con nueve, aunque

(1) *Bolland. ad diem 28. Jan.*

fuesen legítimas, dan á entender una flaqueza difícil de justificar, pero no dejaría de espiarla con la penitencia cuando, así que murió, pensaron en darle culto público; y su vida en el trono comparada con la depravacion de su siglo debe pasar por una maravilla.

Este grande hombre . tan sabio legislador como valiente capitan, y tan hábil en la política como absoluto en el mando, fue un fiel humilde y fervoroso : buen señor, buen padre de familias, y buen amigo. Mas terrible á los enemigos de la Religion que á los del estado, fue siempre el azote de la heregia y la impiedad, el mas empeñado protector de la Iglesia, y al mismo tiempo su hijo sumiso y su bienhechor generoso. Todo queria que se hiciese en el lugar santo con el mas augusto esplendor; y con una santa profusion proveía de vasos de oro y de plata, de todo género de ornamentos y tantos vestidos sacerdotales, que durante el sacrificio ninguno ni aun los porteros se presentaban con sus vestidos ordinarios.

Halló la iglesia de Francia en un triste desorden. Su abuelo Carlos Martel se habia servido de todos los medios indistintamente para establecer su nueva dominacion. Daba los obispados y abadías á seculares, que en lugar de mantener sacerdotes y religiosos, solo pensaban en procurar guerreros al estado. Ya no se trataba de pagar los diezmos, ó la mayor parte de estos se daban á los militares; y así los eclesiásticos por espíritu de libertad ó por temor del desprecio dejaban las letras y las santas ocupaciones para tomar las armas. ¿Qué influencia era la de estas ideas

en las costumbres? Muchos sacerdotes mantenian con escándalo concubinas, y el contentarse con una sola esposa se alababa en ellos. Los monges y las religiosas no observaban votos ni clausura, ni habia regla, ni subordinacion, ni asistencia ni decencia en los officios divinos, y en muchas partes casi no conocian las casas de la Religion. Habia provincias en donde no se habia juntado concilio en sesenta años. El Rey Pipino, mas bien establecido en la soberanía que Carlos Martel, habia hecho algunos esfuerzos para restablecer la disciplina, y en su tiempo se celebraron algunos concilios, siendo la luz en ellos San Bonifacio: se publicaron cánones y advertencias saludables, pero no fueron suficientes para impedir la prescripcion del mal.

Por último Carlo-Magno viéndose Rey y absoluto señor de la nacion, despues de la retirada de su hermano Carloman, manifestó mas celo todavía de la gloria de la Iglesia que de los intereses de su corona. Volvieron á celebrarse concilios, publicó admirables capitulares y fue muy firme en hacerlos cumplir. Ningun abuso prevaleció contra sus investigaciones. A las supersticiones paganas, á las ordenaciones simoníacas, á las costumbres disolutas y militares del clero, á las depredaciones de los bienes eclesiásticos, á todos estos desórdenes sabemos cuántos diques oponía. Fue el restaurador de los estudios y de las costumbres, dos cosas que se sostienen una á otra. Era tan versado en la ciencia de la Religion, que escribió por sí mismo contra los hereges, y hablaba en los concilios como un doctor. Poseía igualmente los conocimientos

que en su tiempo tenian aprecio, como la astronomía, las matemáticas y la aritmética: hablaba con facilidad cuatro ó cinco lenguas estrangeras, y poseyó tan perfectamente su lengua materna, el alemán, que le redujo á reglas fijas y compuso la gramática.

Para animar al clero, le restituyó los antiguos privilegios, y le concedió muchos nuevos; y aun parece que este genio superior, dotado por la naturaleza de aquel ascendiente que subyuga sin violencia y produce revolucion hasta en las ideas, dio en un extremo peligroso, y depositó en los clérigos aquel grado de autoridad política cuyos tristes efectos veremos bien pronto bajo el dominio del Príncipe débil que le sucedió. Mandando que los eclesiásticos no fuesen juzgados sino por otros eclesiásticos, y haciendo muy difícil el probar sus delitos, les aseguró una impunidad casi absoluta, la que les dió audacia para todo; pues tuvieron jueces propios para sus causas civiles igualmente que para sus personas, y los ministros seculares no pudieron intervenir en lo que les pertenecia en cuanto á lo criminal ni lo civil. A Carlo-Magno se atribuyó con razon haber sacado de la barbarie la nacion francesa, y á su reinado se debe la forma que esta tomó de pueblo civilizado con la mejor parte de la Europa sujeta á la misma dominacion. Restableció juntamente el orden público y el moral en el antiguo imperio. Ya habia reparado los mayores males que causó á la humanidad y á la Religion la inundacion de los bárbaros, y sin duda hubieran perfeccionado esta obra algunos

sucesores semejantes á él; pero la prueba que tenia que sufrir la Iglesia en aquellos tiempos de ferocidad y de ignorancia, no habia subido al punto conveniente para que se viese la maravilla de la proteccion de Dios. No bastaba que los bárbaros musulmanes la hubiesen tan cruelmente despedazado: nuevos bárbaros vomitados de las cuevas del norte, los normandos endurecidos entre las tempestades y los escollos y por tanto tiempo aborrecidos, hicieron deseable el yugo de los árabes á las mas florecientes de nuestras iglesias.

Ya se habian visto sus armadas desolando las islas Británicas y asustando todas las costas del Occéano, pero habian respetado á los franceses, vasallos del imperio poderoso de un Monarca que no solo era adorado y perfectamente obedecido de los suyos, sino que indistintamente le llamaban todos el bienhechor del género humano. Algunas veces presagió suspirando al ver á lo lejos las velas errantes de los bárbaros, los males que despues de su muerte harian á su pueblo. Ya los veremos en tiempos de sus sucesores escender en rapiñas, muertes y sacrilegios, y en toda especie de excesos á los primeros germanos, á los hunos y á los opresores mas feroces de la Galia; quitar á las instituciones y leyes de Carlo-Magno su energía, y volver á sumergir el imperio en un estado mucho mas funesto, porque la recaida deja menos recursos á la curacion. Debia llegar el mal á un estado tan desesperado para que no se pudiese menos de conocer la omnipotente mano que le reparó.

TABLA CRONOLÓGICA.

Desde el año 682, hasta el de 814.

PAPAS.

- LXXX. San León II, muerto á 30 de Julio de..... 683.
 LXXXI. Benedicto III, electo en 26 de Junio de 684,
 y muerto á 7 de Mayo de..... 685.
 LXXXII. Juan V, ordenado en 23 de Julio de 685, y
 muerto á 1 de Agosto de..... 686.
 LXXXIII. Conon, consagrado en 27 de Octubre de 686,
 y muerto á 11 de Setiembre de..... 687.
 LXXXIV. Sergio, electo en 15 de Diciembre de 687, y
 muerto á 8 de Setiembre de..... 701.
 LXXXV. Juan VI, ordenado en 18 de Octubre de 701,
 y muerto á 9 de Enero de..... 705.
 LXXXVI. Juan VII, electo en 1 de Marzo de 705, y
 y muerto á 17 de Octubre de..... 707.
 LXXXVII. Sisinio, electo en 18 de Enero de 708, y
 muerto á 7 de Febrero de..... 708.
 LXXXVIII. Constantino, electo en 25 de Marzo de 708,
 y muerto á 9 de Abril de..... 715.
 LXXXIX. San Gregorio II, consagrado á 19 de Mayo de
 715, y muerto en 10 de Febrero de..... 731.
 XC. Gregorio III, ordenado en 28 de Marzo de 731,
 y muerto á 27 de Noviembre de..... 741.

sucesores semejantes á él; pero la prueba que tenia que sufrir la Iglesia en aquellos tiempos de ferocidad y de ignorancia, no habia subido al punto conveniente para que se viese la maravilla de la proteccion de Dios. No bastaba que los bárbaros musulmanes la hubiesen tan cruelmente despedazado: nuevos bárbaros vomitados de las cuevas del norte, los normandos endurecidos entre las tempestades y los escollos y por tanto tiempo aborrecidos, hicieron deseable el yugo de los árabes á las mas florecientes de nuestras iglesias.

Ya se habian visto sus armadas desolando las islas Británicas y asustando todas las costas del Occéano, pero habian respetado á los franceses, vasallos del imperio poderoso de un Monarca que no solo era adorado y perfectamente obedecido de los suyos, sino que indistintamente le llamaban todos el bienhechor del género humano. Algunas veces presagió suspirando al ver á lo lejos las velas errantes de los bárbaros, los males que despues de su muerte harian á su pueblo. Ya los veremos en tiempos de sus sucesores escender en rapiñas, muertes y sacrilegios, y en toda especie de excesos á los primeros germanos, á los hunos y á los opresores mas feroces de la Galia; quitar á las instituciones y leyes de Carlo-Magno su energía, y volver á sumergir el imperio en un estado mucho mas funesto, porque la recaida deja menos recursos á la curacion. Debia llegar el mal á un estado tan desesperado para que no se pudiese menos de conocer la omnipotente mano que le reparó.

TABLA CRONOLÓGICA.

Desde el año 682, hasta el de 814.

PAPAS.

- LXXX. San León II, muerto á 30 de Julio de..... 683.
 LXXXI. Benedicto III, electo en 26 de Junio de 684,
 y muerto á 7 de Mayo de..... 685.
 LXXXII. Juan V, ordenado en 23 de Julio de 685, y
 muerto á 1 de Agosto de..... 686.
 LXXXIII. Conon, consagrado en 27 de Octubre de 686,
 y muerto á 11 de Setiembre de..... 687.
 LXXXIV. Sergio, electo en 15 de Diciembre de 687, y
 muerto á 8 de Setiembre de..... 701.
 LXXXV. Juan VI, ordenado en 18 de Octubre de 701,
 y muerto á 9 de Enero de..... 706.
 LXXXVI. Juan VII, electo en 1 de Marzo de 705, y
 y muerto á 17 de Octubre de..... 707.
 LXXXVII. Sisinio, electo en 18 de Enero de 708, y
 muerto á 7 de Febrero de..... 708.
 LXXXVIII. Constantino, electo en 25 de Marzo de 708,
 y muerto á 9 de Abril de..... 715.
 LXXXIX. San Gregorio II, consagrado á 19 de Mayo de
 715, y muerto en 10 de Febrero de..... 731.
 XC. Gregorio III, ordenado en 28 de Marzo de 731,
 y muerto á 27 de Noviembre de..... 741.

- XCI. Zacarías, electo en 30 de Noviembre de 741, y
y muerto á 14 de Marzo de 752.
Estéfano ó Estévan I, fue electo y murió sin estar
consagrado..... 752.
XCII. Estéfano II, electo á 26 de Marzo de 752, y
muerto á 25 de Abril de..... 757.
XCIII. San Paulo, consagrado en 29 de Mayo de 757,
y muerto á 28 de Junio de..... 767.
XCIV. Estévan III, electo á 15 de Agosto de 768, y
muerto en 1 de Febrero de 772.
XCV. Adriano I, electo á 9 de Febrero de 772, y muer-
to á 25 de Diciembre de 795.
XCVI. San Leon III, electo en 26 de Diciembre de..... 795.

~~~~~  
ANTIPAPAS.

- Pascual, opuesto á Conon..... 687.  
Teodoro, opuesto á Conon, y despues á Sergio..... 687.  
Teofilacto, opuesto á Estéfano II..... 757.  
Constantino, opuesto á San Paulo..... 767.

~~~~~  
EMPERADORES DE ORIENTE.

- Constantino Pogonato, muerto en..... 685.
Justiniano II, destronado en..... 695.
Leoncio..... 698.
Absímaro..... 705.

- Justiniano II, restablecido en la muerte de Absímaro, fa-
llció en..... 711.
Filípico..... 713.
Anastasio II..... 716.
Teodosio III..... 717.
Leon Isáurico..... 741.
Constantino Coprónimo..... 775.
Leon Porfirogénito..... 780.
Constantino IV..... 797.
Irene, destronada en..... 802.
Nicéforo..... 811.
Estauracio..... 811.
Miguel Curopalates..... 813.
Leon Armenio.

EMPERADORES DE OCCIDENTE.

- Carlo-Magno, restanrador del imperio, coronado en 800,
y muerto en..... 814.
Luis el Hermoso.

~~~~~  
REYES DE FRANCIA.

- Tierri III, de Neustria y de Borgoña en..... 691.  
Pipino, Príncipe de Austrasia..... 714.  
Clodoveo III, Rey de Neustria y de Borgoña..... 695.  
Childeberto III, de Neustria y de Borgoña..... 711.  
Dagoberto III, de Neustria y de Borgoña..... 715.  
Childerico II, de Neustria y de Borgoña..... 720.

|                                                 |      |
|-------------------------------------------------|------|
| Thierry IV, de Neustria y de Borgoña.....       | 737. |
| Childerico III, de Neustria y de Borgoña.....   | 752. |
| Carlos Martel, Príncipe de los franceses.....   | 741. |
| Pipino el pequeño, Rey en 741; y muerto en..... | 768. |
| Carlo-Magno.....                                | 814. |

## REYES DE ESPAÑA.

|                                                                           |      |
|---------------------------------------------------------------------------|------|
| Wamba, abdicó en.....                                                     | 680. |
| Ervigio, muerto en.....                                                   | 687. |
| Egica.....                                                                | 771. |
| Witiza.....                                                               | 710. |
| D. Rodrigo, último Rey godo de toda España.....                           | 712. |
| Pelayo I, restaurador de la monarquía española en Asturias, murió en..... | 737. |
| Favila.....                                                               | 739. |
| Alfonso I, el católico.....                                               | 757. |
| Fruela I.....                                                             | 768. |
| Aurelio.....                                                              | 774. |
| Silo.....                                                                 | 783. |
| Mauregato.....                                                            | 788. |
| Bermudo I.....                                                            | 795. |
| Alfonso II, el Casto.                                                     |      |

## REYES DE INGLATERRA.

Heptarquía, que duró hasta Egberto I que sujetó á su corona toda la Inglaterra.

|                     |      |
|---------------------|------|
| Etelulfo.....       | 857. |
| Etebaldo de Ouesex. |      |
| Etelberto de Kent.  |      |

## CONCILIOS MAS NOTABLES.

Concilio de Toledo, en 681. En él treinta y cinco obispos confirmaron la renuncia que el Rey Wamba hizo del trono: y dieron al obispo de Toledo la facultad de ordenar á todos los obispos de España.

Otro concilio de Toledo, en 684, para recibir el sexto concilio ecuménico en toda la España y la Galia gótica. La carta del Papa Leon II, que fue el que envió las actas, dice que Honorio en vez de apagar el fuego de la heregía en sus principios, le fomentó con su descuido y negligencia. Los obispos de España, examinadas las decisiones, las aprobaron sin escepcion.

Concilio de Constantinopla, en 691 ó 692, llamado el concilio quiniesimo, como suplemento de los concilios generales quinto y sexto, que no habian hecho cánones para disciplina. Este hizo hasta ciento y dos, muchos de los cuales no fueron recibidos por los Papas, y entre otros los que permitian á los sacerdotes, y á los diáconos ó subdiáconos usar del matrimonio contraido antes de su ordenacion.

Concilio de Bergausted en Inglaterra, en 697, al que concurren las dos potestades, y en él se ordenaron multas y otros castigos temporales.

Concilio de Aquileya, en 698: el patriarca y los obispos sufragáneos suyos renunciaron en él unánimes al cisma en que habian caido con motivo de los tres capítulos.

Concilio de Roma, en 732, contra los enemigos de las santas imágenes.

Concilio de Germania, en 742, y el primero así de Francia

como de Alemania que trae la data desde el año de la Encarnacion.

Concilio de Roma, en 22 de Marzo del año 743, y no 744 como lo notó el padre Mansi, supuesto que su data es del segundo año del Emperador Artabazo, y en treinta y dos del Rey Luitprando que habia muerto en el mes de Enero de 744. Es el primer acto romano que se halla con la data del reinado de los Reyes lombardos.

Concilio de Metz, en 752, en el cual se hallan estatutos en materias civiles, porque era asamblea mista.

Concilio de Roma, en 796, en el que se anatematizó al falso concilio de Constantinopla contra las santas imágenes, en 754, y por trescientos treinta y ocho obispos iconoclastas. La data de este concilio romano es singular, concebida en estos términos: *en el reinado de la Santa Trinidad*. No mencionando los años de Constantino Coprónimo, hace ver que ya no se conocia en Roma la autoridad de este Emperador.

Concilio de Duren en el ducado de Julier, en 779. Es el primero en que en Alemania se hace mención del diezmo propiamente tal, como de una deuda en favor del clero.

Concilio o junta mista de Paderborn, en 785, en la que Carlo-Magno dió á la Sajonia su forma eclesiástica y civil.

Séptimo concilio ecuménico y segundo de Nicéa, que empezó á 24 de Setiembre, y concluyó en 23 de Octubre de 787; en él fue anatematizada la impiedad de los iconoclastas por trescientos setenta y siete obispos, presididos de los legados del Papa Adriano.

Concilio de Francfort, en 794, de todos los obispos de Ger-

mania, Francia, Aquitania y dos representantes de Italia. En él se condenó la heregia de Elipando de Toledo y Felix de Urgel, que atribuían á Jesucristo la calidad de Hijo adoptivo, y por un error de hecho la suprema adoracion á las santas imágenes pensando que la habia determinado el séptimo concilio.

Concilio de Friul, en 796, contra dos errores, el uno que hacia proceder el Espíritu Santo de solo el Padre, y el otro que consistia en hacer de Jesucristo un hijo adoptivo y otro natural.

Concilio de Aix-la-Chapel, en 799. Felix de Urgel, despues de haber abjurado sus errores, fue depuesto por haber reincidido en ellos.

Concilio de Roma, en 800, en el que Carlo-Magno fue electo Emperador de los romanos.

Concilio de Ratisbona, en 803. En él se decidió que los coropiscopos, no siendo mas que presbíteros, no harian las órdenes que pertenecen á los obispos, y se declaran por nulass las que habian hecho.

Concilio de Salzburgo, en 807, en el que se arregló hacer cuatro partes de los diezmos: la primera para el obispo, la segunda para los clérigos, la tercera para los pobres, y la cuarta para la fábrica.

Concilio de Aix-la-Chapel, en 809, que dió lugar á la famosa conferencia entre los franceses y el Papa Leon III, porque habian empezado á cantar en el símbolo la palabra *Filioque*.

Concilios de Arlés, de Rems, de Maguncia, de Chalons sobre el Saona y de Tours, en 813, para restablecer la disciplina.

Concilio de Constantinopla, en 814, en el que doscientos se-

tenta obispos confirmaron la verdadera doctrina sobre el culto de las imágenes.

#### AUTORES ECLESIASTICOS.

San Julian de Toledo, en 690. Es autor de un tratado contra los judíos, y de algunas otras obras sobre la moral y sobre la historia.

San Teodoro de Cantorberi, en 690. Es el primero de los latinos que hizo un penitencial del que solo tenemos fragmentos.

Cresconio, obispo africano que vivia en 695, dejó una preciosa coleccion, conocida por el título de Concordia de los Cánones.

San Adalmo, primer obispo de Schirburn, en 709. De este se dice que fue el primer inglés que escribió en latin y que introdujo la poesía en Inglaterra. Escribió en prosa contra los errores de los bretones, y hizo en verso elegios de muchos Santos. El venerable Bedá habla de estas obras diversas con una estimacion que el sabio Guillermo Cambden ha justificado, y se imprimieron en 1601.

Jorge Syncelo, que vivia en 730, dejó una crónica griega y latina.

Bartolomé, monge siro, en 731, es autor de una refutacion del Alcoran.

El venerable Beda, en 735. Este fue uno de los hombres mas profundos de su siglo, así en las ciencias profanas como en las sagradas. Sus obras componen ocho volúmenes en folio: tienen tanta eleccion y limpieza, que para aquellos tiempos se deben mirar como un prodigio. En la historia eclesiástica

de Inglaterra nada falta de cuanto puede darla mérito por la diligencia y aplicacion á las investigaciones, junta con un juicio esquisito. Sus comentarios sobre la Escritura apenas son otra cosa que un tegido de pasages de los padres; pero recogidos con gusto y dispuestos con gran método. Su estilo, aunque poco elegante y sin elevacion, conforme al tiempo en que vivia, es singularmente estimable por su claridad y fluidez.

San Bonifacio, primer arzobispo de Maguncia, en 755, escribió las vidas de algunos Santos, sermones y cartas importantes para la historia de su tiempo.

Fredegario, que se cree haber vivido en el siglo octavo, pasa por autor del compendio y de la continuacion de la historia de Gregorio Turonense. Los mejores críticos dicen que esta continuacion hasta la muerte de Pipino el pequeño es de cuatro autores diferentes.

Egberto, arzobispo de Yorek, en 766, dejó un tratado de la penitencia, y una obra intitulada: Constituciones Eclesiásticas.

San Crodegango, obispo de Metz, en 766: es autor de una regla para los clérigos regulares, es decir, para los canónigos reformados.

San Ambrosio Autpert, obispo de Benevento, que murió en 778, é hizo un comentario sobre el Apocalipsi.

San Juan Damasceno, por los años 780. Además de sus obras escritas con mucha energía en favor de las santas imágenes contra los Emperadores Leon Isáurico y Constantino Coprónimo, dejó otros muchos escritos; y su excelente tratado de la fe ortodoxa ha servido de modelo á los teólogos para el método escolástico.

Beat, presbítero y monge español, conocido por el nombre de Tom. IX.

San Beato, en 798. Tenemos de este un tratado contra los errores de Elipando de Toledo.

Paulo, diácono de Aquileya, murió á principios del siglo nono. Su obra mas famosa es la historia de los lombardos que principia por su origen, y concluye con la muerte del Rey Luitprando. Su historia de los obispos de Metz, por razon de muchos sucesos de utilidad general es mas importante de lo que anuncia el título. Tambien hizo el compendio de la historia romana de Eutropio, y una coleccion de lecciones sacadas de los santos padres para todos los dias del año con el título de Homilias.

Alcuino, en 804: hombre de admirable celo por el restablecimiento de las ciencias: este se ejerció en la gramática, retórica y dialéctica, pero mas principalmente en las materias de teología. No obstante, no parece que su talento fue igual á su aplicacion y fama, que es la mas brillante de los sabios de su tiempo. En sus obras llenas de erudicion se vé mas trabajo que ingenio, y mas memoria que invencion y discernimiento. Con toda su gramática no habla con elegancia, ni aun con pureza: con toda su retórica es su estilo sobrecargado de palabras inútiles, sus pensamientos son comunes, y su adorno afectado. Su dialéctica no impide que sus largos discursos sean faltos de nervio y muchas veces de exactitud.

San Paulino de Aquileya, en 804. De este tenemos un libro contra Elipando de Toledo y Felix de Urgel, con otras muchas obras.

El Emperador Carlo-Magno, en 814: además de sus capitulares tenemos una gramática y algunas otras obras. Aunque los libros Carolinos (produccion muy injuriosa al séptimo concilio

lio ecuménico) tomen el nombre de este Príncipe, no hay apariencias de que tuviese parte en su composicion.

~~~~~

PERSECUCIONES.

Los cristianos de España oprimidos por los sarracenos, en 712. Diferentes irrupciones y persecuciones de los sarracenos en las provincias meridionales de las Galias, que duraron desde 719 hasta 738.

Persecucion de Leon Isáurico, Emperador iconoclasta: esta duró con mucha violencia desde 730 hasta 741.

Nueva persecucion aun mas violenta contra los defensores de las santas imágenes, que escitó Constantino Coprónimo, y duró veintidos años contados desde 752.

Los cristianos fueron perseguidos en el oriente por los califas Omar II y Abdalla.

Continuacion de la persecucion de Constantino Coprónimo contra los defensores de las santas imágenes; duró hasta 775.

Persecucion por el mismo motivo de Leon el Armenio muy violenta y llena de artificio; duró seis años consecutivos.

~~~~~

### SECTARIOS.

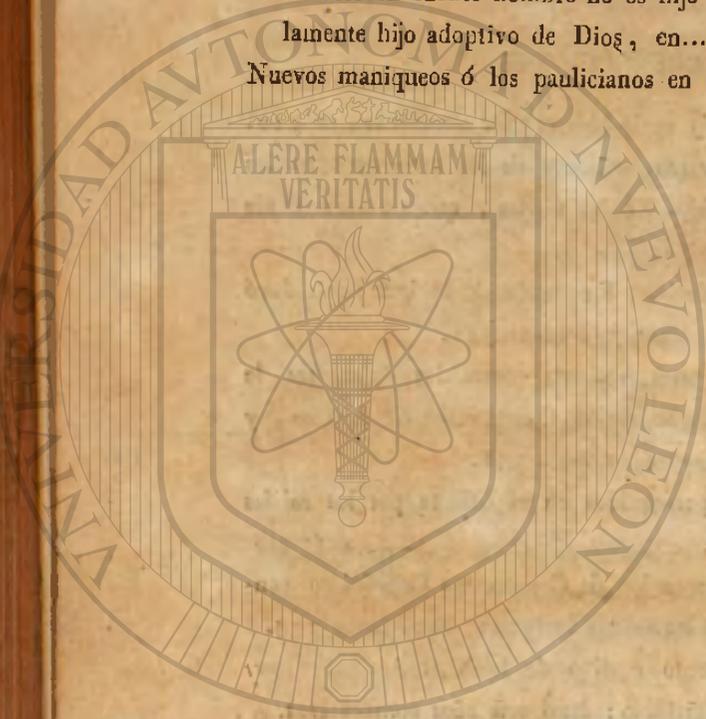
Leon Isáurico, gefe de los iconoclastas ó profanadares de las santas imágenes, en..... 725.

Adalberto y Clemente, dogmatizadores fanáticos, en..... 745.

Sauson, en 748. Este decia que sin bautismo podia el

hombre ser cristiano por sola la imposicion de las manos del obispo.

Elipando de Toledo y Felix de Urgel. Enseñaron que Jesucristo en cuanto hombre no es hijo natural, sino solamente hijo adoptivo de Dios, en..... 790.  
 Nuevos maniqueos ó los paulicianos en oriente..... 811.



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA  
MUSEO

LIBRO  
NUEVO  
BIBLIOTECA

curando igualmente reservar lugar suficiente para la firma de los ausentes. Dice Anastasio que firmaron tambien los legados del Papa por haber sido sorprendidos; mas sus suscripciones no aparecen en las actas.

14. Justiniano ansiaba obtener la firma del Pontífice, y le envió un eemplar firmado de su mano y de la de todos los prelados. Bien impuesto Sergio en cuanto habia ocurrido, no quiso recibirle, ni abrirle siquiera para leerle. El Príncipe irritado de este desaire, envió á su caballerizo mayor Zacarías, con orden de apoderarse de la persona de S. S. y traerle á la corte (1). Mas la milicia italiana se puso al punto sobre las armas, y partió al instante á Roma para hacer frente á esta violencia. Notando Zacarías que las tropas se acercaban por todas partes, rogó al Papa que mandase cerrar y guardar las puertas. Refugióse un momento despues medio muerto de miedo al aposento del Pontífice, suplicándole con lágrimas que le salvase la vida. Las tropas entraron sin embargo por la puerta de San Pedro caminando con buen orden hasta el palacio Lateranense, y diciendo que querian ver al Papa con tanta mayor instancia, cuanto mas habia corrido la voz de que le habian arrebatado de noche. Prorrumpieron en gritos horribles al encontrar las puertas cerradas, y amenazaron forzarlas si no las abrian sin pérdida de tiempo. Juzgó entonces Zacarías que habia ya tocado el término de su vida, corrió frenético por los aposentos y se ocultó debajo de la cama del Papa, que

(1) *Paul. Diac. lib. 6. hist. cap. 11.*

bizo en vano los mayores esfuerzos para tranquilizarle. Salió el Pontífice al instante de su habitacion, mandó abrir las puertas, y se colocó en una silla elevada á vista de todos. Recibió cariñoso á los militares, y á los ciudadanos romanos que mostraron los mayores deseos de verle, y con la dulzura y sabiduría de sus palabras calmó los ánimos de todos. No pudo sin embargo reducirlos á que se retirasen, porque la idea del peligro á que habia estado espuesta la persona de un Pontífice generalmente amado como padre, no podia borrarse de su memoria. Siguieron custodiando con la mayor vigilancia el palacio pontificio, hasta haber arrojado de Roma al cobarde caballerizo que se reputó dichoso con esta espulsion vergonzosa.

15. No tuvo Justiniano tiempo para vengarse, pues fue arrojado de Constantinopla, donde le grangearon el odio sus crueldades, y el desprecio sus caprichos. Deseando dar alguna mayor estension á su palacio, tomó el partido de arruinar la iglesia de la Virgen que estaba vecina, y propuso con el mayor atrevimiento al patriarca Calínico que ordenase hacer rogativas para el buen resultado de esta empresa profana. Respondió el prelado con firmeza, que habia oraciones á propósito para fundar iglesias, mas no para arruinarlas (1). La iglesia sin embargo fue demolida, y se reedificó en otra parte. Mandó el Emperador poco despues al gobernador de Constantinopla que asesinase de noche al santo patriarca, y de-

(1) *Theophil. pag. 307.*

gollase al mismo tiempo á una parte del pueblo. Debía en la propia noche hacerse á la vela el patricio Leoncio para el gobierno de Grecia que le habian conferido, intimándole que partiese á él sin dilacion. Háblale cubierto de gloria la guerra que hizo este militar á los musulmanes y la felicidad de sus empresas. Su recompensa fue una prision de tres años, y el gobierno á que le destinaban no era mas que un destierro político, el que le pronosticaba la última catástrofe de su vida.

16. Había entre los monges que fueron á despedirse de él un abad y un monge astrónomos, quienes le afirmaron muchas veces durante su prision que llegaría á ser Emperador (1). Leoncio les dijo: ya veis el efecto de vuestras profecías: ¡ojalá estuviese tan cierto de conservar la vida en el gobierno, como lo estoy de no ser Emperador! Respondiéronle que se hallaba mas cerca del trono de lo que pensaba, y que no debía abandonarse de este modo sino seguirlos. Condujéronle hacia la cárcel, mandaron abrirla anunciándole como Emperador, y sacaron de ella á muchos hombres valientes que estaban allí sin causa. Hízoles armar Leoncio, y reuniéndose á ellos cuantos le seguian, corrieron todos á la plaza gritando: *á Santa Sofía, cristianos, á Santa Sofía*. Penetró bien pronto este grito de guerra ó de alarma en todos los barrios de la ciudad, y en breves instantes estuvo todo el pueblo reunido. El patricio acompañado del abad, del monge y de los principales de

(1) *Niceph. hist. pag. 25.*

su partido, buscó al patriarca que aguardaba el instante fatal de la egecucion ordenada contra él mismo; y le condujeron al sitio donde se habia reunido el pueblo. Esclamaron todos entonces: *viva Leoncio; muera Justiniano*: y el desgraciado Emperador fue arrestado y llevado á la plaza. El pueblo quiso despojarle de la vida, pero Leoncio contestó con hacerle cortar la nariz y enviarle al Chersoneso: moderacion viciosa á un mismo tiempo por defecto y por exceso, y opuesta á los principios de la religion y á las reglas de la política. Cupo á Leoncio la misma desgracia tres años despues.

Dueños los musulmanes de la ciudad de Cartago, envió contra ellos el nuevo Emperador al patricio Juan, célebre por su valor y pericia militar: y Juan arrojó á los infieles de todas las plazas que ocupaban. Háblas sin embargo con un Príncipe á quien no aterraban los obstáculos ni las desgracias: Abdelmelic, de la sangre de los Omniades, que solo habia heredado de sus mayores el califato de Siria, habia añadido á su herencia la Arabia y el Egipto, dando fin con la derrota de Abdalla á una guerra civil que duró treinta y cinco años. Envió mayores fuerzas al Africa, y no satisfecho con la reconquista de Cartago y de cuantas ciudades se habian perdido en el año anterior, arrojó tambien á los sucesores de los romanos de sus antiguas posesiones, estinguendo de este modo las reliquias del poder romano en la tercera parte del mundo donde se hallaba establecida por el largo espacio de 850 años; es decir, desde la

toma de Cartago por Escipión en el año 608 de Roma.

17. Solo tuvieron valor los vencidos para rebelarse, y eligieron por Emperador á un cómplice en su desgracia (1). Reconocieron á Apsimaro dandole el nombre de Tiberio, y regresaron precipitadamente á Constantinopla. Padebió Leoncio tambien la mutilacion de la nariz y luego le encerraron en un monasterio: reinó cerca de tres años, y Apsimaro siete. Permanecia Justiniano en su destierro y prision del Chersoneso: y pudo hallar medio de burlar la vigilancia de sus guardas y de pasarse á la Bulgaria en donde aguardaba socorros. Estando en el mar sobrevino una tempestad espantosa, y penetrado de un temor religioso le dijo uno de los que le acompañaban: Príncipe, interesad al cielo á vuestro favor: ofreced á Dios que perdonareis á vuestros enemigos si os restablece en el trono. Colérico Justiniano respondió con esta horrorosa imprecacion: lo contrario haré yo; quíteme Dios la vida si dejó uno solo. Conseguidos los socorros que aguardaba de Bulgaria, partió en derechura á Constantinopla, donde se formó un partido favorable que le facilitó la entrada por un acueducto. Juzgaron todos que las desgracias le habian mudado, y así se declararon por él, huyendo Apsimaro y siendo despues preso. Sacaron á Leoncio del monasterio, y encadenado uno y otro fueron conducidos á Justiniano en la plaza del Hippodromo, donde habia un espectáculo de corridas de caballos. Mandóles hincar delante de su trono, y poniendo la

(1) *Theophil. in Apsim. ann. 7.*

planta encima de sus cuellos permaneció en esta postura por espacio de una hora que gastaron en la primera corrida, no cesando de esclamar el pueblo inconstante y cruel de Constantinopla: habeis caminado sobre el áspid y el basilisco, y sujetado á vuestros pies al leon y al dragon. Luego ordenó Justiniano que á los dos les cortasen la cabeza: mandó sacar los ojos al patriarca Galinico, le envió á un destierro y puso en su lugar al monge Ciro, quien creía haberle anunciado su restablecimiento: duró su reinado despues de tan odioso castigo seis años.

Los habitantes de Constantinopla no tardaron en convencerse de que los reveses en nada habian mudado la conducta de su Emperador, y que su genio altanero, pertinaz y temerario, en vez de moderarse con los golpes del infortunio, habia subido de punto. De nuevo pretendió que recibiesen en toda la Iglesia el concilio de Trullo, y mostró unos deseos mas ardientes que nunca de verle confirmado por el Sumo Pontífice.

18. Murió Juan VI sucesor de Sergio á 9 de Enero de este mismo año de 705, despues de un pontificado de mas de tres años, del que solo conocemos las fechas. Juan VII, de nacion griego, fue como Juan VI elevado á la Tiara en el 1.º de Marzo despues de mes y medio de vacante. Llegó á sus manos el egemplar del concilio quini-sesto que el Emperador habia tornado á enviar á Roma, por medio de dos metropolitanos, sujetando aquel Príncipe su genio imperioso á suplicar al Papa llevase á bien reu-

nir un concilio para confirmar lo que hallase digno de aprobacion en el de Constantinopla, y reformar lo que pareciese reprehensible. Volvió el Pontífice, sin esplicarse, á remitir el egemplar conforme lo habia recibido; lo que parece no ofendió al Emperador, contento sin duda con una indiferencia que se ha reputado reprehensible en Juan VII (1). He aquí cuanto conocemos de su pontificado, además de la magnificencia con que adornó las iglesias, y la restitucion que le hizo Ariberto, Rey de los lombardos, de los Alpes Cotiennos, es decir, del monte de Ginebra y del monte Cenis, usurpados mucho antes por aquella nacion á la santa Sede. Espiró en 17 de Octubre de 707, y en 18 de Enero siguiente le sucedió Sisinio, siro de nacion, cuyo pontificado duró tan solo veinte dias; mas en tan corto tiempo su beneficencia y vastos proyectos le grangearon la estimacion y el sentimiento general de la ciudad, cuyos muros habia intentado reparar. El 18 de Enero de 708 elevaron á la dignidad pontificia á Constantino, tambien siro, en la que permaneció por espacio de siete años. Este fue el séptimo de los Papas nacidos consecutivamente en Siria ó en Grecia; particularidad que se atribuye á las persecuciones de los musulmanes y á las frecuentes revoluciones del imperio. Refugiáronse en Roma muchos de los orientales, en cuyo suelo aquellos genios comunmente superiores á los del occidente, é impulsados por otra parte de la emula-

(1) *Paul. Diac. lib. 5 hist. cap. 25. et 28.*

cion, se desarrollaron de todo punto mostrándose muy capaces de los primeros ministerios.

Resplandeció el Papa Constantino con una sabiduría y una dulzura que le grangearon la estimacion y amor universal. Sin abandonar cosa alguna de los derechos de su Silla, supo congraciarse con el Emperador Justiniano. Vengó este Príncipe con un rigor tal vez excesivo la injuria que el arzobispo de Ravena habia hecho á la cátedra de San Pedro. Felix, poco antes ordenado para prelado de esta iglesia, se negó á hacer á la de Roma las ofertas que habian hecho por mucho tiempo y sin interrupcion sus predecesores; y de acuerdo con la potestad secular tomó medidas secretas para que no se le violentase á ello. Ordenó el Emperador al general y al ejército de Sicilia que partiesen contra Ravena. Apoderáronse de la ciudad: arrastraron á Felix y á sus cómplices cargados de cadenas como perturbadores á Constantinopla, en donde sacaron los ojos al arzobispo y luego le expulsaron al Ponto.

19. San Bonét, obispo de Clermont en Auvernia, edificaba al mismo tiempo con sus egemplos á todas las Galias. Su hermano Avito, sucesor de San Proyecto, nombró á Bonét para que fuese su sucesor despues de su muerte con aplauso general de su iglesia, con el consentimiento de la corte y con todas las formalidades necesarias (1). No podia la institucion ser mas canónica en cuanto á las cualidades del sugeto. Bonét, natural del mismo Clermont, de fami-

(1) *Act. SS. Bened. tom. 3. pag. 90.*

lia senatoria, elevado al empleo de canciller y nombrado luego gobernador de Marsella y de la Provenza, hizo todavía mayores progresos en la virtud que en las dignidades. Dió en todas partes el ejemplo de una fe viva y fecunda en buenas obras, redimiendo cautivos, reconciliando á los enemigos y dedicándose al ayuno, á la oracion, y á todos los ejercicios de la vida cristiana y perfecta: consagrado obispo, redobló su fervor. Permanecía dos, tres ó cuatro dias sin comer: oraba con tantas lágrimas que regaba con ellas sus vestidos: leía ó meditaba sin cesar las sagradas Escrituras: apenas dormía, y conservaba un profundo retiro principalmente en la cuaresma, todo aquel tiempo que le dejaban libre las funciones exteriores del celo y de la caridad. Ejercitaba religiosamente la hospitalidad: cuidaba con esmero de los pobres repartiéndoles inmensas limosnas; y conferenciaba frecuentemente con los sacerdotes para mostrarles el camino de la virtud é imponerlos en la ciencia canónica.

No fue menor la inquietud que causaba á su espíritu el haber sucedido en la dignidad episcopal en vida de su hermano. Vivía en el monasterio de Soliñac, cerca de Limoges, un discípulo de San Eloy con mucha opinion de santo, y muy hábil en las cosas pertenecientes á la salvacion. Fue el humilde prelado á consultarle las dificultades de su conciencia: y aquel varon de Dios anteponiendo la observancia literal de los cánones á cualquiera otra ventaja, le aconsejó que dejase el obispado. Obedeció con humil-

dad evangélica, se retiró á la abadía de Manlieu fundada algunos años antes, y tomó el hábito de monge. No cesó sin embargo de entregarse á los trabajos del obispado. Levantando segunda vez la cabeza en la diócesi de Clermont las heregías de Novaciano y Joviniano, que ya se juzgaban estinguidas, salió de Manlieu una refutacion sólida atribuida en la mayor parte al obispo Bonét. Distribuyó todos los bienes á las iglesias y monasterios, y despues de cerca de un año de retiro partió á Roma á visitar los sepulcros de los Santos Apóstoles. Su viage fue una serie no interrumpida de buenas obras: edificó con su piedad y modestia á los solitarios mas fervorosos de Agauno y de la isla Bárbara; y reconcilió al duque de Borgoña con el arzobispo de Leon. Miró Ariberto, Rey de los lombardos, como fruto de sus oraciones una insigne victoria que le afianzó la posesion del trono. Redimió muchos cautivos, y repartió a los pobres lo que le quedaba. Detúvose á su regreso de Roma en Leon, donde espiró al cabo de cuatro años de permanencia en aquella ciudad, lo que no estorbó trasladar sus reliquias á su antigua iglesia de Clermont.

20. Por este tiempo gobernaba la iglesia de Auxerre San Tétrico: fue abad del monasterio de San German, y se cuentan catorce religiosos de esta casa, entre ellos seis abades, que llegaron á ser obispos de la propia iglesia. Muéstranos un sínodo celebrado por San Tétrico en el primer año de su pontificado, que los prelados celosos de la magestad del culto público, suplian por otra parte el corto número de los ministros

de la matriz. Señala este sínodo los meses y las semanas en que los abades y los arciprestes de diferentes iglesias debían concurrir á la catedral para celebrar los divinos oficios (1). Exceptúa solo el mes de Setiembre por razon de las vacaciones concedidas á causa de la vendimia. El ecónomo encargado de la administracion de los bienes de toda la iglesia, á diferencia del rector que cuidaba en particular de la casa episcopal, suministraba la retribucion conveniente á cada cuerpo de asistentes durante su semana, y debia privar del vino á los que no fuesen exactos. Conserva la diócesis de Auxerre estos monumentos de disciplina desde el siglo precedente. Es venerado San Tétrico como mártir, segun la costumbre de aquel tiempo, por haber sufrido una muerte injusta y violenta. Fue asesinado por su propio arcediano estando durmiendo; y quedó vacante tres años la silla de Auxerre.

Eran estos desórdenes una consecuencia inevitable de los que reinaban en el gobierno, ó por mejor decir, de la anarquía que durante la menor edad de muchos Reyes desoló á la Francia (2). Ofrece otro ejemplo triste de esto mismo la muerte de San Lamberto de Mastrich. Despues de siete años de ausencia de su silla, el asesinato de Ebroino dió lugar á Pipino para arrojar del trono al usurpador Faramundo. Sacaron entonces á Lamberto honrosamente de su retiro de Stavelo, y le restablecieron en el obispado á ruegos

(1) *Hist. Epist. Antis. cap. 24.* (2) *Act. SS. Bened. tom. 5. pag. 72.*

del clero y de todo el pueblo. Tornó á emprender el oficio pastoral con su ardor acostumbrado, y para compensar el tiempo consumido en la ociosidad á que la violencia le habia sujetado, tomó á su cargo la conversion de los paganos que quedaban todavía en un pais muy vecino á Mastrich. Correspondió el éxito á sus deseos: y la ferocidad de los salvages cedió al atractivo de su dulzura y paciencia inalterable, civilizándose y derribando sus ídolos y templos. Mas en el seno mismo de su iglesia dos hermanos poderosos, Galo y Rioldo, le affigieron mas que los infieles, haciéndose insoportables á todos por sus violencias. Indignáronse de tal manera los parientes y amigos del Santo, que llegaron al extremo de darles la muerte.

Resolvió vengarse Dodon, pariente de Galo y Rioldo y favorito de Pipino, en el santo obispo á pesar de su inocencia. Reunió una multitud de gente armada y caminaron en desorden á acometerle en el pueblo de Lieja, puesto á las orillas del Mosa. Estos furiosos rompieron las empalizadas y las puertas, escalaron el castillo, y en un momento cubrieron el tejado. Dieron parte al obispo al tiempo que el sueño cerraba sus párpados: mas como la santidad de su carácter no habia disminuido su valor tan propio de una sangre ilustre en su siglo y en su nacion, su primer movimiento fue echar mano á la espada; pero reprimiendo al instante la fuerza de la gracia los impulsos de la naturaleza, arrojó el arma y puso su vida en manos de aquel Señor que dió la suya por sus propios verdugos. Entraron dando gritos, pro-

rumpiendo en mil amenazas, haciendo un ruido horrible con sus broqueles, y dando fuertes golpes con las lanzas en los muros. Este confuso tropel de salteadores no era á pesar de esto tan temible como parecia. Dos sobrinos del obispo sin otras armas que unos palos les obligaron á retroceder; mas el santo prelado dirigiéndose á todas las personas que le acompañaban, les dijo: si me amais verdaderamente, absteneos de la violencia á imitacion de Jesucristo y de vuestro obispo, que se esfuerza por seguir su ejemplo. Uno de sus sobrinos replicó diciendo: ¿no os como amenazan poner fuego á la casa y abrasarnos vivos? Respondió el Santo: acordaos, sobrinos míos, que sois reos de la muerte de dos hermanos: tenéis bien merecido el infortunio que os amenaza. Mandando despues salir á todos de su aposento, se postró con los brazos estendidos en forma de cruz, y se puso á hacer oracion vertiendo muchas lágrimas. Forzaron las puertas de la casa en este tiempo los enemigos, entraron en gran número, asesinaron á cuantos pudieron haber á las manos, y uno de ellos subiendo encima del techo que correspondia á la habitacion del Santo hizo en él una brecha y le disparó por ella un dardo que le quitó la vida. Pusieron al punto su cuerpo en una barca, y le condujeron á Mastrich.

21. Sucedióle su discípulo Huberto de la nobleza de Aquitania, empleado en su juventud en la corte del Rey Tierri, en la que cayó por desgracia en los extravíos ordinarios de una vida disipada y mun-

dana. Dicen, que habiendo ido á caza en un día de fiesta muy solemne mientras que los demás fieles asistian á los divinos oficios, vió un ciervo con una cruz en la cabeza y oyó una voz espantosa que le anunciaba una infelicidad eterna si no hacia penitencia de sus culpas, y que aterrado se arrojó al instante del caballo é hincándose en el suelo ofreció obedecer la orden del cielo. Sea lo que fuese de la verdad de este suceso, cuyo principal garante es un autor anónimo; Huberto pasó á la Austrasia en donde oyendo hablar de las raras virtudes de San Lamberto fue á buscarle para sujetarse á su direccion, y el Santo le admitió en su clero. Habia sido casado, y aunque joven todavía tenia un hijo llamado Floreberto, que mucho tiempo despues le sucedió en el obispado. Hizo despues de su conversion progresos tan rápidos en la virtud, que muerto su maestro no vieron persona mas capaz de consolar á los fieles en el dolor de una pérdida tan sensible como la de Lamberto.

Las conversaciones públicas entretanto se reducian á hablar de los milagros obrados en la casa donde habia sido muerto San Lamberto, erigida luego en iglesia por la piedad de los fieles (1). Contaron al obispo Huberto diferentes apariciones de su santo predecesor, en las que habia mandado se trasladase su cuerpo á Lieja. Huberto conocia mejor que nadie los varios caminos por los cuales el ciclo podia manifestar sus decretos; pero procedió con la mayor escrupulosidad en usar de todas las reglas de un dis-

(1) *Ibid.* tom. 3. pag. 78.

cérrnimiento sabio y religioso. Consultó, oró, practicó y prescribió ayunos, hasta que convencido de la voluntad del Señor, hizo la traslacion con la mayor solemnidad en el año tercero de su obispado. Enterraron al Santo Mártir en el mismo sitio en que sufrió la muerte, y levantaron despues allí una iglesia magnífica. La fama de los milagros que principiò á obrar el Señor por intercesion del Santo, atrajo mucha gente de todas partes. Lieja, que era un pueblo pequeño distante cuatro leguas de Tongres, llegó á ser una gran ciudad á donde trasladaron la silla episcopal que antes habia sido igualmente trasladada desde Tongres á Mastrich.

22. No son menos dignos de admiracion los espectáculos que ofrecia la iglesia de Inglaterra. Respetaba con profnuda veneracion á la iglesia romana, reconociéndose deadora á esta madre universal del conocimiento de la doctrina evangélica. Estaban desde el Occéano hasta Roma los caminos cubiertos de ingleses de ambos sexos y de todas condiciones, nobles, duques, Reyes, que corrian á tributar sus religiosos homenages al Vicario de Jesucristo: práctica á la verdad mas digna de elogio en su principio que de imitacion en su continuacion y escesos.<sup>(1)</sup> Mas la gracia, utilizando los defectos mismos de estos pueblos, convertia en obras de penitencia y en medios de santificación la inestabilidad natural de su genio, y la larga costumbre de una vida errante y vagamunda.

(1) *Ven. Bed. lib. 5. hist. cap. 21.*

Coenredo, Rey de los mercienses, que se ocupó con celo en la restauracion de San Wilfrido, abandonó la corona despues de seis años de reinado, y partió á Roma en donde abrazó la vida monástica. Perfeccionó su santificación con la limosna, el ayuno y la contemplacion. Habia llevado en su compañía á Olla, Rey de los sajones orientales, Príncipe jöven de una presencia y carácter amables y que era la delicia de su pueblo y de su familia: éste se despidió para siempre con una firmeza asombrosa de su esposa y de sus vasallos para dedicarse con Coenredo á los egercicios penosos del claustro. Espiraron ambos dentro de poco tiempo conforme lo habian deseado.

23. Murió por el mismo tiempo San Adelmo, primer obispo de Schirburn<sup>(1)</sup>. Era de una familia noble del reino de Sajonia occidental: y recibió su primera educacion en el monasterio de San Agustin de Cantorberi, bajo la disciplina del abad Adriano tenido por muy hábil, quien en breve tiempo le impuso en el conocimiento de las lenguas griega y latina. Habiendo vuelto á su pais, se hizo monge en el monasterio de Malmesburi que habia levantado poco antes Madulfo, solitario de Irlanda. Al principio vivió como ermitaño, mas careciendo de que alimentarse, utilizó sus talentos y se consagró á la instruccion de los jövenes que vivian en aquellas cercanias.

Siguiendo su egemplo muchos de sus discípulos abrazaron la vida monástica: este fue el fundamento de la opinion esclarecida que logró con el tiempo el

(1) *Ibid. tom. 3. pag. 223., et tom. 5. pag. 26.*

monasterio de Malmesburi. Adelmo cumplió mas que nunca la inclinacion agradable que le arrastraba al estudio, y se dedicó principalmente á las artes liberales, siendo el primer ingles que supo versificar en latin. Cultivó tambien la poesía inglesa, y escribió en lengua vulgar ciertos cánticos de piedad para instruir mas fácilmente que con los medios ordinarios á un pueblo voluble. Hacia alto en medio de una calle ó de un puente, y recitando los cánticos que habia escrito, atraía la multitud que por este medio sencillo, divertido y nuevo, se complacia con las verdades serias que la fastidiaban en los sermones. Reunia á la poesía la ciencia de las leyes romanas, de las matemáticas y de la astronomía. Llegó en una palabra á ser tan célebre por sus conocimientos, que no solo era el oráculo de sus compatriotas y de los salvages vecinos, sino que igualmente llamó la atencion de los franceses, quienes pasaron el mar ansiosos de oír sus lecciones.

Cuidaba mas, no obstante, este piadoso maestro de ejercitar á sus discípulos en la virtud que en las ciencias, y todas sus lecciones eran precedidas de sus egemplos. Fiel á los deberes de su primer estado, esto es, de la soledad á que se habia dedicado, nunca salió del monasterio sin que le obligase una necesidad manifiesta. Aplicábase principalmente á la lectura de los libros sagrados y á la oracion: atormentaba su cuerpo con grandes austeridades, y algunas veces en las noches de invierno se sumergia hasta los hombros en el agua de una fuente, permaneciendo

allí mientras rezaba el salterio: penitencia á la verdad horrorosa y cuasi increíble á no conocerse las costumbres y el temperamento duro de aquel pueblo, y de aquellos tiempos de fervor.

Le ordenó sacerdote Leuterio, obispo de Ouessex, quien confirmó el establecimiento del monasterio de Malmesburi, y le nombró solemnemente abad de él. Dividieron en dos la diócesis de Ouessex ó Verchester despues del fallecimiento de San Eddo, sucesor de Leuterio, á motivo de ser muy grande el número de fieles que tomaba aumento de dia en dia. Colocaron una de estas dos sillas en Vinchester y otra en Schirburn, á la que destinaron á Adelmo, y á quien consagró en una edad avanzada el arzobispo Britualdo. Mas este metropolitano deseó tenerle en su compañía despues de haberle ordenado, para aprovecharse de sus consejos. Apreciaba Britualdo mejor que otro alguno el mérito de este hombre extraordinario, por haber sido su condiscípulo y compañero en la religion.

Solo vivió San Adelmo cuatro años en el obispado, pero en ellos inmortalizó su nombre. Consérvanse muchas obras suyas en prosa y en verso, entre las que sobresale por su mérito particular el tratado contra los errores de los bretones, que escribió por orden de un concilio y con el que los preparó felizmente á la observancia de los usos comunes.

Nada se hubiera logrado insultando á estos isleños, cristianos generosos y fervientes cuya virtud llegaba al heroismo, pero en extremo fuertes en defen-

der la singularidad de sus costumbres. Conducíanse con ellos los pastores guiados del espíritu de benignidad de Jesucristo y de su iglesia como con unos enfermos, observando las ocasiones y buscando los remedios mas propios para curarlos de sus preocupaciones. Si no hacian uso de la autoridad para aplicarles los mas fuertes por su naturaleza, elegian con destreza los mas oportunos á las disposiciones de aquellos que los recibian.

24 y 25. Así obró San Ceolfrido, abad de los célebres monasterios de Viremouth y de Jarron, con respecto á San Adamnan, sacerdote y abad del monasterio de Hi en Irlanda (1). Hallándose este diputado para algunos asuntos de su nacion en la corte de Alfrido, Rey de Nortumberland, se le presentó sazón durante su permanencia en aquella corte de observar las costumbres de los cristianos ingleses, formados por la iglesia romana. Estrecháronle fuertemente los sugetos mas sabios del pais á que se conformase con ellos, representándole que aquellos usos eran de la Iglesia universal, cuya ventaja no podian contrarestar los de sus irlandeses, reducidos á un punto muy limitado del globo. Era perentorio el argumento, pero no fue con todo eso eficaz. Visitó Adamnan algunos dias despues á Ceolfrido en su monasterio de Viremouth. Este respetable prelado habia estado en Roma con su antiguo maestro San Benito Biscop, donde aprendió con perfeccion los usos de la iglesia romana, y las pruebas mas sólidas que los autorizaban. Aprovechó no

(1) *V. Bed. lib. 4. hist. cap. 16. et 22.*

obstante contra el solitario irlandés armas enteramente distintas. Fijando su consideracion en la forma de tonsura que distinguia al clero de esta nacion, le dijo: „hermano mio, vos que aspirais á la corona inmortal, vos cuya sabiduria, humilde modestia y piedad os dan el derecho de pretenderla, ¿por qué llevais en vuestra frente una corona imperfecta? ¿Esperais acaso una acogida favorable del poderoso portero del cielo, cuando llegéis á su presencia con la tonsura del Mago á quien anatematizó?” Era entonces tradicion universal recibida (aunque se ignora el fundamento), que Simon Mago trajo una tonsura en forma de media corona por la parte anterior de la cabeza. Respondió avergonzado Adamnan: estad seguro, hermano mio, que si llevo la corona de Simon, detesto sin embargo su impiedad y sus errores. No pasó mas adelante Ceolfrido; pero su discurso quedó profundamente grabado en el espíritu de Adamnan que hizo las reflexiones mas serias: era timorato y tenia mucha probidad y grandeza de alma. Tomó en fin generosamente su partido, y á pesar de la precedencia que los irlandeses obstinados en sus ideas de indigenato, afectaban sobre la Inglaterra y sobre todos los paises invadidos por los estrangeros, abandonó con firmeza las costumbres de sus padres para abrazar las de los ingleses. Cuenta la Iglesia á este abad en el número de los Santos.

Redujo igualmente San Ceolfrido á los usos de la iglesia romana á los pictos ó escoceses, que iluminados por el apóstol San Columbano el antiguo, con-

servaban tambien las tradiciones irlandesas. Mas ilustrado su Rey Naiton que sus predecesores, sabio hasta cierto grado, ó versado á lo menos en la lectura de buenos libros, se admiró y aun formo escrupulo al ver la diferencia que habia entre los cristianos de sus dominios y todos los demás fieles. Tomó al punto su resolusion, y para realizarla con mayor autoridad envió diputados á Ceolfrido cuyo nombre era venerado en todas las iglesias británicas. Pidióle instrucciones relativas á sus designios, y arquitectos capaces de edificar una iglesia de piedra al estilo de las de Roma. Al enviarle Ceolfrido los arquitectos, le escribió una carta muy larga que trataba principalmente de la Pascua, en la que probaba con solidez deberse celebrar con la Iglesia católica en la tercera semana del primer mes, contando segun las lunas, y siempre en domingo. Da á entender esta carta la instruccion que tenia el autor de los ciclos de Eusebio, Theofilo, San Cirilo y Dionisio el Exiguo, que todavia se seguian. En cuanto á la forma de la tonsura no la juzga de tanta importancia como la Pascua, y defendiendo tan solo que de dos prácticas indiferentes en sí, debe preferirse aquella que una tradicion constante y universalmente recibida atribuye al Príncipe de los Apóstoles.

Leida esta carta en una asamblea numerosa y distinguida, se levantó el Rey en medio de los señores entre quienes estaba sentado, se hincó de rodillas y dió gracias á Dios en alta voz por haber traído de Inglaterra á la Escocia el conocimiento de la verdad.

Mandó seguir en todos sus dominios las tablas del ciclo de diez y nueve años, en lugar de las de ochenta y cuatro que habian regido hasta entonces. Estableció no solo la conformidad con la iglesia romana en la celebracion de la Pascua, sino tambien la forma de la tonsura de los clérigos, mandando que todos se arreglasen á ella, lo que se egecutó sin demora.

26. Causó al Pontífice un gozo muy grande esta noticia que no tardó en llegar á los romanos. El Papa Constantino, aunque este objeto no pertenecia al fondo de la Religion, miró la docilidad de aquel buen pueblo como un testimonio firme de su disposicion para recibir las instrucciones relativas á la salud eterna. Pero las noticias funestas que le llegaron cuasi al mismo tiempo turbaron toda su alegría. Convidó el Emperador Justiniano, siempre obstinado en que se admitiese su nueva disciplina, al Pontífice de un modo imperioso á que fuese á verse con él en Grecia. Tenian muy presentes los romanos los infortunios del Papa San Martin en un viage de igual naturaleza. A pesar de las promesas mas lisongeras que prodigaban fácilmente los griegos, se arriesgaba todo si se emprendia el viage; y no verificándole, se daban pretextos plausibles á la violencia del Emperador y causas á la sospecha de una rebellion. Acordó, pues, el Pontífice ponerse en camino, confiando el cuidado de su persona á la Providencia. No salió frustrada su esperanza: la presencia del Vicario de Jesucristo infundió tal respeto á aquel Príncipe, que á pesar de sus intenciones no le habló ni una sola palabra del con-

cilio, único objeto que tenia agitados á los romanos. Celebró el Papa el santo sacrificio de la misa en Nicomedia, donde se vieron: recibió el Emperador la comunión de su mano, suplicándole que intercediese por el perdón de sus pecados, y confirmó todos los privilegios concedidos por sus predecesores á la iglesia romana. Recibió el Pontífice honores extraordinarios en todos los demás pueblos, de suerte que la causa de este viage señalada por conjeturas, es todavía un enigma difícil de explicar: duró sin embargo un año entero. Entró el Pontífice en Roma el día 4 de Octubre, y tres meses después de su llegada, esto es, á principios del año 710, supo que el Emperador Justiniano habia sido asesinado, y elevado en su lugar el armenio Bardanes, que tomó el nombre de Filípico. Mandó el bárbaro usurpador pasear la cabeza del difunto Soberano por todo el occidente hasta Roma. Tiberio, hijo de este Príncipe desgraciado, buscó asilo en una iglesia de Constantinopla, agarrando con una mano el pie del altar, y con otra la verdadera cruz, teniendo además pendientes del cuello muchas reliquias. Nada puso freno al furor de la tiranía: y despojándole el patriarca Juan de las reliquias y arrojándole con violencia del lugar santo, le cortaron la cabeza en los brazos de la Emperatriz Anastasia su abuela.

27. El carácter de su sucesor hizo sentir su falta, no obstante el odio que el hijo de Constantino-Pogonato se habia grangeado en Roma al fin de su reinado. Profesaba Filípico el monotelismo, y un re-

cluso del monasterio de Calístrato, sectario de la misma herejía, le habia anunciado mucho tiempo antes de su exaltacion que seria elevado al imperio; mandándole en nombre de Dios que aboliese el sexto concilio, y diciéndole que de esto dependia la duracion y prosperidad de su reinado (1). Bardanes ó Filípico ofreció con juramento todo cuanto exigia el falso profeta; mas cuando vió el primer revés de Justiniano y de Leoncio Emperador, corrió todo sobrecojido á buscar á su recluso, que le dijo: creedme siempre, y no temais. Le repitió lo mismo en la eleccion de Apsíuaro, fomentando de este modo en una cabeza tan propia para los designios de la impostura la fermentacion y el entusiasmo, único fundamento de su esperanza. Filípico, elevado al trono, no le faltó á la palabra: no consintió entrar en el palacio imperial hasta no ver arrancado el cuadro del sexto concilio, colocado en el vestibulo como un monumento auténtico de la fe del imperio. Mandó al instante celebrar un nuevo concilio, en el que condenaron el sexto. En el mismo año perdió la vista su recluso.

Persiguió Filípico á todos los prelados que no quisieron suscribir á su conciliábulo. Fue arrojado el patriarca Ciro de su silla de Constantinopla, que ocupó un monotelita llamado Juan. Colocaron en los dípticos todos los nombres proscritos por el sexto concilio. En resolucion; sacaron con desprecio del depósito augusto de palacio y abrasaron públicamente

(1) *Theoph.* pag. 319.

las actas mas auténticas del sexto concilio general. Estaban escritas de mano del diácono Agaton, notario y bibliotecario de la iglesia mayor de Constantinopla, y como él mismo da á entender, en letras eclesiásticas; esto es, en una forma particular de escritura mas clara que la de las actas vulgares.

No nos parece inoportuno notar aquí cómo se conservaron las actas de este importante concilio en su integridad primitiva (1). Nos lo demuestra una nota que el mismo diácono Agaton puso al fin de un nuevo ejemplar escrito tambien de su puño despues de la caída de Filípico, á fin de darle toda la autenticidad de los primeros. Quedaban aun monumentos fidedignos á pesar de haber quemado las actas: afirma el escritor que tambien puso en limpio las copias verificadas y suscritas que se habian entregado á las cinco sillas patriarcales por orden del Emperador Constantino, quien lo dispuso así para poner á cubierto de toda falsificacion ó alteracion la pureza de la fe. Escribió esta copia y su nota treinta y dos años despues del sexto concilio, es decir, en el año 713.

No hizo Filípico menos pública su heregía en Roma que en Constantinopla. La descubrió sin rebozo en una carta que dirigió al Papa Constantino; mas el Pontífice, superior á todo respeto humano, la desechó con indignacion, de acuerdo con todo el clero romano; y la verdadera fe adquirió mayor fuerza y resplandeció con mayor lustre y esplendor. Erigieron

(1) *Tom. 6. Concilior. pag. 1416.*

con la mayor pompa en la iglesia de San Pedro un cuadro magnífico á los seis concilios ecuménicos: y el pueblo no pudo sufrir que la efigie de un Emperador herege estuviese colocada en el lugar santo, ni que su nombre fuese pronunciado en la misa, rehusando hasta recibir su moneda (1). Levantóse contra el nuevo gobernador enviado de su parte, y se habria abandonado á los mayores escesos, si el Papa no hubiese encargado á muchos obispos que con la cruz y los Evangelios fuesen á recordar al pueblo las máximas de moderacion y obediencia que olvidaba.

28. Retiráronse los sediciosos segun lo ansiaba el Pontífice; pero dentro de poco tiempo llegó la noticia de la deposicion de Filípico, de que le habian sacado los ojos y de que al otro dia de Pentecostés del año 714 habian proclamado Emperador con el nombre de Anastasio, á Artemio primer secretario de estado.

29. Promulgaron otra vez los obispos presentes y el clero de la ciudad imperial el sexto concilio, colocando su cuadro entre los de los cinco precedentes en el lugar de donde Filípico le habia mandado arrancar. Profesaba Anastasio la fe católica, y remitió al punto su profesion al Sumo Pontífice. Apresuróse tambien á escribir al Papa, Juan, patriarca de Constantinopla, substituido por los monotelitas al patriarca legítimo. Fingia hipócritamente ser un católico generoso, y que violentado por la fuerza á aceptar la dignidad patriarcal, se habia espuesto á todos los

(1) *Anast. Chron. ad ann. 712.*

peligros antes que aprobar los errores de Filípico. Confesaba en seguida en términos formales las dos voluntades naturales y las dos operaciones en Jesucristo. En cuanto al egemplar del concilio que el tirano habia quemado, se esplica de esta manera: „nada ha logrado por este medio, pues hemos conservado cuidadosamente distintas copias autorizadas tambien con las suscripciones de los padres y del Emperador. Además poseemos el egemplar escrito de mano de Pablo, obispo que fue de esta iglesia.” Aquí notamos de nuevo las precauciones tomadas en muchos tiempos á fin de conservar en su pureza los monumentos de la tradicion. Suplicó por último el artificioso patriarca al Papa le enviase sus cartas sinódicas en señal de comunión: mas parece que no obtuvo respuesta.

Mas satisfecho quedó el Papa Constantino del arzobispo de Ravena, aquel mismo Felix que por su rebelion cismática padeció el castigo de que le sacasen los ojos por orden del Emperador Justiniano. Llamóle del destierro Anastasio: solicitó la gracia del Sumo Pontífice con tanta sinceridad como diligencia: dió su confesion de fe como igualmente las cartas de sumision que sus predecesores habian acostumbrado enviar á los archivos de la iglesia romana; y aunque ciego, le restablecieron en su silla. Murió el Papa Constantino poco despues á 9 de Abril del año 715, y transcurridos cuatro dias ordenaron á Gregorio II, que ocupó la santa Sede cerca de diez y nueve años, en cuyo tiempo honró sin interrupcion la Silla Apostólica. La pureza de sus costumbres, su firmeza in-

vencible en sostener los derechos de la Iglesia, su celo por el mayor bien de la Religion y del pueblo, su instruccion en las sagradas Escrituras y su facilidad maravillosa en esplicarse: todas estas prendas que le adornaron antes de ser elevado al trono pontificio, imprimieron un sello de gloria en su pontificado. Su primera educacion la recibió al lado del Papa Sergio, y acompañó á Constantino en su viage á oriente, donde llenó de asombro al Emperador Justiniano con el juicio atinado y la sabiduría de sus respuestas.

Correspondia el Emperador Anastasio á las esperanzas que habia dado á los católicos. Depuso á Juan, patriarca intruso de Constantinopla, en el segundo año de su reinado, y colocó en su lugar á German, obispo de Cízico. Para no dar lugar á la ambicion ó al menoscabo de la disciplina, escribieron en el acta de la traslacion haberse realizado por voto del clero, del senado y del pueblo de Constantinopla, en presencia del apocrisario ó legado de la santa Sede Apostólica y de muchos obispos. Era hijo German de un patricio condenado á muerte por haber contribuido á la del Emperador Constante; y comprendiendo al hijo en la venganza, le hicieron eunuco; mas las bellas cualidades de su persona que le hacian tan digno del obispado, compensaban con abundancia todos los defectos que podian echarle en cara.

Anastasio armó en el año 715 una escuadra formidable contra el califa Soliman, que habia sucedido á Valid y que pretendia ilustrar los principios de su reinado á espensas de los romanos. Encargó la

empresa á Juan, diácono de la iglesia de Constantinopla, y al propio tiempo tesorero general del imperio: abuso que propagado del occidente al oriente, aunque tan opuesto á los cánones, cundió por todos los estados cristianos de tal manera, que ya casi no admiraba ver á los eclesiásticos ir á la guerra particularmente contra los infieles. No obedecieron sin embargo al diácono guerrero, y sublevándose las tropas le quitaron la vida y luego tomaron en desorden el camino de Constantinopla. Al pasar por Adramira, ciudad de la Natolia ó Asia menor, vieron á un recaudador de las rentas públicas llamado Teodosio, quien solo pensaba en gozar de su opulencia y del reposo de su vida privada. Tuvo la desgracia de agradales, y le obligaron á tomar las riendas del imperio. No pudo Anastasio resistirles, y se hizo monge despues de un reinado de cerca de tres años; mas el de Teodosio solo fue de catorce meses. Leon, general del único egército que hacia frente á los esfuerzos de los musulmanes, se adelantó desde las provincias orientales, y en 25 de Marzo de 717 obligó á que le cediesen el imperio, violentando á Teodosio y á su hijo á que abrazasen el estado clerical. Multiplicáronse en medio de tantas revoluciones los desórdenes, las muertes violentas, los destierros de los ciudadanos y el saqueo y ruina de las ciudades. Hicieron por último tan despreciables los restos del poder romano, que los musulmanes tornaron á penetrar hasta las puertas de Constantinopla. Leon, llamado Isáurico, que reinó veinticuatro años y mostró

desde luego habilidad en el arte de gobernar y en el de la guerra, puso en fin el colmo á la desolacion pública con el furor que manifestó contra el culto de las santas imágenes y contra los egercicios mas acreditados de la Religion.

Los lombardos asolaban la Italia y se apoderaban de cuanto podian sorprender en los dominios del imperio y de la Iglesia. Revistiéndose algunas veces de sentimientos de fe y de temor de Dios, pedian perdón y satisfacian al Papa; pero arrastrados al punto por la fuerza de la costumbre, volvian al pillage que era la inclinacion dominante de aquellos bárbaros.

30. Todo preparaba en España la pérdida de la monarquía y del cristianismo. Sin embargo se celebraron, bajo el reinado de Égica (\*), el décimo sexto

(\*) El Rey Ervigio, deseando siempre afirmarse en el trono, y atraerse mas y mas el amor de sus vasallos borrando las sospechas que se formaran contra él al tiempo de su elevacion, trató de enlazar su familia con la de su predecesor, y casó á su hija Cixilona con Flavio Égica, primo de Wamba y nieto de Chindasvinto. Acometido despues de una grave enfermedad en el año 687, y viéndose desauiciado y cercano á morir, nombró á su yerno por sucesor, alzó á la nacion el juramento de fidelidad que le tenia hecho para que lo pudiese prestar al nuevo Rey, y murió al dia siguiente 15 de Noviembre. Reconocieron inmediatamente los grandes y proclamaron á Égica, ungiéndole, segun la piadosa costumbre, el arzobispo San Julian en la iglesia de los Santos Apóstoles de Toledo, el domingo á 24 del mismo mes: tales fueron los medios pacíficos por los que subió al trono de los godos el último de aquellos Reyes que se mostraron dignos sucesores del gran Recaredo, cuya prudencia y mansedumbre, justicia, piedad, celo por la Religion y sabiduria

y décimo séptimo concilios toledanos, cuyos sabios cánones nos ha conservado el tiempo (1). Separaron y espulsaron para siempre de la sociedad á los fieles que hubiesen cometido pecados contra naturaleza, condenándolos á ser ruidos como infames, y á sufrir cien azotes; pero previenen los padres que en el artículo de la muerte, precedida una digna penitencia, se les conceda la comunión, del mismo modo que á los idólatras y á los apóstatas. Ordenan á los obispos

en el arte de reinar resplandecieron admirablemente en Égica, y á su muerte espiraron por entonces con él.

Corriendo el primer año de su reinado, á saber en Mayo de 688, se tuvo el concilio decimoquinto de Toledo, al que asistieron cinco metropolitanos, cincuenta y seis obispos, cinco vicarios de los ausntes, nueve abades, el arcidiano, arcipreste y primicerio de Toledo, y diez y siete condes. Presentóse el Rey en la primera sesión segun costumbre, hizo una devota alocucion á los padres, y les entregó un escrito en que les consultaba sobre algunos puntos pertenecientes al juramento que habia hecho á Ervigio de proteger su familia, y á otras materias políticas. Retirado el Príncipe, ante todas cosas renovaron los padres su profesion de fe, conforme de todo punto á la de los cuatro concilios generales; trataron despues de responder á la censura que el Pontífice San Benedicto II habia puesto al libro escrito por San Julian y aprobado en el sínodo anterior de Toledo contra los monotelitas, en el que se leían algunas palabras sobre la procesion del Verbo y del Espiritu Santo, y acerca del misterio de la Encarnacion, que se tuvieron en Roma por nuevas é inusitadas. Compuso á este efecto el mismo San Julian con aprobacion de los demás prelados un hermosísimo apologético, en el que esplica sus sentencias y demuestra su exactitud, apoyándolas en muchos lugares de la Escritura y de los santos padres. Por este escrito, conservado entre las actas del concilio de que tra-

(1) Tom. 6. Conciliar. pag. 1327. et seq.

que para reconstruir las iglesias que se iban demoliendo, utilicen el tercio de las rentas de las iglesias rurales que los cánones les habian concedido; y que si ellos no reciben este tercio, se encargue á los sacerdotes que sirven estas iglesias su reparacion. Este método se observaba igualmente en las Galias, como hemos observado tratando de San Ausberto de Ruan. Sisberto, arzobispo de Toledo, conspiró contra su Soberano, por cuya causa le depusieron, privaron de

tamos, se puede conocer cuán grande y profunda era la sabiduría de los obispos españoles, en aquel tiempo en que las tinieblas de la ignorancia se estendian rápidamente por todas partes. Cuando llegó á Roma esta apología, mereció las mayores alabanzas del sucesor de San Pedro y de todo el clero romano. Finalmente, los padres de Toledo respondieron en nueve capitulos á los puntos presentados por el Rey, determinando por regla general, que los juramentos obligaban en cuanto no se hiciese injusticia á nadie. Dos años despues de este concilio murió el arzobispo San Julian.

En el de 691, se celebró por orden del Rey el sínodo tercero de Zaragoza, del cual tenemos cuatro cánones de disciplina, y uno que manda espresamente á toda Reina que quedare viuda retirarse á un monasterio, donde fuese tratada con respeto. Esta ley, promulgada ya en otros concilios de España, no tenia otro objeto que el laudable de precaver que dichas Reinas viudas fuesen maltratadas por el pueblo, cuando por la eleccion de un nuevo Soberano se mudase la dinastía. En el mes de Abril del año 693, sexto del Rey Égica, se juntó el dedimosesto de los concilios toledanos, al que concurrieron cincuenta y nueve obispos, tres diputados de los ausentes, cinco abades, y diez y seis señores de la corte; y á 9 de Noviembre de 694 celebraron el decimoséptimo muchos prelados de las diferentes provincias del dominio godo, cuyo número y suscripciones no constan. Véanse sus actas en el tom. 2 de Aguirre pág. 735 y sig.

todos sus bienes, y entregaron á disposicion del Rey que le condenó á un encierro perpetuo (\*).

Determinaron tambien que no se le daria la comunion sino en el artículo de la muerte, á no ser que el Rey le perdonase. Elevaron en su lugar á Felix de Sevilla, sustituido sucesivamente por Faustino de Braga, y este por Felix de Oporto. Verificaban de este modo á un tiempo tres traslaciones, que demuestran cuanto habian cambiado las ideas, á lo menos en España, con respecto á una práctica tan reprehensible en otro tiempo. Se debe tambien observar en estos concilios mistos de obispos y señores, la distincion que hacian de las cosas espirituales y temporales. Dispusieron que al principio de cada una de estas asambleas mistas se ayunaria tres dias consecutivos, durante los cuales tratarian de la fe, de la cor-

(\*) Sisberto, inmediato sucesor de San Julian, era estremadamente orgulloso, astuto y lleno de presuncion. Tuvo la osadía de usar por asiento la misma cátedra en que estuvo sentada la Reina de los cielos nuestra Señora cuando se apareció á San Ildefonso, cuya silla jamás quisieron ocupar sus antecesores por guardarle la debida reverencia. De esta profinacion se precipitó en el gravísimo delito de rebelion contra el Rey Egica, á quien intentó destronar y quitar la vida. Se decidió su causa en el concilio décimosexto, en el cual fue Sisberto destituido de su dignidad, y desterrado á reclusion perpetua en el monasterio de Cardeña. De este hecho tomaron ocasion los padres para formar el nono de sus decretos, que será un monumento eterno de los beneficios que la Religion y la Iglesia católica ha hecho á la monarquía. «Que despues de Dios, dice, se guarde suma fidelidad á los Reyes como á *Vicarios y Ungidos del mismo Dios*; pues nadie se les opone que no esperimente el castigo.»

reccion de los obispos, y de otros objetos puramente religiosos, sin admitir lego alguno. Notamos tambien que en el dia de jueves santo despojaban los altares conforme se practica en el dia. Bajo el reinado de Witiza, que sucedió al Rey Egica en el año 701, se celebró tambien un concilio que es el décimo octavo y último de Toledo, del que no nos han quedado ni actas ni cánones (\*); y desde el año 694 en que se celebró el concilio diez y siete, hasta mediados del siglo nono, esto es, cuasi por espacio de ciento y cincuenta años, apenas se hallan monumentos de la iglesia de España (1).

31. Todo lo arruinó Witiza con sus injusticias, violencias y disolucion desenfrenada (\*\*). Tuvo mu-

(\*) Esta falta de las actas y decretos del concilio décimo octavo de Toledo la han atribuido algunos escritores á que en él se establecieron leyes contrarias á la piedad y á la disciplina eclesiástica, por lo cual, segun dicen, se debieron condenar á un perpetuo olvido. Pero esta opinion es absolutamente improbable, ya porque los principios del Rey Witiza en cuyo primer año se tuvo aquel concilio fueron buenos, ya porque celebrado bajo la presidencia del santo arzobispo Gonderico, no se puede presumir que formase estatutos opuestos á la Religion y á la Iglesia. Tal es el juicioso y bien fundado parecer del Emmo. Baronio.

(1) *Roderic. Tolet. lib. 11. cap. 16. et 17.*

(\*\*) El sabio y piadoso Rey Egica resolvió á fines del año 697, con acuerdo del reino, nombrar por compañero y sucesor en el trono á su hijo mayor Witiza. Hecho el nombramiento, lo envió gobernador de lo que antes habia sido reino de los suevos en Galicia y Lusitania. Puso Witiza su corte en Tuy, donde todavía se conservan ruinas de la casa real que construyó entonces. El Rey estaba ya en edad muy avanzada, y en

chas mugerés á un tiempo , sin contar una multitud de concubinas : y no satisfecho con que los grandes y el pueblo imitasen su egemplo , quiso que tambien le siguiese el clero. Era entonces arzobispo de Toledo Gonderico , prelado ilustre por su santidad , del que afirman que obró muchos milagros : con su prudencia , y mediante una sabia combinacion de dulzura y de firmeza , pudo contener algun tanto los progresos del mal. Pero habiendo fallecido en circunstancias tan críticas , tuvo por sucesor á Sinderedo , que lejos de remediar y oponerse con valor á la corrupcion reinante , trató con rigor injusto á los ecle-

Octubre de 701, ó segun otros de 702, falleció de muerte natural en Toledo. Pasó entonces Witiza desde Tuy á la capital, y fue reconocido y ungido Rey con general aplauso de la nacion. Principió á reinar derramando beneficios; alzó la condena á cuantos habia desterrado su padre , devolviéndoles sus honores , empleos y rentas; mandó quemar los procesos para que no quedase memoria de los delitos de que les acusaban, y la gracia fuese irrevocable; moderó los tributos; distribuyó premios; en una palabra: los primeros pasos de Witiza no pudieron ser mas lisongeros, y prometian un reinado feliz y glorioso. Pero se torcieron en breve, y tomaron la senda del precipicio, no solo suyo, sino tambien de toda España. Cayó de unos en otros despeñaderos, y comenzando por la Injuria, fecunda origen de casi todos los vicios, se prostituyó á todos ellos, y de Rey y padre de sus pueblos se hizo el mas cruel y odioso tirano. Don Gregorio de Mayans en su defensa de Witiza impresa en esta ciudad de Valencia en 1772, se propuso con su gran talento y erudicion hermosear la imagen de aquel Soberano; pero debemos decir en honor de la verdad, que el retrato que acabamos de hacer de Witiza es el mismo que hallamos en la mayor parte de los historiadores antiguos.

siásticos mas venerables. Estaba Witiza lleno de gozo al ver humillados á unos personajes que detestaban sus excesos, y algunas veces osaban resistirle cara á cara. Escitó malignamente el ardor bastante imperioso del arzobispo, de modo que degenerando en tiranía el gobierno episcopal, apelaron los oprimidos al Papa. Receloso el Rey de que la autoridad eclesiástica perjudicase á la suya, prohibió obedecer las constituciones eclesiásticas; y no solo persistió, sino que mandó que todo clérigo tuviese una muger ó concubina, y muchas si le placía. Confirió el arzobispado de Sevilla á su hermano Oppas, y viviendo Sinderedo, á quien despreciaba al mismo tiempo que se valia de él para sus culpables designios, le aunó el arzobispado de Toledo con doble desprecio de los cánones. Tornó á llamar honrosamente á aquellos judíos que en el principio de su reinado condenó á una servidumbre perpetua, como convencidos de haber conspirado de acuerdo con los moros ó musulmanes de África contra el estado y la religion, y concedió á sus sinagogas mas privilegios que los que tenian las iglesias. Mandó dar muerte á Favila, hijo del Rey Chindasvinto, y sacar los ojos á Teodofredo, hijo de Recesvinto, duque de Córdoba. Temeroso de que tantos excesos produjesen en sus vasallos alguna rebelion, ordenó que se demoliesen las murallas de todas las ciudades, lo que no impidió de modo alguno á Rodrigo, hijo de Teodofredo, el egercer una funesta venganza. Tomó las armas, y seguido de una multitud innumerable de descontentos hizo prisionero á Witiza.

za: á quien mandó sacar los ojos, y luego fue reconocido Rey por todos los grandes (\*).

32. Los sarracenos, árabes ó moros (pues se les daba indiferentemente todos estos nombres) miraban con complacencia los desórdenes que arruinaban á las potencias cristianas en las estremidades de occidente y oriente. Era todavía su Soberano Ovalib ó Valid, de la casa de los Ommiadas, como tambien Moavia y todos los califas intermedios: y residia en Asia, desde donde enviaba sus órdenes á todos los lugares de sus inmensos dominios. Confirió el gobierno de Egipto á su hermano Abdelaziz, que mandó tomar una razon exacta del número de monges, y exigir de cada uno de ellos un dinar ó un sueldo

(\*) La muerte de Witiza es otro de los puntos que controvierten nuestros escritores: suponen unos que falleció de enfermedad en Toledo el año 711, sin que hubiese sido preso por D. Rodrigo; otros dan por cierta la prision, y dicen que murió en la cárcel de Córdoba en dicho año. Sea de esto lo que fuere, lo cierto y averiguado es que D. Rodrigo se apoderó del reino viviendo aun Witiza, y á su muerte fue generalmenté reconocido con preferencia á los dos hijos, Elba y Sisebuto, que dejara su predecesor. De este modo á un reinado disoluto en las costumbres, y principio de todas las calamidades que inundaron poco despues á España, se siguió otro sumamente infeliz, en que todo se vino á perder en medio del abandono y prostitucion general á todo linage de vicios. Los godos, tan formidables en el tiempo anterior á todos sus enemigos, tan felices desde Recaredo, tan abastados en toda clase de bienes, desde el momento que despreciaron y olvidaron la Religion, se hicieron los mas cobardes, desgraciados y merecedores del desprecio del mundo y de los terribles castigos con que Dios afligió á la nacion.

de oro por cabeza: este fue el primer tributo que se les impuso. Muza ó Moisés, ya anciano pero siempre guerrero, era gobernador de África, es decir, de las regiones confinantes con el mar desde Egipto hasta el estrecho de Gibraltar. Cuentan de Valid que deseando edificar una mezquita en Damasco, su capital, propuso á los cristianos que le vendiesen la iglesia mayor, dedicada á San Juan y vecina á la mezquita, ofreciéndoles cuarenta mil dinares; pero que rehusando ellos abandonar á precio de dinero el lugar santo á la profanacion, no se detuvo en esto el musulman, y mandó echar á tierra la iglesia sin pagarles cosa alguna.

33. Rodrigo, encumbrado al solio de los godos, olvidó las causas que habian precipitado á su predecesor (1). Tuvo como él muchas mugeres y concubinas, no respetó la gerarquía ni la virtud, y en los ardores de su vergonzosa pasion abusó de la hija del conde D. Julian, gobernador de Tingi, única ciudad que quedaba á los godos en la costa de Africa. Propuso el desesperado Julian á Muza la conquista de España que le pintó como muy fácil, respecto de haberse derribado por orden de Witiza los muros de las ciudades, y logró pusiese en pie de guerra veinticinco mil hombres mandados por Taric, general célebre de los árabes.

El Rey Rodrigo, afeminado con los placeres y dueño de unos pueblos sin valor, sin costumbres y

(1) *Roderic. Tolet. lib. 1., 2. et 3. — Isidor. Pacens. pag. 11. Chron.*

poco obedientes por otra parte á un Soberano que habia llegado á serlo por medio de la rebelion, se presentó á los enemigos con aquel primer ímpetu de valor que no siempre cede á la afeminacion. Indecisa dejó la suerte el combate; mas como los sarracenos renacian sin fin unos de otros reparando completamente sus pérdidas, y Rodrigo carecia de constancia y de los socorros necesarios para hacer frente á esta continuacion de ataques, ganaron en fin una batalla decisiva, en que perdió la vida este Rey voluptuoso. Muza pasó en persona á España, adelantándose hasta Toledo: y Sindereo, obispo legitimo de aquella capital, lleno de temor, abandonó cobardemente su rebaño y emprendió la fuga. Entregó la ciudad el usurpador Oppas al cruel musulman, que asesinó á todos los principales, y subyugó la España hasta Zaragoza. Abrasaba las ciudades, crucificaba á los ciudadanos, y creía hacerles gracia cuando mandaba que los degollasen. Esparció en breve tiempo por todas partes el terror y espanto, de tal modo que las plazas mas distantes fueron á toda prisa á pedirle la paz, y se sometieron sin resistencia al yugo de los bárbaros. Destinaron para capital á Córdova, que ya antes lo habia sido de los romanos: y he aquí el fin desgraciado de la monarquía goda en España, despues de una duracion de cerca de tres siglos, esto es, desde el año 415 en que entraron conducidos por Ataulfo, hasta el de 713. Recibió el conde D. Julian el castigo que rara vez falta á los traidores: dieron muerte á su muger y á su hijo,

y á él cargado de cadenas le hundieron en un calabozo donde murió de miseria (\*).

Sostúvose la Religion cristiana bajo la dominacion de los musulmanes así en España como en el resto de su imperio, á pesar de las persecuciones mas ó menos largas y algunas veces muy vivas. Pero en las montañas de Asturias, á donde se refugió un puñado de españoles intrépidos, conservó siempre una gloriosa independencian. Eligieron por su Soberano en el año 718 á Pelayo, hijo de Favila, de la sangre de sus antiguos Reyes. Puso en Oviedo la silla de este nuevo imperio, que por espacio de muchos siglos hizo frente á los esfuerzos de los vencedores infieles, celosos de dar fin á su conquista, quienes fueron siempre rechazados de un modo que les obligó á admirar como prodigio lo que despreciaban como milagro. Al huir de Toledo los antiguos cristianos, se llevaron una arca llena de reliquias que habia venido de Jerusalem, y que despues reverenciaron

(\*) La invasion de los árabes en España segun nos la describen los antiguos historiadores está acompañada de hechos y circunstancias que, cuando no imposibles, son á lo menos inverosímiles. La narracion de los amores de D. Rodrigo con la Cava, la traicion del conde D. Julian, diferentes anécdotas del obispo Oppas, las maravillas de Covadonga, y otras cien relaciones semejantes examinadas por una prudente y justa crítica, vienen á desvanecerse por sí mismas, ó en el todo ó en su mayor parte. Véase la historia de la dominacion de los árabes en España, publicada por el eruditísimo Dr. D. José Antonio Conde, á la que remitimos á nuestros lectores en todo lo perteneciente á esta época, reservándonos únicamente anotar los sucesos mas principales y verídicos.

en extremo mirándola como á su mas segura salvaguardia.

Cuando notaron los sarracenos que estos refugiados tomaban una forma de estado, enviaron á Pelayo uno de sus generales llamado Alcaman, junto con el digno hermano del odioso Witiza, Oppas de Sevilla, que por su pérfida inteligencia con los infieles habia contribuido mucho á la ruina de su Religion y de su patria. Presentóse con fuerza armada y con dádivas el enemigo como opresor y corruptor á un mismo tiempo. Pelayo se retiró á la cueva famosa de Covadonga, que se miraba como consagrada á la Madre de Dios. Le acometieron al instante allí mismo los árabes, y Oppas se acercó y dijo á Pelayo: „vos sabeis, hermano mio, que toda España no ha podido resistir á los africanos; ¿qué esperanza poneis en algunos fugitivos sepultados entre las breñas de esta montaña? Esperimentad con nosotros la generosidad del vencedor, y gozad en paz de todos los bienes de la vida. Respondióle Pelayo: nosotros vivimos firmemente persuadidos de que de las rocas de estas montañas saldrá la salvacion de la patria, á la que vos haceis traicion, y el restablecimiento del imperio godo. Volved á los infieles, obispo desertor, en quienes habeis puesto vuestra confianza, y decidles que no tememos su muchedumbre. Señalará el Todopoderoso, despues de haber castigado á los siervos rebeldes, sus misericordias en los hijos sumisos.”

Tornando desde luego el obispo al ejército ma-

hometano, dijo: avanzad; estos furiosos no se reducirán como no sea con la fuerza. Los sarracenos cargaron con furor, obscureciendo los aires con una nube de flechas que, segun afirman, retrocedian contra los mismos que las disparaban por un impulso superior que salia de la cueva de Covadonga. Sea lo que fuere, lo cierto es que alentados de improviso los fieles con un valor que parecia sobrehumano, salieron de sus cavernas, y abalanzándose á los infieles hicieron en ellos una horrible carniceria. Quedo en el campo de batalla el general Alcaman, cogieron al obispo Oppas, y dispersaron el resto del ejército. Una partida de enemigos que iban huyendo por el declive de la montaña, fueron arrojados al rio que corria á la falda del monte, por un peñasco que se desprendió por sí mismo. Luego que estuvo libre todo el pais, se dirigieron las tropas de Pelayo contra Muza que mandaba en Gijon, en la misma provincia de Asturias. Este general árabe, uno de los cuatro principales autores de la invasion de España, fue muerto, y su ejército de tal suerte derrotado que no quedó un solo musulman en toda la estension de los Pirineos. Así lo refieren los escritores de aquel tiempo, que dan este nombre á las montañas de Asturias, como tambien á las que separan las Galias de España. El primer cuidado de los fieles victoriosos fue tributar gracias á Dios: luego se dividieron en sociedades ordenadas, poblaron las ciudades, reedificaron las iglesias en sus domicilios montuosos, y se dispusieron á procurar la libertad de todas las Españas,

segun la palabra del Rey Pelayo que respetaban como profética.

34. No pudiendo los sarracenos arrojarlos de sus propios acantonamientos, quisieron á lo menos tenerlos bloqueados y cortarles toda comunicacion con los cristianos de la Galia tan interesados en favorecer el restablecimiento de este nuevo estado. Los Príncipes árabes, como conquistadores del imperio de los visigodos, alegaron tener un derecho á las posesiones que esta nacion habia poseido hasta entonces al otro lado de los montes Pirineos. Al punto tomó Zama á Narbona con algunas otras plazas de menor importancia, y penetró hasta Tolosa sitiando aquella ciudad; mas habiendo acudido á su socorro Eudon, duque de Aquitania, Zama perdió la vida, y los sarracenos quedaron derrotados.

Uniéndose algunos años despues una multitud numerosa de bárbaros bajo la conducta de Abderraman, gobernador general de toda España, formaron un ejército poderoso dividido en dos cuerpos. Desfiló el uno por la derecha entre el mar y las montañas hasta la ciudad de Arlés de la que se habian apoderado en el año anterior. Subiendo de allí por el valle del Ródano y luego por el del Saona, se apoderaron de todas las plazas que bañan aquellos dos rios hasta Chalons. Al punto se derramaron por todas las llanuras de la antigua Borgoña en donde tomaron á Beona, Dijon, Besanzon; y entrando en el país bañado por el Yona tomaron á Auxerre, y luego atacaron á Sens. Habia seguido libremente hasta enton-

ces este diluvio de bárbaros su curso, sin encontrar dique alguno que le detuviese, saqueando, matando, destruyendo lo que creían no poder conservar, y abrasando sobre todo las iglesias y monasterios. Gobernaba entonces la iglesia de Sens el santo arzobispo Ebbon. Habia sido monge y luego abad de San Pedro el Vivo, donde adquirió el hábito de vivir en un santo sosiego muy distante del estrépito de las armas. Mas el horror que le causaban las profanaciones y escesos con que los infieles amenazaban ya á su iglesia, le llenó de un valor que se juzgó inspirado de lo alto, y al frente de todo su pueblo hizo contra ellos una salida tan vigorosa, y los puso en tal desorden, que cortó del todo sus progresos por aquella parte. Dejó el obispado conseguida esta victoria, y se consagró por el resto de su vida á la soledad.

Atacó la Aquitania por otra parte, esto es, en el occidente de la Francia, Abderraman en persona. Contaba con la desavenencia del duque Eudon y de Carlos Martel, quien sin poseer título de Rey reinaba con autoridad soberana en todo el imperio francés. Este hombre grande en la guerra y en el estado, hijo de Pipino gefe de palacio y de una concubina llamada Alpaída, fue encerrado despues de la muerte de su padre por su madrastra Plectrudis. Escapó de la prision, se refugió en la Austrasia donde fue mirado con los mismos ojos que su padre, y reconocido por duque. El ascendiente de su genio le sometió muy pronto el resto del reino, á pesar de los es-

fuerzos reunidos del gefe Rainfredo y del Rey Chilperico II, digno verdaderamente entre los últimos Merovingianos de no ser contado en el número de los Reyes ociosos. Carlos, llamado Martel por los golpes de valor con que estrelló, por decirlo así, á todos sus enemigos, no tomó con todo el título de Rey como su padre, contentándose con ejercer toda la autoridad bajo el nombre de gefe supremo de palacio. Defendió vigorosamente los derechos del reino, y por sostenerlos se indispuso con Eudon, duque de Aquitania que, en calidad de Príncipe de la sangre real y de hijo menor del Rey Chariberto, pretendia la independenciam. El temor de los enemigos comunes del nombre francés y del nombre cristiano los reconcilió.

Carlos, olvidándolo todo por la salud pública, voló al socorro del duque (1). Los árabes espantados todavía mas de esta concordia imprevista que de la altura extraordinaria de los franceses del norte que les parecian otros tantos gigantes, tomaron en un momento la fuga. Abderraman perdió la vida, y la noche terminó el combate. Lo que refieren varios autores antiguos y modernos del número prodigioso de muertos, sobre ser muy sospechoso en sí mismo, lo es todavía mas por diferentes circunstancias y por sola la conducta de los cristianos despues de la victoria. Viendo levantadas aun las tiendas de los musulmanes, creyeron que iban otra vez á empezar el combate. Cuando supieron que habian abandonado el

(1) *Isidor. Pacens. Chron. pag. 18.* — *Roderic. Arab. cap. 11.*

campo con precipitacion, temieron perseguirlos por no caer en alguna emboscada, y se contentaron con recoger el botin que fue inestimable. Mas todos los progresos de estos infieles en Francia quedaron desde entonces enteramente cortados. Poco despues recobró Carlos Martel todo cuanto habian conquistado en el otro extremo del reino.

35. Sin embargo, las iglesias se resintieron largo tiempo de esta lastimosa invasion. Ignórase la serie de obispos de la mayor parte de las ciudades que ocuparon los infieles, en cuyos respectivos catálogos se hallan diferentes vacíos desde el fin del séptimo siglo hasta el nono. Cuéntanse tambien bastantes mártires, á lo menos en aquellos lugares en que Abderraman no mandaba en persona; pues careciendo sus subalternos de la autoridad necesaria para contener á los soldados, este tropel de salteadores sin humanidad y sin política no temia atraerse el odio de los pueblos que intentaba someter.

Previendo su próxima llegada San Teofredo, abad de Camerí en la diócesis de Puy, creyó no deber abandonar al capricho de los profanadores la iglesia que se le habia confiado (1). Dos dias antes que llegasen, lo advirtió á los religiosos en términos precisos, y les mandó retirarse al desierto vecino llevándose cuanto pudiesen. Los bárbaros hallándole solo á la puerta de la iglesia en donde oraba postrado, tentaron desde luego con dulzura inclinarle á que les descubriese los monges; mas cuando supieron que se habian

(1) *Act. SS. Bened. tom. 3. pag. 482.*

llevado cuanto habían podido de lo mas precioso , se llenaron de furor y le maltrataron tan cruelmente, que solo sobrevivió seis ó siete dias.

Todos los monges de Lerins en número de quinientos permanecian en su monasterio con su santo abad Procaro , segundo de este nombre , cuando llegaron allí los sarracenos despues de la toma de Arles (1). Habiendo ocultado las reliquias de la iglesia , se prepararon á morir recibiendo antes la comunión. Los infieles empezaron haciéndolos prisioneros : separaron luego á los ancianos y los atormentaron para intimidar á los otros , á quienes hicieron las promesas mas lisongeras si querian mudar de religion. Por último , viendo que todos perseveraban con una firmeza inalterable , los hicieron morir en diferentes maneras , reservando solamente cuatro de los mas jóvenes y de mas bella figura , que encerraron en la tienda del comandante. Derribarón la iglesia , asolaron todas las celdillas , y se retiraron satisfechos de haber arruinado para siempre este plantel de santos. Pero los cuatro religiosos prisioneros hallaron medio de escapar , y volviendo á Lerins restablecieron insensiblemente aquel monasterio.

San Mileto , abad de Luxeu , fue tambien martirizado con todos sus monges (2). Este santo monasterio permaneció quince años sin abad , y cesó en él la salmodia perpetua. El monasterio de Bese tambien fue arruinado. En el territorio de Viena hubo una

(1) *Ibid.* pag. 525. — *Chron. Lir.* (2) *Hesten. Cathalog. Abb. Luxoviens.*

multitud de mártires , no solo entre los monges sino tambien entre todas las clases de habitantes. Otro mayor número se vió reducido á andar errante sin socorro alguno por los bosques y desiertos , ó á emigrar á paises estrangeros. Las iglesias fueron incendiadas , y nada quedó esento del pillage y de la destruccion. Derrotados los sarracenos por Carlos Martel , cometieron todavia en su retirada estragos horribles , quemando iglesias y monasterios , y degollando á cuantos cristianos encontraban.

En Gueret , capital de la Marca , habia un monasterio nuevamente establecido , el cual florecia con todo el fervor de su institucion bajo el gobierno de su primer abad San Pardux (1). Corria la voz de la venida de los infieles : el santo abad dotado de una bondad singular , dijo á los religiosos : hijos míos , si vienen esas gentes , dadles bien de comer y beber , pues han padecido mucho. Los monges prepararon un carro cubierto , pero no hubo quien se atreviese á conducirsele. El abad se negó á ello , porque estaba profundamente penetrado de la obligacion de observar literalmente hasta morir las reglas de la clausura. Los monges atemorizados huyeron , y él quedó solo sin sobresalto. Pero un criado quiso observar desde un sitio escondido lo que sucedia. Cuando distinguió de lejos la tropa de musulmanes amenazando y anunciando el furor que los guiaba , corrió á dar aviso al Santo , el cual postrándose humildemente dijo : „Señor , disipa esa nacion que se complace en el desorden

(1) *Act. SS. Bened. tom. 3. Vit. S. Pard.*

y en la violencia, y no permitais que toque á las puertas de vuestra casa." Detuvieron su marcha, y al cabo de una larga conferencia entre ellos tomaron otro camino.

Las victorias que ganó Carlos Martel á los sarracenos convirtieron su furor contra sí mismos, y dieron lugar á muchas guerras civiles que prepararon desde entonces la ruina de su imperio en España. Pero la situacion y vasta estension del de Carlos no le permitieron aprovecharse de esta ventaja. No podia detenerse mucho tiempo en Francia sin que se rebelase la Sajonia ó alguna otra provincia de la Germania que era todavía pagana. Tomó el partido de demoler las fortificaciones de todas las ciudades, y de tener continuamente un pie de ejército aguerrido: providencia que logró hacer las sublevaciones mas difíciles y peligrosas, aunque no menos raras. Creyó en fin que para restablecer sólidamente el poder supremo, era necesario reinar en los corazones de los vasallos, y que jamás llegaría á esta suerte de imperio sino por medio de la religion.

36. En estas circunstancias se le presentó un misionero muy célebre con cartas de recomendacion del Papa, á fin de obtener su beneplácito y proteccion para predicar la fe en las provincias sujetas á su imperio al otro lado del Rhin (1). Era natural de Inglaterra, donde adquirió el conocimiento de las ciencias y de los ejercicios monásticos, y despues de haber hecho algunas misiones pasó á Roma, donde el

(1) *Ibid. tom. 4. init.*

Papa Gregorio II le consagró obispo, mudándole el nombre de Oinfrido en el de Bonifacio. Habia predicado al principio en la Frisia, la cual volvió á caer de un modo singular en la idolatría despues de haber abrazado el cristianismo por la predicacion de San Wulfrando, arzobispo de Seus, que se ausentó de su diócesis por espacio de cinco años para trabajar en la conversion de los infieles. El Rey Rabodo se hallaba en el momento de recibir el bautismo, y tenia ya puesto un pie en la fuente ó pila sagrada cuando le ocurrió preguntar al arzobispo, si los Reyes y Príncipes de los frisones estaban en el paraíso que él le prometia, ó en el infierno. Respondió Wulfrando, que habiendo muerto con las manchas del pecado y de la idolatria, no podia dudarse de su condenacion. Rabodo se retiró inmediatamente de la pila, y dijo: „no pueda resolverme á dejar la compañía de tantos hombres ilustres para reunirme á la de tantos cobardes y despreciables en vuestro reino celestial. Id á otra parte con vuestras novedades: nosotros preferimos seguir los antiguos usos de los valientes frisones:" mas este vano efugio no logró calmar la conciencia del Príncipe inconstante.

37. Envió á llamar poco tiempo despues á San Willebrodo, otro inglés consagrado arzobispo de los frisones por el Pontífice, y establecido en la silla de Utrech. Ansiaba que platicase con San Wulfrando, y que pensasen algun medio de conciliar el cristianismo con la religion de sus padres. Respondió San Willebrodo á los enviados: „¿cómo será posible que

vuestro Soberano abrace mis consejos, despues de haber despreciado los de nuestro hermano el santo obispo Wulfrando? He visto esta noche á ese Príncipe desgraciado cargado de abrasadas cadenas, y tengo bastante fundamento para opinar que yace sumido en el abismo infernal." Resolvió el Santo no obstante ir á buscar á Rabodo; y sabiendo en el camino que habia muerto sin bautismo, volvió atrás lleno de tristeza.

Quedó con esta muerte Carlos Martel poseedor pacífico de toda la Frisia. San Bonifacio, que habia abandonado un pais en donde no esperaba poder obrar ningun bien sólido bajo el dominio de un apóstata, regresó sin dilacion para entrar á la parte en los trabajos de San Willebrodo, ya muy anciano, que queria nombrarle su sucesor. Mas Bonifacio se escusó alegando estar destinado por el Papa para las naciones de la Germania oriental, á donde pasó en efecto luego que los negocios de la Religion en Frisia se lo permitieron. Padeció muchas calamidades, particularmente en la Turingia que los sajones idólatras acababan de incendiar. Hallábanse los pueblos tan pobres, que apenas tenian con qué vivir, á pesar del continuo trabajo de manos á que estaban dedicados juntamente con los misioneros, y de hacer venir de muy lejos las cosas necesarias á la vida. Sin embargo, el cristianismo reinaba en aquella region con el cetro frances desde el tiempo del primer Rey Tierri, hijo del gran Clodoveo; mas parecia del todo estinguido. Los habitantes que quedaron, reconocieron por sus Soberanos á los antiguos sajones, nacion muy adicta

al paganismo y la mas temible de la Germania. Se mezclaron tambien algunos falsos hermanos, quienes introdujeron la heregia con el nombre de religion, segun se esplican los historiadores de aquel tiempo, entendiendo por heregia la incontinencia clerical, porque aquellos salvages se entregaban muy poco á las sutilezas y á las especulaciones heréticas.

Reanimóse la fe en todas partes á pesar de tantos obstáculos y contradicciones, y las costumbres tornaron á su antigua pureza. Se edificaron en breve tiempo muchas iglesias: á la orilla del rio Or, donde los operarios evangélicos tenian solamente unas pobres tiendas para su habitacion, levantaron un monasterio que tomó de aquí el nombre de Ordof, y principió á celebrarse en este santuario con toda dignidad el culto cristiano. Acantonáronse las tropas francesas cerca de ellos para ponerlos á cubierto de las irrupciones é insultos de los idólatras; mas creciendo de dia en dia el número de fieles, fue inútil esta precaucion.

38. Aunque era feliz y hábil Bonifacio en el ministerio apostólico, se gloriaba de seguir los consejos de sus antiguos maestros como si fuese todavía su discípulo. Recibió en este concepto la carta de Daniel de Vinchester su antiguo obispo tan digno de veneracion por su sabiduria y doctrina como por su virtud (1). „No ataqueis directamente, le decia, ciertas preocupaciones de los bárbaros como las genealogías de sus falsos dioses: dejadlos que permanezcan por

(1) *Inter. Epist. S. Bonif. num. 67.*

algun tiempo en el error de que sus dioses nacieron unos de otros del mismo modo que los hombres, para manifestarles así que no existían antes."

„Cuando llegue el caso que se vean en la necesidad de confesar que los dioses han tenido principio, preguntadles ¿si el mundo le ha tenido igualmente, ó si ha sido eterno? Si dijeren que el mundo principió á existir, añadan qué virtud le dió el ser. A la verdad, antes de la creación no había lugar alguno en que unos dioses engendrados y corpóreos pudiesen existir. Entiendo por mundo no solo el globo terrestre y el cielo visible, sino también todos los espacios que los paganos pueden imaginar. Si defienden que el mundo es eterno, preguntadles otra vez ¿quién le gobernaba antes que los dioses hubiesen nacido? ¿cómo han podido subyugar a un mundo que existió tanto tiempo antes sin el concurso de su poder? ¿de dónde se persuaden que vinieron el primer dios y la primera diosa? ¿si engendran todavía, ó si no engendran ya? Si no engendran ya, ¿quién ha puesto fin á su fecundidad? Si deben engendrar eternamente, llegando á ser infinito el número de dioses ¿qué harán los hombres para honrarlos, para distinguir á lo menos los mas poderosos en cuya desgracia sería peligroso incurrir? Sin embargo, en los argumentos no insulteis á esos pobres ciegos, antes bien compadeceos con tal piedad é interés que os ganeis sus corazones. Conved si es posible; confundid si es necesario; pero no irritéis jamás. Averguéncense de sus fábulas absurdas, y sobre todo de la abominación de

sus observancias, comparándolas con la pureza y noble sencillez del Evangelio, que os concretareis á tocar de paso para no dar á entender que triunfais de su humillación."

Para combatir á aquellos groseros idólatras, no con argumentos relevantes que habrían sido infructuosos, sino valiéndose de sus mismas preocupaciones, aconseja el sabio prelado á San Bonifacio que pregunte á aquel pueblo consagrado al servicio de sus dioses solo por el interés de una felicidad presente y temporal, ¿quién goza en el mundo de mayor felicidad que los cristianos, pues ellos poseen las regiones mas bellas del universo, tierras fértiles en aceite, vino y otros varios frutos deliciosos de toda especie, en tanto que los paganos y sus divinidades no tienen mas que tierras ingratas y áridas? No conviene, prosigue, dejarles ignorar ni la grandeza del mundo cristiano, ni que la idolatría dominaba en todo el universo antes que la gracia de Jesucristo le alumbrase con el conocimiento del verdadero Dios. Tal es entre las instrucciones del obispo Daniel uno de los monumentos de sabiduría y capacidad que nos han transmitido los siglos, y que siempre han resplandecido en el cuerpo episcopal.

San Bonifacio consultó con el santo obispo Daniel sobre los eclesiásticos escandalosos que había en el distrito de su misión; y le aconsejó este sabio prelado que llevase con paciencia á ejemplo de los Santos lo que no podía estorbar. „En cuanto á los sacerdotes homicidas ó deshonestos, vos sabéis, le dice, que se

gun los cánones no se les puede admitir á las funciones del sacerdocio, y mucho menos al gobierno de las almas. Mas en las cosas de la vida no debemos separarnos de ellos, pues no seria posible verificarlo como dice San Pablo, sin salir de este mundo: basta que os separeis de ellos en las cosas sagradas." Cita al punto con mucha exactitud las máximas de San Agustin para soportar á los malos é incorregibles, y para no dividir la Iglesia con pretexto de purificarla. Por último, le exhorta á tener mucha paciencia y condescendencia con los bárbaros.

39. Escribió tambien el Sumo Pontífice al humilde misionero, quien le dió una cuenta exacta de todos sus pasos, advirtiéndole (1) que no debia temer hablar y aun comer con los sacerdotes y obispos de vida corrompida, pues mas fácilmente se reducen los pecadores con la indulgencia y afabilidad que con el rigor de las reprensiones.

Responde Gregorio II en la propia carta, colocada en el número de las decretales, á diferentes puntos de consulta respectivos á la disciplina (2). Encontramos en ella un artículo sobre el matrimonio que á primera vista causa admiracion. Permite no solo el matrimonio entre un hombre y una muger que sean parientes hasta el quinto grado (aunque el uso comun era no permitir el matrimonio entre los que pudiesen reconocer algun parentesco), pero añade: que si la muger tuviese alguna enfermedad por la que

(1) *Greg. P. II. Ep. 13. tom. 6. Concilior.* (2) *Ibid. cap. 2.*

quedase perpetuamente inhábil para el matrimonio, no se impida al marido casarse con otra, bajo la condicion de proporcionar á la enferma los ausilios necesarios. Han creido algunos teólogos desvanecer esta dificultad diciendo, que esta respuesta debe entenderse de una simple tolerancia en vista de la estupidez de aquel pueblo, con el fin de estorbar otro mal mayor. Pero la solucion de estos es tan inútil como poco satisfactoria. Se trataba de una impotencia permanente, segun los términos de la carta, *si la muger no pudiese consumir el matrimonio*; y por consiguiente de un impedimento dirimente que quita toda dificultad. A pesar de la ignorancia y barbarie de esta nacion, no deja el Pontífice de decidir en el propio lugar, que los niños ofrecidos por sus padres para la vida monástica quedan en verdad consagrados á Dios en virtud de esta ofrenda, y privados de la libertad de casarse.

40. Tambien poseemos con el título de reglamento una instruccion del Papa Gregorio II relativa á las misiones de Germania. Llegando por fin los dias de salvacion y los momentos de la gracia para esta nacion grande y célebre que debia comunicar por su parte la luz del Evangelio hasta las estremidades del norte; bretones, franceses, romanos, todos los que habian recibido el espíritu del apostolado iban como á competencia á cada una de las naciones germánicas. Partió para la Nórica ó Baviera un obispo llamado Martiniano en compañía del sacerdote Jorge y del subdiácono Doroteo, ministros de la iglesia ro-

mana. Dió el Sumo Pontífice á este prelado las reglas siguientes (1): „reunireis, le dice, de acuerdo con el duque de la provincia, una asamblea de los principales de la nacion; examinareis los sacerdotes y los otros clérigos, y dejareis la facultad de celebrar, de oficiar y de asistir al sacrificio á aquellos cuya fe hallareis pura y la ordenacion canónica. En cuanto á los ministros equívocos, les prohibireis toda funcion, y colocareis en su lugar hombres experimentados á quienes impondreis la obligacion de observar las tradiciones romanas. Cuidareis de que en cada iglesia se celebre la misa y los oficios del dia y de la noche con las oraciones de la Escritura. Nombrareis obispos guardando el respeto debido á la jurisdiccion de cada duque, y teniendo presente la distancia de los lugares; y ordenareis con igual atencion las dependencias de cada silla. Si hubiere tres, cuatro ó mas, reservareis la principal para un arzobispo. Habiendo reunido tres obispos, ordenareis otros mediante la facultad que la Sede apostólica os ha confiado. Para la dignidad de metropolitano si hallareis un sugeto digno, nos lo enviareis con carta vuestra, ó le acompañareis en persona. Si no hubiese alguno que sea capaz, nos lo comunicareis para enviaros otro de aquí: despues de haber instruido á estos nuevos obispos acerca de las irregularidades, les encargareis que no celebren órdenes ilícitas, ni lo verifiquen fuera de los tiempos señalados; que velen sobre la conservacion y administracion de los

(1) *Tom. 6. Concilior. pag. 1452.*

bienes de la iglesia, y que eviten de dividirlos en las cuatro partes acostumbradas.”

Esta es la parte esencial de la instruccion pontificia con respecto al régimen eclesiástico. No comprende lo restante mas que los cánones con frecuencia repetidos en otras partes, y las prohibiciones de las prácticas supersticiosas como los sortilegios y maleficios, muy comunes entre los pueblos germánicos.

41. Tenia la Baviera ya dos obispos ilustres, á saber, Roberto ó Ruperto de Salzburgo como le llaman los alemanes, y Corbiniano de Frisinga. Uno y otro eran franceses: este natural de Chartres cerca de París, y aquel de la misma sangre de los Reyes de Francia. Alentados ambos por un celo digno de su origen, se habian dedicado á la conversion de los bárbaros, quienes por la debilidad del gobierno recayeron en la idolatría. Logró Roberto el obispado de Worms, en donde consiguió la mayor reputacion (1). Envióle diputados Teodon, duque de Baviera, pidiéndole ministros que dilatasen la luz evangélica por sus dominios. Remitió el prelado al momento á algunos de sus discipulos, y despues fue en persona. Escuchóle Teodon con docilidad, y recibió el bautismo con muchos vasallos suyos tanto de la nobleza como del pueblo, ya porque fuese idólatra, ó ya porque hubiese caido en alguna heregia, tal como la secta de los jotinianos que habia mudado la forma del bautismo.

Recorrió el santo obispo toda la provincia con-

(1) *Act. SS. Bened. tom. 3. pag. 339.*

vertido el Soberano; bajó por el Danubio hasta las fronteras de la baja Pannonia predicando con mucho fruto, levantando y consagrando iglesias, y devolviendo á la Religion su antigua pureza y esplendor. Estableció su silla episcopal en el pueblo antiguo de Juvare, que es en el dia de hoy la ciudad de Saltzbourgo, en donde levantó un templo magnífico en honor de San Pedro con un monasterio y celdas para los monges; es decir, que destinó un clero regular para celebrar diariamente el oficio divino. Abundando la mies cada dia mas y mas, regresó á su patria para buscar nuevos operarios, y trajo doce con su sobrina Erentrudis, que se habia consagrado á Dios. Levantó para ella un monasterio en una montaña vecina que tomó el título de su nombre, y se llamó Nonneberg, instituyéndola su primera abadesa. Ofrece toda la vida del santo obispo una serie perfecta de trabajos y frutos apostólicos. Nombraron para prolongarlos despues de su muerte un sucesor capaz de conservar su obra. La prohibicion canónica de elegirse sucesor no tenia lugar en estas iglesias poco interesantes á la codicia, y cuyos primeros titulares estaban por otra parte autorizados por la santa Sede para tomar todas las precauciones que reputasen necesarias á la seguridad de la Religion.

Consagróse de todo punto á Dios San Corbiniano desde su juventud, y luego se retiró con sus domésticos cerca de la iglesia de San German de Chartres, en el dia Arpajon, donde existia un monasterio pe-

(1) *Ibid.* tom. 5. pag. 500.

queño. Concurrieron á aquel sitio todos los comarcanos para aprender de sus egeмпlos é instruirse con sus consejos. Muy en breve practicaron lo mismo los varones mas distinguidos, y Pipino, gefe del palacio, se encomendó á sus oraciones. Presentábanle muchas dádivas y ofrendas; pero el austero penitente no admitia mas que lo necesario para la conservacion de una vida cuasi independiente de los sentidos, y repartia el resto á los pobres. Temia de continuo que su fama y las visitas y presentes que le atraía, le ocasionasen la pérdida de su alma. Partió á Roma despues de catorce años de retiro, á desahogar en el corazon del Padre comun de los fieles las inquietudes de su conciencia. Descubrió el Papa no sin admiracion todos los tesoros ocultos en una alma tan ventajosamente prevenida de la gracia. Opinó que interesaba al bien de la Iglesia sacarle de la obscuridad, y despues de haber discurrido con su concilio tanto sobre la necesidad de las Galias abismadas en una relajacion deplorable por las desgracias del tiempo, cuanto sobre el mérito del varon apostólico que con tanta oportunidad le presentaba la Providencia, le nombró obispo con silla particular, pero con el pallio, y facultándole para evangelizar en todo el mundo. Corbiniano se sometió, aunque con mucha repugnancia, y volvió á predicar en varias provincias de la Francia, en donde recogió copiosos frutos, no menos entre los eclesiásticos y mônges que entre el pueblo. Mas su humildad se alarmó de nuevo y mas que nunca á vista de la veneracion pública hacia su per-

sona, que se aumentaba de día en día. En vano se retiró á su antiguo monasterio de Chartres; porque cuanto mas huía de la gloria, tanto mas le perseguía esta. Acordó volver á Roma para lograr del Papa la dispensa de las funciones del obispado, y el permiso de vivir del trabajo de sus manos bajo la direccion de un superior en alguna soledad oculta. Huyó el camino ordinario para hacerse menos visible, y emprendió su viage por Alemania. Su corazon sensible é inflamado de la caridad apostólica, no pudo menos al llegar á Baviera de tomar interés en socorrer la necesidad de instruccion que tenia aquel pueblo recién convertido. Miráronle el duque Teodon y toda su nobleza en el primer fervor de su conversion como un ángel descendido del cielo para dar la última mano á la obra de Dios. Permaneció algun tiempo entre ellos para asegurar sus buenos sentimientos, y emprendió en seguida el camino de Roma. Visitó tambien Teodon el sepulcro de los Santos Apóstoles, siendo el primero de su nacion que hizo esta peregrinacion religiosa; pero espiró poco tiempo despues.

Cuando Corbiniano llegó á Roma, se arrojó segunda vez á los pies del Sumo Pontífice, le rogó con lágrimas que le relevase del peso insoportable con que la santa Sede le habia cargado, y le consintiese en fin encerrarse en un monasterio donde pudiese vivir desconocido de todos, ó le señalase á lo menos una porcion de tierra inculta y desierta para desmontarla y cultivarla. El Papa se enterneció al ver una humildad tan sincera como expresiva; sin embargo,

no osó resolver por sí mismo. Reunió todo el concilio, y acordaron unánimemente que siendo Corbiniano por su humildad profunda tanto mas digno del santo ministerio, quanto él se creía mas indigno de obtenerle, debia seguir con docilidad en el egercicio de sus funciones. El Pontífice le llamó para imponerle personalmente sobre la resolucion que se habia tomado: el Santo se manifestó sin consuelo, pero persuadido ya de la voluntad de Dios salió de Roma y tomó el camino de Baviera.

Entretanto el duque Grimoaldo, hijo de Teodon, tenia guardas en las fronteras para no permitir el paso á Corbiniano hasta que ofreciese ir á visitarle. Fue necesario que el obispo viniese á bien y condescendiese con sus deseos; mas lo verificó como apóstol y santo. Declaró al llegar á palacio que no se dejaria ver del duque si no renunciaba su matrimonio incestuoso, abandonando á su muger Piltrudis, viuda de su hermano. Deliberaron y difirieron la resolucion por espacio de cuarenta dias. Los culpados no podian resolverse á una separacion: el varon apostólico instaba para reducirlos á la penitencia, y mostró una firmeza siempre entera é inflexible en su negativa. Venciéronse los dos esposos á sí mismos al cabo de dos semanas enteras, y poseidos del dolor de sus pecados los confesaron á los pies del Santo, abrazándole y vertiendo copiosas lágrimas. Púsoles las manos en la cabeza, hizo en ella la señal de la cruz, y les encargó limosnas, oraciones y ayunos. Al punto entró en el palacio y comió con los duques. Estableció

su silla en Frisinga, donde la muerte puso fin á sus dias doce años despues, es decir, el de 730. Habia establecido monges para celebrar los officios divinos en la catedral.

42. Este era el medio mas comun y el mas conveniente en efecto para conservar la piedad y la ciencia de la Religion entre los nuevos Soberanos de los vastos paises en que se dividia el imperio. Salieron de estos monasterios los doctores, los pastores de los pueblos, los conservadores de las costumbres y de la Religion. Ya se ha visto cuantos varones escelentes produjeron estos piadosos y sabios asilos solo en las islas británicas, las cuales nunca mejor que entonces merecieron el nombre de tierra de los santos. Despues de los Columbanos, Wilfridos, Ceolfridos, Benitos Biscops, y Bonifacios apareció Beda, llamado el Venerable por escelencia entre los monges mas santos, á quienes por lo regular se daba este nombre (1). Nació en el año 673, en el pais de Nortumberland en los confines de la Escocia: y contando siete años le pusieron sus padres en el monasterio de Viremouth, gobernado por San Benito Biscop. Allí aprendió los primeros elementos de la educacion, y pasó bajo la direccion de San Ceolfrido á Jarou, donde vivió el resto de sus dias. Toda su vida fue una alternativa de estudio, de meditacion de las santas Escrituras y de ejercicios monásticos; es decir, el canto de los salmos y el trabajo de manos del que á nadie se esceptuaba en aquel monasterio. Apre-

(1) *Ibid.* tom. 4. pag. 358. et seq.

dió las lenguas griega y latina, la versificacion, el arte del canto entonces muy apreciado y las ciencias abstractas. Ordenóse de diácono por efecto de una dispensa digna de su mérito á los diez y nueve años, no obstante que los cánones exigian veinticinco. Recibió á los treinta el sacerdocio por pura obediencia á su abad.

Al punto que le ordenaron sacerdote se dedicó en particular á anotar la sagrada Escritura. Las muchas personas distinguidas que le empeñaron á emprender la mayor parte de sus obras, prueban el grande aprecio en que le tenian. Despues de haber interpretado las epístolas de San Juan y el Apocalipsis, que consagró á Huberto, abad de Jarou, pasó á interpretar los hechos de los Apóstoles por orden de Acca su obispo. Esplicó el Evangelio de San Lucas y las treinta cuestiones sobre los libros de los Reyes á peticion de Pedro Northelmo, que llegó á ser arzobispo de Cantorberi. Unió á esto un comentario sobre el libro de Samuel ó el primero de los Reyes: esplicó luego el Evangelio de San Marcos, las epístolas de San Pablo, todas las epístolas llamadas canónicas y la mayor parte de los libros santos: obras sólidas, no solo fundadas en la tradicion, sino recogidas cuasi todas con un trabajo admirable de los escritos de los padres, y en particular de San Agustin.

Le instó á que emprendiese la historia de la Iglesia de Inglaterra el abad Albino, discípulo de San Teodoro de Cantorberi, el cual instruido á fondo de lo concerniente á la iglesia primitiva de Inglaterra

y de todos los países vecinos, facilitó al escritor excelentes documentos. Registró en los archivos romanos las cartas originales de San Gregorio y de otros Papas, á fin de que no careciese de cosa alguna la comprobacion de la verdad mas exacta. Suministró el sabio Daniel, obispo de Vinchester, los conocimientos útiles con respecto á las iglesias de Sussex y de Onessex; es decir, de las provincias occidentales y meridionales y de la isla de Wicht. Los obispos Ceddi y Ceada, el abad Elí y los monges de Lestington, participaron las noticias tocantes á los ingleses orientales y á los mercienses. Para la historia de los ingleses del norte ó de Nortumberland, que era el país del historiador, sabia él bastante, y consultó á mas con una multitud de sabios, principalmente con los monges de Lindisfarne. Procedian entonces con esta madurez los doctos ingleses en la averiguacion de la verdad que intentaban presentar al público. Consagró Beda su historia al Rey Ceodulfo, y la dividió en cinco libros. El primero principia desde la entrada de Julio César en la Gran Bretaña, y llega hasta la muerte de San Gregorio el grande; por donde se observa que el historiador no se concreta á las cosas de la Religion, aunque estas formen su objeto principal. Contienen los otros cuatro libros lo que aconteció desde San Gregorio hasta el tiempo en que escribía el autor. Hemos sacado de esta rica fuente lo que nos ha parecido mas digno de atencion en esta parte edificante de la historia eclesiástica de Inglaterra.

Beda unió á esta historia un compendio cronológico, que declara las fechas de los principales acontecimientos y concluye como ella en el año 731; lo demás se añadió despues. Compuso en particular la historia del doble monasterio de Viremouth y Jarou, con el título de la vida de sus cinco primeros abades, de donde hemos adquirido las circunstancias bastante particulares de los últimos tiempos de San Ceolfrido.

Viendo este abad célebre, que su edad avanzada no le permitia ya instruir por sí mismo á sus muchos discípulos, ni asistir con frecuencia segun su costumbre á todos los ejercicios regulares; despues de haber reflexionado con prudencia, creyó que interesaba á la gloria de Dios hacer nombrar otro superior. Permaneciendo en su vigor entre los ingleses la aficion á las peregrinaciones, formó la resolucion de ir á acabar sus días á Roma, adonde en su juventud habia acompañado á su maestro San Benito Biscop. Sus religiosos, tanto por la ternura de su afecto y por lo que sentian perder de vista á este digno padre, quanto por la inquietud que les causaba un viage tan largo, emprendido á los setenta y cuatro años, hicieron los mayores esfuerzos para detenerle, llorando y abrazándole las rodillas. Estos sentimientos no hicieron mas que avivar sus deseos de partir, temiendo que los señores del país, en donde era universalmente querido, viniesen á reunirse con sus súbditos y le detuviesen por fuerza. Con esta mira á los tres dias de haber manifestado su desig-

nio, procedió á la egecucion del viage. Juntáronse muy de mañana en la iglesia, se celebró el santo sacrificio de la misa, comulgaron todos los asistentes, y subiendo despues el santo anciano á las gradas del altar, con un incensario en la mano, los exhortó á que procurasen exhalar constantemente el buen olor de Jesucristo, y les dió la paz. Luego cantaron las letanías, que faeron interrumpidas muchas veces con sollozos de los hermanos congregados en número de seiscientos de las dos casas de Viremouth y de Jarrou, entraron en una capilla doméstica en que se despidieron para siempre. Le acompañaron hasta las orillas del rio con cruz y ciriales encendidos que llevaban los diáconos, se hincaron de rodillas, y estuvo un rato en oracion; empezaron con mas fuerza que nunca los llantos y gemidos, y se apresuró á partir con aquellos que habia escogido para que le acompañasen en el camino. Todos los demás entraron en el monasterio: eligieron desde luego unánimemente por abad al monge Huberto, el cual corrió inmediatamente á ver á San Ceolfrido, y sujetó enteramente la eleccion á su dictamen. No solamente la confirmó el Santo, sino que haciendo el primer acto de sumision á la autoridad del nuevo abad, recibió de él una especie de carta testimonial ó comendaticia para el Sumo Pontífice. Mas pasando por Francia, cayó enfermo, y murió en Langres el viernes 26 de Setiembre del año 716.

43. Beda nos enseña (1), que en este mismo año

(1) *Lib. 5. hist. cap. 23.*

los monges irlandeses de la isla de Hi dejaron al fin la singularidad de sus usos, cediendo á las persuasiones de San Egberto, inglés de nacion, y descendiente de familia ilustre, el cual abrazó la vida monástica en Irlanda, y luego llegó á ser arzobispo de York. Habiendo pasado á visitar á los monges de Hi, fue recibido con el honor debido á su nacimiento, y mucho mas á su capacidad y virtud. Se aprovechó del crédito que tenia para inclinar á aquellos buenos solitarios á que abandonasen en fin los usos que les daban cierta apariencia de cisma, tanto por lo tocante á la tonsura, quanto por lo respectivo á la celebracion de la Pascua. De este modo la iglesia británica renunció enteramente una temeridad caprichosa, que manchó por tanto tiempo las mas relevantes virtudes.

44. En el año tercero del obispado de Egberto, recibió este prelado del venerable Beda una larga carta en forma de instruccion, que es un monumento precioso de la tradicion y de las costumbres antiguas de la iglesia británica. Habiendo pasado el piadoso doctor el año antecedente á dar sus instrucciones por espacio de algunos dias al monasterio de York, quedó el obispo tan prendado de él, que le convidó á volver quanto antes, para continuar ayudándole con su doctrina y sus luces. Impedido el doctor por una enfermedad de la cual murió, á lo que se presume le escribió con aquel estilo de que puede hacer uso un Santo próximo á morir cuando escribe á otro Santo.

„Ante todas cosas, dice (1), evitad las conversaciones profanas y aplicaos segun vuestro estado á la meditacion de las divinas Escrituras, principalmente de las epístolas de San Pablo á Timoteo y á Tito, de la pastoral de San Gregorio y de sus homilias sobre los Evangelios. Si es sacrilegio emplear los vasos sagrados en los usos comunes de la vida, no lo es menos entregarse al salir de la iglesia á palabras y acciones indignas del sagrado carácter episcopal. No hagais, pues, lo que ciertos obispos á quienes solo se les ve acompañados de gentes divertidas y lisonjeras: procurad llevar siempre en vuestra compañía personas capaces de aydaros á sostener el peso terrible de vuestra dignidad, y á preservaros de las caidas profundas. Respecto á que vuestra diócesi es tan grande que no podeis visitarla toda en el discurso del año, estableced sacerdotes en cada lugar, para que instruyan al pueblo y administren los sacramentos. Encargadles sobre todo que tengan cuidado de que los fieles sepan de memoria á lo menos el símbolo y la oracion dominical, y que los que no entiendan el latin, aprendan estas cosas en su propia lengua, ya sean legos ó eclesiásticos; pues á este fin las he traducido en inglés.”

„Dicen, prosigue Beda, que hay muchos lugares inaccesibles en las montañas de nuestra nacion, en los cuales no se ha visto jamás obispo que egerza sus funciones, ni ministro que instruya de su parte. ¿Por ventura alguno de estos lugares está tan estra-

(1) *Lib. Epist. pag. 56. edit. Paris. ann. 1666.*

viado que quede por esta razon esento del tributo á su prelado? Así pues, lejos de dar graciosamente, segun el precepto de Jesucristo, lo que graciosamente se ha recibido, se recibe sin dar cosa alguna lo que él ha prohibido tomar por via de recompensa. El mejor medio de remediar todos los desórdenes, es aumentar los obispos. Así el Papa San Gregorio escribiendo al arzobispo Agustin mandó instituir doce obispos de los cuales el de York fuese el metropolitano. Nada podreis hacer mejor que poner en egecucion este designio, al cual accederá voluntariamente nuestro Príncipe el Rey Ceodulfo. Si por las donaciones inconsideradas de los Reyes precedentes no fuese fácil hallar lugares proporcionados para este número de sillas, podrá tomarse á este efecto algun monasterio, y para obviar reclamaciones de los monges se les permitirá nombrar el obispo, bien haya de residir en el monasterio, ó en el territorio destinado para la nueva diócesi.”

„Lo que mas os debe empeñar á tomar este partido, es el número infinito de lugares que tan impropiamente tienen el nombre de monasterios, pues no hay en ellos observancia monástica. Vos sabeis tan bien como yo, que de mas de treinta años á esta parte muchos mundanos sin experiencia ni celo de la vida regular han obtenido de los Soberanos con pretesto de fundaciones religiosas varias posesiones que han procurado asegurar á sus herederos. Allí viven con plena libertad y frecuentemente con suma licencia en compañía de sus mugeres é hijos, satisfechos

con recoger algunos monges vagamundos, espelidos de las casas de religion, y algunas veces á sus propios vasallos á quienes precisaron á tomar el hábito de religiosos y á vivir en obediencia. Confiere á sus mugeres las prelacías de las comunidades religiosas de su propio sexo; abuso igualmente ridículo que escandaloso, y que los hace á un mismo tiempo superiores de monges y gobernadores de plazas. Seria, pues, de la mayor importancia emplear en lo que he dicho semejantes establecimientos que solo causan riñas y escándalos, y que á lo menos son muy inútiles á la iglesia y al estado."

Despues de haber exhortado Beda al arzobispo á reformar este abuso que reinaba en otras partes del mismo modo que en Inglaterra, le persuade á que enseñe y haga enseñar á los ingleses, como un punto de los mas importantes de la vida cristiana, cuán útil sea el comulgar á menudo á egemplo de la Italia, de la Galia, del África y de todo el oriente. „Pero entre nosotros, prosigue, los legos viven tan distantes de esta loable y saludable costumbre, que los mas piadosos solo comulgan por Navidad, en la Epifanía y en la Pascua, no obstante que hay una infinidad de personas de ambos sexos y de todas edades cuya vida es muy pura, y que podrán comulgar todos los domingos y en las fiestas de los Apóstoles y Mártires, como lo habeis visto practicar en Roma."

45. Entre las diferentes obras de Beda, el libro de las seis edades del mundo le ocasionó censuras muy vivas de algunas personas cuyo celo era mas ardi-

te que ilustrado. Toda la acusacion se dirigia á que Beda, prefiriendo con San Gerónimo el original hebreo de la Biblia á la version de los Setenta, contaba menos de cinco mil años desde la creacion del mundo hasta el nacimiento de Jesucristo. Las censuras llegaron sin embargo hasta la nota de heregía, de la cual el docto cronologista creyó deberse lavar seriamente. Lo verificó en una carta apologética dirigida al monge Pleguino, en la cual espone los fundamentos sólidos de su opinion. Destruye al mismo tiempo la preocupacion vulgar y entonces muy comun, de que el mundo debe durar seis mil años; y establece por máxima general, que nadie debe emplearse en pretender conocer el tiempo del fin del mundo que Dios ha querido ocultarnos.

Además de esto, tenemos de Beda un martirologio, las vidas de diferentes Santos, algunos tratados del bisesto y del equinoccio, género de estudio muy apreciado entonces á causa de las disputas sobre la Pascua; y otras muchas obras menos importantes, á las cuales se han añadido muchas que no son suyas. Así encontró medio de pasar sus dias en la paz y en la inocencia, continuamente aplicado á estudiar, á escribir ó á instruir de viva voz, y á procurar la edificacion de sus discípulos y de toda la Iglesia.

46. Estando próximo á la muerte, se portó del mismo modo que en los dias mas bellos de su vida, siempre laborioso, siempre edificante, tan recogido que nada le distraía, y en todas sus acciones reinaba una tranquilidad de alma y de conciencia que anun-

ciaba la sublimidad y pureza de sus ideas (1). Quince días antes de la Pascua se sintió acometido de una suma dificultad en la respiracion; lo que no alteró en manera alguna la serenidad de su alma, ni interrumpió los egercicios ordinarios de su celo. Pasó con santa alegría, segun el espíritu de la Iglesia las fiestas de Pascua y el tiempo que media entre estas y la Ascension. Hizo diariamente las lecciones acostumbradas á sus discípulos, empleando el resto del dia y gran parte de la noche en bendecir al Señor y cantar salmos en cuanto se lo permitia su indisposicion, trabajando además en sus piadosas composiciones, de las cuales dictó algunos trozos en el mismo dia de la Ascension que fue el último de su vida.

A la hora de nona, conociendo su decadencia, hizo varios presentes á los sacerdotes del monasterio que indican la sencillez de aquellos tiempos y de estos buenos religiosos. Se reducian á algunos cucuruchos de pimienta, cuyo uso era menos comun que en el dia, algunas botellas de agua vulneraria y unos pañuelos: único tesoro que enriquecía la celda de este hombre grande. Quiso hablar á cada uno de sus hermanos en particular, y encomendó su alma á sus oraciones y sacrificios. Estando ya en la agonía, hizo que le pusiesen en el suelo de su celda; y en él exhaló el último suspiro, esforzándose á cantar el *Gloria Patri*. Falleció en el año 735 á los sesenta y tres de su edad. La Iglesia le venera entre sus Santos, título que los antiguos no han tenido di-

(1) *Act. Bened. tom. 4. pag. 537.*

ficultad en conferirle, y sobre el cual ha prevalecido el de Venerable por la estimacion singular que en todas partes manifestaron á sus escritos.

47. Ceodulfo, Rey de Nortumberland, quedó tan penetrado de su lectura, que dejó la corona y se hizo monge en la abadía de Lindisfarne (1), á la cual cedió todos sus tesoros y muchas tierras: lo que fue causa de introducirse en ella alguna especie de relajacion. Empezó desde entonces á permitirse el uso del vino y de la cerbeza, no bebiéndose antes mas que agua y leche. Este Príncipe no dejó de llegar á un alto grado de virtud. Murió en olor de santidad al cabo de veintidos años, y es honrado con culto público.

48. Los pueblos, cuyos Reyes se manifestaron mas bárbaros y mas enemigos de la Iglesia, se convirtieron en sus mas ardientes defensores. En Lombardia el Rey Luitprando juntaba al valor y á las otras cualidades del trono una piedad sincera, mucho amor á los pobres y una adhesion inalterable á la verdadera Religion (2). Pero la rivalidad del poder y la ambicion que no siempre es esterminada por la piedad, le empeñaron en algunas empresas contra los Papas, muy poderosos en Italia aun antes que llegasen á ser Soberanos. Estaba ya preparado para tomar á Roma, cuando el Papa Gregorio II sostenido solamente de su dignidad, salió á su encuentro para exhortarle á la paz. Oyó al Pontífice con respeto religioso, y quedó tan penetrado de sus discursos que se echó á

(1) *Ibid. pag. 164.* (2) *Paul. Diac. lib. 6. hist. cap. ult.*

sus pies, entró cuasi solo en la ciudad, ofreció sus armas á la iglesia de San Pedro, y volvió á su reino sin haber sacado ventaja alguna temporal de su victoria. Habiendo llegado á su noticia que en Cerdeña insultaban los sarracenos á las reliquias de San Agustin, que habian sido conducidas allí durante la persecucion de los vándalos, envió embajadores con crecidas sumas para rescatar este precioso depósito y trasladarle á Pavia, donde tenia su residencia. Le hizo colocar en la iglesia de San Pedro, mandada edificar por él mismo cerca de la ciudad, la cual por su magnificencia era llamada el cielo de oro, hasta que la devocion de los pueblos á San Agustin la dió el nombre de este santo doctor.

49. Sin embargo, quedaban tristes vestigios de la primera impiedad de los lombardos. El célebre monasterio de Monte-Casino, á quien cuasi todo el occidente debia los verdaderos principios de la disciplina regular, al cabo de ciento y cuarenta años que los lombardos le habian destruido no presentaba mas que un monton de ruinas, en las cuales algunos solitarios destituidos de todo socorro apenas hallaban con que alimentarse y cubrirse. El Papa Gregorio, en medio del designio que tenia de restablecer en Italia la disciplina monástica, no halló objeto mas digno de su atencion que este antiguo modelo de la perfeccion religiosa (1). Le devolvió lo que Roma habia recibido de él, enviándole bajo la direccion de Petronacio algunos hermanos del monasterio de Le-

(1) *Id. lib. 5. cap. 40.*

patriarca German, quien demostró todo el horror que le causaba una doctrina inaudita en la Iglesia, en cuyos altares siempre habian estado espuestas las imágenes á la veneracion de los fieles; y manifestó por último, que este artículo era tan necesario al cristianismo, que no dudaria perder la vida en su defensa. La desgracia fue, como por lo regular sucede en toda disputa de religion, que el Príncipe contaba á su favor algunos obispos. Tuvo tal vez Constantino de Nacolia en Frigia mas parte que Leon en la nueva impiedad, reputada por obra de este obispo, y cuya confirmacion procuró con el mayor esmero. El patriarca trabajó por reducirlo, dando principio á la empresa por escribir á su metropolitano Juan de Sínnada, el que habia escrito ya á San German.

3. „Vino, le dice (1), antes de recibir vuestra carta el obispo Constantino, con quien he tenido una conferencia para apurar de él exactamente lo que solo sabia por voces vagas; y ved aquí el fruto de mi conversacion. Es cierto, me ha dicho, que movido principalmente por aquellas palabras de la Escritura: *no harás, para adorarle, imagen alguna de cuanto hay en el cielo ó en la tierra*, he sostenido que no debian adorarse las obras de los hombres; pero creo á pesar de eso que los santos mártires son dignos de los honores públicos, y de que se implore su intercesion. Le repliqué: la fe, y las adoraciones del cristiano solo tienen por término á Dios, segun estas pa-

(1) *Tom. 6. Concillior. pag. 280.*

labras de la Escritura : *adorarás al Señor tu Dios, y servirás á él solo.* Dirigimos á Dios únicamente el culto supremo , como á objeto exclusivo de todo nuestro culto : y no permita Dios que adoremos á las criaturas. No tributamos á otros siervos como nosotros los homenajes debidos tan solo al Soberano Autor de la naturaleza. Cuando nos hincamos ante los Príncipes de la tierra , como el profeta Natán delante de David , no es para tributarles adoracion , y cuando permitimos levantar imágenes no intentamos alterar la pureza del culto divino. Nunca nos ha pasado por la imaginacion representar con los sentidos materiales los atributos invisibles de la Divinidad , cuya incomprendible grandeza no podrian pintar los mismos ángeles.”

„El Hijo de Dios tuvo á bien hacerse hombre por nuestra salvacion , y formamos la imagen de su humanidad para fortificar con su vista nuestra fe. De este modo poseemos un medio poderoso para confundir á los hereges que han pretendido forjar una Encarnacion del Verbo puramente fantástica. Indúcenos á saludar las imágenes de Jesucristo , y á tributarlas un culto conveniente , el solo fin de renovar á nuestra memoria con fe viva los misterios. La figura que igualmente damos á la Virgen Santísima , nos trae á la memoria el gran prodigio que en ella obró el Espíritu Santo ; pues siendo muger de la misma naturaleza que nosotros concibió y parió al Todopoderoso. Tambien celebramos y llamamos bienaventurados á los Mártires , á los Apóstoles , a los Profetas,

y á todos los grandes siervos de Dios que lograron la participacion permanente de su amistad , y que gozan de un gran poder en el cielo. Sus efigies refrescan en nosotros la idea de sus virtudes y de su fidelidad en el servicio de Dios. No pretendemos de modo alguno hacerlos partícipes de la Divinidad , ni les tributamos los honores debidos al Eterno , sino que intentamos mostrar con sencillez el afecto que les profesamos , y acrecentar por el sentido de la vista la fe que hemos recibido por el oido. Hemos sido formados de carne y de espíritu , ¿ y no deberemos ocupar en nuestra santificacion las varias facultades de todos nuestros sentidos? Ved ahí , concluye el santo patriarca , el análisis de lo que hemos recordado al obispo de Nacolia , quien ha declarado delante de Dios , que tal era tambien su modo de opinar , y que no escandalizaria á los pueblos con discursos ni acciones contrarias. Lo que debeis hacer , sigue , es leerle esta carta ; y para quitar el escándalo pedirle una adhesion entera á esta doctrina.”

Residia el obispo de Nacolia en Constantinopla , y le leyó la carta el santo patriarca , haciéndole el encargo de que él mismo la llevase á su metropolitano , para cuyo efecto le dió una copia. El obispo admitió la comision y ofreció cumplir todo cuanto se le dijo. La disposicion del pueblo rebelado contra la impiedad de su doctrina , y pronto á sublevarse contra su persona , le hizo mirar como útil el disimulo hasta que llegase su tiempo. No envió sin embargo la carta á su metropolitano , quien tuvo oca-

sion de hacerlo saber al patriarca. Este escribió con valentía al pastor infiel, y le suspendió de las funciones episcopales hasta que diese cumplimiento á la comision.

Vióse tambien en la necesidad de escribir á Tomás de Claudiópolis, enemigo igualmente declarado de las imágenes. Le reprendia desde luego su ficcion, y le preguntaba, ¿por qué habiendo platicado con él tantas veces sobre distintos puntos de Religion, nunca le mentó un asunto de tanta importancia como los egercicios del culto público, en los que cualquiera novedad es capaz de escandalizar á los pueblos? Despues le persuadia la pureza de este culto, muy distinto del de los idólatras, cuya alma torpe, no observando ni reconociendo cosa alguna fuera de lo visible, finaliza por lo regular sus adoraciones en las obras de sus manos; y degradando la naturaleza divina, la representa como corporal, y la circunscribe á un lugar limitado.

„Piensan, prosigue, en la formacion de sus simulacros hacer un Dios que antes no existia; y cuando este simulacro se arruina, creen no tener ya mas Dios hasta construir otro como él. Dignos son de semejante divinidad los honores que le tributan, acompañados de toda especie de disoluciones, y de acciones y palabras vergonzosas; cuando por el contrario los cristianos, adorando la imagen de Jesucristo, no adoran el leño ni los colores que le adornan, sino al Dios invisible que les representa la fe en el seno del Padre, y que los hace adoradores en espíritu y ver-

dad. Solo sirven estas imágenes y las de los Santos para escitar la virtud, al modo que lo harian los discursos ó egermplos vivos de los hombres de bien. Si ésta antigua costumbre nos arrastra á la idolatría, ¿por qué no se ha abrogado en tantos concilios ecuménicos celebrados despues de las persecuciones, en los que se determinaron cánones sobre objetos de menor importancia? El que ofreció á los Apóstoles que permanecería con ellos hasta la consumacion de los siglos, ¿no dirigió al propio tiempo esta promesa á los obispos que deben regir la Iglesia como sucesores de los Apóstoles? Y pues dijo que estaria en medio de dos ó tres congregados en su nombre, ¿podrá juzgarse que haya abandonado á la multitud congregada por el celo de la Religion? No está circunscripta esta especie de culto á un corto número de ciudades, ó á las menos populosas, sino que es la práctica de casi todos los paises, y sin duda alguna de las primeras y mas ilustres iglesias.”

Añade San German contestando acerca de los abusos introducidos en el culto de las imágenes, que los fieles, honrando los retratos de sus parientes y amigos, no les ofrecen culto ni homenaje alguno, y que en el caso de adorar la imagen de un Santo, Dios es el objeto principal á quien dirigen la gloria. Que nadie debe escandalizarse por ver colocar delante de las imágenes de los Santos luces ó perfumes, símbolos de sus virtudes y de la operacion del Espíritu Santo; y que Dios ha justificado con frecuencia la verdad de estos monumentos venerables con los mi-

lagros que ha obrado por su medio. El santo patriarca cita con este motivo, como cosa cierta y por todos reconocida, la imagen milagrosa de la Santa Virgen que estaba en Sozópolis, en Pisidia. Por lo que dice este padre se observa, que en las iglesias no habia mas que imágenes pintadas, costumbre que conservan todavía los griegos. Supuestos sin embargo estos principios, hemos de confesar que no se abusa mas en el culto de las estatuas que en el de estas imágenes.

4. Refirió el patriarca al Papa acontecimientos de tanta trascendencia (1): y el Vicario de Jesucristo elogió en su respuesta el vigor con que se defendia en Constantinopla la doctrina de la Iglesia. „Esta cree y procede como vos, dice á San German; ¿y quién la acusará de haber caído en el error ó en la superstición? Llámense ídolos las pinturas imaginarias de lo que ya no existe, de lo que solo conserva su ser en las fábulas ó invenciones falsas de los paganos. Si en la Encarnación del Hijo de Dios no se han cumplido las profecías, tampoco es de necesidad pintar lo que no ha acontecido: mas supuesto que todo ha sucedido en realidad, habiendo nacido el Salvador que obró tantos milagros, que padeció y resucitó; justo es que el cielo y la tierra, que todo cuanto tiene vida ó existencia, que el discurso y la pintura saquen á luz estos prodigios divinos. No: en la Iglesia nada hay de comun con la idolatría: si alguno á imitación de los judíos nos acusa de idólatras por la adoración que

(1) *Conc. VII. act. 4. pag. 282.*

tributamos á las imágenes, dejaremos que ladren en su estupidez, y les diremos como al hebreo celoso: pluguiese á Dios que Israel hubiese sabido usar de las cosas sensibles, por medio de las cuales quiso el Señor atraerle á sí: que hubiese antepuesto la vara milagrosa de Aarón á los prestigios de Astarte, la roca en que brotó una fuente de agua viva al altar de Baál, y las santas víctimas de Sion á los becerros impuros de Jeroboam.” Hablando de este modo el occidente por boca del Sumo Pontífice, demostraba su creencia enteramente conforme con la de las iglesias de oriente.

5. Los pueblos de la Grecia y de las islas Cícladas, bajo el pretexto de religion, armaron una escuadra considerable, y condujeron consigo á Constantinopla á un tal Cosme para coronarle Emperador. Los apoyos principales de la conjuración eran Agaliano, que mandaba en Grecia, y el general Estévan. Presentaron una batalla cerca de la capital con extraordinario ardor, de suerte que habiendo sufrido una completa derrota, no les quedó recurso alguno. Arruinaron sus navíos y tropas, Agaliano se arrojó al mar con todas sus armas: y á Estévan y Cosme que cayeron prisioneros los decapitaron.

Lejos el Emperador Leon de tributar humildes gracias á Dios y mostrar su agradecimiento al patriarca German, que se habia declarado de todo punto contra los rebeldes, persiguió á los católicos con mayor rigor, y empleó nuevos ardides para seducir al patriarca. Hechas inútilmente varias tentativas, le

amenazó el Emperador que de grado ó por fuerza prohibiría todos los monumentos del culto, á lo que respondió el santo prelado: „hemos oido decir que serian destruidas las santas imágenes, mas no en el reinado de Leon. ¿Pues bajo de qué reinado, dijo Leon? Bajo el reinado de Conón, contestó San German. Es verdad, dijo Leon asombrado, que en el bautismo me dieron por nombre Conón. ¡Ah, Señor, exclamó el Patriarca, no permita Dios que este borron contamine vuestro imperio! El que cometa tal atentado será un precursor del Anti-Cristo, y sus pasos tenderán nada menos que á arruinar los fundamentos del cristianismo (1).” Semejante discurso irritó al Emperador; mas el Santo prosiguió diciendo: „Señor, os suplico que traigais á la memoria lo que ofrecisteis en vuestra coronacion, y de lo que pusisteis á Dios por testigo, jurando que no hariais mudanza alguna en las tradiciones de la Iglesia.” El Emperador no cedió, pero trocando los impulsos de su ira en artificios cobardes y pérfidos, siguió hablando al patriarca en tono capáz de arrancarle algunas proposiciones ofensivas, y tomar de ellas causa para deponerle como sedicioso. Fue sostenido por Anastasio, discípulo del Santo que defendia en secreto los mismos errores que el Príncipe, impelido de la promesa que le habia hecho del patriarcado. Limitóse San German á reconvenir con suavidad á su discípulo acerca de su infidelidad é ingratitud: pero el ambicioso Anastasio no tenia el carácter de cam-

(1) *Fragm. Epist. in Græcor. codic. orient. canonum.*

biar de resolucion por tales causas. Mas impresion le causó otro cargo que le hizo el santo maestro, aunque no fue mas eficaz. Un dia en que se dirigian los dos al palacio del Emperador, Anastasio que caminaba detrás del patriarca, le pisó las vestiduras: hijo mio, le dijo el Santo, no te precipites; que no tardaras en entrar en el Hippodromo. Anastasio quedó al parecer muy turbado al oir esta espresion profética, y lo propio experimentaron cuantos estaban presentes. Cumplióse en efecto el anuncio del Santo al cabo de quince años, cuando el Emperador Constantino, hijo y sucesor de Leon, habiendo mandado arrancar los ojos á Anastasio, ordenó luego que le paseasen ignominiosamente sobre un asno por la plaza del Hippodromo.

6. El Emperador Leon acusó no obstante de idolatria al santo patriarca, á todos los obispos, y generalmente á todos los fieles. Era su ignorancia vergonzosa en materia de religion y muy grosera para que supiese distinguir el culto relativo del absoluto. Cayo en el estremo de despreciar no solo la veneracion debida á las imágenes, sino tambien el respeto á las reliquias y la intercesion de los Santos. Congregó un concilio en el que dió á luz un decreto en forma contra las imágenes: y San German se negó con firmeza á suscribirle. Me es imposible, le dijo, autorizar la innovacion mas leve sin un concilio ecuménico que esplique la tradicion. No atendió el Emperador mas que á su enojo: le despojó de su dignidad sin forma alguna canónica, y envió tropa ar-